ROBAR UN CORAZÓN
ES LA MISIÓN MÁS PELIGROSA.

UN REINO DE PROMESAS MALDITAS

LEXI RYAN

Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22

23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
Agradecimientos
Créditos

Sinopsis

Brie sería capaz de hacer cualquier cosa antes que hacer un pacto con los fae; morir suena mejor que verse envuelta en una de sus estratagemas. Pero cuando un sádico rey fae secuestra a su hermana, Brie estará dispuesta a todo, incluso a hacer un pacto con el mismo rey para robar tres reliquias mágicas de incalculable poder en la corte rival.

Pero acceder al castillo no es una tarea sencilla. Su única opción es hacerse pasar por una de las jóvenes candidatas a casarse con el príncipe Ronan, un príncipe que quizá no es tan malvado como ella pensaba. No dispuesta a que sus sentimientos pongan en peligro su objetivo, Brie aceptará la ayuda del líder de una banda de rebeldes. Cuanto más tiempo pase con él, más le costará resistirse a sus encantos.

Atrapada entre dos cortes, Brie tendrá que decidir en quién puede confiar. Sin que su corazón la traicione.

Robar un corazón es la misión más peligrosa.

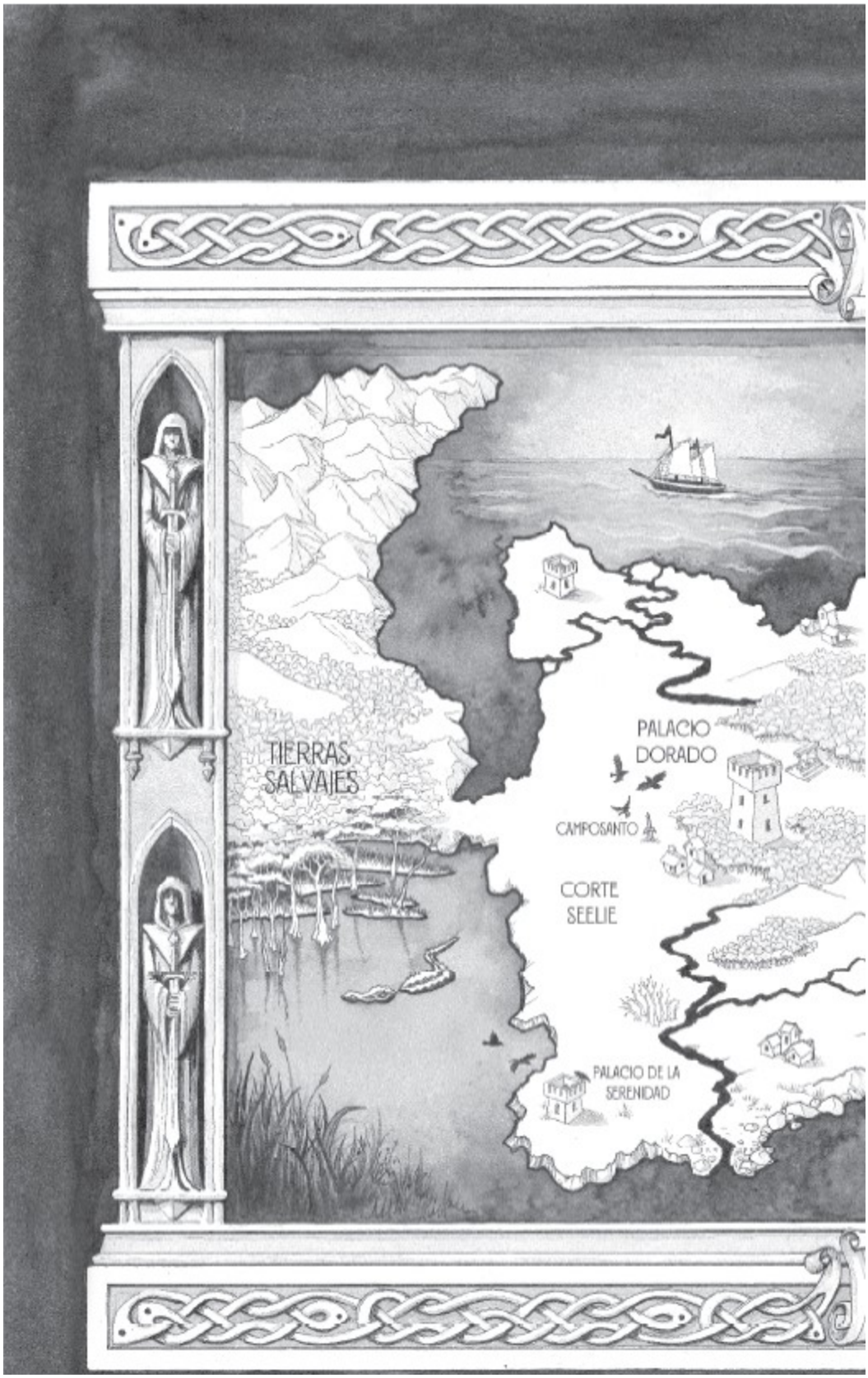
LEXI RYAN

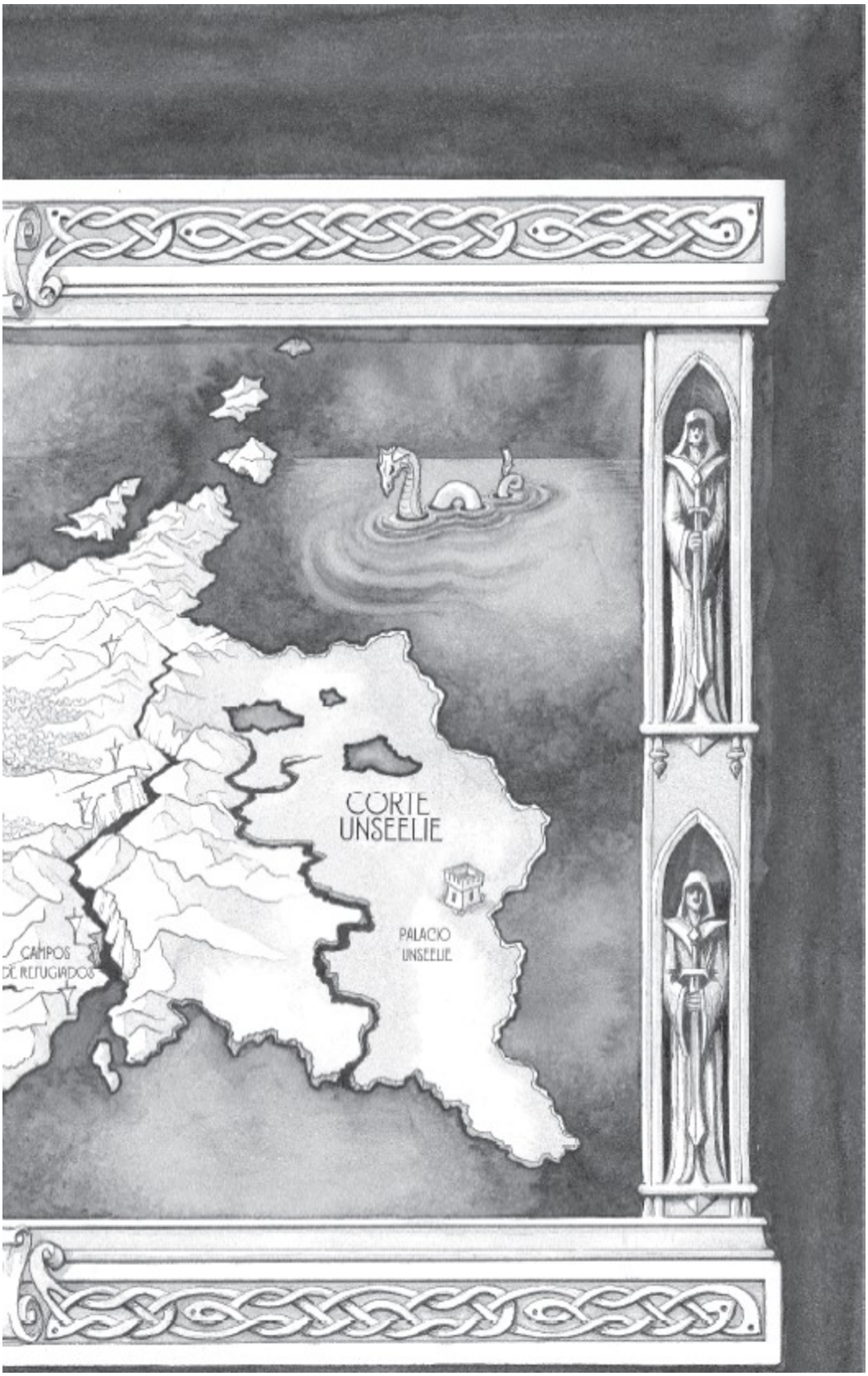
UN REINO DE PROMESAS MALDITAS

TRADUCCIÓN DE LARA AGNELLI

Planeta

Para Ryan,
todas son para ti


TIERRAS SALVAJES
PALACIO DORADO
CAMPOSANTO
CORTE SEELIE
PALACIO DE LA SERENIDAD


CORTE
UNSEELIE
PALACIO
UNSEELIE
CAMPOS
DE REFUGIADOS

1

Las sombras que se ciernen sobre mi piel sudorosa me ocultan y me dan la bienvenida con su frescor. Podría quedarme a disfrutar de la oscuridad. Me encantaría tumbarme a contemplar las estrellas mientras la brisa nocturna me relaja los músculos cargados, pero no voy a malgastar la noche descansando o disfrutando de placeres efímeros. Estas son las mejores horas para los espías y los ladrones. Son mis mejores horas.

Introduzco dos horquillas en la cerradura y las manejo con las yemas agrietadas como si estuviera tocando la viola. Conozco bien la pieza; la he interpretado miles de veces. Es como un salmo al que recurro en momentos de desesperación. Prefiero rezarles a mis dedos ágiles, a las sombras y al camuflaje que a los dioses antiguos. Prefiero robar a morirme de hambre.

El croar de las ranas forma un coro lejano que casi amortigua el satisfactorio clic con que se abre la cerradura, permitiéndome el acceso a la mansión de Creighton Gorst por la puerta de servicio.

Gorst tenía unos asuntos en otra parte; me he asegurado antes de venir. Sin embargo, examino mi entorno por si percibo alguna señal de que él o sus criados están en casa. Casi todos los ricos tienen guardias vigilando día y noche, pero unos cuantos —entre los que se encuentra Gorst— son tan paranoicos que no se fían ni de su círculo más cercano y prefieren que nadie se acerque a sus cámaras acorazadas. Llevo meses esperando una oportunidad como esta.

Bajo la escalera de piedra que conduce a la bodega. La temperatura desciende a cada paso que doy, pero sigo sofocada por la adrenalina y porque he tenido que escalar los muros de la hacienda, así que agradezco el frío que me acaricia la piel.

Cuando llego al pie de la escalera, una piedra luminosa detecta el movimiento y se enciende, alumbrando débilmente el suelo. La desactivo hundiéndole el puñal en el centro, más blando que el resto, y la estancia queda envuelta en una oscuridad tan profunda que no veo ni mi propia mano ante mis ojos.

«Mejor.» Me siento más cómoda en la oscuridad.

Recorro las paredes de la bodega con las manos hasta que percibo el frío acero de la caja fuerte. La examino a ciegas con la punta de los dedos y noto que tiene tres cerraduras, aunque ninguna es demasiado complicada. Pronto se rinden al puñal y las horquillas. En menos de cinco minutos he abierto la puerta y los músculos se me empiezan a relajar. Podremos hacer frente al pago de este mes. Esta vez madame Vivias no podrá imponernos nuevos recargos.

Sin embargo, mi sonrisa de triunfo solo dura lo que tardo en ver los símbolos grabados en el umbral. La euforia por el éxito se apaga tan rápidamente como ha aparecido.

La cámara de Gorst está bien protegida por hechizos de defensa.

«¿Cómo no?»

Un tipo tan paranoico que no se fía ni de sus centinelas no seguiría siendo rico demasiado tiempo si no usara algo de magia para proteger su fortuna.

La misión de esta noche es peligrosa y no puedo arriesgarme a olvidarlo ni por un momento. Solo robo a personas que tienen más de lo que necesitan, pero la riqueza les proporciona poder, el poder de ejecutar a ladronas como yo si me atrapan.

Esquivo los grabados y saco una sanguijuela de la bolsa. Tiene forma de estrella y la piel húmeda y sedosa. Me la acerco a la muñeca y hago una mueca cuando se acopla. Al succionar un hilillo de sangre de mis venas, se enciende y su piel resplandeciente ilumina el suelo. Odio tener que renunciar a la oscuridad, pero necesito ver bien los símbolos. Me acuclillo y

recorro las líneas rectas y curvas, confirmando su forma y la intención con que fueron creados. La magia que contienen es astuta, sin duda.

La función de estas runas no es mantenerme fuera de la cámara, sino dejarme atrapada dentro, convirtiéndome en prisionera hasta que el dueño de la mansión decida qué hacer conmigo. Un ladrón común con conocimientos básicos sobre runas protectoras probablemente cometería el error de pensar que el hechizo era defectuoso al ver que le permitía pasar. Un ladrón común se quedaría atrapado dentro. Por suerte, yo de común no tengo nada.

Rebusco en mi memoria el contrahechizo adecuado. No soy una hechicera. No me habría importado serlo si mi destino hubiera sido otro y no tuviera que pasarme los días fregando suelos y recogiendo todo lo que tiran las malcriadas de mis primas. No tengo tiempo ni dinero para formarme, por lo que nunca podré realizar hechizos, pociones o rituales. Por suerte tengo un amigo que me ha enseñado algunas cosas. Y por suerte sé lo que he de hacer para salir de aquí cuando haya encontrado lo que necesito.

Cojo el cuchillo que guardo en el cinturón y me muerdo la mejilla mientras deslizo el filo por la palma de la mano donde no está la sanguijuela. El dolor es tan agudo que me da vueltas la cabeza y no puedo pensar en nada. Durante unos segundos, demasiados, me tambaleo. Mi cuerpo quiere rendirse al alivio que le proporcionaría la inconsciencia.

«Respira, Abriella, tienes que respirar. El valor no es suficiente, también necesitas aire.»

El recuerdo de la voz de mi madre me empuja a inspirar hondo. ¿Qué me pasa esta noche? Normalmente no soy tan remilgada con el dolor o la sangre. Supongo que es porque estoy agotada y hambrienta tras haberme pasado el día trabajando sin parar. Estoy deshidratada.

«Se me acaba el tiempo.»

Hundo el dedo en la sangre que brota de mi mano y dibujo cuidadosamente las runas para crear el contrahechizo. Cuando he cubierto las viejas runas con las nuevas, me seco la sangre en el pantalón y observo el resultado antes de levantarme.

Sin pensármelo, cruzo el umbral en las dos direcciones para asegurarme de que las runas funcionan. Cuando al fin me adentro en la cámara acorazada, apunto la luz de la sanguijuela estrellada hacia el fondo y ahogo una exclamación.

La cámara de seguridad de Creighton Gorst es más grande que mi habitación. Las paredes están cubiertas de estanterías cargadas de bolsas de monedas —raqon, sin duda—, joyas y armas relucientes. Siento el impulso de llevarme todo lo que pueda acarrear, pero no lo haré. Si me dejo arrastrar por la desesperación, Gorst sabrá que alguien ha estado aquí. Tal vez se entere igualmente. Tal vez esté subestimando la capacidad de ese borracho de estar al día de las riquezas que ha amasado traficando con la carne y el placer. Pero, con un poco de suerte, nunca sabrá que alguien ha roto su hechizo de protección.

Sabía que Gorst era rico, pero no esperaba encontrarme tal acumulación de riquezas. La prostitución y el alcohol dan muchos beneficios, pero ¿tantos? Examino los estantes y extiendo la mano de manera instintiva cuando encuentro lo único que puede justificar toda esta abundancia. Mantengo la mano suspendida sobre el montón de escrituras de vida, pero la aparto al notar el calor de la magia que desprenden.

Si me hubiera tocado otra vida en suerte, me habría encantado convertirme en una poderosa hechicera solo por este tipo de contratos. Me dedicaría a desarmar la magia que ata estas vidas a hombres desalmados como Gorst. Emplearía todos mis recursos en liberar a tantas chicas como pudiera antes de que me atraparan y ejecutaran. Incluso sabiendo que no puedo deshacer la magia de esos documentos, me cuesta horrores dejarlos ahí. Algo dentro de mí me grita que al menos debería intentarlo.

«No puedes salvarlas.»

Me obligo a apartarme. Elijo un estante abarrotado donde el robo de una bolsa pueda pasar inadvertido y busco más runas protectoras. Nada. Tal vez Gorst debería pagarme a mí para que le enseñe a proteger su tesoro. Cojo una bolsa y echo un vistazo para asegurarme de su contenido. Hay más que suficientes raqon para hacer el pago; quizá hasta nos llegue para pagar el mes que viene.

Tiene una fortuna impresionante. ¿Se dará cuenta si cojo algo más?

Examino los estantes y elijo con cautela dos bolsas más, ocultas tras montones de tesoros apilados de cualquier manera. Sabía que Gorst era un tipo despreciable, pero en Fairscape tanta riqueza solo puede reunirse haciendo negocios con los seres feéricos. Y eso hace que los contratos que he visto antes cobren un nuevo significado. Ya es suficientemente malo que obligue a someterse a su voluntad a personas que se pasarán la vida intentando saldar una deuda imposible de pagar, pero si Gorst tiene tratos con los fae, lo que está haciendo es enviar a seres humanos a otro reino donde vivirán como esclavos.

«O algo peor.»

Hay tres pliegos de contratos. No puedo arriesgarme a tocarlos, pero los miro. Un día obtendré mi libertad y, cuando mi hermana ya no me necesite, volveré. Encontraré la manera.

La vista se me va hacia el montón más cercano a la puerta. Leo el nombre del que está encima. Vuelvo a leerlo y luego leo la fecha en que el contrato quedará cumplido. Vuelvo a leerla, otra vez y otra. Y cada vez la presión en el pecho es más fuerte. No creo en los dioses antiguos, pero elevo una oración al ver la letra de esa niña, al ver su nombre y la fecha de mañana subrayada con su propia sangre.

Oigo ruido sobre mi cabeza. Ruido de botas masculinas y luego una voz grave. Desde aquí abajo no distingo lo que dice, pero no necesito oír las palabras para saber que tengo que salir de aquí inmediatamente.

La bolsa pesa porque va llena de los sacos que he robado, así que la agarro con fuerza contra el costado para que no me golpee la cadera al correr con ella en bandolera. Me quito la sanguijuela de la muñeca, conteniendo el aliento cuando se resiste porque quiere más sangre.

—Paciencia —murmuro dejándola en el suelo. La sanguijuela cruza el umbral, limpiando el rastro de mi sangre con su lengua diminuta.

Oigo más pasos y luego risas y el sonido de copas al brindar. No está solo. Si tengo suerte, estarán todos demasiado borrachos para darse cuenta de mi huida.

—Date prisa —le susurro a la sanguijuela. Tengo que cerrar la cámara, pero, si no borro todo rastro de mi sangre, Gorst sabrá que alguien ha estado

aquí. O, lo que es peor, si le lleva una muestra a un mago, sabrá que he sido yo.

Las voces se acercan y oigo que alguien baja la escalera.

No tengo elección. Cojo la dichosa sanguijuela, dejándola a medio festín, y la guardo en la bolsa.

Rocío las piedras con agua de la cantimplora antes de cerrar la puerta de la cámara.

—¡Voy a por otra botella! —grita Gorst desde lo alto de la escalera de la bodega. Conozco esa voz; la he oído demasiadas veces. Solía limpiar su burdel. Fregaba los suelos y limpiaba los lavabos hasta hace un mes, cuando trató de convencerme de que trabajara para él de otra manera.

He pasado los últimos nueve años guiándome por dos reglas básicas: no robo a los que me ofrecen un trabajo honesto y no trabajo para los que me roban. Esa noche añadí una nueva regla a la lista: no trabajo para los que tratan de chantajearme para que me prostituya.

A cada paso que da está más cerca, pero sigo moviéndome con delicada firmeza.

Cierro el primer cerrojo. «Clic.»

Paso, paso.

Segundo cerrojo. «Clic.»

Paso, paso.

Tercer...

—¿Qué demonios?

«Clic.»

—Estas piedras luminosas no valen nada —refunfuña Gorst desde el pie de la escalera.

Pegada a la pared, en la zona más oscura, respiro de manera superficial.

—¿Vienes o qué? —Una voz femenina lo reclama desde arriba. La mujer se echa a reír antes de añadir—: Hemos encontrado otra botella, Creighton. ¡Sube ya!

—¡Ya voy!

Cuento los pasos que da escaleras arriba y me acerco al primer escalón. Está borracho. Tal vez la suerte me acompañe esta noche.

Escuchando con atención, sigo los pasos del grupo por la mansión hasta que ya no se oye nada en la zona de servicio y todo el ruido se concentra en la parte principal. No puedo arriesgarme a volver a abrir la cámara para terminar de limpiar los rastros de sangre. Esta noche no.

Subo los escalones en silencio, desandando el camino que me ha traído hasta aquí.

No soy consciente de la tensión que me agarrota los músculos hasta que salgo de la mansión y me relajo de golpe. Bajo el frío cielo nocturno la extenuación me golpea con fuerza. No puedo parar ahora mismo, pero esta semana he forzado mis límites y tendré que descansar pronto.

Necesito dormir. Y comer. Y por la mañana tal vez pueda permitirme unos minutos de no hacer nada, viendo entrenar a Sebastian en el patio, detrás de la casa de madame Vivias. Eso es mejor que comer o dormir.

Solo pensar en ello es como un chute de adrenalina que me ayuda a terminar lo que tengo que hacer. Me dirijo a la salida de la finca envuelta entre las sombras, recorriendo un sendero tortuoso que sortea árboles y arbustos, y manteniéndome fuera del alcance de la luz de la luna, como si jugara con ella al escondite.

La verja está abierta de par en par, pero aunque mis músculos agotados me suplican que use el camino fácil, no puedo arriesgarme. Saco la cuerda que llevo en la bolsa y la lanzo sobre el muro que rodea la propiedad de Gorst. Las fibras de la cuerda se me clavan en las manos agrietadas, y los brazos protestan cada vez que tiro de ella.

Bajo de un salto por el otro lado, aterrizando sin hacer ruido con las rodillas dobladas. Mi hermana dice que soy como un gato por mi modo de saltar desde los árboles o los tejados sin hacerme daño. Yo me veo más como una sombra, que se desplaza sin que nadie la descubra, lo que resulta más útil de lo que la gente se imagina.

Estoy a diez minutos de casa y voy medio coja a causa del peso de lo que he robado. Resulta tentador entregarle a madame Vivias lo que le debemos antes de acostarme y dormir luego doce horas seguidas.

Pero no puedo. No después de lo que he visto en esos contratos. Me alejo de casa y recorro el callejón, pasando por delante de la tienda de vestidos donde trabaja mi hermana Jas. Al llegar a la esquina donde se

encuentra la taberna de Gorst, me cuelo tras un cubo de basura lleno a rebosar y entro en las viviendas familiares municipales. El nombre me parece una burla. En el edificio de tres plantas hay doce apartamentos de dos habitaciones. El baño es compartido, igual que la cocina. Hay uno por planta. Es un refugio, mejor que muchos otros, pero, tras haber visto la mansión y los tesoros de Gorst, la desigualdad me resulta repugnante.

La puerta de mi amiga Nik está entornada, y desde dentro se oyen sollozos. A través de la abertura veo a su hija, Fawn, ovillada contra la pared, meciéndose y sacudiendo los hombros al llorar. Fawn tiene la piel oscura y el pelo rizado, como su madre. Una vez Nik me contó que cuando su hija nació las cosas nunca volvieron a ser como eran. A partir de ese momento lo único que le importó fue convertirse en la mejor madre, incluso si el precio que debía pagar era cruzar líneas que esperaba que su hija nunca tuviera que cruzar.

Cuando abro la puerta, Fawn se sobresalta.

—Tranquila, soy yo, pequeña —susurro acuclillándome—. ¿Dónde está tu madre?

Ella levanta la cabeza y veo que tiene las mejillas llenas de lágrimas. Los sollozos aumentan de intensidad. El cuerpo le tiembla como si estuviera tratando de mantener el equilibrio en medio de una tormenta invisible.

—Se me acaba el tiempo —me dice.

No le pregunto a qué se refiere porque ya lo sé. Oigo pasos. Al volverme veo a Nik a mi espalda, con los brazos cruzados y una mueca de horror en la cara.

—Lo hizo para salvarme —explica Nik con la voz ronca, como si llevara un buen rato llorando pero se hubiera secado las lágrimas a base de fuerza de voluntad—. Le pidió dinero a Gorst para comprarle medicinas a la curandera.

—Te estabas muriendo —replica Fawn secándose las lágrimas con brusquedad. Me mira y añade—: No tenía elección.

—Sí la tenías. Debiste decírmelo. No te habría dejado firmar ese contrato.

Busco la mano de mi amiga y la aprieto. Es lo que tiene la desesperación: que borra la decisión correcta de la lista de opciones. Y Nik lo sabe mejor que nadie.

—Iré yo en tu lugar, Fawny. ¿Vale? —dice Nik con una calma y una determinación que me rompen el corazón.

—Y ¿qué pasará conmigo? —pregunta Fawn.

Ojalá la niña no fuera lo suficientemente mayor para entender que, entregándose en su lugar, su madre la estaría sentenciando a un destino igual de malo o peor. Nadie en Fairscape necesita una boca más que alimentar. Los únicos que pueden permitirse obras de caridad son demasiado avariciosos.

—¿Puedes ocuparte de ella, Brie? —me ruega Nik—. Sabes que no te lo pediría si tuviera otra opción. Quédatela.

Niego con la cabeza. Lo haría, pero si madame Vivias se enterara de que Fawn está en la bodega con nosotras, las consecuencias serían terribles, y no solo para Jas y para mí, también para Fawn.

—Tiene que haber alguien más.

—No hay nadie más y lo sabes —insiste Nik. No hay amargura en sus palabras, solo resignación.

—¿Cuánto debe?

Nik hace una mueca y aparta la mirada.

—Demasiado.

—¿Cuánto?

—Ocho mil raqon.

Me encojo al oír la cifra. Con ese dinero podría pagarle dos meses de alquiler a madame Vivias, recargos incluidos. No sé cuánto he robado de la caja fuerte de Gorst esta noche, pero es muy posible que pudiera cubrir esa cantidad.

Fawn me mira con esos grandes ojos que tiene que recuerdan a los de una cervatilla. No es casualidad que le pusieran ese nombre, que significa precisamente «cierva» en inglés. Sin palabras, me suplica que la salve. Si no lo hago será el fin tanto para ella como para Nik. En el mejor de los casos, Fawn acabará como doncella de alguna ricachona. ¿En el peor? No puedo ni pensarlo ahora.

Nik quería algo mejor para su hija. La oportunidad de prosperar, de tener un futuro mejor. Si me retraso en el pago a madame V., mi vida no va a cambiar demasiado. La deuda que acumulamos es inmensa; nuestra vida está totalmente en manos de esa bruja desde que el tío Devlin murió. Lo que llevo en la bolsa no puede salvarnos a Jas y a mí, pero sí a Fawn y a Nik.

Meto la mano en la bandolera y le muestro dos saquitos.

—Toma.

Nik abre mucho los ojos.

—¿De dónde has sacado eso?

—¿Qué más da? Cógelo.

Con la boca tan abierta como los ojos, Nik examina el contenido de los saquitos y niega con la cabeza.

—Brie, no puedes.

—Puedo; por eso lo hago.

Nik se me queda mirando y en sus ojos leo la batalla que se está librando entre la desesperación y el miedo que siente por mí. Finalmente me abraza con fuerza.

—Te lo devolveré. Algún día, de algún modo. Lo juro.

—No me debes nada. —Me libro de su abrazo, ansiosa por llegar a casa y lavarme. Necesito dormir, no puedo más—. Tú habrías hecho lo mismo por Jas y por mí.

Se le llenan los ojos de lágrimas hasta que una se desprende y le cae rodando por la mejilla, emborronándole el maquillaje. Su gratitud se transforma en preocupación cuando se da cuenta de que tengo la mano ensangrentada.

—¿Qué te ha pasado?

Aprieto el puño para ocultar el corte de la palma.

—Nada, un rasguño.

—Ya. Pues ese rasguño se va a infectar como no lo limpies. —Señala con la cabeza hacia su dormitorio—. Ven conmigo, yo me encargo.

Sé que no me dejará marchar hasta que le haga caso, así que la sigo a la diminuta habitación donde tiene un tocador destartalado y la cama que comparte con su hija. Me siento en la cama y la miro mientras cierra la puerta y busca lo que necesita.

Se acuclilla ante mí y a continuación me cubre el corte con un ungüento.

—Te lo has hecho al robar el dinero. —No me lo está preguntando, así que me ahorro responderle con una mentira—. ¿Te encuentras bien?

Trato de no moverme cuando el ungüento penetra bajo la piel. La carne escuece mientras se cura.

—Estoy bien; solo necesito comer algo y echarme una siesta.

Ella me dirige una mirada incrédula.

—¿Una siesta? Brie, estás tan hecha polvo que no creo que te recuperes a menos que pases varios años en coma.

Me echo a reír. O al menos lo intento, pero el resultado se parece más a un maullido lastimero.

«Estoy tan cansada...»

—¿Te toca hacerle otro pago a tu tía?

—Sí, mañana.

Trago saliva al pensar en ello. Tengo diecisiete años, pero estoy atada por un contrato de magia, y a este paso voy a pasar el resto de mi vida en manos de madame Vivias. Cuando mi hermana y yo firmamos el contrato de servidumbre hace nueve años, el tío Devlin acababa de morir y mi madre ya nos había abandonado. Los pagos que madame V. nos reclamó en aquel momento nos parecieron razonables —sin duda preferibles al destino de un par de huérfanas—, pero no éramos más que dos niñitas que no sabían lo que era el interés compuesto ni la trampa de los recargos. Igual que Fawn no sabía lo que hacía cuando firmó su contrato con Gorst.

—Y por nuestra culpa —dice Nik cogiendo una gasa— vas a retrasarte otra vez en el pago.

—Merece la pena —susurro.

—Este mundo está tan jodido... —Nik cierra los párpados con fuerza. Fawn no puede oírnos, a menos que esté pegada a la puerta, pero igualmente baja la voz—. Tengo un amigo que podría darte trabajo.

Frunzo el ceño.

—¿Qué clase de trabajo? —No hay ninguno que pague sueldos que puedan cubrir la deuda. Ninguno excepto...—. Para eso más me valdría trabajar directamente para Creighton Gorst.

—Creighton se quedaría la mitad de lo que ganaras. —Nik me venda la mano y sonríe con tristeza—. Hay seres que pagan mucho por la compañía de una preciosa humana y todavía más si te vinculas a ellos para siempre. Mucho más de lo que puede ofrecerte Creighton.

—¿Fae? —Niego con la cabeza.

Prefiero liarme con los clientes sobones de Creighton que entregarme a ellos. Nuestra gente solía creer que eran nuestros guardianes. Antes de que rasgaran los cielos para abrir los portales, nos visitaban al anochecer en su forma espiritual, como si fueran sombras o siluetas en los árboles que parecían seres vivos.

Mi gente los llamaba ángeles. Se arrodillaban frente a ellos y les rogaban que permanecieran cerca, que los protegieran, que cuidaran de sus niños enfermos. Pero cuando los portales se abrieron y los ángeles llegaron al fin, no lo hicieron precisamente para protegernos.

Porque los seres mágicos no son ángeles. Son demonios que llegaron para explotarnos y robarnos los bebés; para someternos como esclavos y usarnos como ganado de cría. Mediante engaños consiguieron que miles de humanos lucharan en sus guerras. Solo cuando los Siete Magos de Elora —los siete hechiceros más poderosos de este mundo— unieron sus fuerzas, logramos volver a proteger los portales. Ahora ya solo pueden apoderarse de una vida humana si la compran o si alguien se la regala voluntariamente. Sin embargo, como inteligencia no les falta, han ideado un montón de maneras de saltarse las barreras protectoras. En la práctica solo los ricos y los poderosos están protegidos.

«Mejor eso que nada», dicen los que apoyan a los Siete.

«Es un comienzo», dicen otros. O, lo que es peor: «Si la gente no quiere que los vendan a los goblins, que no se endeuden tanto».

—¿Por qué pagan si pueden hechizar a cualquier mujer con su magia? —le pregunto a Nik.

—¡Baja la voz! —Mira por encima del hombro para asegurarse de que la puerta sigue cerrada—. No te creas todo lo que se dice sobre ellos. Mi amigo podría...

—Ni hablar. Encontraré otra manera. —Si algo tengo claro en la vida, es que no puedo fiarme de ellos.

—Me preocupas —admite Nik—. En este mundo el único poder que tenemos es nuestra autonomía. No dejes que nadie te arrincone. No permitas que la desesperación tome decisiones por ti.

«Como le pasó a Fawn.»

—No lo haré —le prometo, pero las palabras suenan huecas, como si mi propia voz supiera que estoy mintiendo. Me paso el día trabajando y robando todo lo que puedo, pero nunca es suficiente.

Incluso si no me importara vender mi cuerpo —y no es el caso—, no querría tener tratos con los seres mágicos. Me da igual el dinero que me ofrezcan. En la vida hay cosas más importantes que el dinero; incluso más importantes que la libertad, como por ejemplo ocuparte de tus dos hijitas y no abandonarlas para escaparte con tu amante a otro mundo.

—Te he oído, niña —dice madame Vivias en cuanto pongo la mano en el pomo de la puerta del sótano.

Cierro los ojos con fuerza. Debería haber entrado por la bodega. Ya pasan de las doce y no me quedan fuerzas para ninguna tarea que quiera encomendarme. Agachando la cabeza, me vuelvo hacia ella y le hago una rápida reverencia.

—Buenas noches, tía V.

—Buenas noches. Mañana es luna llena.

—Sí, señora.

—¿Tienes mi dinero?

Mantengo la vista fija en la mano que tiene apoyada en la cadera, con un reluciente anillo en cada dedo. Con cualquiera de esos anillos podría cubrir el pago de este mes. No alzo la cara para que no vea el miedo en mis ojos; no quiero darle esa satisfacción.

—Lo tendré mañana, señora.

Guarda silencio durante tanto rato que acabo levantando la vista. Se está ajustando los gruesos collares de piedras preciosas que le cuelgan del cuello mientras me fulmina con la mirada.

—Si no lo tienes hoy, ¿qué posibilidades hay de que lo tengas mañana?

«Pocas.» Pero hasta que no se acabe el plazo oficial no pienso admitirlo. Cada vez que nos retrasamos en el pago, el contrato se modifica, ampliándose el plazo y la cantidad de dinero que hemos de devolver. Es un círculo vicioso del que no sabemos cómo salir.

—Le pagaré mañana, señora.

—¡Abriella! —El chillido llega desde lo alto de la escalera y me cuesta no encogerme al oír la voz de mi prima Cassia—. ¡Hay que lavar los vestidos!

—Hay vestidos limpios en la habitación. Los he planchado esta mañana.

—Esos no me sirven. No tengo nada que ponerme para la cena de mañana.

—Tiene que limpiar mi habitación —dice Stella, su hermana, porque los dioses no quieran que haga más por una de esas malcriadas que por la otra—. La última vez que lo hizo pasó muy poco rato limpiando y empieza a estar mugrienta.

Madame V. arquea una ceja y se vuelve hacia mí.

—Ya lo has oído, niña. A trabajar.

Ya puedo olvidarme de dormir durante unas cuantas horas más. Enderezo los hombros y me dirijo a las habitaciones de mis primas.

2

En cuanto pongo un pie en el dormitorio que comparto con Jas en el sótano, mi hermana se abalanza sobre mí.

—¡Brie! ¡Ya estás en casa!

El dormitorio no es más que un trastero con una cama. Al principio, cuando madame V. hizo que nos instaláramos aquí abajo, las paredes de hormigón se me caían encima, pero ya he superado la claustrofobia y ahora nos sentimos como en casa. Jas colgó uno de los tapices que hace a mano sobre la cama y decoramos el viejo tocador con nuestros tesoros: piedras con formas curiosas y retales de tela brillante que solo tienen valor para nosotras.

La abrazo con fuerza, llenándome los pulmones con su aroma a ropa limpia. Aunque solo es tres años menor que yo, para mí sigue siendo la niñita que saqué en brazos de casa para librarla del incendio.

Jas se separa de mí y sonríe. Tiene los ojos brillantes. Son castaños, igual que su melena lisa, que lleva recogida en un moño alto. Mi hermana y yo no podemos ser más distintas. Ella es hermosa y delicada, tanto por dentro como por fuera. Yo, por el contrario, soy angulosa y testaruda, y tengo el pelo tan rojo como el fuego y como la rabia que arde en mi interior.

—Te he oído ahí arriba —me dice—. Habría subido a ayudarte, pero tenía que acabar estos vestidos nuevos para Stella y Cassia. —Señala los vestidos que cuelgan en una esquina de la habitación.

—¿Qué les pasa a los otros ochenta vestidos que tienen?

—¡Esos no sirven! —responde imitando la voz aguda de nuestras primas.

Pensaba que estaba demasiado cansada para reír, pero se me escapa la risa. Por malo que haya sido el día, me alegro de estar al fin en casa. Ya me ocuparé de los nuevos recargos de mi tía mañana. Me gusta estar con Jas, que está muy animada para lo tarde que es, lo cual no es muy habitual en ella.

Entornando los ojos, le pregunto:

—¿Cómo es que estás tan contenta?

—¿No te has enterado? —Jas no se ganaría la vida jugando al póquer. No puede disimular que tiene noticias y que está nerviosa.

Me he pasado el día trabajando. Aparte de la breve visita que he hecho a Nik y a Fawn, no he hablado con nadie. La gente para la que trabajo piensa que el servicio tiene que ser mudo e invisible.

—¿De qué me tengo que enterar?

Jas no puede estarse quieta; está prácticamente saltando.

—Dentro de un día la reina Arya abrirá las puertas de la Corte del Sol. Y ha prometido salvoconductos a los humanos para que puedan acudir a la fiesta que se celebrará en su castillo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Quiere encontrar una novia humana para su hijo.

Suelto un gruñido de disgusto.

—¡Cómo no!

A los fae se les dan bien muchas cosas, pero reproducirse no es una de ellas. Sin descendencia, su linaje desaparecería, sobre todo después de que muchos de ellos perecieran en la Gran Guerra de los Fae.

«No los echaré de menos.»

—¿En serio no sabías nada? En la tienda no se hablaba de otra cosa. Un baile en Feéra. Nos han llovido los encargos de última hora. Todo el mundo quiere un vestido nuevo.

—Recuérdame que no me acerque a los portales mañana.

Ella reacciona riendo ante mi cinismo.

—¡Brie! Estamos hablando de la corte seelie, los fae buenos, los de la luz y la alegría.

—Y ¿tú qué sabes? —le suelto—. ¿Cómo sabes que son buenos? —Jas deja de sonreír de golpe. «Soy lo peor.» Lo último que quiero es pelearme con ella—. Lo siento, es que estoy cansada.

«Estoy agotada.»

—¡Cómo tienes las manos! —Me acaricia los nudillos agrietados con el pulgar. Tengo la piel destrozada por los productos de limpieza—. ¿En serio quieres quedarte en este sótano el resto de tu vida?

—Ir a esa corte es jugarse la vida, Jas. Sabes tan bien como yo que no hay fae buenos. Unos son más crueles que otros, eso es todo.

—Pues como los humanos, ¿no? —Me suelta las manos—. Te he oído hablar con madame V. Sé que el próximo pago está a punto de vencer y, a pesar de tus intentos por ocultarme las cosas...

—No quiero que te preocupes.

Solo deseo protegerla. Mi hermanita es pura dulzura y optimismo, y me quiere a pesar de que soy una gruñona amargada. No me la merezco.

—Conozco el contrato tan bien como tú —replica—. Los recargos no paran de aumentar. No vamos a poder librarnos de la deuda a menos que suceda un milagro.

—Y ¿crees que los fae buenos van a concederte el milagro? Creo que tendríamos más posibilidades jugando a las cartas en un garito clandestino.

Jas se acerca a un vestido color lavanda que hay colgado en un rincón y acaricia la tela del profundo escote.

—Una de las chicas con las que trabajo tiene una prima cuya amiga se enamoró de un noble seelie. Vive en la corte dorada. A veces regresa y visita a su familia. Es feliz.

—¿No te das cuenta? Estas historias siempre hablan del amigo de un amigo. —Intento no sonar demasiado dura—. Nadie conoce directamente a una de estas personas afortunadas.

Soltando el vestido, se vuelve hacia mí.

—Hay más buenos que malos, igual que entre los humanos —insiste.

Yo no estoy nada convencida, en ninguno de los dos casos.

—Aun así, ¿un baile? ¿Con vestidos elegantes y todos esos rollos? Aunque no estuviéramos hablando de los fae y esas tonterías, ¿se supone que tengo que impresionar a un príncipe estirado? Francamente, prefiero que me cuelguen de las uñas de los pies.

Jas pone los ojos en blanco y se sienta en el borde de la cama.

—Pues no vayas, pero yo quiero ir.

Reconozco ese tono de voz. Ha tomado una decisión. Irá, me guste o no. Ni siquiera tengo que dar un paso para sentarme a su lado en la cama. Me dejo caer de espaldas y clavo la vista en el techo.

—No me gusta.

—He pensado que igual aún estabais despiertas.

Jas y yo nos volvemos a la vez. Sebastian está en la puerta, llenando el hueco con sus anchos hombros. Los restos de adrenalina que me quedaban se ponen en marcha y me recorren el cuerpo. El corazón se me acelera, la sangre se me calienta y se me forma un nudo de deseo en el estómago. Sebastian es solo un amigo que nunca se fijaría en una desarrapada como yo. Pero no importa las veces que me lo repita, mi corazón se niega a escucharme.

Agacha la cabeza y se apoya en el marco de la puerta. Examina la habitación con sus ojos color verdemar, como si no hubiera estado aquí cientos de veces. Madame V. hizo que nos trasladáramos aquí poco después de que muriera el tío Devlin con la excusa de que así tendríamos más intimidad. No nos engañó. Ya entonces nos dimos cuenta de que instalarnos en esta habitación fría y oscura, con paredes de hormigón, sin ventanas, donde solo cabe una cama doble y un tocador, era su manera de recordarnos cuál era nuestra posición en la familia.

Jas y yo no somos muy altas y la altura del techo no nos supone un problema, pero Sebastian supera el metro ochenta y se ha golpeado la cabeza más de una vez. Por suerte, eso no ha hecho que deje de visitarnos. Lleva dos años colándose en el sótano, desde que empezó a estudiar como aprendiz con el mago Trifen, que vive en la casa de al lado. Se ha encargado de abrir la puerta y traernos comida y agua cada vez que nuestras primas nos han encerrado.

—Aún despiertas —respondo bostezando a pesar de la energía que me ha dado su llegada—, aunque no aguantaré mucho.

—¿Qué es lo que no te gusta? —me pregunta frunciendo el ceño—. ¿De qué estabais hablando?

—Jas quiere casarse con un príncipe fae.

Me desplazo un poco para hacerle sitio en la cama. Mi hermana se ruboriza.

—Muchas gracias, Brie.

Sebastian se sienta entre las dos y extiende una de sus largas piernas para cerrar la puerta de una patada. Murmura un hechizo y chasquea los dedos. Cuando la cerradura se cierra por dentro, sonríe satisfecho.

«Mago fanfarrón.»

Mis primas se burlan de nuestra amistad con Sebastian. La primera vez que lo pillaron aquí con nosotras nos estuvieron haciendo chantaje durante meses. Sin embargo, sé que se mueren de envidia porque él es un humilde aprendiz de mago que no les hace ni caso. Tal vez no tenga dinero ni contactos, pero es guapo a rabiar. Es alto, ancho de hombros, lleva la melena, blanca y reluciente, recogida en una coleta baja y tiene los ojos del color del mar embravecido. Es el hombre más guapo que he visto en mi vida.

Es una apreciación totalmente objetiva, por supuesto.

Sebastian se marcha dentro de dos días para seguir con su formación como mago. Me quedaré sin estas visitas nocturnas, que son los únicos buenos momentos del día, aparte de los que paso con Jas. No es la primera vez que se marcha, pero esta vez estará fuera varios meses. No me apetece pensar en ello.

—No quiero casarme con un príncipe fae —replica Jas devolviéndome al presente—. No es eso. —Niega con la cabeza.

Alzo una ceja.

—Ah, ¿no? Entonces ¿para qué quieres ir? —Al ver que baja la vista hacia el regazo, la respuesta me golpea con tanta fuerza que me falta el aire —. Vas a buscar a nuestra madre.

—Si las historias que nos contaba son ciertas y su amado era noble, seguro que irán al baile.

—Y si la encuentras, ¿qué esperas que pase, Jas? ¿Crees que cambiará si nos ve? Te recuerdo que nos abandonó.

—Nos dejó aquí para que estuviéramos a salvo. —Le dirijo una mirada de reproche y ella reacciona alzando las manos—. Tuvo que tomar una decisión muy difícil. No estoy diciendo que acertara; no niego que actuó con egoísmo. Lo único que digo es que es nuestra madre. Si supiera en qué condiciones vivimos; si conociera el contrato que madame V. nos hizo firmar... —Sacude la cabeza—. No lo sé. Tal vez no tenga dinero. Tal vez el fae que teóricamente la amaba tanto tampoco tenga dinero, ni tierras, ni nada que pueda ayudarnos; pero tal vez sí. Y tal vez ella piense que estamos bien y somos felices aquí.

Vuelvo a notar un nudo en el estómago. No entiendo cómo lo hace Jas para no perder la esperanza. Todo lo que nos ha pasado debería habérsela arrebatado.

—¿No crees que, si le importáramos, se habría molestado en averiguarlo en algún momento de estos últimos nueve años?

Jas traga saliva.

—En ese caso, haremos que se sienta culpable para que nos ayude. Tal vez no le importemos en absoluto, pero se sienta obligada a ayudarnos. Hemos de intentarlo; no podemos seguir viviendo así. —Me toma la otra mano y frunce el ceño al ver el vendaje—. No puedes seguir viviendo así.

Me muerdo la lengua para no discutir con ella. Estoy de acuerdo en que algo tiene que cambiar, pero nunca se me ocurriría buscar la solución en el reino de los fae. Me vuelvo hacia Sebastian.

—Estás muy callado.

Él se levanta y trata de caminar en el metro de distancia que separa la cama de la puerta. Si no estuviera tan preocupado, la imagen sería de lo más cómica.

—Es peligroso.

Jas alza las manos.

—Van a ir miles de humanas, muertas de ganas de convertirse en la esposa del príncipe.

—*Muertas* es la palabra clave aquí —murmuro, aunque sé que tiene razón. Aunque mucha gente se burlará de las candidatas, serán muchas más

las que se pondrán sus mejores galas y harán cola para tener al menos una oportunidad de convertirse en reina.

—La reina Dorada es poderosa —añade Sebastian llevándose las manos a la nuca, que es la postura que suele adoptar cuando está pensando—. Usará la magia para proteger a las humanas que vayan a su palacio, pero no me gusta nada la idea de que crucéis al otro reino en busca de vuestra madre. El reino está lleno de criaturas que os secuestrarán en cuanto tengan una oportunidad para satisfacer sus deseos más perversos.

Me río mirando al techo y luego me vuelvo hacia mi hermana.

—¿Te acuerdas de cuando Cassia se coló en la fiesta del solsticio de la reina Dorada y aquel goblin le robó todo el pelo?

Jas se echó a reír.

—Por los dioses, qué mal le quedaba la calva. Y las pelucas que le compró la tía V. mientras le volvía a crecer el pelo no le quedaban mucho mejor.

—Horribles.

Suspiro. Me da igual si soy superficial y rencorosa por hablar así de mis primas. Ellas nos han hecho la vida imposible desde que mi madre nos dejó a cargo del tío Devlin. Son crueles y desean lo peor para todo el mundo menos para ellas. Es difícil no alegrarse cuando le pasan cosas malas a alguien así.

—Estoy hablando de seres mucho peores que los goblins —insiste Sebastian.

Sabe que no nos dan miedo. Los goblins son los mensajeros entre los reinos, las únicas criaturas que pueden viajar libremente entre ellos. Estamos acostumbradas a verlos. Madame Vivias tiene un goblin doméstico que vive bajo el hueco de la escalera de la primera planta. Es aficionado a chantajear y a coleccionar pelo humano.

—Lo sé.

Sé que tiene razón. En el reino de los fae habitan seres malvados, bestias salvajes y monstruos que no somos capaces de imaginar. Si los reinos están separados, es por algo. Probablemente mi madre tuvo una buena razón para dejarnos aquí.

En voz más baja, Sebastian añade:

—Si un ser de la corte de las sombras os atrapa...

—Nada de tratos cerrados con los seres de ojos plateados —canturreamos Jas y yo al mismo tiempo. Porque, efectivamente, los seres de las Sombras son tan peligrosos que las madres les enseñan a sus hijos canciones para que aprendan desde pequeños a defenderse de ellos.

—Creo que deberíamos arriesgarnos —opina Jas—. Sé que es peligroso, pero sería más arriesgado si tuviera fe ciega en la protección de la reina. Iré con los ojos bien abiertos y encontraré a nuestra madre.

—¿De verdad esperas encontrarla en medio de la multitud que acudirá al rollo ese? —le pregunto.

—No tengo que inspeccionar el reino entero, solo el palacio. —Jas se encoge de hombros—. Y si no la encontramos a ella, tal vez encontremos otra cosa. Imagínate la de tesoros que debe de haber ahí, Brie.

Casi todo lo que sé de ese reino lo aprendí con las historias que nuestra madre nos contaba cuando nos íbamos a dormir.

«Érase una vez una princesa de la corte dorada que se enamoró del rey de las Sombras, pero sus reinos llevaban siglos en guerra y los padres de la princesa eran enemigos acérrimos del rey y de todos sus vasallos.»

El resto lo conozco por las leyendas populares, retazos de realidad mezclados con supersticiones que los humanos transmiten de generación en generación. Una de esas leyendas se refiere a la reina de los seelies y a las joyas que acapara.

—Estáis locas si creéis que los centinelas dejarán que os acerquéis a sus tesoros —nos advierte Sebastian al ver que empiezo a sonreír.

—No dejarán que se acerque nadie —replica Jas estudiándome con cautela—. Solo conozco a una persona capaz de inspeccionar el palacio sin que nadie la descubra.

Sebastian niega con la cabeza.

—Imposible.

Mi sonrisa se hace más grande.

—Pero sería tan divertido intentarlo...

Él alza una ceja y se vuelve hacia Jas frunciendo el ceño.

—Mira lo que has hecho.

—Tiene razón —le digo—. Podría hacerlo.

Y si tengo que admitir que me resulta más estimulante la idea de robarles a unos nobles fae que la de encontrar a mi madre, lo admito. ¿Qué pasa?

—Os estáis olvidando de una posibilidad. —Sebastian se desliza por la pared hasta quedarse sentado en el suelo. Apoya los codos en las rodillas y pasea la mirada entre las dos.

—¿De qué? —pregunta Jas molesta.

Sebastian me dirige una mirada preocupada. Busco la mano de Jas y se la aprieto.

—Se refiere a que tal vez mamá haya muerto. Quizá por eso no volvió a buscarnos.

Jas se encoge de hombros.

—No sería una mala noticia. Es la única excusa razonable que se me ocurre para que no volviera a buscarnos.

Lo dice con tanta ligereza que podría engañarme si no la conociera tan bien. Pero la conozco mejor que nadie y sé que no desea que nuestra madre esté muerta. Sé que preferiría perdonarla por habernos abandonado durante los años en que más la necesitábamos antes que aceptar que no volverá a verla nunca más.

Yo, en cambio, no soy de las que albergan esperanzas. Nunca. La esperanza es adictiva y, sin darte cuenta, empiezas a contar con ella. En este mundo tan cruel no puedes avanzar apoyándote en muletas.

—Estaría bien saber lo que le pasó —admito—, pero sigo sin estar convencida de que visitar el reino de los fae sea una buena idea. Somos humanas. Incluso nuestra madre, que era una romántica y adoraba todo lo relacionado con ese reino, nos advirtió de que era un lugar muy peligroso.

Jas se muerde el labio. Tiene los ojos brillantes, pero yo no puedo más: llevo demasiado tiempo sin dormir.

—No puedo decidirlo ahora. —El agotamiento se cierne sobre mí como una manta pesada. Bostezando, estiro los brazos por encima de la cabeza y me acurruco de lado—. Que alguien apague las velas. O no. Me da igual. Me voy a dormir.

—¡Abriella! ¡Jasalyn! —Nos llega el grito de Cassia desde los pisos superiores—. ¡Hay un bicho en mi habitación!

—Ya voy yo —dice Jas apretándome el brazo—. Tú duerme.

—Gracias, hermanita —digo sin abrir los ojos.

Soy vagamente consciente de que sale de la habitación. Oigo sus pasos en la escalera y luego que alguien sopla para apagar las velas.

—Buenas noches, Brie —se despide Sebastian en voz baja.

—Buenas noches —murmuro medio dormida; pero entonces noto una mano en la frente retirándome el pelo de la cara y el cosquilleo de unos labios junto a la oreja.

—No vayas al baile.

Sonrío. Me parece muy dulce que se preocupe por mí.

—No te preocupes. No tengo ningún interés.

Y entonces noto un beso. Unos labios se posan en mi frente durante un instante y se retiran en menos de lo que dura un suspiro.

Abro los ojos y veo que la silueta de Sebastian se aleja mientras se dirige a la puerta de la bodega.

Y ahora ya no tengo sueño.

Se me retuerce el estómago con el sonido de los raqon mientras contamos el dinero. Todos los meses, durante nueve años, Jas y yo hemos contado el dinero que le hemos de pagar a madame Vivias. A veces es suficiente. Algunos meses incluso nos sobra y podemos empezar el mes con un poco de tranquilidad. Pero a menudo no llegamos. Y cada vez que no nos alcanza, la cantidad que tenemos que devolver aumenta, igual que el interés compuesto. De no ser por el dinero que robo, no habríamos sido capaces de mantener los pagos.

—¿Cuánto? —pregunta Jas con la voz temblorosa.

—Nos faltan mil setecientos.

Ella se encoge. Odio que sepa lo que esto implica. Me gustaría poder mantenerla al margen de estos temas. Tal vez necesito que conserve la esperanza cuando yo soy incapaz de hacerlo. Imaginarme un mundo en que mi hermana pierde la esperanza hace que el dolor de estómago aumente de intensidad.

—Tenemos que ir a Feéra —dice en voz baja.

Niego con la cabeza.

—Sebastian tiene razón; es demasiado peligroso.

Ella traga saliva.

—Para los humanos sí. —Aparta la vista de los raqon que hay sobre la cama y me mira a los ojos—. Pero ¿y si nos disfrazamos con magia? Podríamos comprarle pociones de encantamiento feérico al mago Trifen y hacernos pasar por nobles. Eso nos protegería, ¿no crees?

Acaricio las monedas. Oír su tintineo es una deliciosa tortura. Nos estamos deslomando para pagar el contrato, pero, por mucho que nos esforcemos por salir de él, el hoyo siempre crece más rápido. No podemos seguir así; algo tiene que cambiar.

—Hagámoslo. —Asiento con la cabeza—. Vamos a intentarlo.

La sonrisa de mi hermana es tan radiante que sé que nunca podría negarle nada. La quiero muchísimo y, si necesita ir a buscar a nuestra madre para sentir que ha colaborado en la obtención de nuestra libertad, eso es lo que haremos.

—Necesitaremos vestidos —comenta—. ¡Para no llamar la atención! —aclara cuando ve mi mueca de disgusto. Saca una pieza de muselina de debajo de la cama y casi grita de alegría—. Llevo siglos queriendo hacerte un vestido.

—Bueno, pero no te acostumbres —le advierto sin poder evitar sonreír.

—Cuando acabe contigo, el príncipe Ronan no podrá dejar de mirarte, quieras o no.

Me quedo en ropa interior y dejo que me cubra con la tela que suele usar para hacer las pruebas de los vestidos de nuestras primas. Llevo puesto el proyecto de vestido sujeto con alfileres cuando alguien llama a la puerta. Tres golpes. Pausa. Dos golpes. Es la forma de llamar de Sebastian.

—¡Adelante! —exclamamos Jas y yo a la vez. Mi hermana me estaba sujetando la cintura del vestido con alfileres, pero se detiene en seco.

Nos volvemos hacia la puerta cuando se abre. Sebastian abre mucho los ojos y luego se los tapa con la mano.

—Lo siento. Yo... lo siento.

—Estoy decente. —Me echo a reír al ver que se ha ruborizado—. Entra.

—Y cierra la puerta —añade Jas en voz baja—. No vaya a ser que baje madame V.

Sebastian asiente brevemente, entra en la habitación y cierra, tal como le hemos pedido.

—Estás muy guapa —me dice.

Las palabras le salen algo forzadas, como si no supiera cómo piropearme, lo que es normal teniendo en cuenta que siempre me ha visto con el uniforme que uso para limpiar o con los pantalones negros ajustados de mis escapadas nocturnas.

—Gracias.

Echo un vistazo a la fina tela marrón que me cubre el cuerpo. Está siendo amable. No estoy guapa; estoy... rara.

—Espera a verla con la tela definitiva —indica Jas sonriéndome—. Tengo en mente un terciopelo fino color verde esmeralda. Estarás espectacular.

Ahora soy yo la que se ruboriza. Agacho la cabeza para que Sebastian no se dé cuenta.

No me puedo creer que me haga ilusión esta ropa. Jas sabe que no me gustan los vestidos porque no me permiten moverme con comodidad, por eso me está diseñando unos pantalones con las perneras muy amplias, que parecerán una falda cuando esté quieta. La parte superior, demasiado escotada para mi gusto, es de esas prendas que hacen las delicias de mis primas. Matarían por un vestido así... O al menos llorarían y rogarían hasta conseguirlo.

—¿A qué se debe el vestido nuevo? —pregunta Sebastian.

Jas sigue ajustando el patrón en las caderas. Se mete un alfiler en la boca, por lo que me toca a mí responder.

Me siento mal al recordar el beso que me dio Sebastian anoche y su petición de que no fuera al baile.

—No tenemos elección, Sebastian —le digo en voz baja—. Si hubiera otra manera...

—No lo dices en serio. —Sebastian pasea la mirada entre Jas y yo—. Pero si odias a los fae. No puede salir nada bueno de esto. Y ni se te ocurra

decir que vas a robar al palacio de la reina. No hace falta que te recuerde que eso equivale a una sentencia de muerte.

—Tendré cuidado. —Odio ver la decepción en sus ojos—. Hemos de hacer algo.

Se me queda mirando con los dientes apretados y los ojos brillando de frustración. Espero que diga algo, pero se da la vuelta y sale a toda prisa de la habitación.

Me echo hacia delante para salir corriendo tras él, pero Jas me agarra del brazo.

—El vestido —me recuerda.

—Ayúdame. —La voz me sale como un gemido lastimero. No sé qué voy a decirle a Sebastian. Le he prometido a Jas que iremos al baile y no voy a echarme atrás, pero Sebastian lleva cubriéndome las espaldas durante dos años y no soporto verlo enfadado.

Jas retira los alfileres precisos para que pueda quitarme el vestido. Me pongo unos pantalones y un top corto antes de subir la escalera del sótano a toda velocidad y salir al patio que madame V. comparte con el mago Trifen.

Veo una mancha blanca con el rabillo del ojo. Sebastian está sentado en los escalones de la entrada al patio, afilando la punta de su vara con sus grandes manos.

El estómago siempre se me rebela al verlo. No es que dé un saltito, es que parece que caiga rodando por la ladera de una montaña sin fin.

A diferencia de mis primas, durante mi adolescencia estuve demasiado ocupada y no tuve tiempo de enamorarme. Pero cuando Sebastian se mudó a la casa vecina, sentí algo distinto, desconocido. Lo noté en el estómago, pero también en los pulmones y por toda la piel.

La primera vez que me sonrió fue como si el pecho se me abriera; como si mi corazón quisiera salir de allí y agarrarlo. No sé cómo logré superar mi timidez. Nos hicimos amigos y lo veía casi todas las mañanas. No pasábamos mucho tiempo juntos, pero esos ratos eran lo mejor del día. Pensar en su sonrisa me ayudaba a superar los días duros.

Pero ahora no sonríe.

Me siento a su lado en los escalones; pego las rodillas al pecho y me abrazo las piernas. Permanezco sentada un buen rato. Él afila la vara hasta

que la punta se convierte en un arma mortal y yo lo observo.

Dejamos que sean los pájaros los que se encarguen de hablar.

No se me da bien expresar mis sentimientos. Yo soy más de trabajar y de actuar. Con la única que logro abrirme y compartir mis emociones es con Jas. Hasta ahora no he encontrado a otra persona lo bastante importante para hacer el esfuerzo de intentarlo.

—Lo siento —me disculpo al fin.

Sé que no es suficiente. Querría decir mucho más: que se nos acaban las opciones, que valoro mucho que se preocupe por nuestra seguridad, que haré todo lo posible por volver, aunque solo sea porque deseo con todas mis fuerzas verlo otra vez.

Sebastian alza la cara y sus ojos verdes como el mar parecen ver en mi interior.

—¿Tienes idea de lo peligroso que es el reino de los fae para los humanos?

—Claro que lo sé, pero...

—Pues no vayáis.

Siento un gran impulso de tocarlo. Quiero acariciarle la mejilla o apoyar la mano en su musculado antebrazo, pero él nunca me ha dado motivo para pensar que comparte mis sentimientos, por eso jamás me he rendido a ese tipo de impulsos. Me da demasiado miedo que me rechace, y esa es la razón por la que me guardo mis sentimientos para mí. Ni siquiera los he compartido con Jas.

—Si la deuda sigue creciendo, nunca podremos librarnos de ella. Incluso tal como está ahora, necesitaríamos...

Él cierra los ojos con fuerza. Sé que odia no poder ayudarnos. Nos ha dado dinero más de una vez, pero solo es un aprendiz. No tiene los recursos necesarios para saldar una deuda como la que tenemos con madame V.

Cuando vuelve a abrir los ojos se me queda mirando. Me mira durante tanto rato que me ruborizo. Siento un cosquilleo en la piel y respiro entrecortadamente mientras espero a que elimine la distancia que separa sus labios de los míos.

—Aguantad un poco más —me pide al fin—. Aguantad hasta que pueda ayudaros. Un día podré saldar la deuda; os liberaré de tu tía.

Sé que lo cree de verdad, pero...

—Te prometo que no nos pasará nada —le aseguro. Sé que no es la promesa que espera oír y por eso me levanto y me seco las palmas de las manos en los pantalones. He sido una idiota al pensar que iba a besarme. Cómo puedo ser tan idiota de pensar en eso cuando estamos hablando de algo tan importante—. Tengo que cambiarme, he de ir a trabajar.

En sus ojos hay algo que no he visto antes: desesperación.

Me alejo porque es una emoción que conozco demasiado bien. Cuando llevo dados tres pasos, me dice:

—Y ¿si él no es como crees?

Paro en seco y me vuelvo hacia Sebastian, que se está levantando.

—¿Qué?

—El príncipe Ronan. ¿Y si acabas...? ¿Y si resulta que te gusta?

Niego con la cabeza.

—Bash, no tengo ninguna intención de convertirme en princesa. A mí esas cosas me dan igual.

—Pero ¿y si él no es como tú esperas? ¿Y si es mejor de lo que te has imaginado?

Me cruzo de brazos.

—¿Te preocupa que me enamore allí?

«¿Te preocupa que te olvide? Porque te prometo que no te olvidaré. No podría.»

—Abriella...

—¿Qué?

La nuez del cuello le sube y baja al tragar.

—Prométeme que harás lo que sea para mantenerte a salvo. En el baile estarás bajo la protección de la reina, pero si te alejas de la corte perderás esa protección.

—Ya sé cómo funciona, Sebastian. Te lo prometo.

Da un paso y elimina la distancia que nos separa. Me acaricia la mejilla con dos dedos y me coloca un mechón de pelo por detrás de la oreja. Me quedo embelesada por la sensación que me provocan sus dedos encallecidos sobre la piel.

Una carcajada hiende el aire a mi espalda. Al volverme, veo a Cassia en el patio con los brazos en jarras. Lleva la melena rubia recogida en lo alto de la cabeza, con ondas y rizos peinados con todo cuidado, y los pechos casi se le escapan del corpiño de su vestido color verde menta.

—Y yo que pensaba que te encontraría llorando y lamentándote, pero ya veo que no lloras por ella precisamente.

¿De qué demonios está hablando?

Sebastian me apoya una mano en el brazo, pero yo niego con la cabeza porque pienso ignorar los celos absurdos de mi prima.

—Ahora que te has quitado a tu hermanita de en medio, ya puedes enrollarte con el aprendiz macizorro, ya veo.

Miro al cielo exasperada.

—¿De qué hablas?

Ella sonríe y sus ojos azules se iluminan.

—¿No lo sabes? Te has retrasado tanto en el pago de la deuda que mi madre se ha hartado de esperar. Bakken se ha llevado a Jasalyn a los mercaderes. —Cierra los puños y vuelve a abrirlos teatralmente—. ¡Puf! Se ha ido. Ya no está.

3

Irrumpo en el despacho de madame Vivias con tanto ímpetu que la puerta golpea contra la pared y los cuadros se tambalean en las paredes.

—¿Dónde está?

Mi tía ni siquiera se sobresalta. Deja la pluma sobre el escritorio y se retoca el moño oscuro que no tiene ni un pelo fuera de sitio, ya que usa hechizos para mantenerlo fuerte y lustroso.

—Hola, Abriella. Enhorabuena por tu libertad.

—No —susurro, pero entonces la veo, la montaña de ceniza en un rincón de su escritorio, lo único que queda de un contrato mágico cuando se salda—. ¿Por qué?

—No podía seguir perdiendo dinero con vosotras. —Cruza los brazos sobre el pecho y se echa hacia atrás en la silla—. Podría haberlo hecho meses atrás, pero te estaba dando la oportunidad de ponerte al día.

Siento que alguien me ha arrebatado el aire de los pulmones y me mantiene sujeta con tanta fuerza que no puedo volverlos a llenar. No me había dado cuenta de que confiaba en que Cassia hubiera mentido. No me había dado cuenta de que me había rendido a la esperanza.

Madame V. sacude la mano, como si estuviéramos hablando de algo trivial como, por ejemplo, quién va a preparar la cena, y no sobre la vida de Jas.

—Tu hermana estará bien en el reino de los fae. Estoy segura de que se ganará a todo el mundo con su encanto, igual que aquí.

—La has convertido en una esclava. La obligarán a trabajar hasta que muera de extenuación o la torturarán por diversión... o... —No soy capaz de seguir enumerando posibilidades espantosas. Esto no puede estar pasando.

—No seas tan melodramática. Es lo mejor a lo que podía aspirar teniendo en cuenta el pozo sin fondo de deudas que habéis acumulado. ¿Qué pretendías que hiciera? ¿Limpiar suelos como tú? ¿Venderse a hombres que buscaran un rato de placer?

—¿Por qué no me has avisado? Habría...

—¿Qué? ¿Robado el importe de la deuda? —Arquea la ceja haciéndome saber que está al corriente de mis secretos—. Ni siquiera tú serías capaz de robar esa cantidad, Abriella. Francamente, tienes suerte de que haya hecho la vista gorda durante todos estos años. Podría haberte denunciado por tus actos ilegales.

—Pero no lo has hecho. Te has embolsado el dinero sin importarte de dónde salía. Has sacado una fortuna cada mes gracias a un contrato injusto... y la has vendido igualmente. —Estoy ardiendo de rabia, siento la sangre a punto de hervir con una furia que amenaza con descontrolarse.

—Vamos, no digas bobadas. Le darán vino feérico y todo le parecerá un sueño.—Estoy vibrando de furia. Quiero arrancarle las joyas y convertirlas en polvo con mis propias manos. Quiero soltar la rabia a gritos hasta que me despierte de esta terrible pesadilla—. El sacrificio de Jasalyn te ha liberado de la deuda, alégrate.

—¿Adónde? —exijo saber—. ¿Adónde se la han llevado?

La encontraré, aunque tenga que recorrer el maldito reino entero, la traeré de vuelta.

—Tal vez se enamore de un noble —comenta ella sin hacer caso de mi pregunta—. Tal vez sean felices y coman perdices, como en los cuentos que tanto le gustaban a tu madre —añade, y su tono de voz no deja lugar a dudas: odia los cuentos de los fae tanto como yo. No quiero parecerme a madame Vivias en nada, pero esto es algo que tenemos en común.

Odio a mi madre por habernos abandonado, por habernos dejado con su hermano para estar junto a su amante en el reino de los fae, por habernos

sentenciado a una vida que nos ha llevado hasta el momento actual.

—Si Jas muere, espero que su espíritu no te deje en paz —susurro—. Y si la hieren, espero que el destino te lo pague con una herida el doble de grave.

—Ya suenas como uno de ellos, lanzando maldiciones a la gente de bien.

—La gente de bien no vende niñas a goblins y fae.

Ella se carcajea.

—Pero ¿en qué mundo vives, Abriella? ¿Acaso no conoces todas las barbaridades de las que te he salvado al acogerte bajo mi techo? Tal vez tu hermana haya tenido suerte. Tal vez deberías desear estar en su lugar. —Señala la puerta—. Ahora vete. Ve a disfrutar de tu libertad. Pero, a menos que quieras firmar un nuevo contrato de alquiler, ya puedes buscarte otro sitio donde dormir... con efecto inmediato.

No me quedaría bajo su techo ni aunque me pagara, pero no me molesto en responderle. Cierro la puerta de su despacho y bajo corriendo al sótano.

Nuestro dormitorio está como siempre. El costurero de Jas está abierto y apoyado en la pared. Debía de estar cosiendo cuando Bakken se la ha llevado. El patrón de muselina está doblado a los pies de la cama. Lo abrazo sin hacer caso de los alfileres que se me clavan en el pecho.

Me subo a la cama y me tumbo de lado hecha un ovillo. Estoy tan cansada y aturdida que no puedo ni llorar, pero me escuecen los ojos. Se ha ido. Se ha ido de verdad.

Oigo que la puerta se abre y vuelve a cerrarse. Siento su presencia sin necesidad de mirar. El colchón se hunde cuando Sebastian se sienta en la cama y se echa frente a mí. Me sujeta por la barbilla para obligarme a mirarlo a los ojos.

—Eh... —Me seca las lágrimas con el pulgar—. Entonces ¿es verdad?

No puedo hablar. Me quedo observando en silencio sus ojos del color del mar embravecido. Me fijo en la arruga entre sus cejas que me confirma que está más preocupado y asustado de lo que quiere reconocer.

—¿Brie?

—Es verdad. —Trago saliva y añado, tratando de que no me tiemble la voz—: Madame V. la ha vendido.

Él cierra los ojos con fuerza y murmura una maldición.

—Un año más —susurra apretando los dientes—. Si hubiera esperado un año más habría podido liberarte.

—No es tu responsabilidad, Bash. No puedes culparte por lo que ha hecho madame V.

Él espira lentamente y abre los ojos. Hace que suelte el vestido y toma una de mis manos entre las suyas.

—Por favor, prométeme que no irás a buscarla. No soporto pensar en lo que podría pasarte si la siguieras.

—Y ¿te da igual lo que pueda pasarle a ella?

—Dame una oportunidad. Déjame buscar una solución.

Sebastian se marcha mañana para completar su formación. No sé qué espera hacer para ayudar a mi hermana, pero asiento con la cabeza. No renunciaré a su ayuda, aunque dudo que pueda hacer algo.

Él me suelta la mano y contempla la habitación que he compartido con mi hermana pequeña durante los últimos nueve años.

—¿Adónde irás? —me pregunta.

No tengo demasiadas pertinencias. Podría recogerlo todo y marcharme de aquí antes de que se ponga el sol.

—Mi amiga Nik me debe un favor. Así que me quedaré con ella.

«Hasta que se me ocurra un plan para traer a Jas de vuelta.»

Nik se sentirá fatal cuando se entere de lo que ha hecho madame V. Probablemente se culpará de lo sucedido, pero sé que, aunque no nos hubiéramos retrasado en el pago de este mes, nos habríamos retrasado en algún otro pago en el futuro. El dinero que le di a Nik no habría evitado que la vida de Jas estuviera en manos de una bruja desalmada.

—Lo siento mucho —me dice mirándome a los ojos.

—Yo también.

—Le prometí al mago Trifen que lo ayudaría con su próximo cliente. ¿Estarás bien si te dejo sola? Vendré más tarde.

Al asentir se me escapa otra lágrima. Sebastian la sigue con la mirada antes de secarla con el pulgar. Su contacto es tan delicado que siento ganas de abrazarlo por la cintura, hundir la cara en su pecho y fingir que no ha pasado nada.

Pero, en vez de eso, lo que hago es despedirme. Me alegro de que se vaya, porque así podré empezar a planear el rescate.

El goblin doméstico de madame Vivias vive bajo el hueco de la escalera, junto a la cocina. Llamo a la puerta con una mano, tratando de no hacer mucho ruido. Con la otra me suelto el pelo.

A los goblins les encantan el pelo, los dientes y las uñas de los humanos. Los coleccionan igual que se dice que los seelies coleccionan joyas. Si quiero sonsacarle información a Bakken, voy a tener que recurrir a mi pelo. Llevo años negándome a darle nada, así que espero que las ganas acumuladas sean un buen aliciente.

Abre la puerta con brusquedad cuando estoy a punto de volver a llamar y, al hacerlo, me alcanza un ligero olor a fruta en descomposición. Bakken es un típico goblin doméstico: bajito, con la panza como un barril, las piernas como ramitas y unos labios que no acaban de cubrir los dientes puntiagudos. Sus ojos saltones se abren mucho y se iluminan con avaricia al ver mi pelo suelto. No suelo llevarlo nunca así, y menos cuando hay goblins cerca.

—Buenos días, Niña del Incendio. ¿En qué puedo ayudarte?

No hago caso del apodo que me puso el día que llegamos con el tío Devlin y conocí a Bakken por primera vez. El goblin me tomó la mano entre las suyas y miró con recelo la cicatriz que tengo en la muñeca, la única marca que me quedó de unas quemaduras que deberían haber acabado con mi vida. Me sorprendió que hubiera oído hablar del incendio y de mi extraña supervivencia cuando yo no sabía nada de él. En aquella época yo aún no sabía que los goblins comercian con historias, información y secretos. Siempre están al día de todo.

—Llévame con mi hermana.

Él pestañea varias veces, como si tratara de asimilar mi petición, antes de negar con la cabeza.

—Las cosas no funcionan así.

—Cassia me dijo que fuiste tú quien la llevaste al mercado de esclavos. Necesito saber quién la compró; tengo que rescatarla. —Mi corazón late

demasiado deprisa y me cuesta un gran esfuerzo no mirar por encima del hombro para asegurarme de que madame V. sigue en su despacho. Seguro que encontraría la manera de hacerme pagar por el privilegio de hablar con Bakken, o me prohibiría hacerlo solo por fastidiarme. Si no aprovecho la oportunidad, puede que no vuelva a tener otra—. Por favor.

—Las cosas tienen un precio. —Bakken se pasa la lengua puntiaguda por los labios y se acerca a mí. Mira a ambos lados del pasillo, tira de mí para hacerme entrar en el cuartito y cierra la puerta. Con una de sus uñas largas y puntiagudas me recorre el pelo, desde la altura de la oreja hasta el hombro. Siento un escalofrío de repugnancia, pero no me aparto. Él se ríe alegremente.

—Qué tono de rojo tan fascinante. Es como si tu pelo se hubiera vuelto del color del fuego aquel día.

—Llévame con quien sea que ha comprado a Jasalyn.

Él frunce el ceño.

—¿Por qué?

—Quiero comprársela.

Tendré que volver a asaltar la caja fuerte de Gorst. Probablemente tendré que vaciarla, pero valdrá la pena.

—El dinero no lo es todo, mortal. —Bakken entorna los ojos y ladea la cabeza—. En este mundo tuyo muchos se alegrarían de tener una boca menos que mantener, pero tú pareces... desconsolada. Qué curioso.

Aprieto los puños que tengo a la altura de las caderas. Los goblins son muy hábiles moviéndose entre ambos mundos y obteniendo información, pero no son famosos precisamente por su compasión.

—¿Dónde?

—Olvídate, Niña del Incendio. No te conviene el destino que te aguarda en el reino de los fae.

—Quiero recuperar a mi hermana. Dime adónde la has llevado, por favor.

—¿Qué me darás por esa información?

Estoy a punto de decirle que le daría cualquier cosa. Tengo las palabras en la punta de la lengua, como si fueran una fruta amarga. Quiero soltarlas,

pero sé que los goblins se lo toman todo de un modo muy literal. No voy a ofrecerle más de lo que puedo dar.

—Un mechón de pelo.

—Ah, ¿y por qué no todo? —Él alarga el brazo, pero no llega a tocarme —. Podría hacerme una bufanda tan bonita... ¿Qué quieres que haga con un triste mechón?

—¿Qué harás si no te doy nada?

Él sonríe, pero la sonrisa no puede disimular la codicia que siente. Sus ojos brillan desesperados.

—Muéstrame cómo de largo.

Tomo un mechón de pelo entre los dedos y se lo enseño para que lo examine.

—Desde aquí —le indico señalando un punto debajo del ojo— hasta la punta.

Jas solía llevar algunos mechones más cortos enmarcándole la cara. Me encantaba cómo ese corte de pelo hacía destacar sus ojos. Pero no pienso decirle a Bakken que no echaré de menos ese mechón de pelo. Me pediría más.

—Sí, así servirá.

Sin darme tiempo ni a respirar, saca un cuchillo y me arrebata el mechón de un corte seco.

Sobresaltada, contengo el aliento antes de volver a preguntar:

—¿Dónde? Dímelo.

—Se la he entregado al emisario que tenía que acompañarla a la corte del rey de las Sombras. Madame Vivias no ha sido capaz de rechazar la cantidad que le ha ofrecido el emisario.

¿El rey? La sangre se me congela en las venas y el hielo sigue avanzando hasta que me alcanza los huesos.

—¿Qué rey?

—El emisario se la ha llevado a la corte de su majestad el rey Mordeus, que ha pagado una gran suma a cambio de la vida de tu hermana.

«No, no puede ser.»

Una cosa es recuperar a mi hermana (comprándola o robándola) a un fae cualquiera, pero arrebatársela a un rey de los seres feéricos es algo muy

distinto. Estamos hablando de Mordeus, el gobernante supremo de los unseelies, el rey de las Sombras en persona.

Los mortales consideran que los seelies son buenos en comparación con los unseelies, cuyo reino es especialmente letal para los humanos. Su rey tiene fama de disfrutar torturando criaturas de todo tipo. Los humanos que van allí rara vez regresan, y los que lo hacen vuelven convertidos en cáscaras catatónicas, sombras de lo que fueron. Pero, por mirar el lado bueno, este rey tiene tantas esclavas que tal vez no se dé cuenta si una de ellas desaparece.

—Le da igual una humana que otra. ¿Por qué no ha comprado a alguna de las chicas que quieren ir allí?

—Porque quería a Jasalyn Kincaid, hermana de la Niña del Incendio, hija de la hermosa mortal que...

—Ya sé quién es mi hermana —le interrumpo. Esto tiene que ser una pesadilla; no tiene ningún sentido—. ¿Por qué la quiere a ella? ¿Por qué Jasalyn?

—Yo al rey no le hago preguntas. Tal vez quiera hacerla su reina. —Suspira y uno podría pensar que Bakken se siente soñador, de no ser porque su expresión es... hambrienta—. O tal vez le gusta su precioso pelo castaño.

—Si no quiere dinero, ¿qué quiere? ¿Qué puedo ofrecerle como pago?

Él se golpea los dientes con una uña larga y sucia.

—Al rey Mordeus lo único que le preocupa es mantenerse en el trono.

Niego con la cabeza, sin entender.

—Ya es el rey. No entiendo qué le preocupa.

—Algunos dicen que no es el auténtico rey. Se dice que Mordeus le robó el trono a su hermano hace muchos años y espera la llegada de su sobrino, el príncipe Finnian, hijo del rey Oberon y legítimo heredero del trono de las Sombras. Teme que un día vuelva del exilio y reclame la corona. Sus vasallos también están expectantes. Algunos le han jurado fidelidad y lucharán por mantenerlo en el poder, pero otros creen que la corte de los unseelies está muriendo por culpa del fraude de Mordeus, y que no se recuperará hasta que el legítimo heredero no se siente en el trono y se ponga la corona de Oberon.

Normalmente no hago ni caso cuando me hablan de política, pero esta vez me guardo la información, por si acaso la necesitara más tarde.

—Y ¿todo esto qué tiene que ver con Jas?

Él sonríe dejando al descubierto sus dientes puntiagudos y amarillentos.

—No subestimes al rey Mordeus. Nada de lo que hace es casual. Toma sus decisiones pensando en el poder: su poder.

No entiendo nada. Jasalyn nunca se ha relacionado con nadie en el reino de los fae, al menos que yo sepa. ¿Qué clase de poder pretende conseguir el rey convirtiéndola en su esclava? ¿Tendrá algo que ver con nuestra madre? Pero eso tampoco tiene sentido. Si fuera una petición de mi madre, habría solicitado que le llevaran a sus dos hijas y no solo a la pequeña, ¿no? Y ¿por qué iba a interesarse por nosotras justo ahora, nueve años después de desaparecer?

—Llévame junto a mi hermana, por favor.

Bakken baja la vista hacia el mechón de pelo y lo acaricia con cariño.

—La corte de los unseelies es un lugar peligroso para una humana, incluso para la Niña del Incendio. Más te valdría olvidarte de tu hermana y disfrutar de la libertad.

—Ni hablar.

Se guarda el mechón de pelo en un bolsillo.

—No puedo llevarte, pero por otro mechón te diré cómo llegar.

No tengo ni que pensármelo. Le ofrezco un mechón idéntico del otro lado y él lo corta con los ojos brillantes.

—A medianoche el portal del río se abrirá para la celebración del cumpleaños del príncipe seelie. Por ahí podrás llegar a la corte seelie. En el palacio deberás buscar el portal secreto de la reina que lleva a la Corte de la Luna. Solo se abre una vez al día, cuando las campanadas dan las doce de la noche.

Eso me resulta raro.

—Pero ¿para qué quiere la reina seelie un portal que la lleve a la corte unseelie? Pensaba que eran enemigos acérrimos.

Bakken está distraído acariciando su nuevo mechón de pelo y me responde como quien tararea una melodía que ha escuchado miles de veces.

—Años atrás la reina Dorada aún era princesa. Amaba a Oberon, el rey de las Sombras, y accedió a hacer un gran sacrificio para poder verse con él en secreto. Su reino llevaba siglos en guerra con la Corte de la Luna y sus padres nunca le habrían permitido verse con él.

Frunzo el ceño. Esa es la historia que nos contaba mi madre cuando nos acostaba, la de la princesa Dorada y el rey de las Sombras.

—Pensaba que era una leyenda. ¿Es una historia real?

—¿De dónde te crees que salen las leyendas, sino de la realidad?

De repente deseo recordar más historias de las que nos contaba mi madre, pero han pasado muchos años y, durante este tiempo, he sentido demasiado resentimiento y no quería recordarlas.

Niego con la cabeza para no perderme en recuerdos y concentrarme en mi misión.

—¿Dónde está el portal?

—Lo encontrarás en su viejo armario ropero, el que usaba cuando era niña. Lo reconocerás por las alas que tiene en las puertas. No ha podido desprenderse de él.

Trago saliva. Tengo que llegar a la corte seelie, encontrar el portal secreto de la reina para acceder al lugar más peligroso del reino de los fae, encontrar a mi hermana y rescatarla de las garras de un rey sediento de poder.

«Fácil. Un juego de niños.»

Bakken me mira a los ojos y frunce el ceño. Se saca del bolsillo una pulsera hecha de finos hilos plateados y me la ofrece.

—Póntela. Nadie podrá verla ni palparla sobre tu muñeca; solo tú.

Había oído hablar de las pulseras de los goblins, pero reconozco que nunca había visto una. Los hilos plateados son tan finos que resultan casi invisibles, pero brillan a la luz de las velas.

—Cada hilo representa una historia. Las historias son poderosas, Niña del Incendio. Si me necesitas, solo tienes que romper uno de los hilos y apareceré.

—Si rompo uno de estos hilos —los acaricio con delicadeza antes de devolverle la mirada—, ¿me ayudarás?

Él asiente.

—Sí. Aunque no podré salvarte si estás en peligro mortal, así que no te molestes en llamarme si estás a punto de convertirte en la cena de alguna bestia. Si lo que necesitas es información o viajar dentro del reino, sí podré ayudarte.

—¿A qué precio?

La sonrisa que me dirige no es demasiado tranquilizadora.

—Poca cosa. Un mechón de pelo. O algún diente, si prefieres.

Cojo la pulsera que me ofrece con dedos temblorosos.

—¿Y si se rompe algún hilo sin querer?

—Los hilos de los goblins no se rompen de manera accidental. Tiene que haber propósito.

Me paso la pulsera por la mano y la joya se ajusta mágicamente a mi muñeca.

—Gracias, Bakken.

Abro la puerta y salgo al pasillo.

—¡Niña del Incendio! —Me detengo cuando Bakken me llama—. Recuerda: el rey de las Sombras es muy listo. Hará que te enfrentes a tu destino para ganar la partida.

¿Hará que me enfrente a mi destino? ¿Y eso qué significa? Odio los acertijos de los seres mágicos.

—No creo en el destino, Bakken. Y lo único que me importa es mi hermana.

—Por supuesto. Y el rey lo sabe.

4

—Tienes que contárselo a Sebastian —me dice Nik apoyada en el muro de la casa del mago Trifen.

—¿Para eso me has traído aquí?

Esta mañana me he marchado de casa de madame V. y me he ido directamente a casa de Nik, quien ha escuchado con paciencia mi frenética explicación y mi plan improvisado antes de insistir en que la acompañara a casa del mago para comprar un remedio que me ayudara a dormir. Me ha dicho que el portal no se abriría hasta la medianoche, y que estaría agotada si no dormía un poco antes.

Ahora el sol está empezando a descender hacia el horizonte y siento que el tiempo pasa demasiado deprisa y demasiado lento al mismo tiempo. Si de mí dependiera, ya estaría al otro lado del portal buscando a mi hermana, pero tengo miedo de no ser lo bastante fuerte o lo bastante lista cuando llegue allí. Tengo miedo de fracasar.

—Te he traído para comprar el remedio —insiste palmeando la bolsa del dinero—, pero también pienso que deberías contárselo. Tal vez podría acompañarte.

Niego con la cabeza.

—Trataría de protegerme y sería un estorbo. Además, se marcha mañana. Tiene que completar sus estudios; no seré yo quien arruine su formación.

Nik se separa de la pared con el ceño fruncido.

—No me gusta que vayas sola. No me gusta que vayas, ni sola ni acompañada, pero menos sola.

—¿Qué harías tú si estuvieras en mi lugar? Si fuera Fawn a la que hubieran vendido al rey de los unseelies.

Se le llenan los ojos de lágrimas. Traga saliva antes de responder:

—Iría. No me lo pensaría.

—Entonces no hace falta que te diga que no tengo elección.

—Me imagino que has hecho muchas cosas en la vida porque no has tenido elección —dice en voz baja. Juguetea con un mechón de pelo mientras parece indecisa. Al final añade—: Tengo que preguntarte algo.

—Vale.

Mira a ambos lados del callejón y, aunque estamos solas, baja aún más la voz.

—El dinero que me diste para pagar el contrato de Fawn... ¿se lo robaste a Gorst?

El estómago se me cae a los pies. ¿Cómo se ha enterado?

—¿Tan idiota te parezco?

Ella entorna los ojos.

—Brie.

Me froto la nuca, donde parece que se me ha concentrado la tensión acumulada en las últimas veinticuatro horas.

—¿No sería preferible que no supieras de dónde lo saqué?

Me cuesta creer que fuera anoche. Han pasado tantas cosas desde entonces que creo que mi mundo se ha puesto del revés.

Ella frunce los labios.

—Alguien entró en casa de Gorst, rompió sus hechizos protectores y asaltó su caja fuerte. Está cabreado.

—Me imagino.

—La persona que lo hizo dejó rastros de sangre —susurra Nik—. Es cuestión de tiempo que su mago descubra a quién pertenece... Y entonces sabrá quién ha sido el ladrón.

«Mierda.»

He estado tan ocupada con todo lo que ha pasado que me había olvidado de la sangre.

—Ahora mismo Gorst es el menor de mis problemas.

—¿Ah, sí? Pues más vale que su mago sea lento, o tal vez te quedes sin poder cruzar el portal.

—¿Brie? —La voz de Sebastian llega desde el callejón, a la altura del patio.

—Hablamos luego —se despide Nik dirigiéndome una sonrisa triste y apretándome la muñeca antes de marcharse—. Nos vemos en casa. Hasta entonces, ándate con mil ojos.

—Gracias, Nik.

Inspiro hondo y me vuelvo hacia Sebastian. Siento un nudo en el pecho al verlo. Lleva una túnica blanca sobre pantalones de cuero negros que se ajustan a sus fuertes muslos. Su pelo blanco refleja un brillo casi dorado a la luz del sol.

—Trifen me ha dicho que me buscabas.

Trago saliva para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta. Quiero contarle mi plan y avisarlo de que tal vez no volvamos a vernos nunca más. Detesto engañarlo, pero no se me ocurre una alternativa mejor.

—Quería verte antes de que te marches.

Sebastian se acerca, me toma las manos y las aprieta.

—No me habría ido sin despedirme.

—Lo sé.

Lo miro fijamente tratando de memorizar cada centímetro de su cara. Sus ojos son más azules que verdes a la luz del crepúsculo. Y puede ser que no vuelva a verlos nunca más.

Busca en su bolsillo y saca un collar con un colgante de cristal.

—He hecho algo para ti.

—Bash...

La fina cadena de plata tiene un diseño sencillo, pero el corte del cristal es impecable.

—Es... lo más bonito que he visto nunca.

—Entonces te quedará bien —me dice con la voz ronca, y su mirada es tan tierna que me rompe el corazón y me hace sentir culpable—. Es un amuleto protector. Ya que no voy a estar aquí para protegerte en persona... —Se encoge, como si la idea le resultara dolorosa, y luego me pone el collar con delicadeza—. Prométeme que vas a llevarlo siempre.

—Te lo prometo. —El cristal cae entre mis pechos y brilla a la luz del sol. Lo cojo y aprieto el puño—. ¿Cuándo te vas?

—Mañana al amanecer.

Mira al cielo, como queriendo asegurarse de que aún le queda tiempo.

—Gracias por ser tan buen amigo. No sé si habría sobrevivido los últimos dos años sin ti.

—No hagas eso —protesta negando con la cabeza—. No actúes como si no fueras a verme nunca más.

Bajo la vista y me quedo mirando mis gastadas botas negras para no tener que mirarlo a los ojos. Tengo miedo de que lea la verdad en ellos.

Él me levanta la cara.

—Tengo tantas cosas que decirte...

—¿Como qué?

Me observa la cara una y otra vez. Parece no cansarse de mirarme.

—Sobre mi pasado..., sobre mí.

Abro la boca, pero vuelvo a cerrarla. Sebastian nunca me ha hablado de su familia. Nunca ha querido hablar de su vida antes de llegar a Fairscape, y yo jamás he insistido.

—Haré todo lo que esté en mi mano para volver a verte —me dice en voz baja—, pero no estoy listo para irme aún. —Sus manos son grandes y cálidas. En secreto me he imaginado un montón de veces que me acariciaba así, pero ninguna de esas fantasías puede compararse con la sensación real de sus dedos encallecidos deslizándose por mi cuello y hundiéndose en mi pelo mientras me busca los labios con la mirada—. ¿Hay algo que quieras decirme? ¿Algo que deba saber antes de irme mañana?

¿Se refiere a mis sentimientos hacia él? ¿O tal vez sospecha que voy a cruzar al otro reino a medianoche, arriesgándolo todo por si logro, contra todo pronóstico, rescatar a mi hermana?

—Sebastian, eres mi mejor amig...

Sin dejarme terminar la frase, agacha la cabeza y sus suaves labios se encuentran al fin con los míos. Contengo el aliento al notar una corriente de electricidad que me atraviesa, despertándome, y saltando del uno al otro. Siento que este beso podría iluminar todo Fairscape, todo Elora.

Cuando su lengua me recorre los labios antes de hundirse en mi boca, le devuelvo el beso con toda mi alma. Con todo mi ser. Noto su preocupación en el beso y me pregunto si él será capaz de notar mi miedo. He de salvar a mi hermana, pero no quiero morir. Y tampoco quiero perderlo.

Estoy confusa, con las emociones a flor de piel, y el beso no ayuda. Cuando se separa de mí me da vueltas la cabeza. Esto no me lo esperaba. Llevo dos años enamorada de él, y durante este tiempo he pensado que él no me correspondía. Y justo ahora que estoy a punto de no volver a verlo, me entero de que no es así. El destino está jugando conmigo.

—Espérame —murmura.

No lo haré. No puedo. Y, sin embargo, siento una punzada de culpabilidad por lo bien que me hacen sentir sus palabras. No puedo dejarme distraer por mis sentimientos. Tengo que concentrarme; lo único que importa es encontrar a Jas.

—Brie —me susurra mi madre al oído mientras la yegua galopa cada vez más deprisa llevándonos a la playa—. Brie, se acercan.

El corazón se me dispara y el pelo me golpea la cara, azotado por el viento. El anillo de boda de mi madre se me clava en el meñique cuando agarra las riendas con más fuerza.

—Brie. —La brisa se convierte en aire caliente. El humo llena el aire y me irrita la garganta—. ¡Abriella, despierta!

Me escuecen los ojos mientras cruzo la habitación a cuatro patas. El humo acre se me cuela hasta los pulmones mientras las llamas danzan a mi alrededor. El calor me lame la piel; las llamas me alcanzan las piernas desnudas. Jasalyn me sonríe, pestañeando por culpa del humo. La levanto de la cama, pero mis bracitos no pueden con su peso y nos caemos hacia atrás. La sujeto con más fuerza y se desintegra, convirtiéndose en un montón de ceniza.

—¡Brie!

Alguien me sacude con fuerza. Me obligo a abrir los ojos, aunque me cuesta mucho, igual que me cuesta respirar. La habitación está fría y oscura. Ya no hay fuego, excepto el de la vela que arde en la mesita de noche. Nik está acuclillada en el suelo, a mi lado. Todavía lleva el ajustadísimo vestido que se ha puesto para verse con su cliente.

—¿Qué pasa? —Estoy a punto de volver a dormirme por culpa del remedio para dormir que Nik me ha dado después de cenar.

—Gorst ha venido a buscarte.

Me cubro la boca con la mano y me levanto de un salto. Fawn está durmiendo de lado, abrazada a su conejo de peluche. Se me encoge el estómago al pensar en Gorst entrando y destrozando la casa de esta niñita por mi culpa.

Cuando llaman de nuevo a la puerta, lo hacen con tanta fuerza que la casa entera parece venirse abajo. Me vuelvo hacia Nik con los ojos muy abiertos.

—Entretenlos. Saldré por la ventana.

Ella asiente con la cabeza. Ya ha pensado en ello.

—Por si acaso, he puesto uno de mis vestidos en tu bandolera. —Mira hacia la puerta cuando vuelven a llamar—. No es tan bonito como el que quería hacerte tu hermana, pero te ayudará a pasar desapercibida entre las chicas que van al baile.

—Gracias. —Le doy un fuerte abrazo—. Te debo una.

—¡Si no abren la puerta, la tiraremos abajo! —amenaza una voz grave.

—¡Ya va! —grita Nik. Su voz no deja adivinar el miedo que se refleja en su cara. Volviéndose hacia mí, me dice—: Los portales deberían abrirse en menos de una hora. Cuídate mucho y regresa, ¿me oyes? Fawn necesita a su tía Brie.

Me escuecen los ojos, así que me limito a asentir con la cabeza mientras me paso la bandolera por encima de la cabeza.

Nik se dirige a la puerta a grandes zancadas. A cada paso va dejando el miedo atrás, armándose de valor.

—¿Quién os creéis que sois para llamar a mi puerta de esta manera en plena noche?

Cierro la puerta haciendo el mínimo ruido posible. Recojo la almohada y las mantas del camastro en que estaba durmiendo y lo dejo todo bien colocado sobre la cama.

—Nos han dicho que Abriella Kincaid está aquí —responde el tipo de la voz grave.

—Pues os han informado mal. Aquí solo estamos mi hija y yo.

Tras esconder la colchoneta bajo la cama de una patada, apago la vela. La oscuridad que me envuelve es un bálsamo para mis sentidos.

—Si no le importa, señora, preferiríamos comprobarlo personalmente.

Nik resopla.

—Claro que me importa. Mi hija está durmiendo.

Me cuelgo de la ventana y la cierro tras de mí mientras entra luz en el dormitorio. Corro callejón abajo y luego cambio de calles, zigzagueando para que no puedan localizarme. La luna llena ilumina la noche, por lo que evito tomar las calles principales y me muevo por los callejones más estrechos y oscuros. Me pego a los muros de las casas o me escondo entre cubos de basura cuando hace falta. Corro, corro y corro, sudando, con los pulmones a punto de estallar, y no me detengo hasta llegar al bosque, a las afueras de la ciudad.

Hay una hilera de mujeres jóvenes junto al río, riendo, nerviosas, iluminadas por la luz de la luna. Algunas lucen diseños de fiesta, sobrecargados de adornos. Otras, en cambio, llevan sencillos vestidos de algodón; probablemente el mejor que tienen. Están esperando a que se abra el portal, observando el río como si fuera su camino a la salvación.

«Idiotas.»

Manteniéndome apartada de la gente y la luz de la luna, me dirijo a una zona más frondosa del bosque. A ciegas me quito la ropa, arrancándome la camisa y los pantalones sudados antes de buscar en la bandolera el vestido que Nik me ha dejado. La tela es fina y sedosa. Cuando me pongo el vestido por la cabeza la tela se desliza como agua fresca sobre la piel.

Agarro el cristal que me cuelga del cuello. No sé cómo funciona exactamente un amuleto protector, pero esta noche he logrado escapar de los hombres de Gorst. Si el colgante consigue que llegue al reino de los fae sana y salva, puede que no vuelva a quitármelo nunca.

Me acurruco contra un árbol, oculta en la oscuridad, y observo cómo la luna sigue ascendiendo por el cielo hasta que al final me llegan risas y exclamaciones de alegría.

—Se ha abierto.

—¡El portal se ha abierto!

—¡La reina Dorada nos da la bienvenida!

—¡El príncipe Ronan nos espera!

Escondo el amuleto dentro del vestido y emerjo lentamente de las sombras para ponerme en la cola. Todas esperamos turno para cruzar el portal. Junto las manos para resistir el impulso de alisarme el pelo y secarme el sudor de la frente. Si mantengo la cabeza baja, tal vez no se den cuenta de que mi ropa no es tan elegante como la suya.

Yo no soy como estas mujeres. Nunca he querido ser princesa; nunca he soñado con bailar con un ser inmortal en uno de sus bailes legendarios, pero esta noche me alegro de ser una de ellas. Cuando haya cruzado el portal los hombres de Gorst no podrán alcanzarme.

Con esa idea en mente alzo la cabeza y veo a la mujer que me precede saltar hacia el río que queda dos metros por debajo... y desaparecer en el aire.

—Vamos —me anima la mujer que me sigue—. Te toca a ti. No hagas que se atasque la cola.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Solo saltar? —le pregunto.

Ella se echa a reír.

—No, boba. Si saltas, forzosamente te caerás al río. Tienes que caminar hacia el portal que está sobre el agua. Tienes que creer que está ahí o no funcionará.

Me quedo mirando las aguas bravas del río. El miedo se apodera de mí y amenaza con hundirme.

—Vamos —insiste la mujer—. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

—Que me caiga al río, me arrastre la corriente y los rápidos me hagan chocar contra las rocas hasta que me ahogue.

Ella se echa a reír como si hubiera dicho algo gracioso.

—Vamos.

—Vale, solo tengo que creer.

«Qué fácil lo pinta.»

—Señoras, ¿alguien ha visto a una pelirroja con una cicatriz en la muñeca? —pregunta una persona hacia el final de la cola—. Es una ladrona y hay una recompensa en efectivo para quien nos ayude a encontrarla.

La mujer que me sigue baja la vista hacia mi muñeca.

Presionando la mano sobre el amuleto, me dirijo hacia el portal. Y no, no voy andando; voy corriendo.

5

Caigo de rodillas, entrechocando los dientes. Cuando el dolor afloja un poco abro los ojos y veo que la luna brilla en el cielo. Me pongo de pie y me doy la vuelta buscando el río, pero no está ahí. El bosque también ha desaparecido. Hay unos pocos árboles, pero están lejos. A mi alrededor no dejan de aparecer mujeres y más mujeres, que llegan desde portales abiertos en todo Elora.

«Lo he conseguido. Estoy en el reino de los fae. Lo logré.»

Una irrefrenable corriente de energía hace que me vibre la piel. Es como si el aire fuera distinto aquí, como si estuviera cargado, como si me rodeara una telaraña electrificada puesta ahí para atrapar a los humanos como si fuéramos moscas.

Miro a mi alrededor por si veo a la mujer que parecía deseosa de delatarme a cambio de una recompensa. No la encuentro entre la multitud, aunque dudo que pudiera hacer gran cosa a este lado del portal. Lo que veo son un montón de mujeres jóvenes que se apresuran a cruzar una pasarela dorada que conduce hacia un castillo gigantesco. El horizonte está salpicado por agujas doradas que parecen pinchar el cielo nocturno. Los muros de piedra brillan a la luz de las estrellas. Es igual a como lo describía nuestra madre cuando nos contaba cuentos antes de dormir. Nos hablaba de los muros del castillo de cuarzo molido, de los suelos de mármol y del cielo nocturno, que parecía alfombrado de estrellas relucientes.

Cuando éramos pequeñas, Jas y yo soñábamos con este lugar. Era como un juego. Nos imaginábamos que nos escapábamos cruzando el portal durante el solsticio para ir a buscar a nuestra madre. Nos contábamos mutuamente lo emocionada que estaría cuando nos viera, y enumerábamos las múltiples razones que podían haberla mantenido lejos de nosotras durante tanto tiempo. A medida que pasaban los años y mamá seguía sin venir a visitarnos, al ver que no volvía y no nos liberaba del contrato, el juego dejó de tener gracia. No quería pensar en mi madre ni en las razones por las que nos había fallado. No quería ni oír hablar de ella; imaginarme una reunión con ella me provocaba dolor de estómago.

Pero ahora estoy aquí, y no puedo evitar preguntarme si ella también lo está; si ha sobrevivido todos estos años en un lugar tan peligroso; si es... feliz.

Estoy a unos cien metros de distancia de la pasarela y de la verja del castillo, pero la multitud femenina ya hace cola ansiosamente desde aquí. Me imaginaba que habría multitud de candidatas, pero mi imaginación se ha quedado corta. Las mujeres se empujan unas a otras para ganar un puesto en la cola. Su desesperación me entristece, pero también hace que me ponga en guardia.

—¡Pero, chiquilla! —exclama una mujer a mi espalda—. No vas a poder entrar vestida así.

Me tenso y me vuelvo hacia ella.

—¿Por qué no voy a poder entrar?

Me examina de arriba abajo con el ceño fruncido y se saca un pañuelo del bolso. No sé qué aspecto tengo yo, pero ella está radiante. Lleva un vestido amarillo canario, con un corpiño ajustado y una falda larga, con vuelo. Los tirabuzones, oscuros e impecables, le llegan por debajo de los hombros.

Me miro por primera vez desde que Nik me ha despertado. El vestido de seda que me ha dejado es de un tono de rojo muy parecido al de mi pelo. Me queda un poco grande en el pecho y se ajusta a las caderas antes de ensancharse a la altura de las rodillas. La tela es tan fina que no esconde nada. No puedo disimular que no como lo suficiente. Las caderas se marcan más de la cuenta y tengo el estómago hundido. A Nik le queda bien; le da

un aire seductor, pero a mí no. Yo me veo patética y andrajosa. Normalmente no tengo tiempo para preocuparme de cosas tan superficiales como la apariencia, pero al lado de esta mujer tan radiante no puedo evitarlo.

—No te preocupes, te ayudaré —se ofrece mostrándome el pañuelo—. Deja que te limpie un poco.

Tengo los brazos manchados y sucios de polvo. Cuando me pegaba a las paredes, en los callejones, solo pensaba en esconderme y sobrevivir, no en llegar limpia y pulida al otro lado.

—Gracias. —Acepto el suave pañuelo y lo uso para quitarme el polvo de la piel—. Supongo que he salido con tantas prisas que ni me he dado cuenta. —Bajo la suciedad aparecen arañazos que me he hecho al correr entre los arbustos. Me temo que no soy precisamente un modelo de belleza —. ¿A qué te refieres con lo de que no me dejarán pasar? ¿No dejan entrar a todo el mundo?

Ella vuelve a rebuscar en su bolso y saca una botellita con ungüento.

—El castillo de la reina es enorme, pero ni siquiera así podría acoger a todas las mujeres que acudirán al baile en busca de una oportunidad de conseguir la mano del príncipe. —Me quita el pañuelo y lo usa para poner sobre él un poco del ungüento opaco. Lo aplica sobre una herida particularmente fea que me he hecho en el hombro y mi piel recupera enseguida su saludable tono habitual, parecido al marfil.

—Lo siento, pero no voy a poder pagártelo.

Ella sonríe y sigue aplicándome el ungüento en el brazo.

—No necesitaré tu dinero cuando sea la prometida del príncipe Ronan —replica guiñándome el ojo, como si me estuviera explicando un chiste que solo conocemos las dos—. Me llamo Pretha, por cierto.

Trago saliva, sin acabar de entender a qué debo tanta amabilidad.

—Abriella.

—Qué nombre tan bonito. —Cuando acaba con un brazo sigue con el otro.

—Gracias. —Echo un vistazo a la larga cola que nos precede—. Y ¿cómo deciden quién entra y quién no?

—Casi todas las mujeres volverán a casa sin haber pisado el castillo. Son los guardias los que hacen la primera selección y se basan únicamente en la apariencia. —Al ver mi cara de disgusto añade—: Ya lo sé, es muy superficial por su parte, pero están buscando una humana hermosa y saludable para que sea la esposa del príncipe.

La cola se desplaza despacio y, aunque me muero de ganas de entrar en el castillo y empezar la búsqueda, agradezco tener un poco más de tiempo. No me había planteado la posibilidad de no entrar.

—Vale, por aquí ya estamos. —Elimina un último arañazo de mi muñeca—. Y ahora... ¿puedo seguir con la cara? —Saca un espejito del bolso y me lo pone delante para que me vea.

La cara no está en mejor estado que los brazos. De hecho, está peor, ya que, además de la suciedad y los arañazos, tengo ojeras y las mejillas hundidas. No, no es precisamente la imagen de una humana saludable lo que se refleja en el espejo.

Pretha me limpia la cara con un pañuelo limpio y luego saca cosméticos de las profundidades de su bolso. Me aplica kohl alrededor de los ojos y después en las pestañas. Me da vida a las mejillas con colorete y me pinta los labios de color rojo intenso. Cuando vuelvo a mirarme en el espejo lo único que reconozco es el pelo, rojo y rizado.

—Eres una artista —le digo tocándome la zona de debajo de los ojos, donde estaban las ojeras, pero ya no están—. ¿Seguro que no has usado magia?

Ella se echa a reír.

—No hay nada malo en usar un poco de magia para potenciar la belleza natural.

Debería haberme esperado que siguiera con el pelo, pero cuando la veo con un cepillo en la mano me echo a reír.

—Si ese cepillo es capaz de domar mis rizos, podrías unirte a los Siete Magos de Elora.

—Ni se me ocurriría domar tu belleza salvaje. Eso es justo lo que llamará la atención del príncipe. —Me recoge los rizos con un pasador de cristal y me los recoloca cuidadosamente alrededor de la cara.

Trato de sonreír como lo haría una chica ansiosa por conseguir la atención del príncipe, aunque la verdad es que cuando consiga entrar lo último que querré será encontrármelo.

Cuando acaba de arreglarme el pelo se echa hacia atrás y ladea la cabeza.

—Y ahora... ¿el vestido?

La fila avanza a paso de tortuga y la luna prosigue su camino por el cielo. A este paso estaremos aquí hasta que salga el sol... o quizá más tarde.

—Supongo que llevarás aguja e hilo en el bolso y transformarás el vestido en uno más bonito.

Ella sacude la mano.

—No soy modista.

Sus palabras me impactan como un puñetazo y la sonrisa se me borra de la cara.

—Yo tampoco.

Ella frunce el ceño al notar mi cambio de humor.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo malo?

—No, no pasa nada. Es que mi hermana era... es modista. Solo eso.

Ella me dirige una mirada amable.

—Lo siento. ¿Qué le ha pasado?

—La han vendido como esclava.

Detecto un brillo en sus ojos y por un momento pienso que está a punto de gritar de rabia, en solidaridad, pero pestañea y el brillo ha desaparecido.

—¿Por eso estás aquí?

Suspiro. Me vendría muy bien una amiga, pero no puedo arriesgarme a compartir mis planes con una desconocida.

—Supongo que todas las chicas de la cola se imaginan qué podrían hacer con el poder y los privilegios de una princesa.

—Mmm. —Ella abre las manos y me muestra un puñado de alfileres—. ¿Puedo?

—Pensaba que habías dicho que no eras modista.

La observo mientras coloca los alfileres alrededor de mi cintura. Me vuelvo lentamente, dándole acceso a la parte de atrás.

—No lo soy, pero la mujer que encantó estos alfileres sí que lo es.

Coloca el último alfiler en su sitio, cerrando el círculo, y chasquea los dedos.

Y un instante después el vestido que llevo ya no es el mismo que me he puesto en el bosque. Este es un vestido de fiesta, el más bonito que he llevado en mi vida; probablemente más bonito que los que crea Jas. La falda, amplia y con vuelo, roza la hierba cuando camino. Tiene capullos de rosa bordados en todo el ruedo y también en un costado, como si la falda fuera una especie de celosía mágica. El ajustado corpiño tiene varillas que hacen que mi pecho inexistente se comprima y asome por el escote en forma de corazón. El amuleto queda cubierto, pero por poco.

Estoy tan distraída admirando el vestido nuevo que no me doy cuenta de que hemos cruzado la pasarela hasta que Pretha me da golpecitos en el hombro. Acabamos de llegar a la verja del castillo.

No sé qué esperaba encontrar aquí. Supongo que es normal ver que hay una fiesta en los jardines. Criaturas de todo tipo pasean sobre el césped lustroso y bien cuidado. Hay fae diminutas que parecen mariposas con alas traslúcidas. Al volar entre la multitud, sus alas emiten un zumbido que me recuerda a una flauta. Hay unas fae del fuego danzando con los ojos brillantes alrededor de una hoguera. Hacen girar a sus parejas humanas con tanta rapidez que casi no puedo seguir sus movimientos. Los fae élficos, que son considerados la nobleza de los seres feéricos, pasean entre la multitud y, si no fuera por sus orejas puntiagudas y su elegancia etérea, podrían pasar por humanos... si quisieran, que no quieren.

—Ya estamos muy cerca. —Pretha me aprieta la mano, lo que me despierta un inesperado arrebato de afecto.

—¿Por qué eres tan amable conmigo?

—Tal vez yo también necesito una amiga.

¿Cómo sabe que necesito una amiga? Nadie se lo ha planteado nunca antes. Todo el mundo piensa que soy fría y distante. Una persona solitaria sin ganas de cambiar.

—Pues... gracias, por todo.

Me muerdo el labio mientras vuelvo a echarle un vistazo al vestido. Es precioso y, con algo de suerte, me ayudará a entrar en el castillo, pero ¿y después? No podré colarme por los pasillos con este vestido.

—No te convence —comenta Pretha. No está molesta, solo parece curiosa.

—No estoy acostumbrada a llevar ropa que no me permite moverme con comodidad. Toda la vida me han dicho que debo ir con cuidado con los fae y si necesitara correr o algo...

Ella alza la barbilla.

—Una chica lista.

Hago una mueca.

—¿O una desagradecida?

—Los alfileres siguen donde los he colocado, en la cintura. Si retiras uno, el hechizo se deshará y el vestido recobrará su aspecto original.

Paso la mano por la cintura del vestido hasta localizar uno de los alfileres.

—Perfecto, gracias.

Seguimos charlando de cosas intrascendentes mientras nos acercamos a las puertas del castillo. Durante la espera no pierdo detalle de mi entorno, tratando de recopilar tanta información como puedo. Me duelen los pies y el estómago gruñe reclamando comida, pero no les hago caso y sigo estudiando a los fae que recorren los jardines y a los guardias que patrullan el perímetro del castillo.

No dudo que la manera más fácil de entrar en el castillo sea a través de la puerta principal, pero mis posibilidades disminuyen a medida que nos acercamos a ella. El sol está ya en lo alto del cielo y me permite ver que la mayoría de las mujeres son rechazadas por los guardias. Son muy pocas las que obtienen el permiso para entrar.

—Buena suerte —susurra Pretha cuando llega mi turno.

El guardia que hay en la puerta tiene las orejas puntiagudas y los ojos muy azules. Me mira de arriba abajo, se encoge de hombros y me hace una seña para que pase.

Volviéndome hacia Pretha, le pregunto:

—¿Cómo voy a pagarte todo lo que has hecho?

Ella sonríe.

—Oh, ya pensaré en algo antes de que volvamos a encontrarnos.

Al entrar en el castillo, otro guardia me toma del brazo y me conduce pasillo abajo. Quedo cegada por el brillo de los candelabros de cristal que cuelgan del techo, ya que la luz se refleja en los suelos relucientes.

Miro por encima del hombro para ver si mi nueva amiga está detrás de mí, pero la mujer que me sigue es una desconocida. ¿La han enviado de vuelta a casa? ¿Después de todo lo que ha hecho por mí? Me siento mal. Me parece muy injusto que yo haya entrado y ella no. Debería haberla dejado pasar primero; tal vez habría podido persuadir a los guardias.

—Todo recto. Disfrute de la fiesta —dice mi escolta con brusquedad. Antes de que pueda responderle, me suelta y regresa por donde hemos venido.

Doy unos pasos y contengo el aliento cuando entro en un salón de baile más grande que una manzana entera de mi barrio. La luz natural entra por los ventanales, altos como dos pisos, que van del suelo al techo. Tanto humanos como seres mágicos se pasean por los suelos de mármol. Entro lentamente, mezclándome con la multitud mientras examino el salón.

—¿Por qué tuvo que desprenderse de Jasalyn antes de que acabara mi vestido? —se queja una voz demasiado familiar a mi espalda.

«Cassia.»

El corazón se me acelera.

«Oh, no. No, por favor.»

—Al menos tú tenías algo decente que ponerte —replica Stella—. Yo he tenido que sobornar a una de las modistas de la tienda y a punto he estado de salir de allí sin nada.

No sé de qué me extraño. Es lógico que Cassia y Stella hayan venido; para eso querían los vestidos nuevos. Son de esas chicas idiotas que creen que pueden llegar a ser de la nobleza.

Con la cabeza baja, me alejo de ellas perdiéndome entre la multitud. No quiero pensar en lo que pasaría si me vieran. Harían lo posible para que me echaran, y se reirían de mí si supieran que estoy tratando de salvar a Jas.

Con las prisas por alejarme choco con un fae de anchas espaldas.

—Lo siento. Disculpas. —Sigo caminando sin levantar la cara.

—¿Está bien? —Su voz es profunda y melódica. Algo se altera en mí al oírla y no puedo resistir el impulso de volverme para mirarlo.

Me quedo unos instantes sin aliento al ver al espécimen masculino con el que acabo de chocar.

«Qué guapo es.»

Es alto, con la piel ligeramente bronceada, el pelo oscuro, que le cae en rizos alborotados hasta la mandíbula angulosa, y unos ojos plateados que brillan como luz de luna enmarcados en pestañas oscuras y abundantes. Si fuera humano diría que tiene veintipocos años, pero hay algo en su postura y en la dureza de sus rasgos que lo hace parecer mucho mayor. Frunce los labios mientras me estudia y luego me ofrece la mano.

—¿Un baile, mi señora?

—¿Qué? No.

Tengo que concentrarme. No necesito que este espléndido ejemplar masculino me distraiga. Se le abren mucho los ojos, como si nunca lo hubieran rechazado antes. Y teniendo en cuenta lo guapo que es, no me extrañaría.

—¿Qué tal un paseo por los jardines?

—Déjeme en paz. No estoy interesada en...

Al oír la risa de mis primas, miro por encima del hombro y veo que se acercan.

—De acuerdo, bailemos —rectifico aceptando su mano.

Él vuelve a hacer una mueca con los labios, pero me conduce hacia la zona de baile.

—Será un placer.

Sobre un escenario situado en un extremo de la sala, una orquesta al completo toca una melodía que me llega al corazón, aunque no la he oído nunca antes. Mis pies parecen moverse solos, con un impulso irrefrenable de seguir el ritmo. Mi pareja de baile me mira a los ojos mientras me conduce por la pista de baile. La luz de los candelabros brilla sobre nosotros; son como esferas luminosas que flotan movidas por una suave brisa. Hay algo en el baile —en el modo en que nos balanceamos al mismo tiempo— que me recuerda a la sensación de libertad que se apodera de mí cuando me muevo entre las sombras. Es relajante y embriagador al mismo tiempo. Me proporciona una euforia a la que no quiero renunciar todavía.

Mirándome a la cara, susurra:

—Tan hermosa...

Y en ese momento mis preocupaciones desaparecen, como si nunca hubieran existido.

La canción acaba, dando paso a otra. Otro invitado se interpone entre mi pareja y yo, tomándome la mano antes de que el guapo fae de ojos grises pueda llevarme con él. ¿Tan grave sería bailar un poco más antes de arriesgarlo todo para buscar a mi hermana? ¿Tan grave sería imaginarme por unos minutos cómo podría ser mi vida si no tuviera que luchar constantemente? ¿Cómo sería vivir como ellos, bailando, bebiendo y riendo por tonterías?

Mi cuerpo vuelve a fundirse con la música. La orquesta acelera el ritmo y a medida que los dedos de los músicos se mueven a más velocidad sobre las cuerdas y las teclas, mis músculos anticipan cada nota, cada acorde. Voy pasando de mano en mano, de pareja en pareja, y me siento tan ágil y grácil como una fae. Bailo sin descanso hasta que apenas puedo respirar. Me arden los pulmones y me duelen los pies.

Las caras de mis parejas de baile se confunden en mi mente. Me da igual con quién estoy; lo único que quiero es olvidarme de los problemas y de mi perra vida gracias a la música y el baile.

Sonriendo, sintiéndome más ligera de lo que me he sentido en mucho tiempo, muevo las caderas y los hombros lánguidamente, al ritmo de la música. Sin darme cuenta estoy en el centro de la pista, y dejo que los fae bailen conmigo. Levanto los brazos y los muevo en el aire, sin perder nunca el compás. El tremendo peso de las responsabilidades ha desaparecido. Me siento libre por primera vez en años. Puede que por primera vez en mi vida. El baile es libertad.

Alguien me pone un vaso de vino en la mano y me quedo mirando el líquido sin dejar de bailar. Me siento muy bien y sé que el vino hará que me sienta aún mejor. Lo único que tengo que hacer es dar un trago.

Algo trata de llamarme la atención en mi mente. Quiere recordarme alguna cosa sobre el vino. Alguna cosa que no debería haber olvidado. Pero...

Me lo llevo a los labios. Quiero seguir bailando, seguir disfrutando, seguir sintiendo esta deliciosa libertad.

Alguien me arrebata la copa antes de que llegue a mis labios. Unos brazos me envuelven y me sacan de la pista de baile.

Me resisto porque quiero regresar al lugar donde encajo. Quiero volver a fundirme con la música, a sentir el ritmo, el agradable balanceo de las caderas, el movimiento que hace que la multitud se desdibuje, el ritmo acelerado de las notas y arpegios.

—Ya basta —me susurra al oído.

—No —suplico.

Me arrastra hasta que nos alejamos de los bailarines y de la deliciosa melodía. Entramos en un pasillo tranquilo. Al final del pasillo hay una ventana por la que se cuela la luz del sol, que se esconde por el horizonte. El paisaje está bañado por el resplandor anaranjado del crepúsculo.

Cuando la música deja de dominarme la mente trago saliva. Los sentidos van regresando lentamente. Gota a gota, como un grifo llenando una taza, los pensamientos se ordenan.

«Jas. Tengo que salvar a Jas.»

Estoy atrapada entre los brazos de un fae que me mantiene inmovilizada. Es demasiado grande y fuerte; no puedo resistirme.

—Tienes que recuperar el aliento —me susurra al oído.

Me libero bruscamente de su abrazo y me doy la vuelta. Es el fae de ojos plateados, el primero de todos con los que he bailado. Esta vez ya no me llama señora. Al parecer piensa que bailar conmigo le da derecho a tutearme. Pues mejor, no soy nada amiga de las formalidades.

—¿Está...? —Inspiro hondo y me vuelvo, aturdida, hacia la ventana que hay al final del pasillo—. ¿Está anocheciendo?

Él entorna los ojos y me dirige una mirada burlona.

—¿Has perdido la noción del tiempo?

Cierro los ojos con fuerza, maldiciéndome en silencio. Como una idiota, me he dejado drogar por la música. He perdido horas que debería haber dedicado a registrar el castillo para encontrar a Jas. Y he estado a punto de beber vino feérico.

«Idiota.»

—Estoy bien.

—Sí, ahora sí. —Señala hacia mi muñeca con la cabeza—. Qué cicatriz tan interesante.

Se me encoge el corazón al pensar en Jas. Ella siempre se refiere a la cicatriz como mi luna y mi sol. Por un lado parece una luna creciente y por el otro un sol reluciente.

—Quedé atrapada en un incendio cuando era niña. Tuve suerte de salir con vida. —Aprieto los labios con fuerza. No debería contarle detalles de mi vida, pero es difícil resistirse a su encanto. Él no aparta los ojos de la marca.

—Pero ¿fue...? —Se tensa cuando algo le llama la atención al final del pasillo—. La reina se acerca.

No sé si lo dice como una advertencia o es que no quiere que me lo pierda. Señalando hacia el salón, le digo:

—Por favor, vuelve a la fiesta.

—No dejes que vea la cicatriz —me advierte con los ojos brillantes.

¿Qué? ¿Por qué? No tengo tiempo de preguntarle nada, porque me hace una reverencia completa —inclinándose desde las caderas, un saludo reservado para las personas situadas en los rangos más elevados de su sociedad— antes de desaparecer entre la multitud que llena el salón de baile. Una parte de mí quiere seguirlo y exigirle que me explique qué ha querido decir, pero otra parte me dice que no me arriesgue a caer de nuevo presa del embrujo de la música. No puedo perder más tiempo.

Me quito un alfiler de la falda y el vestido de baile desaparece. Vuelvo a llevar el sencillo vestido de seda roja con el que he cruzado el portal. Retrocedo para ocultarme entre las sombras y suspiro aliviada. Me alegro de que mi encuentro con el atractivo fae haya terminado, aunque mi mente reproduce en bucle las sensaciones que me ha despertado. No puedo olvidarme de lo que he sentido bailando entre sus brazos ni de su mirada mientras susurraba: «Tan hermosa». ¿Se refería a la música? ¿A la fiesta? ¿Por qué quiero creer que se refería a mí? ¿Qué más me da?

Oigo pasos que se acercan. Son las fuertes pisadas de una docena de centinelas que escoltan a una fae con una reluciente corona dorada en la cabeza.

Me quedo boquiabierta al ver a Arya, la reina Dorada, máxima autoridad de la Corte del Sol. Su pelo brilla como oro hilado y su piel resplandece como la luz del amanecer reflejada en el agua. Y sus ojos... Sus ojos no están a la altura del resto. Son azules, pero no deslumbran. Al contrario, me parecen vacíos, solitarios.

Érase una vez una princesa fae, una princesa Dorada que se enamoró del rey de las Sombras...

¿Acaso el rey le rompió el corazón?

Niego con la cabeza, obligándome a concentrarme. El fae de ojos plateados tenía razón en una cosa: no puedo dejar que la reina me vea; ni ella ni sus centinelas. Tengo que ocultarme para poder moverme sigilosamente por el castillo mientras los demás están distraídos en el baile.

Al bajar la vista ahogo una exclamación. No hay nada. Donde deberían estar mis manos, mis piernas, mi cuerpo... no hay más que sombras. Sacudo la mano delante de la cara, pero sigo sin ver nada. Soy... ¿invisible?

Me echo hacia atrás, buscando apoyarme en la pared, pero la atravieso y voy a parar a una bulliciosa cocina iluminada por la luz del atardecer.

—Y ¿tú qué haces aquí? —me recrimina un enano musculoso con un gorro de chef. Tiene un enorme morro de cerdo y cuernos de marfil retorcidos.

Me levanto del suelo, mirando hacia la pared que juraría que acabo de atravesar.

—¿Has venido a robar comida a mi cocina? —Me golpea la espalda con un cucharón—. Largo de aquí, asilvestrada.

—Sí, señor —murmuro.

Busco la salida más cercana y me escapo a toda prisa. Voy a parar a un pasillo distinto, iluminado por velas, colocadas en candeleros no demasiado juntos. No hay ventanas, por lo que es un lugar bastante sombrío.

Extiendo una mano hacia las sombras y veo cómo desaparece. ¿Será una reacción extraña por haber cruzado el portal? En el mundo normal tengo una gran habilidad para pasar desapercibida entre las sombras. ¿Acaso puedo desaparecer del todo en este mundo?

Oigo voces que me llegan desde una habitación a cierta distancia. Me oculto entre las sombras y espero volverme invisible mientras escucho.

—Se espera que venga el príncipe esta noche —anuncia una voz profunda.

—Sí, señor. Comprendo —replica otra voz masculina, aunque esta no es grave, sino chillona—. Pero el príncipe no ha vuelto todavía. Como bien sabe, es reacio a regresar... y más reacio aún a elegir pareja.

—Pues ve a buscarlo —ordena la primera voz—. Si me obligas a dar malas noticias a la reina, estaré muy disgustado.

El palacio está rebosante de mujeres ansiosas por ofrecerle su vida al príncipe de los seelies... ¿y él ni siquiera se molesta en aparecer? Qué típico. Todos los seres mágicos son igual de egoístas.

Los dueños de las voces aparecen en el pasillo y se dirigen hacia mí. Son fae élficos, altos, elegantes, de aspecto noble, vestidos con uniformes amarillos y grises. Tal vez pertenezcan a la guardia de la reina.

Permanezco oculta entre las sombras, rezando para ser invisible a sus ojos y no solo a los míos. Pasan por mi lado y contengo el aliento cuando uno me roza la barriga con el codo.

Solo después de que vuelvan la esquina me doy permiso para respirar. Con cautela echo un vistazo a la habitación de la que han salido. Es una oficina con dos escritorios, montones de libros y mapas en las paredes, pero lo que más me interesa es la ventana y la luz que entra por ella, cada vez más débil.

Tengo que encontrar el armario; ya he perdido demasiado tiempo.

Lo he encontrado. En una habitación escondida en uno de los pisos más bajos del palacio, en un rincón de un trastero, he encontrado un gran armario ropero con alas pintadas en las puertas.

El castillo de la reina es muy grande, está lleno de fae, y mucho más iluminado de lo que le conviene a alguien como yo, que se mueve con más comodidad en la oscuridad y las sombras.

Hay muy pocas habitaciones o pasillos vacíos; siempre hay alguien cerca, pero lo he recorrido entero. Podría haber ahorrado mucho tiempo si se me hubiera ocurrido empezar por las despensas y los trasteros, pero,

teniendo en cuenta el tamaño del palacio, no me quejo. Es un milagro que lo haya encontrado.

Aquí abajo está oscuro y se está fresco. Estoy tan cansada que me gustaría echarme en cualquier rincón y dormir una semana entera. Llevo despierta casi veinticuatro horas y me duelen los músculos por las horas que he pasado bailando al ritmo de las tonadas mágicas. Pero no puedo detenerme ahora; tengo que llegar a la corte unseelie. El nombre de mi hermana me retumba en la cabeza recordándome lo que está en juego y dándome la energía que necesito para no rendirme.

Cuando abro las puertas del armario me doy cuenta de que no sé qué estoy buscando. Lo que tengo delante es —al menos en apariencia— un mueble normal y corriente, un lugar donde guardar ropa. No es que esperara encontrarme un cartel con luces de neón que dijera: ¡PORTAL MÁGICO! ¡ENTRA AQUÍ A MEDIANOCHE PARA ENCONTRAR A TU HERMANA!, pero esperaba que hubiera algo que me permitiera adivinar cómo usarlo.

El caso es que no, no hay nada remotamente obvio. Bakken mencionó las alas, pero tal vez haya más armarios en el castillo que coincidan con su descripción. ¿Y si la reina decidió destruir el portal y estoy frente a un armario normal y corriente?

Abro todos los cajones y palpo las paredes y el fondo, pero no encuentro nada: ni un pasadizo secreto, ni compartimentos escondidos, ni un doble fondo. Tal vez funcione como el portal del río. Quizá se trate de entrar y creer.

Pero ¿entrar dónde? ¿Cómo?

Oigo una risa ronca a mi espalda y me vuelvo bruscamente hacia la voz.

Al principio no veo nada, pero enseguida aparece un globo de luz mágica que flota en el aire en mi dirección y un fae alto y moreno emerge de las sombras. Reconozco de inmediato sus ojos plateados. Me llevo la mano a la cadera, buscando la daga que no tengo. Sabía que no podría entrar con armas en el castillo y he tenido la genial idea de venir a este peligroso reino desarmada por completo. Si tuviera dos dedos de frente me habría dirigido a la armería real antes de buscar el armario. No, si tuviera dos dedos de frente habría hecho que Bakken me dijera cómo ir

directamente a la corte unseelie. Si no descubro pronto cómo cruzar este portal, tendré que ocultarme en el castillo durante un día entero hasta que vuelva a abrirse.

«Se me está acabando el tiempo.»

—¿Me has seguido? —le pregunto.

—Una humana fascinante se presenta en el baile del príncipe Ronan y se cuela por todos los rincones del palacio sin que nadie la detecte. Por supuesto que te he seguido.

Al parecer alguien me ha detectado... y me ha seguido hasta aquí.

—Estoy muy intrigado —añade, aunque no suena intrigado, sino más bien molesto.

Me tenso, esperando que llame a los centinelas en cualquier momento. O que me atrape él personalmente y me arroje a una mazmorra o algo parecido. Pero no hace nada. Entonces me doy cuenta de que este fae de ojos plateados y pelo oscuro no puede formar parte de la nobleza de la corte dorada.

«Nada de tratos cerrados con los seres de ojos plateados.» Y él pertenece a la Corte de la Luna.

—¿Quién eres?

Él se echa a reír.

—Podría preguntarte lo mismo.

Alzo la barbilla. Si no es miembro de la corte de la reina, no tiene por qué saber que yo tampoco pertenezco a la corte.

—Soy una de las doncellas de la reina Arya. Me ha mandado a buscar una cosa.

Él cruza los brazos ante el pecho y ladea la cabeza.

—No te pareces en nada a las doncellas de la reina.

—¿Las conoces a todas?

—Supongo que no. —Me examina en detalle—. Pero estoy bastante bien informado sobre los humanos que entran en su corte.

—Tal vez no estás tan bien informado como te crees.

Sé que no debo discutir con un fae. Debería huir en vez de charlar con él. Y, sin embargo, siento una atracción irresistible. Hay algo en él que me impulsa a acercarme en vez de salir corriendo. El poder me hace vibrar la

sangre en las venas. Es una sensación parecida a la euforia que he experimentado al bailar con él.

«¿Por qué nadie me dijo que los humanos teníamos poderes en el reino de los fae?»

Él me dirige una sonrisa irónica mientras avanza hacia mí. Aunque solo da un paso, es suficiente para darme cuenta de lo grande que es. Lleva unos elegantes pantalones negros y una casaca a juego que parece de terciopelo, aunque tiene los hombros tan anchos como un guerrero. Y yo aquí, desarmada.

«Puedes atravesar las paredes, Brie. No estás atrapada», me digo. Y gracias a esos ánimos que me doy, logro inspirar hondo y dejar que él me observe como si no tuviera nada que ocultar.

—Si querías hacerte pasar por una de las doncellas de Arya, podrías haberte molestado en enterarte de los colores que suelen usar. —Su pecho sube y baja, como si se estuviera aguantando la risa—. Y deberías saber que la reina nunca contrataría a una doncella que fuera más hermosa que ella.

Me ruborizo sin remedio y tengo que esforzarme por no bajar la vista hacia el vestido. Ya me había medio convencido de que me había imaginado lo que me ha dicho mientras bailábamos. ¿Este guapísimo ser mágico me encuentra hermosa? Supongo que todavía me dura el efecto de los cosméticos de Pretha, pero, incluso así, si quiere hacerme creer que soy más hermosa que la reina, es que está tratando de halagarme.

—¿Qué quieres?

—Me encantaría saber quién eres.

—Te lo acabo de decir.

—No eres una doncella. Y he vivido lo suficiente para reconocer a una ladrona cuando la veo. —Sacude la cabeza—. Lo que no entiendo es qué pretendes robar aquí. ¿Qué piensas que se esconde en este armario?

Me cruzo de brazos y no me molesto en responder.

—Tal vez estés buscando algo que nos interesa a los dos —insiste—. Tal vez podríamos colaborar. Dime qué necesitas, preciosa ladrona.

Estoy a punto de contárselo todo. Este fae tiene un encanto especial que te impulsa a querer explicarle todo lo que quiera saber. Me muerdo la

lengua a tiempo. Por supuesto que tiene encanto. Es un ser mágico; un unseelie, para más señas. Llevan el encanto y la crueldad en la sangre.

Probablemente tenga la capacidad de obligarme a contárselo y no puedo arriesgarme a comprobarlo. Noto una opresión en el pecho que no me deja inspirar hondo. Me siento acorralada, atrapada bajo el escrutinio de su mirada, a la que no se le escapa nada.

Las campanas del palacio empiezan a sonar, y las paredes parecen temblar.

«Campanas.»

—¿Qué hora es?

—Casi medianoche —responde mirándome a los ojos—. ¿Te esperan en algún sitio?

Quedo presa de su mirada y, por un momento, no logro recordar por qué tengo prisa. Nunca he visto unos ojos como estos, plateados, con vetas blancas. Son extraordinarios, como el resto de su cuerpo; fascinantes, tan hermosos que hechizan. Son peligrosos.

Las campanas siguen sonando.

«Seis. Siete. Ocho.»

Doy un paso hacia atrás tambaleándome.

—Tengo que irme.

«Nueve. Diez.»

Se le abren los orificios de la nariz cuando inspira hondo.

—Deja que te ayude.

«Once.»

Frenética, me lanzo dentro del armario.

«Doce.»

Quiero empujar la pared del fondo, pero no la alcanzo porque caigo hacia abajo y voy a parar sobre una inmensa cama con dosel, de madera de ébano, que preside una habitación decorada con elegancia. A mi alrededor veo media docena de centinelas, armados con espadas y listos para atacar.

No reconozco mi entorno.

«¿Dónde estoy?»

Un centinela avanza hacia mí.

—Abriella Kincaid, acompáñenos. El rey Mordeus la espera.

6

Me tenso aterrorizada. Los guardias que me rodean son muy musculosos. Tienen cuernos curvos en la cabeza y lenguas viperinas que asoman de sus bocas cada pocos segundos, como las de las ranas.

Aunque sé que los hermosos fae que constituyen la nobleza de los seres feéricos son igual de letales que el resto de los seres mágicos, estos centinelas hacen que me den ganas de salir huyendo y esconderme. Intento desaparecer o camuflarme entre las sombras, pero el poder que tenía en el palacio de la reina se ha desvanecido. Una mano que parece una zarpa me aprisiona la muñeca y tira de mí.

—¡Ya basta! Nadie hace esperar al rey.

—Solo hablaré con él si no me hacéis daño.

El centinela que me mantiene sujeta resopla burlón sin hacer caso de mi amenaza. Otros dos se acercan y me agarran por el otro brazo.

—Soltadme. —Dejo de hacerme la valiente, presa del pánico—. Si me soltáis, prometo seguiros.

Dos de los centinelas intercambian una mirada asombrada y divertida. El tercero se echa a reír antes de comentar con los otros dos:

—Se cree que confiamos en ella.

Sus zarpas se me clavan en las manos y los brazos mientras me sacan de la habitación. Recorremos un pasillo poco iluminado. Cada vez que doblamos una esquina, mi pánico aumenta un poco más.

Van a llevarme ante el rey, y él me encerrará en un calabozo. Me esclavizarán, como a tantos otros humanos antes que a mí. Saber que mi vida está a punto de terminar es horrible, pero aún peor es saber que le he fallado a Jas.

Me hacen entrar en una habitación más grande que los pasillos que acabamos de recorrer. Hay globos luminosos en lo alto del salón moviéndose al ritmo de la música. Varios fae y otros seres mágicos bailan bajo la luz de la luna que se cuela por la cúpula de cristal del techo.

La Corte de la Luna es mucho más hermosa de lo que me había imaginado, y lo que tengo ante los ojos no es fruto de ninguna alucinación. Pensaba que iba a encontrarme sacrificios humanos sobre grandes hogueras; torturas por doquier y aullidos de dolor de los que ponen la piel de gallina, pero lo que veo es un baile, tan elegante como el que estaban celebrando en la corte dorada. Y aunque los centinelas que me escoltan son espeluznantes, los nobles elegantemente vestidos son tan hermosos como los que he visto en el palacio de la reina.

Entramos, y los centinelas tiran de mí hacia delante. Como si hubieran estado esperando mi llegada, los cortesanos guardan silencio y se separan, dejando a la vista el trono de ébano pulido colocado sobre un estrado en el extremo opuesto del salón. De pie, junto al trono, con los brazos cruzados ante el pecho, hay un ser mágico que solo puede ser el rey Mordeus.

Aunque estoy en la otra punta del salón, distingo sus ojos plateados, que fija en mí mientras me acerco. Desprende arrogancia y autoridad. Tiene las piernas separadas. Todo en él irradia poder y confianza en sí mismo.

Lleva el pelo moreno recogido en la nuca, con excepción de dos trenzas blancas que cuelgan libremente y le enmarcan el rostro, recorriendo los altos pómulos y las afiladas mandíbulas. De no ser por la crueldad que brilla en sus ojos, diría que es una belleza, pero esos ojos...

Siento un escalofrío. Estoy ante el ser que compró a mi hermana como si fuera un objeto que se puede poseer. Es un gobernante que no se detiene ante nada para hacerse con lo que considera que es suyo.

Alza una mano y la música deja de sonar. La multitud guarda silencio absoluto. Haciendo un gesto con el dedo, ordena:

—Traédmela.

Los centinelas obedecen y me conducen tan deprisa que no puedo seguir su ritmo.

—Abriella, la Niña del Incendio —enuncia el rey contemplándome de arriba abajo con un brillo posesivo en la mirada—. Nadie me dijo que la ladrona humana fuera tan hermosa.

Quiero escupirle y arrancarle los ojos. Este engendro del mal es capaz de haberle hecho daño a mi hermana... o algo peor. Tal vez puede adivinar lo que estoy pensando, porque, cuando los centinelas me empujan hacia él, se echa a reír.

Me tambaleo, pero recobro el equilibrio. No sirve de nada porque, al incorporarme, un centinela me golpea en las corvas y me hace caer de bruces sobre el frío suelo de mármol.

—Hay que postrarse ante su majestad el rey de las Sombras, el señor de la Noche, gobernante de las Estrellas.

Noto un dolor que me sube por las piernas. Cuando trato de levantarme no puedo hacerlo. Hay ligaduras invisibles que me obligan a permanecer postrada ante este rey malvado.

Siento que me inunda una rabia tan incendiaria como las llamas de mis pesadillas. Durante un instante el salón se queda a oscuras. La oscuridad es tan intensa que no se ve nada en ninguna dirección.

Suelto el aire y todo vuelve a la normalidad. ¿Qué ha sucedido? ¿El rey está tratando de impresionar a una insignificante humana con una demostración de sus poderes?

—Impresionante —dice el rey sonriéndome—. Francamente impresionante.

¿Está alabando su propia magia?

Alzo la barbilla. Pueden obligarme a arrodillarme, pero no a mostrarle respeto a su rey.

—Me advirtieron que era imposible —sigue diciendo el rey—. Me dijeron que ningún humano podría recorrer el Palacio Dorado sin que nadie se diera cuenta, pero yo sabía que tú eras distinta. Eres especial.

—¿Dónde está mi hermana? —Mis palabras parecen un chorro de vapor de agua saliendo de una tetera por la rabia que hierve en mi interior.

La sonrisa que el rey me dirige parece cordial. Me mira como un amigo que quiere asegurarte que todo irá bien, pero ni siquiera esa sonrisa puede disimular la gelidez de su mirada.

—Tu hermana está a salvo. De momento.

—¿Para qué la quieres? —le pregunto y, si le molesta que lo tutee, no lo demuestra—. Eres un rey y tienes poderes mágicos. Puedes conseguir a cualquier pareja que quieras. Hay miles de humanas que harían cola para estar contigo.

«Las muy idiotas», añado en mi cabeza. Vuelvo a preguntarme si es capaz de leerme la mente, porque sonríe con ironía y se le escapa la risa.

—No quiero a tu hermana.

—Entonces ¿por qué...?

—Te quiero a ti.

Tiro de las ataduras invisibles que me sujetan.

—Eso no tiene sentido.

—Ah, ¿no?

—Si me querías a mí, ¿por qué compraste a mi hermana?

—¿Habrías acudido a mí si te lo hubiera pedido? ¿Habrías obedecido mis órdenes si hubiera comprado tu contrato en vez del suyo? —Sus ojos brillantes se clavan en los míos con tanta intensidad que siento que me está estudiando el alma—. No, una chica como tú no se prestaría a ayudarme, ni siquiera para salvar su propia vida. En cambio, si tuvieras que ayudar a alguien, si la vida de tu hermana dependiera de ello...

—¿Para qué necesitas la ayuda de alguien como yo?

—Abriella, todo el mundo sabe que eres más de lo que aparentas... Hasta tú lo sabes. —Juguetea con la punta de una de las trenzas blancas—. Has logrado colarte en el castillo de la reina Dorada y recorrerlo. Has encontrado el portal y has llegado hasta aquí sin que nadie te descubriera. Me has impresionado hasta a mí, el señor de la Noche. Estoy convencido de que puedes hacer algo por mí; algo que nadie más puede hacer.

—Lo dudo —replico despectivamente, aunque enseguida me arrepiento y desearía borrar mis palabras. Mientras mi hermana esté en su poder, estoy a su merced y él lo sabe. Si esta misión es la única manera que tengo de conseguir la libertad de Jas, necesito que él crea que estoy dispuesta a hacer

lo que sea—. No haré nada mientras mi hermana siga prisionera. Envíala de vuelta a casa y entonces hablamos.

—¿A casa? ¿Quieres que la envíe a ese sótano mohoso en las entrañas de la casa de esa bruja? —Se echa a reír, esta vez con más ganas, y toda la corte sigue su ejemplo y ríe a mi espalda.

«Los odio a todos.»

—¿Quieres que crea que, si libero a tu hermana, entonces me concederás tus servicios voluntariamente? —sigue diciendo.

—¿Quieres que crea que la liberarás si te ayudo?

Él asiente con la cabeza.

—Por supuesto. Y, además, no tienes más remedio que creerme. Me parece que podemos cerrar un trato. A cambio de tus servicios, yo libero a tu hermana y la devuelvo a casa sana y salva. Pero solo después de que tú regreses con lo que la corte dorada me ha robado.

—Y ¿por qué no lo haces tú mismo? ¿No eres el todopoderoso señor de la Noche?

Él sonríe y, una vez más, su belleza siniestra me altera.

—Gracias por el piropo, pero no pienso abandonar el trono para hacer recados.

Señalo con la barbilla al centinela que está a mi lado.

—Pues envía a alguno de tus guardias.

—Esta misión no puede llevarla a cabo un ser mágico. —Une los dedos de las manos en forma de pirámide y da golpecitos con las puntas—. La reina Arya está buscando esposa para su hijo, pero tiene que ser una humana. Creo que al príncipe Ronan le gustarás mucho.

—¿Qué tiene que ver el príncipe con...?

Mordeus me hace callar con un gesto de la mano. Literalmente. Muevo la boca, pero no salen palabras. Me llevo la mano a la garganta y le dirijo una mirada cargada con todo el odio que siento hacia él.

—Mañana —sigue diciendo el rey— el príncipe elegirá a una docena de jóvenes que permanecerán en el palacio como posibles prometidas. Tú te ofrecerás como candidata para infiltrarte en la corte de mis enemigos. Y mientras tratas de ganarte la mano del joven Ronan, recuperarás algunos objetos de mi propiedad que la reina se ha quedado demasiado tiempo. —

Vuelve a sonreír—. Tendrás que ganarte el corazón y la confianza del joven príncipe para poder acceder a los artefactos mágicos que robaron de mi corte. Tendrás que traerme los tres si quieres que libere a tu hermana.

De pronto la mordaza que me impedía hablar desaparece y suelto un grito sin poder evitarlo.

—¡Estás loco! No tengo ni idea de cómo ganarme el corazón de un fae. —Y aunque lo supiera. Solo de pensarlo me estremezco. La idea de seducir a un ser mágico hace que se me encoja el corazón—. ¿Cómo estás tan seguro de que seré una de las elegidas? Hay cientos de candidatas que matarían por conseguirlo.

El rey se echa a reír.

—Tienes que entender que nada de lo que pasa en mi reino es coincidencia, humana. Si te presentas ante el príncipe, él hará todo lo posible por mantenerte a su lado. Y te dará el acceso que necesitas.

—Nadie se creerá que me he enamorado de un fae.

—¿Quieres recuperar a tu hermana o no? —salta, y su sonrisa desaparece dejando vislumbrar un temperamento peligroso.

Trago saliva.

—¿Cómo puedo saber que está en tu poder? ¿Cómo puedo saber que no me engañas?

Él se saca un retal de tela rosa del bolsillo y lo tira al suelo, delante de mí.

—Esto es todo lo que puedo ofrecerte.

Ahogando un sollozo, cojo el trozo de tela que pertenece al vestido que usa Jas para coser.

—Déjame verla.

—¿Quieres que lleve a la ladrona más hábil de Elora a la misma habitación que mi posesión más valiosa? Ni se me ocurriría. Sin embargo —da una palmada y se acerca a mí—, cuando recuperes el primer artefacto, podrás verla, ya que es un espejo mágico que te permite ver lo que quieras en él.

—¿Pretendes que me fíe de un espejo?

Él arquea una ceja como diciendo: «Y tú, ¿pretendes que me fíe de ti?».

—Déjame ver a mi hermana y luego hablamos sobre la misión que me has preparado. —¿Y si mi hermana no está aquí? ¿Y si le está haciendo daño ahora mismo? ¿Y si ya no está en este mundo? Solo pensar en ello hace que la sangre me hierva de rabia en las venas—. Te has tomado muchas molestias para traerme hasta aquí. Lo menos que puedes hacer es mostrarme a mi hermana; no es negociable.

—¿Crees que estás en posición de negociar nada?

Tiro de las ataduras invisibles que me inmovilizan. Al no lograr liberarme, le escupo. A Mordeus se le encienden los ojos y se le abren las aletas de la nariz. Cuando alza una mano abierta y me señala con ella, una bola de oscuridad rueda hacia mí.

Trato de apartarme, pero no lo consigo. Cuando me alcanza me encuentro en una habitación vivamente iluminada con un ligero olor a moho y a orina. Mi vestido es tan fino que no me aísla del frío suelo de piedra. Me levanto y los dientes me empiezan a castañetear.

«¿Dónde estoy?»

No hay puertas ni ventanas, al menos no veo ninguna. Solo cuatro paredes de piedra, el suelo de piedra y una luz cegadora que parece salir directamente del techo. ¿Acaso en la corte de las sombras se usa la luz para torturar a sus prisioneros?

Temblando —tanto de frío como de rabia— recorro el perímetro de la habitación. Empujo las paredes buscando grietas entre las piedras o cualquier otra cosa, pero no encuentro ninguna salida.

Me abrazo y, entornando los ojos para protegerme de la luz cegadora, trato de distinguir si hay alguna trampilla en el techo. Supongo que me han lanzado a una mazmorra, más parecida a un foso que a una celda, pero solo son suposiciones porque la luz no me deja ver nada.

—¿Hola? —Mi voz rebota sobre las piedras—. ¿Hay alguien ahí?

No hay respuesta.

—¡Exijo hablar con el rey!

No hay respuesta.

Le doy una patada a la pared, pero solo consigo hacerme daño en el pie.

—¡Sacadme de aquí!

No hay respuesta.

Me miro las manos y deseo que desaparezcan entre las sombras, como en el castillo de la reina, pero aquí no hay sombras. Y sin oscuridad no puedo esconderme ni desaparecer.

Me dejo caer al suelo, deslizándome por la pared, y me abrazo las rodillas. Estoy muy cansada. La última vez que dormí fue en el suelo de la habitación de Nik, cuando logré cerrar los ojos unas cuantas horas antes de salir huyendo de los hombres de Gorst. Ha pasado un día entero desde que crucé el portal.

No me quedan fuerzas para llorar. La rabia ha agotado las pocas que me quedaban. Estoy exhausta por el viaje, pero me niego a aceptar que esté atrapada aquí. No he venido hasta aquí por nada.

Apoyo la cabeza en las rodillas y cierro los ojos. Me imagino a mi hermana ovillada en una habitación parecida a esta, llorando hasta quedarse dormida. Pienso en la ternura con que Sebastian me miraba cuando me regaló el amuleto de cristal para protegerme. Cuando regrese a Fairscape y no me encuentre allí, ¿qué pensará?

Estoy en dos sitios a la vez. Soy dos personas a la vez. Soy el proyecto de rescatadora que duerme en un rincón de la mazmorra de Mordeus, la chica que le ha fallado a su hermana. Pero también soy la niña protectora de ocho años que se arrebuja bajo las mantas con su hermana pequeña, alimentándole la moral como si le diera papilla para que no pierda la esperanza y no se ahogue entre tanta tristeza. Los sueños son muy raros. Sé que estoy soñando, pero no quiero despertarme porque Jas me acompaña en el sueño, y mientras esté conmigo se encuentra a salvo.

Nos hallamos en el dormitorio de una de las plantas superiores de la casa, la que compartíamos antes de que el tío Devlin muriera. Le seco las lágrimas porque está llorando. Esta noche echa mucho de menos a nuestra madre. Yo también, pero mi dolor solo serviría para aumentar el suyo, por eso lo guardo bajo llave en mi corazón y le aparto el pelo castaño de los ojos.

—La echo de menos —se lamenta sollozando.

—Seguro que ella también nos echa de menos a nosotras —susurro—. Seguro que está planeando la manera de venir a buscarnos.

Jas se sorbe los mocos.

—¿Me cuentas un cuento?

Vuelvo a apartarle el pelo de la cara y me invento un cuento donde aparecen castillos de nobles fae. Mientras explico la historia siento que es importante, pero al mismo tiempo es como si me estuviera observando a mí misma desde lejos. No distingo las palabras, es como si oyera un murmullo que me llega desde otra habitación.

Cuando Jas me aprieta la mano me doy cuenta de que he llegado a un punto emocionante del cuento.

—Y ¿qué pasa luego? —me pregunta.

—El cruel rey espera a que la princesa de las Sombras llegue a su castillo. —Me había olvidado de este cuento. Nuestra madre nos lo contó solo una vez, la noche antes de marcharse—. El falso rey sabía que ella podía dominar las sombras; lo que no sabía era que su gran corazón y su amor inagotable le costarían el trono.

Jasalyn cierra los ojos y su expresión se dulcifica al dormirse. No sé si está soñando o medio dormida cuando dice:

—El príncipe te ayudará a encontrarme.

Al mirar hacia las sombras que hay al pie de la cama veo por un instante al fae de ojos plateados que conocí en el baile. Su imagen se desvanece como un bonito recuerdo.

—¿Quién te contó esa historia? —me pregunta, y su imagen es casi una sombra incorpórea.

Me siento en la cama y le sonrío, extrañamente animada por su presencia y por las palabras de mi hermana. Me siento segura bajo la mirada intensa de este ser mágico que no deja de ser un extraño. Me siento menos sola.

«El príncipe te ayudará a encontrarme.»

Me levanto de la cama y arropo a Jas con las mantas.

—Nuestra madre nos contó muchos cuentos.

—Y entonces ¿por qué te sientes tan desvalida?

De pronto el dormitorio se convierte en la fría mazmorra sin puertas ni ventanas donde el rey malvado me ha encerrado. Y lo recuerdo todo.

«Estoy prisionera. Esto es un sueño.»

—Porque lo estoy.

Los ojos plateados se encienden con un fogonazo de algo que parece furia y un instante después me encuentro bajo un vasto cielo estrellado. La luna es como un faro sobre mi hombro, que me da seguridad.

El fae de ojos plateados se materializa, como si la luz de las estrellas le concediera fuerza y poder. Lleva el pelo rizado recogido y frunce el ceño preocupado.

—Solo estás desvalida si crees que lo estás —me dice dirigiéndome una mirada burlona mientras las estrellas se reflejan en sus ojos—. No tenemos mucho tiempo.

—¿Qué?

—No te dejará salir hasta que no aceptes la misión. No os soltará a ninguna de las dos hasta que lo hagas. Yo te ayudaré a recuperarla. Ven a buscarme.

—Tú también eres unseelie. ¿Por qué iba a aceptar tu ayuda? Probablemente trabajas para él.

Sus ojos centellean.

—Nunca. Lo juro por mi magia. —Pestañea y vuelve la cabeza a un lado—. Se acercan.

Desaparece y con él desaparece también la noche oscura. La luz cegadora ocupa su lugar.

—Despierta, Niña del Incendio. —La orden va seguida de una risa seca.

Al abrir los ojos veo a un goblin en el centro de la mazmorra. Me sonríe, con los dedos nudosos extendidos hacia mi pelo y los ojos saltones brillantes de emoción. Sin embargo, a mí me cuesta abandonar del todo el reino de los sueños y no puedo concentrarme en la criatura que tengo delante.

«¿Por qué he soñado con ese fae?»

Parecía tan real. ¿Por qué he soñado con que un desconocido me aconsejaba? ¿Por qué no Sebastian? ¿O Jasalyn? ¿O algún otro conocido?

El goblin me ofrece la mano, y me obligo a centrarme en el aquí y ahora.

—El rey cree que una noche de sueño reparador puede haberte hecho cambiar de opinión. Vamos a verlo.

Mi primer impulso es negarme, pero ¿qué voy a conseguir con eso?

Asintiendo, acepto su mano huesuda. No he acabado de levantarme del suelo cuando aparecemos en el salón del trono. A diferencia de ayer, el salón está vacío, con la excepción de Mordeus, que se encuentra delante del trono como si hubiera estado caminando de un lado a otro. A pesar de que la sala está vivamente iluminada por la luz de la mañana que entra por las ventanas y la claraboya del techo, el salón parece más grande y más frío.

—¿La mortal ha reconsiderado mi oferta? —pregunta el rey a su goblin mirándolo con dureza. Es la viva imagen del gobernante que no tolera que rechacen sus órdenes.

Se me encoge el estómago, pero me obligo a inspirar hondo una y otra vez. No me fío de los seres mágicos, y de este menos que de nadie, pero confío en mis sueños. «Lo juro por mi magia», ha dicho. Y me parece recordar que una vez mi madre me contó que los fae no pueden romper una promesa hecha sobre sus poderes. Tengo que creer que mi subconsciente ha rescatado este recuerdo por alguna razón concreta.

Trato de levantarme del suelo, pero vuelvo a encontrarme prisionera de las cadenas invisibles. Me muerdo el labio para no mostrarle los dientes.

—La he reconsiderado.

«Fingir que quiero casarme con el príncipe para infiltrarme en el castillo. Robar unos cuantos artefactos mágicos y liberar a mi hermana. Puedo hacerlo.»

—Si recupero los tres artefactos y los devuelvo a... —Titubeo. No quiero darle nada a este ser que piensa que las humanas son objetos que pueden comprarse. De ahí que mi intuición me empuje a reformular sus condiciones—. Si devuelvo los artefactos a la corte unseelie, liberarás a mi hermana y la llevarás sana y salva a un lugar de mi elección del reino de los humanos. —No es una pregunta; son mis condiciones.

Sus ojos plateados se encienden con el brillo de la victoria. Sabe que ha ganado.

—Tienes mi palabra, Niña del Incendio.

—Júralo por tu poder.

Él hace una mueca y sus facciones se endurecen un instante antes de volver a ponerse la careta amable.

—¿Quién te ha contado eso?

Me encojo de hombros.

—Todo el mundo lo sabe —respondo mintiendo—. Me temo que solo así voy a poder fiarme de ti.

—De acuerdo. Con una condición. Si le cuentas nuestro acuerdo a alguien de la corte seelie, el trato será inválido y tu hermana será el regalo que les haré a mis goblins el próximo solsticio. ¿Te queda claro?

«Y ¿a quién se lo iba a contar? La única persona de la que me fío en este reino es Jasalyn.»

—Me queda claro.

Él sonríe.

—Entonces, trato hecho. Cuando los tres artefactos vuelvan a estar en mi corte, en el sitio que les corresponde, devolveré a tu hermana, sana y salva, al lugar que elijas del reino humano.

—Viva. La devolverás viva —especifico. Ya sé que «sana y salva» debería ser suficiente, pero no quiero dejarle ninguna rendija abierta.

—Viva. Lo juro por mi poder. —Chasquea los dedos y un espejo plateado aparece en su mano—. Esta es una réplica del Espejo del Descubrimiento. Cuando lo encuentres, reemplázalo con este, para que la reina no se dé cuenta de que falta.

—¿Qué pasará cuando se dé cuenta de que es falso?

Él niega con la cabeza.

—Solo alguien con sangre unseelie podría darse cuenta.

—¿Dónde encontraré el espejo auténtico?

Él se encoge de hombros.

—Lo único que sé es que Arya lo ha escondido en algún lugar de la corte seelie. Tendrás que registrar el palacio, pero eso no será un problema para alguien que ha sido capaz de encontrar el portal. —Con una sonrisa irónica, me ofrece el espejo—. Puedes levantarte.

Pruebo a moverme y compruebo que, efectivamente, las cadenas invisibles han desaparecido. Al levantarme, veo que sigo teniendo el trozo de vestido de Jas en una mano. Cojo el espejo con la otra, tratando de no temblar.

—¿Te traigo el original por el portal cuando lo encuentre?

—El portal ha sido... inhabilitado. —El goblin se echa a reír y Mordeus le dirige una sonrisa sarcástica—. Mi goblin se ocupará de recogerte a ti y de recoger los objetos cuando sea el momento.

No me gusta sentir que se ríen de mí, pero no puedo dejarme dominar por el orgullo. Anoche lo hice y perdí horas; horas que podría haber dedicado a buscar el espejo. Si logro llevarme a mi hermana a casa, pueden reírse de mí tanto como quieran.

—¿Qué son los otros dos artefactos?

—Concéntrate. Las misiones de una en una, mi niña. Te hablaré del segundo cuando tenga el primero. —Da una palmada y tres fae aparecen a mi alrededor. Tienen la piel pálida como el rey, y el pelo corto, de color azul claro.

»Vestid a Abriella para su visita a la corte seelie. Haced que parezca su futura reina y llevadla hasta el Palacio Dorado.

Las tres inclinan la cabeza en señal de obediencia.

—Sí, majestad —replican al unísono.

Una de ellas me toma del brazo y las sigo hacia una puerta situada en la parte trasera del salón.

—Abriella —me llama el rey. Me doy la vuelta y lo miro a los ojos—. Cuando conozcas al príncipe Ronan, recuerda que lo necesitas. No podrás infiltrarte en la corte si no conservas su confianza.

—Me ha quedado clara la misión.

Él abre los dedos y una bola de oscuridad gotea entre ellos, como si fuera un borrón de tinta.

—Todo irá bien si no te olvidas de lo que está en juego.

La mancha de oscuridad cambia de aspecto hasta que se convierte en una imagen. Somos Jasalyn y yo sentadas en el suelo, en casa de madame V. Ella va en pijama y parece que acabe de levantarse de la cama. Cuando me sonríe doy un paso hacia su imagen, a pesar del ser que me la muestra.

—O tal vez —añade Mordeus— debería decir: si no te olvidas de quién está en juego.

7

—Tiene que haber otra manera —protesto alejándome del goblin que me espera en la puerta. Después de que las sirvientas del rey me hayan bañado y vestido como a una muñequita, el rey Mordeus ha enviado a su goblin para que me lleve al palacio de la reina. Y francamente, no acabo de fiarme de una criatura que se ha secado las babas de la boca dos veces desde que me ha visto.

—El rey Mordeus destruyó el portal de su hermano Oberon, el que llevaba a las tierras de los seelies —comenta una de las doncellas.

—¿Puedo ir en carruaje? ¿O a caballo?

Las doncellas intercambian miradas de sorpresa.

—Hay una semana de viaje a lomos del corcel más veloz, señora.

Al principio casi se me escapaba la risa cada vez que me llamaban así. Me han llamado de todo en la vida, pero si algo no me habían llamado nunca era señora. Sin embargo, llevan horas arreglándome y el título ya no me sorprende, solo me molesta.

El goblin del rey Mordeus refunfuña por lo bajo y vuelve a ofrecerme la mano. Sé que voy a aceptarla. Los goblins pueden moverse libremente entre los reinos, y además pueden hacerlo de manera instantánea. Eligen adónde quieren ir y aparecen allí. Aparte del conocimiento que almacenan, es su mayor poder.

Bajo la vista hacia la pulsera. Mientras las fae me bañaban, he confirmado lo que Bakken me prometió: que la pulsera era invisible para todo el mundo menos para mí. Estoy tentada de usarla. Preferiría que fuera Bakken quien me trasladara, y no este goblin desconocido, pero no quiero gastar un hilo. Para ser sincera, tampoco quiero perder más pelo. Se supone que tengo que seducir a un príncipe y mis rizos pelirrojos son mi principal baza.

Inspiro hondo y doy un paso hacia él.

—De acuerdo.

El goblin me toma la mano. Tiene la piel apergaminada, pero casi no me da tiempo a fijarme porque el mundo queda atrás. La sensación es distinta a la que he tenido antes, cuando he notado que caía de la mazmorra e iba a parar frente al rey. Ahora siento que me muevo hacia abajo, hacia arriba y hacia fuera al mismo tiempo. Luego nos detenemos de forma tan brusca que noto un latigazo en la nuca. Estamos rodeados por parterres llenos de flores perfectamente cuidadas. El castillo Dorado de la reina resplandece a la luz del atardecer.

—Te dejo aquí —me dice el goblin soltándome la mano.

Me vuelvo hacia él para preguntarle cómo debo llamarlo cuando haya recuperado el espejo, pero ya ha desaparecido.

El castillo sigue tan bullicioso como cuando llegué a Feéra por primera vez. Humanos y seres mágicos de todo tipo entran y salen de él. Acaricio el amuleto que cuelga entre mis pechos y me dirijo a la pasarela. Las doncellas que me han vestido me han preguntado por el colgante, y me han sugerido que lo cambiara por un collar de perlas, pero me he negado. No sé si la magia de Sebastian funciona en este reino, pero, aunque no sea efectiva, notar el frescor del cristal me resulta reconfortante.

«Sebastian.»

Noto una punzada en el pecho y me concedo unos momentos de autocompasión. Cerrando los ojos recuerdo su beso, sus ojos del color del mar. Me cuesta creer que, hasta hace pocos días, la deuda acumulada con madame V. y mi amor secreto por el aprendiz de mago fueran las mayores complicaciones de mi vida.

No sé si volveré a ver a Sebastian alguna vez, pero, si lo veo, espero que pueda perdonarme lo que voy a tener que hacer para ganarme la confianza del príncipe Ronan.

—¿Brie? ¿Eres tú?

Me vuelvo hacia la voz conocida y veo a Sebastian dirigirse hacia mí, como si acabara de conjurarlo con mis pensamientos. Se me doblan las rodillas por el alivio que siento al observar su hermoso rostro. Lleva pantalones de cuero marrón oscuro y una túnica, con una espada sujeta a su espalda, como si fuera un día cualquiera en Fairscape y se dirigiera a practicar en el patio del mago Trifen. Pero entonces me fijo en que tiene las orejas puntiagudas, la piel resplandeciente y en que sus facciones son mucho más angulosas. Su aspecto es muy parecido al de los nobles con los que bailé anoche en el castillo de la reina.

Debe de haber conseguido una poción del mago Trifen. Yo misma me planteé comprar una, pero enseguida lo descarté. Son demasiado caras y no me daba tiempo a robar el dinero.

—Bash —susurro. Él tira de mí y me abraza. Pensaba que no volvería a disfrutar del consuelo que me aporta su calor nunca más—. Eres tú. —Cuando me aparto un poco para mirar su hermoso rostro, veo que su expresión es una mezcla de asombro y frustración—. Nunca habría dicho que pudieras hacerte pasar por uno de ellos —le digo acariciándole los preciosos pómulos con las yemas de los dedos—. Pero la verdad es que tu hechizo es impecable. Si no te conociera de nada, no dudaría de que eres un fae.

Él hace una mueca y veo que la nuez del cuello sube y baja cuando traga saliva.

—Cuando oí que los hombres de Gorst te buscaban, fui a casa de Nik. Me dijo que te habías ido, pero no quiso decirme adónde. Aunque no hizo falta. Sabía que habías ido a buscar a Jas. —Vuelve a atraerme hacia sus brazos y suelta el aire aliviado—. Llevo todo el día buscándote. Maldita sea, Brie. ¿Dónde te habías metido?

Busco el amuleto por dentro del vestido y se lo enseño.

—Estoy protegida, ¿ves?

Él me acaricia los brazos de arriba abajo con sus grandes manos mientras me examina sin saltarse ni un centímetro. Las doncellas de la corte unseelie me han recogido el pelo en una serie de trenzas que han unido en un moño alto. Luego me han puesto un vestido sin mangas, hecho de capas de satén amarillo. La tela se ciñe a mi figura desde el escote corazón hasta las caderas, donde se ensancha en una falda con vuelo que barre el suelo alrededor de mis zapatos, también amarillos. Cuando me he mirado en el espejo, he pensado que parecía un tulipán gigante. Las doncellas han insistido en que al príncipe le resultaría irresistible vestida así y yo no tenía motivos para dudar de su palabra.

Pero tal vez el príncipe Ronan no sea el único con debilidad por los tulipanes, porque Sebastian parece haberse quedado sin palabras mientras me observa. Sus ojos me examinan la cara una y otra vez, como si quisiera convencerse de que estoy bien.

—Estás... —Se lleva la mano a la nuca y me dirige una sonrisa traviesa —. Digamos que me cuesta entender que hayas podido pasar desapercibida.

Trago saliva y me ruborizo por el inesperado piropo.

—Pues ya ves, lo he logrado.

—Estaba muy preocupado.

—Estoy bien.

Estoy tentada de contarle la verdad; la tengo en la punta de la lengua, pero no recuerdo bien lo que me ha dicho el rey sobre el trato. ¿Me ha prohibido hablarlo con los seelies o con nadie en general? Me parece que ha dicho con los seelies, pero ¿y si uno de ellos me oye mientras se lo cuento a Sebastian?

—No deberías haber venido a buscarme. ¿Y tu formación?

Él vuelve a mirarme fijamente recorriéndome la mandíbula con el pulgar.

—Nada es más importante que tú.

Apoyo la mejilla en su pecho, me acurruco contra él y lo abrazo fuerte. Tal vez sea señal de debilidad, pero me siento tremendamente agradecida de que esté aquí. Porque estoy cansada. Y asustada. Y avergonzada.

Estoy avergonzada porque parte de mí lo que quiere es irse a casa. Desearía perder de vista este lugar y a estas espantosas criaturas. Me

avergüenza desear no tener que ser yo quien rescate a mi hermana.

El rey tenía razón en algo: soy una gran ladrona. Puedo robar prácticamente cualquier cosa. Pero ¿el corazón de un príncipe fae? No sabría ni por dónde empezar.

Debería estar agradecida de que el rey no me haya pedido cosas peores, pero siento que estoy a punto de fracasar. Preferiría que me hubiera pedido que me adentrara en las profundidades salvajes y deshabitadas del territorio unseelie. Preferiría enfrentarme a monstruos terribles para arrebatarles tesoros mágicos. Me habría sentido más segura, más capaz de hacerlo. Pero ¿esto...? Tengo que fingir que quiero casarme con un príncipe fae y competir con otras mujeres por conseguirlo. Ni siquiera con el vestido más bonito del reino, no sabría cómo hacerlo.

Sebastian da un paso atrás sin soltarme la cara, que sostiene con una de sus grandes manos.

—Dime, ¿dónde has estado?

Niego con la cabeza. No puedo contarle mi encuentro con el rey; no puedo arriesgarme.

—He estado buscando a Jas y, mientras buscaba..., me he alejado del palacio de la reina.

Él cierra los ojos y sacude la cabeza.

—El amuleto no puede protegerte del todo en la corte de las sombras. No tienes ni idea de lo peligrosos que son. Si te hubiera visto un unseelie, te habrían secuestrado. Habrían podido esclavizarte... o cosas peores.

Odio hacerlo sufrir con mis decisiones, pero... ¿cómo explicárselo? Aunque debería entenderlo. Si alguien sabe lo que Jas significa para mí, es él.

—Yo no volveré a casa hasta que la encuentre, pero tú deberías volver. Esta no es tu guerra, Bash.

Él echa un vistazo a los frondosos jardines que nos rodean maldiciendo entre dientes.

—Necesito más tiempo —dice, aunque parece que hable solo, no conmigo.

Le apoyo la mano en el brazo, y no puedo evitar fijarme en la fuerza y el calor que noto bajo los dedos.

—¿Para qué?

—Para hacer lo que debería haber hecho meses atrás. —Traga saliva—. ¿Me acompañas a dar un paseo?

Me quedo observando el castillo. Tengo que entrar y presentarme como candidata antes de que el príncipe haga su elección.

—Será un momento —insiste colocándome un mechón suelto por detrás de la oreja—. ¿Puedes concederme un momento?

Su sonrisa es como un rayo de sol que me descongela el corazón. No puedo negárselo; no puedo negarle algo tan simple.

Volviéndose, se agacha y arranca un lirio anaranjado del jardín. Contengo el aliento al verlo florecer en la palma de su mano.

—Nunca te había visto hacer esto.

—Mi madre adora los lirios. Cuando me separaba de ti para volver a casa, mi mejor amigo se burlaba de mí siempre que me quedaba contemplándolos porque sabía que me recordaban a tu pelo. Aunque lo cierto es que no hay comparación.

Me coloca la flor en el pelo y me doy permiso para cerrar los ojos durante un segundo. Sentir la rugosidad de sus dedos en el lóbulo de la oreja me provoca un escalofrío. ¿Cómo puedo estar deseando que siga tocándome, dirigiéndome miradas lánguidas y palabras tiernas cuando Jas me necesita?

—Nunca me has hablado de tu familia. —Niego con la cabeza—. Debería haberte preguntado.

—Jamás te di la oportunidad. —Recoloca la flor una vez más antes de dejar caer la mano—. Me crie en un entorno de privilegio y poder, y nunca sabía si las personas que me rodeaban se preocupaban por mí sinceramente o por interés.

Sus palabras me sorprenden. No todas las familias pueden permitirse que su hijo sea aprendiz de mago, pero una familia importante y poderosa consideraría el puesto demasiado humilde para uno de sus miembros.

—¿De qué tipo de poder estamos hablando?

—El poder de gobernar. El que se supone que deberé asumir algún día. —Me toma la mano y estudia mis dedos extendidos sobre su palma. El

hechizo le ha afilado algunos rasgos, pero sigue teniendo los mismos callos de siempre—. Pronto.

Frunzo el ceño, y doblo la mano apresando las puntas de sus dedos.

—Y entonces ¿por qué has estado estudiando para ser mago?

—Los trucos son útiles y... bueno, la verdad es que necesitaba escapar.

En ese momento algo en mi mente hace clic.

—No te ibas a otro lugar a finalizar los estudios, ¿no? Te ibas a casa.

Él asiente y me mira fijamente.

—Quería pedirte que vinieras conmigo, pero sabía que no querrías compartir la vida que podía ofrecerte.

Mi corazón se hincha de felicidad y me duele al mismo tiempo.

—¿Por qué dices eso?

¿En serio piensa que soy tan exigente? ¿O es que sabía que nunca me iría sin Jas y pensó que no podía llevarnos a las dos a su casa?

Él suelta el aire indignado.

—Aún no me creo que la vendiera —dice.

Vuelvo a apoyar la mejilla en su pecho, disfrutando de su fuerza y su calor. Tal vez Sebastian no pueda salvar a Jas o protegerme en la misión que debo acometer, pero su abrazo supone un gran alivio. Parte de mí quiere creer que podría dejar todos mis problemas en sus hábiles manos, que él lo arreglaría todo.

—No es culpa tuya.

—Es culpa mía no haberte dicho lo que sentía por ti. Ahora temo que sea demasiado tarde. —Vuelve la cara a un lado. Siguiendo la dirección de su mirada, veo que un grupo de guardias vestidos de amarillo y gris salen del castillo.

«Amarillo.» El mismo color que mi vestido, uno de los colores del estandarte de la reina.

Cuando alzo la cara hacia Sebastian, lo encuentro con la mirada fija en mi boca. Levanto la mano y se la apoyo en la mejilla, invitándolo. Despacio —tan despacio que resulta casi doloroso—, acerca la boca a la mía. Sus labios se posan sobre los míos con delicadeza, pero cuando deslizo la mano bajo su pelo, el beso cambia y empezamos a explorarnos mutuamente. El tiempo se detiene y el sol se hace el remolón sobre el horizonte. Los pájaros

guardan silencio y la brisa frena su vuelo sobre las flores. En el mundo no existe nada aparte de su boca y la mía, y siento una punzada en el corazón mientras trato de memorizar cada instante perfecto, ya que podría ser nuestro último beso.

¿Cómo voy a lograr que otro hombre se enamore de mí cuando he estado enamorada desde siempre de este hombre?

Cuando Sebastian se separa de mí, me tiemblan las rodillas y me cuesta enfocar la mirada.

—Por favor, perdóname —susurra.

—No tienes que disculparte. —Contengo la sonrisa que está a punto de escapárseme—. Estoy casi segura de que he sido yo la que te ha besado.

—Se requiere la presencia de su alteza real, el príncipe Ronan, en la sala del trono —anuncia un guardia que se ha acercado demasiado a nosotros.

Me suelto con brusquedad y miro a mi alrededor. ¿Está el príncipe por aquí? ¿Me ha visto besar a Sebastian? Si me ha visto, ¿cómo voy a convencerlo de que es a él a quien quiero?

«Eres una idiota y una imprudente, Brie. Concéntrate.»

Pero no veo a nadie en el jardín, excepto a Sebastian y los guardias. Estos miran a Sebastian expectantes mientras él me mira a mí.

—Señor, discúlpeme —dice un miembro de la guardia de la reina—. Es hora de entrar. Lo esperan en el salón. La selección tendría que haber empezado hace horas.

—Decidle a mi madre que entraré enseguida —replica Sebastian en tono cortante, y mi cerebro aturdido trata de asimilar lo que está pasando.

El centinela cambia el peso, incómodo, de una pierna a la otra, y mira a sus compañeros.

—Alteza...

Sebastian aprieta los dientes.

—Dejadnos.

Soy vagamente consciente de los pasos que se alejan por el camino empedrado, pero no puedo apartar la vista de mi amigo. Pestañeo antes de hablar.

—¿Tu madre? —Se han dirigido a él como «alteza». Y lo han llamado «príncipe Ronan»—. Bash. No lo entiendo. ¿Qué clase de hechizo has

usado? ¿Por qué piensan que eres el príncipe?

Él me toma la mano y me aprieta los dedos con delicadeza.

—Porque lo soy.

Doy un paso atrás retirando la mano.

—No hace gracia.

—Brie, escúchame. No podía contártelo. Sabía lo que pensabas de mi gente. Quería decírtelo, pero...

—No. —Niego con la cabeza con vehemencia—. No, tú eres un humano normal. No puedes ser...

—Por favor. Dame la oportunidad de explicártelo.

He ido retrocediendo sin darme cuenta y me encuentro bajo la sombra de un sauce.

—¿Brie? —Él maldice entre dientes mientras mira a su alrededor—. ¿Abriella? Por favor.

Me miro las manos, pero no están. No sé cómo lo he hecho, pero vuelvo a ser invisible. Me he fundido con las sombras, como la otra vez.

No me lo planteo; simplemente corro. Cruzo los jardines, la verja del castillo y me pierdo entre la espesura de la niebla. Me arden los pulmones y me duelen las piernas, pero no me detengo. No dejo de correr cuando el paisaje cambia y la perfección imposible del castillo da paso a una especie de ruinas. Tampoco me detengo cuando la magia deja de hacer efecto y mis piernas y brazos vuelven a aparecer ante mis ojos. No me detengo hasta que la niebla es tan espesa como una nube de tormenta y el sol está tan bajo en el cielo que los últimos rastros de luz apenas rozan el horizonte.

Me apoyo en una columna de mármol rota y me dejo resbalar hasta el suelo. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy llorando hasta que tengo las mejillas empapadas y respiro entrecortadamente por culpa de los sollozos.

«Me mintió. Me hizo creer que era alguien que no era.»

Estaba dispuesta a robarle objetos a un príncipe malcriado. No dudaría ni un momento en robarle a un fae para salvar a mi hermana, sin preocuparme en absoluto por mi corazón. Pero el príncipe Ronan no es uno cualquiera. Es Sebastian y no sé cómo voy a fingir que puedo perdonarlo, que quiero casarme con él a pesar de todo.

«Cuando conozcas al príncipe Ronan, recuerda que lo necesitas. No podrás infiltrarte en la corte si no conservas su confianza.»

Las palabras del rey Mordeus resuenan en mi cabeza. No me ha dicho que debía ganarme la confianza del príncipe. Me ha dicho que debía conservarla. Y ayer me dijo que no existían las coincidencias en el reino de los fae. Por eso me eligió a mí para esta misión. Lo sabe. No sé cómo, pero está al corriente de mi relación con Sebastian y por eso me está utilizando.

No sé qué me preocupa más, si tener que disimular que no tengo el corazón roto y que puedo perdonar las mentiras de Sebastian, o la posibilidad de que representar un papel con Sebastian me destroce de tal manera que no pueda recuperarme nunca más.

Pero ¿qué otra opción tengo? He salido corriendo porque me he asustado, pero si hubiera mantenido la cabeza fría me habría quedado con el príncipe y habría usado nuestra relación como manera de infiltrarme en el castillo. Renunciaría a todo por salvar a Jas. A mi orgullo, mi corazón, mi vida.

Tengo que regresar. Tengo que convencer a Sebastian de que sigo queriéndolo. Me levanto del suelo y me seco las lágrimas. Me doy la vuelta y avanzo entre los escombros, buscando el camino de regreso al palacio.

Una figura cubierta con una capa con capucha aparece entre la niebla. Me tenso hasta que distingo unos ojos oscuros que ya he visto antes. Relajo los hombros que se me habían tensado y me recorre una sensación de alivio que me deja exhausta.

«La conozco.»

Otra figura —en este caso masculina, alta y amenazadora, con ojos rojos y brillantes que me miran lascivamente desde debajo de la capucha— aparece tras ella. Abro la boca para avisarla pero, antes de poder decir nada, el sueño me traga entera y me caigo al suelo.

8

Cuando una sacudida me despierta, noto que alguien me carga al hombro como si fuera un saco de patatas. Ahogo un grito de pánico y me obligo a respirar hondo tres veces para que mi corazón desbocado se calme.

«Piensa, Brie. Actúa con prudencia.»

Pero me temo que la prudencia la perdí cuando eché a correr dejando atrás la seguridad del castillo de la reina, sin un plan y sin armas. Y ahora me han capturado.

Por la altura de mi captor y el tamaño de las manos que me sujetan por la parte trasera del vestido, estoy casi segura de que no es una mujer. Y, sin embargo, fue una mujer el último ser que vi antes de desmayarme, una en la que pensaba que podía confiar.

—Abre la puerta —murmura mi captor—. Se despertará en cualquier momento.

—Eres un bruto —replica una voz melódica que nos precede.

«Pretha.»

Es la hermosa mujer que me ayudó a entrar en el castillo de la reina. Sé que es la misma, pero su aspecto ha cambiado desde que la vi en la cola. Los bonitos ojos marrones y el pelo oscuro son los mismos, pero ahora tiene las orejas puntiagudas y resplandece con esa aura etérea que parecen tener todos los nobles.

—No hacía falta que la dejaras inconsciente —dice Pretha.

—No soporto a las mortales histéricas —replica mi captor recolocándome sobre el hombro.

La puerta se abre y oigo una música que suena muy fuerte. Tratando de mantenerme relajada, para que mi captor no sepa que me he despertado, examino mi entorno mientras él avanza. La clientela es distinta, pero la taberna es prácticamente igual a la de Gorst en Fairscape.

El local apesta a cerveza rancia y hay tanto ruido que me duelen los oídos. Hay parejas bailando por todas partes. Una liviana hadita con alas traslúcidas y un vestido diminuto deja que un trol le meta una moneda de oro entre los pechos. Un fae joven vestido de cuero acaricia la cresta de su fornida pareja de baile mientras se refriegan mutuamente. Machos y hembras sin distinción bailan sobre los mostradores girando alrededor de barras mientras los parroquianos los animan. Una fae de fuego pechugona vestida con ajustada ropa de cuero negro se apoya en la pared y le pellizca el culo a Pretha al pasar.

Ella le da un manotazo.

—¡Estoy trabajando! —grita.

El tipo que me lleva a cuestas se ríe.

—Podrías sacar un rato para ella, Pretha. A mí no me importaría. Ya sabes lo que dicen de los fae de fuego.

—¡Eres un cerdo, Kane! —vuelve a gritar Pretha. Nos abre camino entre la multitud de cuerpos que bailan. De repente se da la vuelta y me sorprende mirando por debajo del brazo de Kane—. Ah, ya la tenemos aquí. —Sí, se parece a la mujer que se ofreció a ser mi amiga, pero las orejas no son lo único que ha cambiado. Ahora tiene un tatuaje en forma de telaraña plateada en la frente que me recuerda a las grietas de un espejo roto.

No tiene sentido que siga disimulando, así que me revuelvo entre los brazos del gigante.

—Bájame.

Pretha me guiña el ojo antes de apartar a dos centinelas que guardan una puerta de madera maciza. Al otro lado hay un despacho muy sencillo, con pocos muebles, iluminado únicamente por una de las farolas que hay frente a las ventanas.

Mi captor me deja en el suelo. Cuando los ojos se me acostumbran a la oscuridad, le echo un vistazo. Es aún más terrorífico de lo que me imaginaba. Es enorme, con hombros anchos y musculados, y brazos igual de musculosos. Mide por lo menos dos metros diez, y eso sin contar los cuernos que se alzan retorcidos sobre su coronilla. Tiene lo que debería ser el blanco de los ojos de color negro y las pupilas rojas y centelleantes como llamas. El pelo, largo y rojo, es del mismo tono que la barba, que lleva recortada. Veo un aro en una de sus orejas puntiagudas.

—Creo que le gustas, Kane —comenta Pretha—. Eso o que eres tan feo que la has dejado sin palabras.

—La habéis encontrado —dice una voz profunda y melodiosa a mi espalda.

Me vuelvo bruscamente, atraída por el dueño de la voz, y me contengo para no soltar una exclamación al ver de quién se trata.

Está apoltronado en un diván con una pierna extendida y la otra doblada. Lleva el pelo rizado recogido en una coleta, igual que en mi sueño, y tiene un libro entre las manos. Me fijo en las manos, grandes como todo lo demás. El despacho también lo es, pero él parece encogerlo con su tamaño, con sus penetrantes ojos plateados, con su presencia.

Cuando mi captor me empuja hacia delante, tropiezo y caigo de rodillas ante un amenazador fae de las Sombras por segunda vez en dos días.

«Odio este lugar.»

—Se estaba escapando del palacio —me delata Pretha.

Le dirijo una mirada de odio.

—Eres tú.

Ella se levanta la capa para hacerme una rápida reverencia.

—Abriella, te dije que volveríamos a encontrarnos.

—¿Qué quieres de mí?

—Lo que quiero es... —Se detiene y resopla mirando a su alrededor—. ¿Por qué está tan oscuro esto? —Chasquea los dedos y los apliques de pared que hay colgados por todo el despacho se encienden—. Mejor así. —Se vuelve hacia mí con una sonrisa satisfecha—. Quiero ayudarte. En ese sentido, nada ha cambiado desde ayer.

—Me hiciste creer que eras humana —le recrimino con más rabia de la que parecería lógica. Pretha era una desconocida, pero su pecado es el mismo que el de Sebastian, y me sienta bien poder descargar en ella el dolor que me devora el pecho—. Eres una repugnante mentirosa.

El tipo del diván se echa a reír.

—Es gracioso que lo diga la humana que afirmaba ser la doncella de la reina Arya.

Lo miro entornando mucho los ojos. No me gusta que este desconocido vuelva a aparecer en mi vida, y menos aún que aparezca en mis sueños.

«Nada de lo que pasa en mi reino es coincidencia.»

—Creo que no tiene control sobre su poder —afirma Pretha caminando hacia mí con elegancia y retirándome el pelo por detrás de las orejas.

Yo me aparto.

—No me toques.

—Ni sus emociones. —Pretha aparta su mirada reprobatoria de mí y se vuelve hacia el tipo sentado—. Creo que está enamorada del príncipe Dorado.

Me ruborizo. Odio que estos seres mágicos hablen de mí y especulen sobre mis sentimientos.

—No sabes nada de mí.

El tipo del diván chasquea la lengua.

—Déjala, Pretha. Ya me encargo yo.

A Pretha no parece hacerle gracia.

—Finn...

«Finn.» Por fin puedo ponerle nombre al enigmático fae de ojos plateados.

—Déjanos solos. —Aunque habla en tono suave, sus palabras están cargadas de una autoridad que no deja lugar a dudas sobre quién está al mando en este trío.

Pretha se tensa. Se nota que no quiere obedecer, pero asiente bruscamente con la cabeza y sale del despacho. La bestia de los cuernos sale tras ella.

Yo los observo mientras se van.

—¿Has pasado mala noche? —me pregunta Finn como si nada. Como si estuviéramos charlando y compartiendo una taza de té y su gente no acabara de dejarme inconsciente para arrastrarme hasta aquí.

Lo miro con odio.

—¿Quién eres, aparte de un secuestrador unseelie? Espero que tengas claro que nadie va a pagarte un rescate por mí.

Él alza una ceja oscura.

—Oh, parece que sabes más sobre mí de lo que aparentas. ¿Qué más sabes?

«Peligroso.» Este fae es peligroso. Tengo que dejar de enfrentarme a él y buscar la manera de salir de aquí.

—Nada. No sé nada.

Él alza la barbilla.

—Siento curiosidad. ¿Por qué estás tan segura de que soy unseelie?

—Por tus ojos.

—¿Qué les pasa a mis ojos?

—Todo el mundo sabe que los unseelies tenéis los ojos plateados. «Nada de tratos cerrados con los seres de ojos plateados.» —Le recuerdo la cancioncilla infantil.

«Y anda que has hecho caso de la sabiduría ancestral.»

Él gruñe.

—Es lo más ridículo que he oído nunca. ¿Te dijeron que todos en la corte unseelie tienen los ojos como los míos?

—¿No es verdad?

—No, solo unos cuantos, muy pocos.

Trato de recordar de qué color eran los ojos de los centinelas del castillo de Mordeus. ¿Los tenían plateados? No me acuerdo. ¿Y Pretha? ¿Es unseelie? Tiene los ojos castaños. Y los de Kane eran espeluznantemente negros y rojos.

—¿Puedo irme ya?

Él abre mucho los ojos fingiendo inocencia.

—¿Para ir adónde? No estás segura de querer volver con tu amigo, aunque te arrepientes de haber salido huyendo de él.

Aprieto los labios y alzo la barbilla.

—¿Puedes leerme la mente?

Él se ríe, pero es una risa oscura.

—No, no necesito leerte la mente para entender tus preocupaciones, aunque sería una habilidad muy útil. No puedes ocultar tus emociones. Por eso sé que no estás segura de poder representar el papel que Mordeus quiere que representes.

¿Cuál es su conexión con Mordeus? ¿Trabaja para él?

—¿Qué sabes?

—Ya basta. —Inspira hondo y se levanta del diván. Cruza la habitación en dirección a un pequeño mueble bar situado en un rincón del despacho.

Aprovecho que está de espaldas para estudiarlo más a fondo. Su presencia devora el espacio. No es solo por su altura o su cuerpo musculoso. Finn tiene el aura de un líder que atrae la atención de quienes lo rodean.

Me pregunto qué tipo de poder le permite estar aquí, en la corte seelie.

Descorcha una botella y sirve dos vasos. El líquido de color amarillo pálido burbujea al entrar en contacto con la copa. Se me hace la boca agua al pensar en su gusto afrutado, pero cuando él se vuelve y me ofrece una de las copas, niego con la cabeza. Nunca se me ocurriría aceptar una copa de vino de un tipo al que acabo de conocer —demasiado peligroso—, pero ¿vino feérico? ¿Acaso cree que soy idiota perdida?

Él se encoge de hombros y deja la copa en una mesa alargada que hay junto a las ventanas. Luego le da un trago a la suya con los ojos cerrados.

—Entiendo que tu dulce príncipe Dorado ha herido tus sentimientos al engañarte, pero, si realmente quieres salvar a tu hermana, tienes que hacer lo que te ha pedido Mordeus.

Es lo mismo que dijo en el sueño.

—Eres unseelie —le digo—. Es normal que quieras que ayude a tu rey.

—No es mi rey —replica secamente, y su brusca declaración reverbera en las paredes del despacho—. Nunca será mi rey —añade en un tono más calmado.

—¿Por qué estás en la corte dorada? Pensaba que los unseelies no eran bienvenidos en territorio seelie.

—Te propongo un trato. Yo respondo a tu pregunta si tú respondes a una mía.

La palabra *trato* me pone a la defensiva, pero estoy demasiado exhausta física y emocionalmente para plantearme todos los modos en que un fae podría manipularme mediante un trato.

—¿Cuál es tu pregunta?

—¿Qué sabes sobre el ser que te otorgó la magia?

Frunzo el ceño.

—¿Qué magia?

Él da otro sorbo al vino espumoso y me examina con esos ojos cambiantes que parecen de mercurio.

—Reconozco que han pasado muchos años desde que me aventuré a visitar el reino de los humanos, pero ¿quieres hacerme creer que ahora los humanos pueden atravesar paredes y convertirse en sombras?

Niego con la cabeza.

—Solo es una reacción rara por estar en un sitio cargado de magia.

Finn ladea la cabeza.

—No sé qué me resulta más interesante, la mentira en sí o el hecho de que de verdad quieres creértela. —Curva los labios, pero en su sonrisa no leo diversión, solo repugnancia—. Y, sin embargo, lo sabes. Sabes que los poderes que tienes en mi reino no son nuevos. Llevas años usándolos.

Se me escapa una risa seca.

—Si tú lo dices...

—Eres una ladrona; una de las buenas.

¿Cómo es que los unseelies saben tanto sobre mí?

—Si tengo poderes —y es una suposición—, ¿por qué piensas que alguien me los otorgó?

Él entorna los ojos y baja la voz.

—Porque los humanos no tienen magia a menos que se la conceda una criatura mágica lo bastante poderosa para hacerlo.

—Las brujas tienen magia. Y los magos.

—No. Las brujas y los magos usan la magia mediante símbolos, hechizos, pociones... Algunos humanos son capaces de usarla, pero no la poseen. No como tú. Tú eres humana, pero dominas la oscuridad. Puedes

convertirte en sombra y atravesar paredes. No necesitas hechizos ni pociones, no usas rituales. La magia forma parte de ti, y eso solo es posible si alguien de Feéra te la concedió.

—No sé de dónde ha salido —admito, porque sé que tiene razón. Hay una parte de mí que hace tiempo que es consciente de que mis habilidades para moverme en la oscuridad y entre las sombras no son normales. Abro la boca, tentada de contarle más cosas, pero la cierro con decisión. Su gente me ha demostrado que no son de fiar—. Tu turno.

Él se queda contemplando la copa de vino durante tanto tiempo que pienso que no va a decir nada.

—Mordeus es mi tío.

Y en ese momento otra pieza encaja en su lugar. Bekken me contó que el príncipe Finnian era el heredero legítimo al trono de las Sombras. ¿Estamos hablando del mismo Finn?

—Eres el príncipe —concluyo. Ni siquiera se lo pregunto, ya que eso lo explica todo: su modo de moverse, cómo lo tratan sus amigos, la forma en que impone su presencia en una habitación, aunque yo me niegue a aceptar que es más importante que yo. Finn desprende autoridad real por los cuatro costados.

«Poder. Desprende poder.»

Alza la cara y me busca con la mirada.

—Ya habías notado el parecido.

«Los ojos plateados.»

No todos los unseelies tienen ojos plateados, solo la familia real.

—No resido en mi propia corte porque el bueno del tío Mord quiere liquidarme. Conmovedor, ¿a que sí?

—¿Por qué? ¿Qué hiciste?

Él refunfuña entre dientes, como si mi ignorancia le resultara divertida.

—Nacer. Suficiente para amenazar su permanencia en un trono que ha anhelado desde que su padre nombró heredero de la corona a mi padre. Y, acerca de por qué estoy en la corte seelie... Es algo temporal y... —me dirige una sonrisa irónica— clandestino. Prefiero vivir en las Tierras Salvajes antes que en la corte de la reina Dorada, pero ahora mismo hay asuntos por aquí que requieren mi atención.

Mi mente bulle con tantas preguntas como quiero hacerle, pero hay una que se impone a las demás.

—¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Qué quieres de mí?

—Sé que Mordeus tiene a tu hermana en su poder, y sé lo que te ha pedido a cambio de liberarla. —Da un trago—. Quiero enseñarte a usar tus poderes para que puedas protegerte en este reino. Quiero ayudarte.

Eso es lo que dijo en mi sueño: «Te ayudaré a recuperarla. Ven a buscarme».

—Eso dices, pero ¿por qué debería creerte? —Retrocedo hacia la puerta—. Tu gente me ha secuestrado y me ha traído aquí contra mi voluntad. ¿Cómo quieres que confíe en ti?

Sus ojos plateados centellean mientras aprieta los labios con fuerza.

—Te has fiado de Mordeus al cerrar un trato con él.

—No tenía elección. Además, al menos entiendo lo que Mordeus quiere de mí y por qué. ¿Se supone que tengo que creer que quieres ayudar a una humana por pura bondad?

Él avanza hacia mí de manera amenazadora, con su precioso rostro contraído en una mueca de enfado.

—Quiero ayudarte para ayudar a mi corte. Todos los miembros de mi corte son más débiles por culpa de los artefactos que faltan. Mientras la reina Dorada siga... —Se le abren las ventanas de la nariz y respira de manera superficial, como si le aquejara un dolor repentino e invisible—. Todos son vulnerables mientras el poder de las cortes esté descompensado.

—¿Esperas que me crea eso? Te plantas ante mí vestido con ricos ropajes y bebiendo vino espumoso en una taberna de la corte seelie. Pues ¡menudo príncipe exiliado! No me das ninguna pena. Ya veo lo duro que luchas por echar del trono a Mordeus.

Aprieta la copa convirtiéndola en polvo, y yo me tenso ante la demostración de que estoy ante un ser muy peligroso. Con calma, se sacude las manos dejando caer al suelo las gotas de vino mezcladas con el polvo de cristal.

—Acepta mi ayuda, mortal.

—No te necesito.

Él me examina de arriba abajo y me encojo al darme cuenta de que me gotea oscuridad entre los dedos, como si fuera tinta cayendo en un charco de agua.

—¿Te has vinculado a alguien ya? —me pregunta.

Nunca se me ocurriría vincularme a nadie mediante la magia. Nunca se me ocurriría darle a nadie el control total de mi vida y mi voluntad.

«Nunca.»

—¿Tal vez alguien de tu entorno? —insiste—. ¿Un amigo o un amante? ¿Nadie?

Estoy a punto de soltarle que los humanos no nos sometemos a rituales tan absurdos; que ni siquiera sé si funcionarían entre humanos, pero me muerdo la lengua. Sé lo suficiente sobre vínculos mágicos para entender que incluyen cierto nivel de protección. Si Finn cree que alguien se ha vinculado conmigo, tal vez no trate de retenerme aquí.

Sigue observándome atentamente.

—Es una pregunta simple.

Me encojo de hombros.

—Y yo he elegido simplemente no responderte.

Él farfulla entre dientes y, aunque no entiendo lo que dice, leo el enfado en sus ojos. Le está costando mantener el control.

—Tienes que entender que los vínculos tienen consecuencias y que no pueden deshacerse con facilidad.

¿En serio el idiota engreído este piensa darme un sermón sobre esto? Me cruzo de brazos.

—Si me voy, ¿volverán a perseguirme tus amigos?

—¿Vas a volver con el hijo de la reina?

Sus palabras me sientan como un puñetazo en el estómago. El hijo de la reina Arya. El príncipe Ronan.

«Sebastian.»

Tengo que cerrar los ojos para defenderme de la intensidad del dolor que me causa su traición. No puedo permitirme pensar en él ahora.

Cuando los abro me quedo observando la oscuridad que me rodea las manos, negra como la tinta. Es justo lo que necesitaba para recordar que tengo poder.

«Puedo escapar. No estoy atrapada aquí.»

Finn se acerca, estudiándome como si le pareciera un insecto interesante, con los labios curvados en una sonrisa irónica.

Me dirijo hacia las sombras que quedan entre las lámparas de pared, deseando desesperadamente fundirme con ellas, cuando la puerta se abre.

—Han llegado noticias del castillo —anuncia Pretha dejando que la puerta se cierre a su espalda—. El príncipe Ronan ha pospuesto la selección hasta mañana. Tenemos que idear un plan rápidamente y llevarla allí.

Finn se cruza de brazos.

—No sé si la muchachita quiere trabajar con nosotros —dice en un tono retador. Como si yo fuera una niña pequeña y tratara de convencerme con psicología inversa.

Apoyo la espalda en la pared y deseo atravesarla para escapar, pero no ocurre nada. ¿Cómo lo he hecho antes?

Pretha cruza el despacho y se acerca a mí.

—No puedes hacerlo sola —me advierte.

Yo niego con la cabeza.

—Te equivocas. —Llevo trabajando sola toda la vida y no veo la necesidad de cambiar eso ahora.

Como si fuera una vela que tiembla y titubea a punto de apagarse, pero a la inversa, me fundo entre las sombras y recupero mi aspecto corpóreo habitual varias veces.

Aterrada, Pretha se vuelve hacia Finn.

—¿Qué hace?

«Sombra. Conviértete en sombra.»

Mi mano aparece y desaparece, pero la pared se mantiene firme a mi espalda.

—¡Finn! —Pretha abre mucho los ojos—. ¡Se escapa!

«Sombra.»

Esta vez, cuando mi mano desaparece, el resto del brazo lo hace también. Me fundo con la pared y aparezco al otro lado. Tropiezo cuando el vestido se engancha en un rosal que crece en el muro exterior de la taberna y que me demuestra, una vez más, que los pantalones son una opción de

vestuario mucho más sensata. Al incorporarme, las espinas del rosal rasgan la falda y me arañan las piernas.

Oigo a Finn y a Pretha discutiendo al otro lado de la ventana entreabierta, pero sus palabras me llegan amortiguadas hasta que Finn grita una orden clara con la que pretende zanjar la discusión:

—¡Deja que se vaya!

Recojo los bajos del vestido y echo a correr, pero no sé dónde estoy y la niebla es tan espesa que no me deja ver el castillo que está a lo lejos. Cuando he salido corriendo para alejarme de Sebastian, el bosque quedaba frente a mí, pero ahora lo tengo a la izquierda. Doy media vuelta, pero nada me resulta familiar en esa dirección.

«El bosque.»

Puedo esconderme ahí. Puedo transformarme en sombras, desaparecer y esconderme hasta que encuentre el camino de regreso al castillo.

«Porque tengo que volver al castillo.»

Si Sebastian ha aplazado la selección, todavía tengo una oportunidad. Tengo que conseguirlo; he de salvar a Jas.

El bosque es más oscuro que cualquiera de los que he visto en Fairscape. Las copas de los árboles son mucho más frondosas y la luz de las viviendas que hay al otro lado apenas pueden atravesarlo, no como en la zona superpoblada donde vivo yo. Un grito espeluznante rompe la paz de la noche, seguido por un aullido triunfal. La oscuridad nunca me ha dado miedo, pero esta oscuridad es distinta y sería una imprudencia no sentir algo de miedo. No sé qué tipo de seres habitan en estos árboles. Tal vez mis sombras puedan esconderme, pero ¿pueden protegerme?

El sol se ha ocultado, llevándose con él el calor del verano. Me abrazo mientras exploro el bosque y mis ojos se van ajustando a la oscuridad.

Oigo otro aullido, esta vez más cerca, y el terror me agarrota los músculos haciéndome temblar.

«Sabes que los poderes que tienes en mi reino no son nuevos. Llevas años usándolos.»

Los humanos normales no pueden ver en la oscuridad como lo hago yo. Lo sabía, ¿no? No quería aceptarlo; no quería admitir que había una parte de mí que no era del todo humana. Pero saber que posees una herramienta

no significa que sepas usarla. No tengo ni idea de dónde estoy ni hacia dónde queda el castillo. Y tampoco sé cómo usar mi poder para protegerme de quienquiera que viva en estos bosques.

Percibo un gruñido ronco que me llega desde unos veinte metros de distancia. Me doy la vuelta y me quedo paralizada de terror. Unos ojos azules con motas doradas brillan en la oscuridad. El dueño de los ojos, un lobo negro, me enseña los dientes mientras se acerca sigilosamente hacia mí.

9

No es un lobo. Aunque tiene las patas dobladas, es tan grande que su cabeza y la mía quedan a la misma altura. Le asoma la lengua entre los dientes, largos y puntiagudos como colmillos, mientras avanza lenta y amenazadoramente hacia mí.

No tengo más armas que mi magia veleidosa y solo puedo ocultarme en un bosque que, sin duda, esta criatura conoce mejor que yo.

Sobre mi cabeza se extienden las ramas de un roble, pero las que tengo a mano son demasiado débiles para sostener mi peso. A pocos metros hay un arce cuyas ramas inferiores parecen lo bastante sólidas para aguantarme. Si corro y salto, tal vez pueda llegar lo bastante arriba para que la bestia lobuna esta no me alcance.

Un gruñido ronco sale de su garganta mientras sigue avanzando, negro como la noche, y con una promesa mortal en la mirada.

«Respira hondo y corre, Brie.»

Me doy la vuelta y echo a correr. Giro a la izquierda tan rápido como me permite el vestido. La criatura se abalanza sobre mí, moviéndose con una agilidad sorprendente para lo enorme que es. Salto, tratando de llegar lo más alto posible, y noto el calor del aliento de la bestia en la nuca. Rozo la rama con los dedos. La corteza se me clava en la piel cuando intento agarrarme con fuerza.

Curvo los dedos, como si fueran garras, tratando de sujetarme, pero resbalo. El tiempo se ralentiza mientras caigo hacia el suelo del bosque y las fauces de la bestia.

Pataleo con fuerza, intentando dislocar la mandíbula de la criatura, que apenas se desplaza. Siento un gran dolor cuando me clava los dientes más profundamente en la pantorrilla y me desgarra los músculos.

«Estoy perdida. En este lugar no soy nadie.»

Oigo nuevos gruñidos sordos detrás de la criatura. Dos lobos se lanzan sobre él. Durante un momento mi mente aturdida por el dolor piensa que quieren protegerme, pero sé que no es más que un deseo absurdo. La parte racional de mi cerebro sabe que lo más probable es que estén luchando por el territorio.

«O por carne fresca.»

Trato de levantarme mientras los dos lobos más pequeños unen fuerzas para atacar a la bestia, pero en cuanto apoyo el peso en la pierna herida vuelvo a caerme al suelo.

Uso el tronco del árbol para incorporarme, y un rugido estremecedor recorre el bosque. Los dos lobos sueltan a la bestia y se quedan inmóviles durante un instante que se me hace eterno. Luego se dan la vuelta y salen corriendo..., dejándome a solas con la bestia negra, que no para de gruñir.

Se mueve más despacio que antes y veo que sangra por varias heridas que le han hecho en el lomo, pero de todas formas va más rápido que yo. Retrocedo, tratando de apoyar el peso en la pierna buena, pero no tardo en volver a caerme al suelo, soltando un grito de dolor.

La bestia ataca con las fauces abiertas, y sé que esta vez me busca el cuello. Pero, antes de que me alcance, un viento invisible lo alza del suelo y lo lanza contra un árbol al otro lado del claro.

La criatura chilla y se desploma en el suelo.

—Abriella.

Sebastian está aquí, sin aliento. Me levanta como si no pesara nada y me acuna contra su pecho.

—Brie, ¿estás bien?

Yo asiento contra él, aunque no estoy bien. El dolor de la pierna es cegador, tan intenso que me provoca náuseas, pero no es nada comparado

con el nudo que se me ha formado en el pecho al darme cuenta de lo indefensa que estoy en este reino cargado de maldad.

—Brie, tu pierna. —Me cambia de postura, pero me resisto cuando trata de tocarme la herida—. No, estate quieta. —Me toca la pierna y el dolor desaparece.

Inspiro hondo una y otra vez, pero estoy temblando con tanta fuerza que tardo un rato en calmarme.

Sebastian me retira el pelo de la cara, colocándomelo por detrás de las orejas, y me doy cuenta de que el que está temblando es él.

—Quería darte libertad, no agobiarte, pero debería haberte seguido. Siento no haber llegado antes.

Trago saliva. Parece destrozado. Da igual lo mucho que me duela su traición, sigue siendo Sebastian. Ha roto la confianza que había depositado en él, pero mis sentimientos no han cambiado al enterarme de quién es su madre. No se han desvanecido al saber que posee una magia en su interior que es mucho más poderosa que cualquier truco que pudiera enseñarle el mago Trifen.

—Estoy bien.

Me acaricia la mejilla con un dedo y, cuando lo aparta, veo que está manchado de sangre.

—Voy a llevarte a palacio para que te vean mis sanadores.

Ya no noto el dolor, pero no me encuentro bien. Me cuesta mantener el equilibrio y siento que la existencia se me escurre, no sé si por la magia de Sebastian o como una reacción a la mordedura de la criatura. Necesito ayuda. Necesito que me vea un sanador. Asiento y echo un último vistazo al cuerpo de la bestia.

—Siento no haber llegado antes —repite Sebastian—. Lo siento mucho.

Me saca del bosque y llegamos a un claro donde un semental blanco lo está esperando a la luz de la luna. Sebastian me ayuda a subir al caballo con sus manos grandes, que me tratan con una delicadeza casi reverencial. Cuando monta a mi espalda, siento un gran alivio al notar la solidez y el calor de su piel a través de la túnica. Si cierro los ojos puedo imaginarme que seguimos en Fairscape; que nada ha cambiado.

Sujetándome fuerte con un brazo, toma las riendas con la otra mano y azuza al caballo para que se ponga al galope.

Con su aliento en la oreja, el firme latido de su corazón a mi espalda y el rítmico galope del caballo, no logro mantener los ojos abiertos demasiado tiempo. Me habría caído del caballo si él no me sostuviera con fuerza.

Mis músculos se niegan a obedecerme. Me fundo en el calor de su abrazo protector y me odio un poco por ser tan débil.

Cuando llegamos al castillo he perdido la batalla por mantener los ojos abiertos.

Me coloca las manos en el cuello del semental.

—Agárrate un momento —me indica. Baja del caballo de un salto e inmediatamente me sujeta de nuevo.

Aunque estoy seminconsciente, con una pierna insensible, me doy plena cuenta de todos los puntos en los que mi cuerpo entra en contacto con el suyo. Huele a sal de mar y al cuero de sus pantalones y chaleco.

Voy dando tumbos contra su pecho mientras él cruza las puertas del castillo conmigo en brazos.

—¿Voy a morir? —le pregunto con la cara hundida en su pecho, pero estoy tan cansada que no muestro ninguna señal de pánico.

—La saliva del barghest está ralentizando tu ritmo cardiaco. Si no te proporcionamos la antitoxina rápido... —Acelera el paso y yo cierro los ojos. No me quedan fuerzas para preocuparme. Soy vagamente consciente del sonido de gente a nuestro alrededor, pasos rápidos sobre el suelo de piedra, puertas abriéndose y cerrándose—. Un barghest la ha atacado en el bosque —dice—. Avisad al sanador.

Abro los ojos y veo que unas puertas dobles se abren a nuestro paso. Sebastian las cruza conmigo en brazos y me lleva hasta una gran cama con dosel. La ropa de cama es blanca y tan mullida que parece que haya entrado en un sueño. Me tumbo de lado; ahora mismo lo único que quiero es dormir.

Cuando cierro los ojos veo el rostro sonriente de Jasalyn y me embarga una gran tristeza.

—Dile a Jas que lo siento —susurro.

—No. —Sebastian me aprieta el hombro con su mano cálida y encallecida—. No hables así.

¿Acaso es mentira? Siento cómo la muerte se abre camino en mi cuerpo mediante el veneno que me recorre las venas. Abro la boca. Necesito hablar, pero no me quedan fuerzas.

«Prométeme que la encontrarás», pienso, pero mi boca no logra articular las palabras.

Sebastian me aprieta el hombro con más fuerza.

—Aguanta, Brie.

No sé cuánto tiempo permanezco allí, perdiendo y recobrando el sentido.

Oigo que Sebastian habla con alguien, tal vez más de una persona. Da órdenes, gritando cuando cree que no se mueven lo bastante rápido.

—Ha perdido mucha sangre —afirma una voz que no reconozco—. Y la toxina se está extendiendo. Tal vez no sea capaz de beber.

—Abriella —me llama Sebastian. Vuelvo a notar su mano en el hombro. Tan cálida. Tan fuerte. Mi único lugar seguro en el mundo, incluso ahora—. Abriella, necesito que bebas esto.

Noto un vaso apoyado en mis labios. Un líquido caliente me cae sobre la lengua y se pierde barbilla abajo.

—Traga, maldita sea. Tienes que tragártelo.

Me atraganto y siento arcadas, pero finalmente logro tragar antes de perder las fuerzas una vez más y caer desplomada entre sus brazos.

—Bien —murmura Sebastian—. Buena chica.

—Tengo que curarle la pierna para que no siga perdiendo sangre —dice la voz desconocida.

—Hazlo —replica Sebastian con impaciencia.

El calor abrasador de las manos del sanador me hace retroceder en el tiempo. El pasado y el presente se desdibujan y se mezclan.

«La voz de mamá. La de Sebastian. Un carillón dando las campanadas a medianoche. Las promesas de un desconocido.»

Mi habitación está envuelta en llamas. Yo rodeo a Jasalyn con mi cuerpo, protegiéndola de las llamas que me devoran.

Soy apenas consciente de la voz de mi madre.

«Por favor, sálvala.»

«Hay un precio que pagar.»

«Lo pagaré.»

Quiero abrir los ojos y decirle que todo saldrá bien, pero no puedo.

El silencio desesperado de mi madre se rompe cuando ahoga una exclamación y mi corazón se rompe un poco más.

«Tiene que haber otra manera.»

«Lo hago por ti.»

Lo único que oigo son los sollozos de mi madre hasta que el calor de las manos que me tocan me saca de mi adormecimiento.

«Dolor. Un dolor lacerante, cegador, un dolor terrible.»

Una corriente de frescor me recorre las venas y, por fin, la vida regresa a todos los rincones de mi cuerpo.

Mi madre parece aliviada y horrorizada al mismo tiempo, como si acabara de vender una parte de sí misma.

Cuando abro los ojos casi espero ver a mi madre como el día en que desperté, cuando tenía nueve años, con las quemaduras curadas. Pero no es ella la que está sentada junto a esta cama que no había visto nunca antes. Es Sebastian, con las orejas puntiagudas y una elegancia sobrenatural. Está cubierto de sangre y tiene los ojos cerrados.

—¿Bash? —Tengo la garganta muy dolorida y se me rompe la voz al pronunciar su nombre.

Sebastian se despierta sobresaltado y suelta el aire en un largo suspiro mientras me observa.

—Todo va bien —dice en tono tranquilizador apoyando la mano sobre la mía—. Todo va a salir bien. Estoy aquí.

«Está aquí.» Y sí, aunque me cuesta reconocerlo, es muy agradable saber que es cierto. Al menos de momento, en esta batalla, no estoy sola.

—Gracias. —Mi voz sigue ronca—. ¿Cuánto rato he estado inconsciente?

—Solo unas horas. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien. —Se me retuerce el estómago al ver la sangre que lo cubre. Yo, en cambio, estoy limpia. Me han cambiado de ropa y llevo un camisón de algodón limpio, suave, de color azul cielo.

Al ver que miro el camisón, Sebastian dice:

—Tratamos de salvar el vestido, pero estaba roto y cubierto de sangre.

—¿Me has cambiado tú?

Sé que es una pregunta tonta, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado, pero pensar en él poniéndome un camisón y limpiándome la sangre... Él niega con la cabeza y abre mucho los ojos al darse cuenta de lo que le estoy preguntando.

—Te cambió una de las doncellas. Yo no... No fui... Yo nunca...

Si no estuviera tan exhausta, me reiría al ver el rubor que le sube por el cuello.

—No estaba preocupada por eso —susurro. Me ha cuidado tan bien... —. ¿Y tú? ¿Estás herido?

—No. —Se señala las manchas de sangre de la túnica—. Todo esto es tuyo, por cortesía del barghest. Por suerte, mi sanador estaba disponible cuando llegamos.

La habitación da vueltas a mi alrededor. Cierro los ojos con fuerza para hacer que se detenga, pero el olor de la sangre me inunda la nariz y me devuelve al bosque, al momento en que aquella criatura con aspecto de enorme lobo saltó sobre mí.

—¿Barghest? ¿Así se llamaba esa cosa?

—Algunos lo llaman el perro de la muerte.

—¿Es una criatura unseelie?

—Hay perros de la muerte en todas las cortes, pero los unseelies se quedan a los más peligrosos como familiares, animales vinculados a ellos mediante la magia, que usan para sus infames objetivos.

¿Habrá enviado Mordeus al barghest? No, no tiene sentido. Si realmente quiere que recupere los artefactos robados no trataría de aniquilarme mediante un monstruo ligado a su mente. ¿Y Finn? ¿Me habrá atacado Finn porque me negué a trabajar con él?

—¿Y ese barghest... estaba ligado a un unseelie?

Sebastian niega con la cabeza.

—No lo sé.

—Si esos lobos no hubieran aparecido... —Estaría muerta. Escondo la cara en la almohada cuando me vuelve a asaltar el olor de la sangre—. Lo siento. ¿Podrías cambiarte de ropa?

Él maldice entre dientes y se pone en pie de un salto.

—Por supuesto. Lo siento. —Me da la espalda mientras se desabrocha los botones de la camisa.

—Tenemos que hablar —le digo— sobre lo que vamos a hacer ahora.

Sebastian me mira por encima del hombro.

—Primero tienes que descansar.

Niego con la cabeza y me siento con esfuerzo. Desde que estoy en este reino no hago más que mostrar debilidad, algo que no he hecho en los últimos nueve años y que tiene que cambiar ahora mismo.

—Estoy bien.

—Te estás recuperando de una herida grave. No fuerces. —Se vuelve hacia mí con el pecho desnudo y... hermoso.

La habitación vuelve a girar a mi alrededor.

No quiero que me guste en esta forma —su forma auténtica—. Quiero odiarlo, pero, a pesar de todo, sigo encontrándolo tan atractivo como el primer día que lo vi entrenando en el patio.

Me obligo a apartar la mirada de su piel bronceada y sus brazos musculosos.

—Creo que ya estoy en condiciones de hablar.

Me llega el sonido de un cajón al abrirse. Cuando me vuelvo hacia él se está poniendo una camisa limpia por encima de la cabeza. No puedo apartar la mirada mientras la suave tela blanca cae sobre su perfecta piel dorada. Odio que la atracción que me despierta no desapareciera al mismo tiempo que la confianza que perdí al descubrir la verdad.

Si mis emociones ya eran turbulentas antes de que me rescatara en el bosque, ahora son un desastre insalvable.

Vuelve a ocupar la silla junto a la cama y se echa hacia delante con los codos apoyados en las rodillas.

—Vale, hablemos si es lo que quieres.

—Me salvaste. —Trago saliva. El recuerdo del terror que sentí es demasiado reciente, pero lo empujo para que desaparezca—. Gracias.

—Siento no haber llegado antes.

—No esperaba que vinieras.

Él hace una mueca de dolor, como si acabara de abofetearlo, y deja caer la cabeza.

—Sé que no te gusta que sea quien soy, pero eso no cambia mis sentimientos hacia ti.

Siento un nudo en las entrañas.

—No me gusta que me mintieras al decirme quién eras.

Él aprieta los dientes. Luego suelta el aire, se echa el pelo blanco hacia atrás y se lo recoge con una cinta de cuero.

—¿Cómo iba a contártelo? No podía dejar que nadie en Elora supiera la verdad. Me habrían crucificado. Y cuando nos hicimos amigos y supe que podía confiar en ti, me habías dejado ya bien claro lo que pensabas de mi reino y de mi gente. —Traga saliva—. Tal vez fuera egoísta por mi parte, pero no soportaba la idea de renunciar a ti.

—¿Pensabas contármelo alguna vez? ¿O acaso pretendías mantenerme engañada eternamente? ¿Por eso me rogaste que no viniera a buscar a Jas? ¿No querías que descubriera la verdad?

—Quise contártelo un montón de veces. Y no, mis razones para no querer que cruzaras el umbral eran sinceras. Este lugar es muy peligroso para ti. —Baja la vista hacia mi pierna. Aunque estoy curada, vestida con ropa limpia y tapada por mantas, sé que aún puede ver el daño que me causó el barghest—. ¿Lo entiendes ahora? ¿Entiendes por qué me da tanto miedo saber que andas por mi reino buscando a tu hermana?

Cuando nuestros ojos vuelven a encontrarse, no aparto la mirada.

—No pienso abandonarla.

—Ni te lo estoy pidiendo. Te pido que me permitas que la encuentre yo. —Tardo en responder; por eso me toma la mano y me aprieta los dedos—. He cancelado mis compromisos de hoy. Duerme un poco más y luego te llevaré a casa.

Aparto la mano bruscamente.

—No.

—Podrías haber muerto esta noche. ¿Cómo vas a ayudar a Jas si mueres? —Sacude la cabeza—. Por favor, no hagas que tenga que decirle que su única pariente ha muerto cuando la encuentre.

—Bash... —Cierro los ojos al recordar—. Perdón, quería decir príncipe Ronan.

—No. —Deja la silla y se sienta en el borde de la cama, lo que me permite notar la calidez de su muslo contra mi costado—. Llámame Sebastian, como siempre. Sigue siendo mi nombre. Al menos sigue siendo el nombre que prefiero. Nadie me llama príncipe Ronan excepto los criados y mis súbditos.

El modesto aprendiz por el que pasé dos años suspirando tiene criados y súbditos. Inspiro hondo.

«Recuerda el trato que hiciste con Mordeus. Recuerda lo que has venido a hacer aquí.»

—Vamos a ver, Sebastian, no puedo volver a casa. Los hombres de Gorst me persiguen; no estoy a salvo allí. Por favor, deja que me quede. Tendré cuidado, pero no me obligues a volver. Allí no tengo nada.

Aunque los hombres de Gorst no me persiguieran, no volvería a casa sin mi hermana. Pero creo que poner el énfasis en mi seguridad hará que ceda con más facilidad.

—No puedo protegerte fuera de los muros del palacio.

Y, sin embargo, lo ha hecho. Contra todo pronóstico, ha aparecido cuando más lo necesitaba.

—Lo comprendo —susurro.

—Brie...

Noto que está debatiéndose internamente, en busca de argumentos para devolverme a casa. Miro a mi alrededor como si estuviera viendo el opulento dormitorio por primera vez. Como si no hubiera registrado cada rincón del castillo. Ya he estado aquí; lo que pasa es que cuando estuve la otra vez no sabía que era su habitación.

—Este sitio es enorme. No molestaré. ¿No podrías buscarme algún cuartito? ¿No habría alguna manera de quedarme aquí? —Contengo el aliento. Casi puedo ver los mecanismos de su cerebro girar mientras piensa.

—Solo hay una manera —responde—, pero no creo que te guste.

Me fuerzo a poner cara de curiosidad. Ya sé hacia dónde nos lleva esta conversación, y es exactamente lo que necesito.

—Dime.

—Esta mañana tengo que seleccionar a doce mujeres para que se queden en el castillo. Doce mujeres que quieran... casarse conmigo. —Casi se atraganta al pronunciar las palabras—. Tal vez si te presentara a mi madre como posible prometida...

Lo veo en su cara. Está esperando a que lo rechace. No tiene ni idea de mi trato con Mordeus y no sabe que necesito acceso al castillo; es normal que piense que me va a parecer una idea espantosa.

—¿Qué tendría que hacer?

Él suelta el aire con fuerza.

—Aprender temas de protocolo de la corte, ir a cenas remilgadas, tal vez a un par de fiestas... —Me dirige una sonrisa tímida y, por un momento, me parece tan vulnerable que me olvido de que no es el muchacho humano del que me enamoré—. Fingir que te gusto.

Ojalá tuviera que fingirlo; mis emociones son contradictorias pero muy reales.

—Si me comporto como una de esas esposas potenciales, ¿podré quedarme en el palacio?

—Sí, estarías en el ala de invitados, con las demás chicas.

—Y mientras estoy aquí... —mientras busco los artefactos que me ha pedido el rey—, ¿tú buscarás a Jas?

—Sí, claro. Tanto si eliges quedarte como volver a casa, la buscaré. —Me acaricia los nudillos con el pulgar y lo deja allí—. Tienes mi palabra.

Me quedo observando su mano sobre la mía un buen rato, haciendo como que me estoy planteando su ofrecimiento. La verdad es que me va a fastidiar bastante ver cómo elige a su futura esposa. Además, vivir aquí va a ser un recordatorio constante de su engaño, y también de mis sentimientos hacia él, por desatinados que sean. Pero todo habrá valido la pena cuando le devuelva las reliquias al rey de las Sombras y pueda llevar a Jasalyn a casa.

—Quiero quedarme. —Él frunce el ceño—. ¿A qué viene esa cara? —le pregunto.

—Cuando te enteraste de quién era, saliste corriendo. Pensaba que no querrías saber nada más de mí. Pensaba que te había perdido para siempre. Que te quedes aquí... —Se encoge de hombros—. Me parece demasiado bueno para ser verdad.

Me obligo a sonreír, aunque parte de mi alma se está haciendo una bolita de vergüenza. Si me quedo y llevo a cabo la misión no estaré engañando a un príncipe cualquiera: estaré engañando a mi amigo. Tengo mis razones para mentir, pero él también tenía las suyas, y eso no hizo que me doliera menos cuando descubrí la verdad.

Niego con la cabeza, tratando de librarme de la maraña de emociones que me envuelve.

—Date un tiempo —me dice—. Descansa esta noche; piénsalo bien. Si decides quedarte en palacio, no podré permitir que te escapes en busca de Jas. Piensa bien si podrás soportarlo.

—¿Estaré prisionera?

—Estarás protegida. —Juguetea con mi mano y un leve roce de la punta del dedo en la palma de mi mano me hace estremecer de deseo. Le echo la culpa a la costumbre. Mi cuerpo no entiende que Sebastian no es quien pensaba que era—. Sé que no estás acostumbrada a quedarte en segundo plano y dejar que otros hagan las cosas, pero no puedo ceder en esto. Es demasiado peligroso. Si me prometes que no irás a buscar a Jas, si dejas que me ocupe yo de ello, haré que te quedes aquí tanto tiempo como pueda.

—De acuerdo —susurro—. Muchas gracias, Sebastian.

Él me arropa con las mantas, pero me doy cuenta de que su mente ya está en otra parte.

—Ahora, duerme.

10

Sueño con fuego. Jas es un bebé; la tengo en brazos. Sueño que mi madre le ruega desesperadamente a un desconocido que me cure. La oigo llorar cuando él accede. Sueño con una noche tan oscura que lo único que veo son los colmillos del barghest cuando se lanza hacia mi cuello. Sueño con ojos plateados. Jas tiene cinco años y me pide que cuente mientras se esconde.

«¡No mires! El príncipe te ayudará a encontrarme.»

Cuando me despierto ya no estoy en los aposentos de Sebastian. La luz entra por unos enormes ventanales. Dos sirvientas se afanan a mi alrededor. Una está al pie de la cama preparando una bandeja de desayuno mientras la otra llena la bañera en un baño al que se accede desde el dormitorio.

¿Me trajo Sebastian o le encargó a un goblin que me trasladara? No debería importarme.

«No me importa.»

Aunque después de entrar en el castillo en sus brazos no me cuesta nada imaginármelo cargando conmigo hasta aquí mientras dormía. No me cuesta nada imaginármelo mirándome con ternura y agachándose para darme un beso en la mejilla antes de irse. Me aferro a la imagen hasta que me obligo a apartarla de mi mente.

«No estás aquí para eso.»

Me siento en la cama y la sirvienta recoloca un ramo de lirios de color naranja antes de volverse hacia mí.

«Es humana.»

Lleva un sencillo vestido azul, un vestido amplio que cubre su cuerpo rellenito sin ceñirlo, y el pelo recogido en una trenza rubia simple pero elegante. Me llevo las manos al pelo, que sin duda estará hecho un desastre tras haber pasado una noche inquieta, dando vueltas en una cama que no es la mía.

—Buenos días, señorita Abriella. Yo soy Emmaline y ella es Tess —se presenta la mujer señalando hacia la puerta del baño—. ¿Quiere bañarse o prefiere desayunar primero?

Me llevo la mano al estómago, que gruñe. Llevo demasiado tiempo sin comer nada sustancioso y, aunque estoy acostumbrada a pasar mucho tiempo sin comer, he rebasado ya mis límites.

—El desayuno, por favor.

Ella me sonríe como si acabara de hacerle un regalo.

—Buena elección —me dice mientras Tess sale del baño secándose las manos en el sufrido vestido de color beige. Me doy cuenta de que son gemelas cuando veo la misma trenza elegante y una sonrisa idéntica—. ¿Prefiere tomárselo en la cama o en la mesa?

—En la mesa está bien. —Bajo las piernas al suelo y me estiro bostezando. Cuando me dormí me sentía agotada y muy débil, pero esta mañana me encuentro mejor de lo que me he encontrado en días..., tal vez en meses. El sanador debe de haber reparado algo más que el daño que me causó el barghest—. ¿Hay café?

—Por supuesto. El príncipe nos dijo que preferiría café —dice Tess. Disimula una sonrisa e intercambia una mirada cómplice con Emmaline—. Y los lirios naranja.

—Nos hemos informado —añade Emmaline en tono conspiratorio— y sabemos que no ha encargado flores para las demás chicas.

—Y tampoco les han asignado habitaciones todavía —añade Tess guiñándome el ojo.

No necesito fingir la sorpresa y la alegría que siento cuando me acerco a la mesa. Acaricio uno de los suaves pétalos anaranjados con un dedo. Una mariposa traidora alza el vuelo en mi estómago cuando recuerdo a

Sebastian colocándome la flor detrás de la oreja. No quiero sentir nada por él, pero ¿cómo evitarlo?

Me siento a la mesa, de tamaño discreto, situada junto a los ventanales, y durante un momento disfruto del sol en la cara. Siempre he tenido hábitos nocturnos y no soy muy de mañanas, pero estoy tan descansada después de haber dormido toda la noche del tirón que me siento casi optimista.

Estoy entrando en sintonía con mi Jasalyn interior. Mi hermana estaría orgullosa de mí.

Doy un sorbo al café que ya me han servido en la taza. No se parece en nada al agua turbia que llaman café en mi barrio. Es más espeso y delicioso, un lujo decadente. Casi puedo notar el sol que maduró los granos y las bayas del arbusto que crecía a su lado. Es como si la pasión que me despertaba el café fuera en realidad pasión por el potencial sabor que finalmente estoy probando tal y como debía ser.

Pero ni siquiera el café puede distraerme del festín que me aguarda. Hay una bandeja llena de pastitas, bayas de colores, una taza de yogur cremoso y una fuente con quesos y embutidos. Cojo una pasta hojaldrada de la bandeja y estoy a punto de gemir cuando se me funde en la boca. Me pierdo en la comida mientras las doncellas se afanan a mi alrededor.

Estoy tan llena que ya no puedo más cuando noto que las doncellas se quedan quietas a mi espalda.

—Alteza —saludan al unísono.

Me doy la vuelta y veo que se han inclinado haciendo profundas reverencias ante Sebastian, quien las saluda con un breve asentimiento de cabeza y una cálida sonrisa. La verdad es que esperaba que las esclavas humanas estuvieran drogadas o que las trataran como autómatas intercambiables, pero si las gemelas son un ejemplo representativo de la vida que llevan los humanos aquí, mis ideas eran totalmente descabelladas.

«Tal vez nada es como pensaba.»

—Tess, Emmaline —las saluda—. ¿Cómo están esta mañana?

—Bien, alteza —responde Tess incorporándose.

—Felices de conocer a lady Abriella —añade Emmaline.

Estas mujeres no miran a Sebastian como si fuera su carcelero. Sus expresiones se parecen más a las de unas tías afectuosas ante su sobrino. Y

Sebastian les dedica la misma sonrisa encantadora que ha hecho que medio Fairscape se enamore de él.

—¿Podrían dejarme un momento a solas con lady Abriella, señoras?

—Por supuesto —responden al unísono. Tras una breve reverencia, ambas se retiran rápidamente.

Sebastian espera a que la puerta se cierre antes de volverse hacia mí.

—¿Cómo te encuentras?

Me examina de arriba abajo y yo me remuevo, de repente inquieta al darme cuenta de que estoy en camisón. Anoche estaba demasiado cansada para preocuparme por estas cosas.

—Bien —respondo abrazándome—. He dormido hasta hace una media hora. Estoy como nueva.

Él asiente, pero no parece sorprendido. Ya sabía que estaba bien o no me habría perdido de vista. No ha venido aquí a interesarse por mi salud.

—Lo que hablamos anoche —me dice—. ¿Realmente quieres hacerlo?

Asiento, conteniendo el aliento.

«Por favor, no me envíes a casa. Por favor, no hagas que le falle a Jas.»

Él echa los hombros hacia atrás.

—De acuerdo. En ese caso tendrás que presentarte esta tarde ante mi madre y ante mí y declarar tu intención de... —Se aclara la garganta, pero deja la frase en el aire.

—¿Casarme contigo?

Él asiente con la cabeza.

—Yo conozco tus auténticos sentimientos, por supuesto, pero mi madre no puede enterarse.

—Lo entiendo.

Sebastian se vuelve hacia los lirios y los recoloca en el jarrón, rehuyéndome la mirada.

—Tengo que pedirte un favor.

—¿De qué se trata?

Guarda silencio durante tanto rato que empiezo a juguetear con los cubiertos. Cuando habla lo hace en un tono de voz más bajo que antes.

—Mantén nuestra historia en secreto. No quiero que mi madre sepa que nos conocemos de antes. Eso haría que su opinión sobre ti quedara sesgada

desde el principio.

Sé que lo mío con Sebastian no tiene ningún futuro, así que sus palabras no deberían dolerme, pero no puedo negar que algo se me retuerce en el pecho.

—¿No quieres que sepa de dónde vengo? ¿No quieres que sepa que limpiaba casas elegantes en vez de vivir en una?

Aparte de mi habilidad para robar y ocultarme en la oscuridad, no tengo otros talentos de los que presumir.

—No quiero que sepa nada que le haga preguntarse por qué estás aquí realmente. —Traga saliva y, cuando se vuelve hacia mí, veo una tormenta creciendo en sus ojos del color del mar—. Aunque sé que no es sensato, Brie, no quiero que te vayas. Me gusta tenerte cerca.

«¿Podrías dejar de decirme esas cosas tan dulces?»

—¿Crees que tu madre permitirá que me quede?

—Insistiré. Todo saldrá bien. —Me toma la mano y me acaricia el pulso con el pulgar.

Me estremezco. Al bajar la vista veo que la cicatriz ha desaparecido.

—¿Qué? ¿Has...?

—Es un hechizo —me interrumpe.

Frunzo el ceño con la vista fija en la piel lisa del interior de la muñeca. Me gusta mi cicatriz. Me recuerda quién soy, de dónde vengo y lo que soy capaz de sacrificar por la gente que quiero. Es una marca de lo único bueno que ha habido en mi vida.

—¿Es necesario?

—Me temo que sí —responde con suavidad, como si realmente le supiera mal.

¿Qué clase de madre es para no permitir que su hijo se case con una chica por culpa de una cicatriz de nada?

—De acuerdo, lo entiendo.

—Tengo que irme, pero nos veremos pronto. Recuerda: nadie debe saber que nos conocemos de antes y no le cuentes a nadie detalles de tu vida. Puedes decirles tu nombre y que vienes de Fairscape, pero nada más.

Asiento, pero mientras lo veo alejarse el estómago se me retuerce. ¿Cómo es posible que saber que no soy digna de un cargo que nunca he

deseado me haga sentir tan insignificante?

Represento mi papel. Ahora soy una chica humana emocionada por la posibilidad de casarse con un príncipe fae.

Me han bañado, frotado, depilado e hidratado por todas partes. Tess y Emmaline me han hecho preguntas sobre casa, sobre lo que opino de Sebastian, sobre qué se siente al saber que se ha fijado en mí. Yo trato de actuar como una chica humana normal y corriente, una que ha conocido los lujos y ha tenido servicio, en vez de haber servido a otros. Finjo no saber más de la cuenta sobre su príncipe, como por ejemplo su tendencia a salir al aire libre en cuanto asoma el sol o el modo en que se le contraen los músculos de la espalda cuando empuña la espada. Lo de fingir que no sé a qué saben sus labios lo hago por ellas, lo de fingir que no quiero volver a probarlos lo hago por mí.

La mañana es del todo irreal, como sacada de un sueño. Las doncellas me tratan como si fuera una hermosa princesa de un país lejano, no la ladrona humana sin blanca que ha pasado los últimos nueve años en un sótano. He de reconocer que sus cuidados son... agradables. Me he pasado la vida pasando desapercibida, tratando de que nadie se fijara en mí; por eso me extraña que a una parte de mí le guste que admiren el rojo encendido de mi pelo o mis ojos pardos como las avellanas, que siempre me han parecido de lo más aburridos.

Me muestran media docena de vestidos de distintos colores y estilos, y si uno es precioso, el siguiente lo es aún más. Jas se habría embelesado ante ellos, como si estuviera ante obras de arte de valor incalculable, pero yo solo puedo pensar en que preferiría llevar pantalones. Si hubiera llevado pantalones anoche habría tenido una oportunidad de huir del barghest. Pero sé que ahora no es el momento. Tengo que ponerme algo que la reina encuentre adecuado para una potencial esposa de su hijo.

—¿El pelo recogido del todo o semirrecogido? —pregunta Emmaline. Al soltarme los rizos se tapa la boca para disimular la risa. Parece feliz—. Estoy segura de que el príncipe la encontrará preciosa de las dos maneras.

Ladeo la cabeza buscando su mirada en el espejo.

—¿Por qué te ríes así cuando dices que al príncipe le gusto o cuando me cuentas las cosas que os pide que hagáis por mí? ¿Es algo tan extraño aquí?

Las doncellas intercambian una mirada larga.

—No es que sea extraño —responde Tess—, pero el príncipe Ronan...

Emmaline niega con la cabeza y me dirige una sonrisa de disculpa.

—No deberíamos hablar de estas cosas.

—Pues a mí me gustaría que habláramos de ellas.

—No pasará nada —le susurra Tess a su hermana.

Emmaline trata de no sonreír, pero finalmente se rinde.

—El príncipe ha estado resistiéndose a elegir esposa. Ha cumplido con sus obligaciones siguiendo la tradición, pero se notaba que no lo deseaba de verdad. Los últimos retrasos en la ceremonia fueron cosa suya.

—Ni siquiera se presentó al baile la primera noche —añade Tess—. Se rumorea que le dijo a su madre que no estaba preparado, pero que la reina siguió adelante con las celebraciones igualmente. Al final tuvo que rendirse, pero se ha mostrado... distante.

—Hasta que apareció usted —dice Emmaline sujetándome un rizo en la nuca—. Y de pronto está de lo más interesado en el proceso; tan interesado que parece haber tomado ya una decisión. «Asegúrense de que Abriella tenga café. Por favor, preparen vestidos para Abriella. ¿Podrían colocar un ramo de lirios naranja en su bandeja de desayuno?»

—Y, por supuesto, le reservó la mejor habitación de invitados —añade Tess.

—Y, al parecer, también las doncellas más cariñosas —digo con suavidad.

Las gemelas se echan a reír, encantadas con el piropo, pero no estoy tratando de halagarlas. Sé que es la verdad. Sebastian se ha asegurado de que tenga lo mejor de lo mejor, pero yo no estoy nada segura de merecérmelo.

Me quedo quieta mientras acaban de peinarme. Me recogen la parte superior del pelo, pero el resto lo dejan suelto. Usan unas pomadas especiales para domarme los rizos, que quedan impecables.

Estas mujeres quieren ser mis amigas. Su amabilidad me hace sentir mal; me siento culpable por tener que engañarlas, pero no puedo

permitírmelo, así que encierro la culpabilidad bajo llave. Voy a usar todas las herramientas a mi alcance para recuperar las reliquias de Mordeus y liberar a Jas.

Y eso incluye la amabilidad de estas doncellas humanas.

Y la confianza ciega de Sebastian.

11

—Lady Abriella Kincaid de Fairscape —anuncia el mayordomo desde las puertas del salón del trono—. Su majestad la reina Arya de la corte seelie y su alteza real el príncipe Ronan la recibirán ahora.

Miro por encima del hombro buscando la confianza que necesito en mis doncellas. Ellas me regalan las sonrisas que esperaba. Tras inspirar hondo para darme fuerzas, levanto la suave falda blanca del vestido y sigo al mayordomo.

Los guardias de la corte, vestidos con sus uniformes grises y amarillos, se alinean a ambos lados del pasillo que va desde las puertas hasta el estrado, donde la reina está sentada en su trono ataviada con un vestido amarillo que brilla a la luz del sol. La corona de oro y joyas que adorna su cabeza parece muy pesada, lo bastante para romperle el cuello, pero mantiene la cabeza alta. Sebastian está de pie, a su lado, pero no la mira porque está hablando con el centinela más cercano. Tiene un aspecto regio y majestuoso, vestido con el uniforme de color gris acero, con una banda amarilla cruzándole el torso.

Ya solo el escenario intimida. Es demasiado grande para tan poca gente y demasiado elegante para alguien como yo. Avanzo, pero cada paso me cuesta un gran esfuerzo. Supongo que esa es la intención. Si una chica no se siente digna de estar en esta sala, no tiene sentido que se convierta en la princesa seelie.

Cuando llego al pie del estrado hago una profunda reverencia. Desearía que Sebastian me mirara. Necesito que me asegure —de algún modo— que voy a poder quedarme, que todo va a salir bien. Pero él sigue discutiendo con el centinela.

—Su majestad —digo incorporándome—. Gracias por recibirme esta tarde.

Al oírme Sebastian se vuelve bruscamente hacia mí y pestañea. No ha debido de prestar atención cuando me han anunciado, porque parece sorprendido. Me recorre despacio con la vista, de arriba abajo, y mi temperatura aumenta cada vez que se fija en algún detalle. Como el pelo, peinado y recogido con un cuidado que nunca ha visto antes. Los ojos, delineados con kohl, y los labios, pintados de un intenso carmesí. Me recorre los hombros con la vista y sigue descendiendo hacia la parte más sugerente del escote corazón, la que asoma sobre el corpiño adornado con pedrería dorada y plateada. Noto que se me ruborizan las mejillas y, cuando él separa los labios y respira entrecortadamente, se me enciende el cuerpo entero.

Mis doncellas han elegido bien.

«Con la cantidad suficiente de blanco podemos hacerle parecer una novia sin necesidad de que lleve un vestido de boda», me han dicho mientras me vestían.

Alzo la barbilla resistiéndome al instinto de seguir disfrutando de la admiración de Sebastian. Hace una semana solo me habría mirado así en sueños. Me cuesta asimilar que todo ha cambiado, que ya no es el dulce vecino aprendiz que se esforzaba por convertirse en mago. Aunque yo tampoco soy una chica inocente que quiere convertirse en princesa.

—Repíteme tu nombre, muchacha —dice la reina.

Aparto la vista de Sebastian para mirar a su madre.

—Abriella Kincaid. —No uso el título que ha empleado el mayordomo porque no soy una dama, y fingir que lo soy me parece un insulto hacia esta mujer a la que no quiero ofender. No puedo permitírmelo.

—Abriella. Qué nombre tan bonito. Te felicito por haber llegado hasta aquí. Como has visto, muchas han sido las que lo han intentado, pero han

tenido que volver a casa. Y muchas más volverán hoy. Dime, ¿por qué deseas casarte con mi hijo?

Abro la boca para responder, pero vuelvo a cerrarla. Había preparado una respuesta, por supuesto, pero en este momento lo que había planeado me resulta superficial. Sebastian parece estar conteniendo el aliento mientras aguarda mi respuesta. Lo miro a los ojos y me imagino una realidad alternativa en la que Sebastian nunca ha tenido una identidad secreta. Una en la que él logra ser mago y me lleva a conocer a su familia.

—No puedo decir que conozca demasiado a su hijo —respondo respetando el personaje que interpreto, pero sin faltar a la verdad—. Pero de todos los hombres que he conocido, jóvenes o viejos, poderosos o humildes —añado con la voz un poco temblorosa—, Seb... El príncipe Ronan es el único que me ha hecho sentir especial desde la primera sonrisa. Y segura. Cuando él está cerca me siento a salvo.

A la reina se le escapa la risa y mira a su hijo.

—Parece que la has conquistado. —Cuando vuelve a mirarme hace una mueca de exasperación que es tan humana y juvenil que me cuesta creer que estoy ante una líder inmortal—. Todas las chicas se sienten así, querida. No te creas demasiado especial.

Sebastian se revuelve incómodo, pero no la corrige. ¿Cómo iba a hacerlo si no quiere que la reina sepa que nos conocemos de antes?

Ella se vuelve hacia su hijo alzando una ceja.

—¿Qué opinas, querido?

Sebastian vuelve a repasarme de arriba abajo antes de aclararse la garganta.

—He tenido la oportunidad de hablar con Abriella, y deseo que se quede. Yo... disfruto de su compañía.

La reina le dirige una sonrisa irónica, como diciendo: «¿En serio? ¿Esta?».

—¿Correrías el riesgo de casarte con alguien que tal vez no pueda darte hijos?

—Madre —replica él en voz baja, pero con tono de advertencia.

—No pienso disculparme por hacerte notar que está muy delgada. —La reina da golpecitos con las uñas en el reposabrazos del trono mientras me

estudia. Cuando nuestras miradas se encuentran, me impacta el vacío que percibo en sus ojos. El vacío y la tristeza. Tal vez sea consecuencia de la inmortalidad, pero tengo la sensación de que hay algo más—. La esposa de mi hijo deberá darle hijos. ¿Menstrúas regularmente?

Palidezco.

—¿Perdón?

—¿Tu ciclo menstrual? ¿Lo tienes? ¿O se te ha retirado por culpa de... —me señala moviendo la mano arriba y abajo— la malnutrición?

Abro la boca para responder que no estoy segura, pero Sebastian se me adelanta.

—No creo que lady Abriella esté acostumbrada a hablar de estos temas, madre. Viene de una parte de Elora donde las mujeres no responden abiertamente a estos temas.

¿Y dónde sí? En todo Elora se nos enseña a odiar la menstruación, a no hablar de ella y a ocultar todas las pruebas de su existencia. Por todos los problemas que causa —y uno de los principales es la posibilidad de quedarse embarazada, lo que supone un gran problema cuando no tienes bastante comida—, se la considera más una maldición que una señal de buena salud.

—Ha renunciado al derecho a la intimidad desde el momento en que decidió que quería ser tu esposa.

—Sí —respondo bruscamente—. Quiero decir, mi ciclo menstrual es... normal.

Tengo las mejillas ardiendo. Al parecer en esto, al menos, no me engañaba. La tradición de la corte seelie se basa en la fertilidad de las humanas. Según su tradición mi única valía como mujer se encuentra en mi capacidad para darles hijos. Me cuesta sonreír tras confirmar esta apreciación, pero hago un esfuerzo.

—¿En serio? —insiste la reina—. Si le pido a mi sanador que te examine y me dice que me has engañado...

—Por favor, madre —la interrumpe Sebastian—. Estoy seguro de que cualquier deficiencia en la alimentación de lady Abriella se podrá corregir durante su estancia en palacio.

La reina acaricia la muñeca de su hijo, sin dejar de observarme con los ojos entornados.

—Mi hijo tiene un corazón muy tierno, que hará las delicias de su futura esposa. Lo ha heredado de su padre. Mi Castan era pura compasión y bondad; nuestro pueblo lo adoraba. —Asiente con la cabeza—. De momento puedes quedarte, Abriella, pero aprovecha para comer bien mientras estás aquí. —Sonríe con ironía—. Recomendaré una revisión médica completa dentro de dos semanas. Siempre y cuando mi hijo no se haya cansado antes de ti, claro.

Asiento y hago una reverencia.

—Por supuesto, majestad.

Sin atreverme a mirar a Sebastian, dejo que el mayordomo me escolte hasta la salida. Tengo miedo de que mi expresión de alivio haga sospechar a la reina sobre la veracidad de mis intenciones.

Cierro con llave la puerta de mi habitación, me subo la manga y arranco un hilo de la pulsera mágica.

Bakken aparece con los ojos entornados y el ceño fruncido.

He esperado a que las doncellas me ayudaran a desvestirme y se retiraran a dormir, pero yo no tengo intención de hacerlo. Desde que la reina me ha dado su autorización para quedarme aquí, me ha costado contener la impaciencia por iniciar la búsqueda. Durante la cena me he acordado de la pulsera que me dio el goblin y he pensado que tal vez no me haría falta volver a registrar el palacio en busca del espejo.

Bakken pestañea varias veces. Deja de fruncir el ceño y sonríe al reconocerme.

—Niña del Incendio, ¿dónde está mi pago?

Cojo un cuchillo que he robado de la mesa durante la cena y lo uso para cortarme un mechón de pelo. Bakken me lo arrebata antes de que pueda ofrecérselo y se lo guarda en la bolsa que lleva colgando de la cintura.

—La próxima vez no me llames desde dentro del palacio. Aquí no soy bien recibido.

—Necesito el Espejo del Descubrimiento. —Me vuelvo hacia la cama y saco el falso de debajo del colchón—. Se parece a este y se dice que la reina lo robó de la corte unseelie durante la guerra.

Bakken alza la barbilla.

—La reina lo guarda en el solárium, la terraza acristalada que hay junto a su dormitorio.

La noche en que registré el castillo buscando el portal, no pude acercarme a los aposentos de la reina; estaban demasiado iluminados y bien guardados.

Bakken se lleva la bolsa con el pelo a la nariz e inspira profundamente, como un adicto que acaba de conseguir su dosis.

Abro la boca para preguntarle cómo sortear a los guardias, pero él chasquea los dedos y desaparece tan de repente como ha aparecido. Tengo que morderme el puño para no soltar un aullido de frustración.

«Qué manera más tonta de malgastar un hilo. Qué manera más tonta de malgastar pelo.»

Abro la puerta y me asomo al pasillo. El ala de invitados está muy tranquila, pero no a oscuras. Los pasillos están iluminados por la tenue luz de globos luminosos que flotan entre las habitaciones.

Salgo de mi habitación sin hacer ruido y cierro la puerta con sigilo. He conocido a las otras once chicas durante la cena, pero no encuentro rastro de ellas al pasar frente a sus dormitorios. ¿Estará Sebastian con alguna de ellas? Entierro la idea nacida de los celos y me concentro en la misión.

Sé que voy a tener que transformarme en sombra para llegar a ciertas partes del palacio, pero esperaré lo máximo posible. Todavía no controlo del todo mis poderes, y ver a una chica apareciendo súbitamente de entre las sombras llama mucho más la atención que encontrarse a una de las candidatas de Sebastian deambulando por el palacio en mitad de la noche.

Las habitaciones de invitados ocupan una zona propia del palacio. Para cuando llego a la zona de los aposentos reales me duelen los pies de caminar sobre las frías piedras. No se me ha ocurrido ponerme zapatillas antes de salir del dormitorio.

Para ir a la habitación de Sebastian hay que girar a la izquierda cuando llegas a lo alto de la escalera, pero yo me dirijo a la derecha, hacia los

aposentos de la reina. Me detengo en seco y retrocedo varios pasos cuando me encuentro que la luz del sol baña el pasillo que lleva hasta ellos. No, no es la luz del sol. Por la ventana veo que en el exterior es de noche, pero las paredes deben de estar hechizadas porque brillan como el sol. Los centinelas de la reina Arya montan guardia con dos metros de separación entre uno y otro. Aunque estuviera segura de controlar las sombras el tiempo suficiente para pasar inadvertida frente a los guardias no serviría de nada. ¿Para qué convertirme en sombra si no puedo fundirme con ninguna en este pasillo donde solo hay luz?

—¿Brie? —Me vuelvo hacia la voz de Sebastian, que me mira de arriba abajo, fijándose en que voy en camisón y descalza antes de volver a mirarme exclusivamente a la cara, ya que es un caballero—. ¿Buscabas algo?

«Sí. Estoy buscando un espejo mágico que tu madre robó de la corte unseelie. ¿Podrías traérmelo?»

Ojalá fuera tan fácil.

Suspiro y respondo con la excusa que había preparado.

—No puedo dormir. Iba a buscar un té caliente a la cocina, pero... —miro a mi alrededor y me encojo de hombros— me temo que me he perdido.

No espero que se lo crea. Aunque oficialmente no me han mostrado todo el castillo, me han enseñado lo suficiente para saber que la cocina no está en esta dirección. Ni en esta planta.

Pero Sebastian es demasiado confiado y me dirige una sonrisa comprensiva.

—Yo tampoco puedo dormir. Ven conmigo y tomemos un té juntos.

Vamos en silencio hasta la cocina. Sebastian apenas me mira mientras me hace entrar en la gran habitación donde no hay nadie y pone un hervidor a calentar en la cocina. Dos noches atrás me colé por una pared y fui a parar justo a este lugar. Las encimeras, ahora relucientes, estaban cubiertas por comida suficiente para alimentar a cientos de personas, y los criados se afanaban en llevarla de un lado a otro. Sin embargo, esta noche no hay nadie aparte de nosotros.

—¿Hay algo que te haya molestado? —le pregunto apoyándome en la encimera.

Sebastian sirve el líquido humeante en dos tazas de asa y frunce el ceño mientras me acerca una taza.

—¿Por qué me preguntas eso?

—No me has dirigido la palabra desde que nos hemos encontrado. Y me ha extrañado no verte durante la cena.

—No estoy molesto, estoy preocupado; lo siento. —Suelta el aire con fuerza—. Acabo de regresar de una reunión con mis contactos en la corte unseelie. —Alza la mirada lentamente y, cuando nuestros ojos se encuentran, veo que está atormentado—. No han encontrado ni rastro de Jas.

Ni siquiera soy capaz de disgustarme, porque el pánico acaba de cerrarme los pulmones.

—¿Tienes espías en la corte del rey Mordeus?

¿Sabe acaso que estuve allí ayer? ¿Conoce el pacto que hice con el rey? Si Sebastian se entera de nuestro pacto a través de sus espías, ¿se echará atrás el rey?

Sebastian se encoge de hombros, porque es evidente: por supuesto que tiene espías en la corte unseelie.

—No entiendo para qué la quiere —murmura.

Acaba de responderme. No, Sebastian no conoce el trato que he firmado con su enemigo.

—¿Ninguna de tus fuentes sabe nada?

—Nada que nos sea útil. —Titubea durante un instante—. ¿No ha tratado de ponerse en contacto contigo?

—No. ¿No podrías ponerme en contacto con él? —le pregunto, porque es lo que diría si no estuviera representando un papel—. Tal vez me diga dónde ha encerrado a Jas. O tal vez esté interesado en algún tipo de...

—No. —A Sebastian se le abren las ventanas de la nariz—. De ninguna manera. Aunque me fiara de él, y te aseguro que no me fío ni un pelo, no permitiría que le dieras nada de lo que pudiera pedirte. —Se pasa la mano por el pelo mientras maldice entre dientes—. Qué desastre.

Se le ve afectado por no poder encontrar a Jas. Todavía me cuesta volver a confiar en él, pero se nota que está haciendo todo lo posible por ayudar a mi hermana. No puedo enfadarme con él.

—Gracias —le digo, porque es lo mínimo que se merece—. Gracias por intentarlo.

Abre la boca y sé que le gustaría decirme algo, pero vuelve a cerrarla y se queda observando el té.

—¿Cómo ha ido la cena?

Contengo una sonrisa.

—Ha sido francamente... interesante. Por los dioses de las alturas y de las profundidades, Bash, creo que esas mujeres me arrancarían la piel a tiras si con eso consiguieran acercarse un poco más a ti. —Niego con la cabeza al acordarme de las once mujeres sanas y hermosas, con los ojos brillantes, entusiasmadas con la idea de casarse con Sebastian—. ¿De verdad vas a casarte con una desconocida?

Traga saliva antes de responder:

—Espero que no sea una desconocida cuando llegue el momento de la boda.

—No te salgas por la tangente. —Trato de mantener un tono desenfadado, pero no se me escapa su expresión hastiada.

Da otro sorbo al té.

—Es la tradición.

—¿El qué? ¿Elegir esposa como quien elige a una yegua de cría? —Y hasta aquí ha llegado mi esfuerzo por mantener una conversación ligera y agradable.

—Sé que puede parecer espantoso desde tu punto de vista, pero necesitamos dar continuidad al linaje real. No tengo hermanos, y mis abuelos y bisabuelos murieron en la Gran Guerra de los Fae. Mi madre y yo somos los únicos miembros de la corte con sangre real seelie. Aunque algunos de mis ancestros se dieron el lujo de casarse por amor, con la esperanza de que su unión fuera bendecida con hijos antes o después, yo no puedo permitírmelo. Los privilegios de mi posición vienen acompañados de responsabilidades.

Me muerdo el labio. Odio esta conversación. La odio porque no puedo ocultar mis sentimientos y odio que el tema me despierte sentimientos.

—Si pudieras elegir, ¿preferirías casarte con alguien de tu reino? ¿Alguien de tu clase social? ¿Una noble?

Sebastian deja la taza y se apoya en la encimera con los brazos cruzados.

—¿La verdad? Preferiría no pensar en el matrimonio. Solo tengo veintiún años, soy muy joven en este reino. En un mundo ideal no tendría que pensar en casarme durante al menos otra década, pero mi mundo no es ideal ahora mismo. Está roto. Y me ha tocado a mí arreglarlo. Es algo que me da miedo y me hace sentir pequeño. Parte de mí preferiría volver a Fairscape y seguir siendo un aprendiz de mago, pero me tomo mi deber muy seriamente. Se lo debo a mi pueblo. Aunque quisiera, no puedo pensar en ceremonias como el matrimonio o la vinculación con la misma mentalidad romántica de mi madre a mi edad.

—¿Vinculación? ¿Qué tiene de romántico controlar a alguien?

Él ladea la cabeza y frunce el ceño.

—¿Por qué piensas que se trata de control?

—¿No usáis la vinculación para controlar a los esclavos?

Él niega con la cabeza.

—Ninguno de los criados está vinculado a mí. Aunque algunos miembros de mi especie han usado el vínculo para esclavizar a los humanos, la ceremonia no nació con ese objetivo. Los fae llevan usando la vinculación en sus ceremonias desde el inicio de los tiempos. Sus orígenes son puros. Cuando dos seres se vinculan están en contacto con el otro en todo momento. Es como una empatía muy potente que te permite saber cuándo tu compañero está en peligro o siente dolor. Los cónyuges vinculados están siempre al corriente de las necesidades del otro. Sienten su dolor y su felicidad como si fueran propios. Me parece precioso, francamente.

—Pero eso no es lo que pasa cuando os vinculáis con un humano.

Él se echa hacia atrás apoyando el peso en los talones y suspira.

—Cuando los fae se vincularon con los humanos por primera vez, no sabían que sería distinto. Pero tienes razón, lo es. Los humanos carecen de

magia, por lo que el vínculo es más parecido a una calle de dirección única. El humano que se vincula no siente las emociones del otro de la misma manera.

—Y eso les da a los seres mágicos un cierto control sobre los humanos. —Acabo la frase por él porque sé que él no va a hacerlo y no quiero dejarlo pasar. Luego niego con la cabeza—. No entiendo que alguien se someta a algo así de manera voluntaria.

—No controlamos a los humanos como tú te imaginas. El humano sigue teniendo libre albedrío, aunque es verdad que ha habido algunos fae que no han respetado el vínculo y lo han usado para influir en sus humanos.

—A mí eso me suena a control.

—Pero no lo es. —Se frota la nuca pensativo—. Imagínate que quiero que duermas. Si estuviéramos vinculados no podría obligarte a dormir, pero podría hacer algo equivalente a apagar las luces y taparte con una manta gruesa y cálida. Tú seguirías eligiendo si cierras los ojos o no.

—Y ¿si tu futura esposa no quiere vincularse?

Él me dirige una sonrisa apagada y me mira a los ojos mientras me acaricia la mejilla. Siento un cosquilleo al notar el áspero contacto de sus dedos.

—Creo que estoy mirando a la única mujer bajo este techo que se negaría a vincularse conmigo.

No pretenderá que me disculpe por ello. No pretenderá que cambie lo que pienso y lo que siento solo porque él no es quien afirmaba ser. Pero al parecer no espera respuesta, porque sigue hablando.

—También podría ser algo precioso, aunque sea una unión mixta. Se trata de proteger a alguien que se ha convertido en parte de ti. Es un regalo que te convierte en el mejor compañero posible, porque te hace más consciente de las... necesidades del otro.

Cuando baja la vista hacia el escote de mi camisón, me ruborizo.

—Significa mucho para ti.

—Así es. Y después de que mi esposa tenga hijos, beberá la poción vital, y el vínculo entre nosotros funcionará como si hubiera nacido aquí.

—¿La poción vital?

—Es la poción mágica que usamos para transformar a los humanos en uno más de nosotros. Se vuelven inmortales. ¿No has oído hablar de ella?

Había oído hablar de ella, pero pensaba que era una más de las leyendas que los fae usaban para ganarse la confianza de los humanos.

—Y ¿si tu futura esposa no quiere dejar de ser humana?

—En ese caso supongo que tendré que decidir si realmente quiero que sea mi esposa. No tiene que ser fácil ver y sentir cómo muere la compañera a la que me he unido de por vida, y menos sabiendo que me quedan siglos de vida por delante. —Se aparta de la encimera—. Te acompañaré a la cama. Mañana tienes que madrugar.

12

La vida en el castillo es muy rara. Debería parecerme un sueño hecho realidad. Me dan todos los caprichos, me cuidan, me dan de comer platos deliciosos y me visten con preciosos vestidos. Yo sigo intentando convencer a las doncellas para que me consigan unos pantalones, pero lo cierto es que en este entorno lujoso no los necesito. Y por las noches duermo en una cama cómoda y calentita, tapada por las mantas más suaves que he visto nunca.

Nunca había conocido estos lujos y nunca me imaginé que llegaría a conocerlos, pero soy incapaz de disfrutarlos. Cada día que pasa sin haber encontrado el espejo es un día más que mi hermana ha pasado en cautividad. El rey me aseguró que estaba a salvo, pero ¿qué significa eso para él?

Llevo cinco noches en el castillo y, a pesar del esplendor que me rodea, no puedo más; me muero de ganas de salir de aquí. Como con las demás chicas, voy a clases de baile, escucho las largas conferencias que nos dan sobre la historia de la corte seelie y los crímenes de los unseelies, un pueblo anárquico, sin leyes. Resumiendo, hago lo que se espera de mí. Mantengo mi papel en esta pantomima y aprovecho cada momento libre para buscar la manera de acceder a los aposentos de la reina. Observo las rutinas de los guardias y las idas y venidas de los criados.

Aunque estoy estancada en la búsqueda del espejo, confío en que todo lo que voy aprendiendo sobre la vida en el castillo haga que la próxima tarea me resulte más fácil. Cuanto antes concluya la misión y pueda llevarme a Jas a casa, mejor.

Por la ventana de la habitación examino el jardín que tengo a los pies. Los lirios naranja parecen buscar el sol. Cada vez que los miro me recuerdan a Sebastian.

—¿Se sabe cuándo regresará el príncipe? —pregunto a mis doncellas. Sebastian pasa poco tiempo en el castillo, para disgusto de las candidatas. No sé cómo va a conocer a sus potenciales esposas si pasa tanto tiempo fuera.

—No se ha ido —responde Tess trenzándome el pelo y retirándomelo de la cara.

—Está pasando el día con otra de las chicas.

Los celos me caen como una piedra en el estómago.

—Oh, ¿tiene ya una favorita?

Mi cara debe de delatarme, porque Tess chasquea la lengua y sonríe a mi reflejo en la ventana.

—No tiene por qué preocuparse. Todo el mundo sabe que la favorita es usted.

Y, sin embargo, no hemos vuelto a hablar desde la noche en que compartimos un té en la cocina. No tendría sentido que perdiera su valioso tiempo conmigo cuando sabe que no estoy interesada en ser su esposa. Debería alegrarme; así tengo más tiempo para dedicarlo a la búsqueda, pero es difícil librarme de mis sentimientos por Sebastian, que me han acompañado durante dos años.

—Estoy segura de que vendrá pronto —añade Tess. Ata la trenza y empieza a trenzarme el pelo en el otro lado—. Aunque probablemente sepa que no está disponible.

—¿No lo estoy?

—Hoy tiene reunión con su tutora.

Frunzo el ceño.

—¿Tutora? ¿Para qué?

—Todas las chicas tienen una tutora asignada. Tienen que estar preparadas por si el príncipe las elige como futura esposa. Su tutora se encargará de pulir sus costumbres y modales, y la ayudará a nivel personal.

—Y ¿no podríais hacerlo vosotras? —Me gustan mis doncellas; me he acostumbrado a su compañía. No quiero tener a otra persona pendiente de mis movimientos.

Emmaline se echa a reír desde el baño, donde está limpiando la bañera.

—No, no podríamos —responde asomando la cabeza—, somos simples doncellas.

—Pues estoy segura de que podríais enseñarme todo lo que me vaya a enseñar ella.

Las gemelas intercambian una mirada que no sé si es de sorpresa o de diversión. Probablemente un poco de cada.

—En cualquier caso —dice Tess—, su tutora está a punto de llegar. Se llama Eurelody y ha trabajado con los historiadores de la reina durante más de un siglo. Tiene suerte de contar con ella.

«Más de un siglo.»

Tal vez conozca la agenda de la reina y sepa cuándo va a salir del castillo. Si logro informarme de manera discreta...

—¿Se le ofrece algo antes de que nos vayamos? —me pregunta Emmaline.

—No, estoy bien, gracias.

No sé por qué había supuesto que Sebastian estaba fuera del castillo solo porque no venía a visitarme. Tal vez lo ofendí con mis comentarios sobre sus sagradas tradiciones.

«O tal vez está tratando de encontrar esposa.»

—Perdida en sus pensamientos, ya veo —comenta una suave voz a mi espalda.

Al volverme me encuentro con una fae bajita y regordeta, con mejillas sonrosadas y orejas puntiagudas. Sus alas traslúcidas pasan a duras penas por la puerta.

Me obligo a sonreír. No es culpa suya que su presencia no me despierte ningún interés.

—Hola. Debe de ser Eurelody. Yo soy Abriella.

La fae me examina rápidamente de arriba abajo y, al parecer, encuentra que mi aspecto es aceptable porque señala hacia la puerta.

—Muy bien. Vamos a salir del palacio un rato, ¿le parece bien?

Contengo el aliento. Hasta este momento no me había dado cuenta de lo claustrofóbica que me sentía entre estos muros. Tras haber estado a punto de morir en el bosque, ni se me ha pasado por la cabeza desobedecer la orden de Sebastian de no cruzar la verja del palacio, pero sin duda estaré a salvo si voy acompañada de Eurelody.

Ella se ha adelantado pasillo abajo, y no tengo más remedio que seguirla.

—¿Adónde vamos?

Sin molestarse en mirarme ni aflojar el paso, responde:

—Si quiere ser una princesa, tiene que conocer a sus futuros súbditos.

El carruaje, equipado con cojines, es cómodo, y en las ventanas hay cortinas que le proporcionan privacidad. Eurelody va sentada frente a mí y estamos tan juntas que las rodillas casi se tocan. Mientras abandonamos el recinto del castillo soy consciente de que me observa al tiempo que yo contemplo el paisaje que cambia rápidamente. No me molesto en romper el silencio, y ella tampoco lo hace. En vez de conversar, miro las verdes colinas, el bosque que queda a lo lejos y las montañas, que quedan más lejos todavía. Incluso sabiendo lo peligrosos que son estos bosques, me siguen pareciendo preciosos. Todo en el territorio seelie resplandece con el verdor propio de finales de primavera. Me pregunto si en el territorio unseelie será también primavera o si los seres de las Sombras vivirán en un invierno perpetuo.

Estamos ya a varios kilómetros del castillo cuando tomamos el desvío hacia un pintoresco pueblo. El carruaje traquetea sobre el suelo empedrado, sacudiéndome de un lado a otro antes de detenerse bruscamente.

—Ya hemos llegado —anuncia Eurelody.

Estamos en una calle de casas de entramado mixto de madera y adobe. Fae y seres mágicos de todo tipo anuncian a gritos los productos que venden a los transeúntes. Nos llega el olor de pan recién horneado y pastas

que una vendedora lleva en su carro. Otra vendedora sirve un poco de vino para que un cliente lo pruebe y otras venden flores, bonitas telas y joyas.

En Fairscape hay un mercado muy parecido. Cuando era niña mi madre nos llevaba siempre que iba a hacer recados para la familia rica para la que trabajaba. La enviaban a comprar velas y ropa, o adornos para las paredes de su enorme hogar. Si nos portábamos bien mi madre nos compraba un caramelo diminuto a cada una. Solía imaginarme que comprábamos cosas para nosotras, que nos podíamos permitir esos lujos.

—¿Qué son esos seres pequeños? —le pregunto a Eurelody señalando con la cabeza en dirección a las diminutas criaturas voladoras con alas de mariposa.

—Calla, niña. —Negando con la cabeza, me tira del brazo y me conduce hacia una calle estrecha al otro lado del mercado. A lado y lado hay casas idénticas a las de la otra calle. Cuando llegamos a la tercera casa subimos la escalera. La puerta cruje al abrirse. Me arrastra al interior y se apoya en la puerta para cerrarla rápidamente—. Son sílfides. Ten cuidado; no les gusta que las llamen pequeñas.

—Pero si son...

—Son mucho más poderosas de lo que aparentan y más rencorosas de lo que te imaginas —me interrumpe—. De hecho, algunos las llaman sílices por lo duras que son. Por supuesto, si se enteran, se ofenden mucho. Y si ofendes a una de esas sílfides, puede que te ataque un ejército de hormigas de fuego o un enjambre de abejas.

»Pero no todas son así —especifica una voz profunda—. Algunas son muy dóciles.

Me vuelvo hacia la derecha y retrocedo hacia la puerta cuando veo al tipo que sale de una habitación poco iluminada. Es Kane, el unseelie de ojos rojos y cuernos que me cargó sobre su hombro para llevarme a ver a Finn.

Me vuelvo hacia mi tutora y le dirijo una sonrisa. No sé dónde estamos, pero no puedo permitir que alguien tan cercano a la reina Arya sepa que he tenido tratos con el enemigo.

—Deberíamos irnos.

Eurelody me devuelve la sonrisa. El aire tiembla a su alrededor y su piel desprende luz. De repente ya no es Eurelody, sino Pretha, quien al parecer

tiene muchas caras.

—Pretha —digo furiosa—. Tú...

Ella vuelve a sonreírme y me dedica asimismo una rápida reverencia.

—Te acuerdas de mi nombre; qué amable, Abriella.

—¿Dónde está Eurelody?

—Dejó de servir a la reina hace años, pero yo sigo acudiendo al palacio con su aspecto de vez en cuando. Es una manera muy cómoda de acceder al castillo. La corte de la reina es tan numerosa que ni siquiera se ha dado cuenta de que la vieja erudita pasa poco tiempo investigando.

Miro hacia la puerta preguntándome si el carruaje en el que hemos venido pertenece a Pretha o a la reina. Si salgo corriendo no sé si el cochero obedecerá mis órdenes.

—Dame una buena razón para no volver al castillo y contarles a todos quién eres en realidad.

Ella mira al cielo, exasperada, y se vuelve hacia Kane.

—El príncipe Ronan cree que es muy lista y especial, pero, si realmente lo fuera, entonces querría conocer todas las razones por las que no debería decirle nada a la reina, no al revés.

—El príncipe es joven y está cegado por su belleza —replica Kane—. La noche en que salió huyendo de la taberna, ya demostró que dejaba mucho que desear en el apartado de la inteligencia.

Me cruzo de brazos.

—Insultarme no va a llevaros a ningún sitio..., o tal vez a una mazmorra de la reina.

Esta amenaza tampoco parece afectarlos en absoluto. Pretha se quita la capa tranquilamente y la cuelga junto a la puerta. Mientras se ajusta el chaleco de cuero y la vaina de la espada, me dice:

—No soy tu enemiga, Abriella.

—Y, sin embargo, la última vez que salí huyendo de ti, un perro de la muerte casi se me zampó para cenar. ¿Tengo que creer que fue coincidencia?

—¿Crees realmente que yo envié al barghest para que te persiguiera? —La telaraña plateada de su frente parece vibrar de furia.

—Tu. Finn. Kane... ¿Hay alguna diferencia?

Kane suelta un gruñido.

—¿Por qué íbamos a hacer eso?

—Porque me negué a colaborar con vosotros. No soy del todo ignorante. Sé que los unseelies a veces tienen barghests como animales de compañía.

A Kane se le escapa una risotada. Luego se aleja negando con la cabeza.

—Le diré a Finn que está aquí... Y que piensa que somos asesinos que controlamos monstruos poderosos y despiadados. Qué buena manera de iniciar una colaboración, seguro que Finn estará de acuerdo.

—¿De dónde has sacado esa idea? —me pregunta Pretha ignorando a Kane—. ¿Fue tu príncipe quien te dijo que lo del barghest era cosa nuestra?

—No hizo falta.

—Tú querías irte y te dejamos. —Pretha frunce el ceño—. Después de que salieras corriendo de la taberna te seguí hasta el bosque. Finn me prohibió que te siguiera demasiado de cerca. Solo quería asegurarse de que llegabas sana y salva adonde fueras.

—Oh. ¿Le contaste que casi me hacen pedazos?

—Sí. —Ladea la cabeza—. Menos mal que aparecieron los lobos para distraer a la bestia.

—Menos mal que apareció Sebastian para salvarme.

—Entonces ¿ya le has perdonado a tu príncipe Dorado que te engañara? —pregunta Finn saliendo del pasillo envuelto en sombras. Estaba tan distraída hablando con Pretha que no he oído sus pasos. O tal vez no habría podido oírlos ni aunque lo hubiera intentado. Mirando a Kane y Pretha, añade—: Os dije que tardaría menos de una semana. Me debéis cinco piezas de oro cada uno.

—No te debemos una mierda, Finn —replica Kane entrando en el recibidor detrás de Finn—. La chica no ha respondido a la pregunta.

—Si no se fiara del muchacho, no se habría montado en el carruaje con Pretha esta mañana —insiste Finn.

Pretha niega con la cabeza.

—Puede confiar en él sin haberlo perdonado. Son emociones totalmente independientes.

Están apostando sobre la cuestión de si voy a perdonar a Sebastian o no.

«Qué groseros.»

—Me alegro de que os resulte todo tan divertido.

Finn entorna los ojos plateados, que brillan como la superficie de un lago helado a la luz de la luna.

—Te aseguro que no me divierte en absoluto; lo que estoy es impaciente. Y, teniendo en cuenta que mi tío tiene prisionera a tu hermana, me extraña que no lo estés tú también. Aunque tal vez estés disfrutando de los lujos de la vida palaciega. Supongo que estás demasiado ocupada preparándote para ser la princesa de ese muchachito.

—Cómo te atreves... —Doy un paso atrás al ver dos pares de ojos plateados brillando entre las sombras del pasillo. Dos grandes lobos se acercan con actitud amenazadora y se detienen a ambos lados de Finn.

Él chasquea los dedos y los lobos se sientan, olfateando el aire en mi dirección y gimoteando débilmente. La última vez que los vi tenían heridas que ya se han curado, pero sin duda son los mismos animales que atacaron al barghest.

Cuando salieron huyendo, sus pelajes de color gris y plata estaban manchados de sangre, pero hoy están limpios y relucientes. Y son mucho más grandes de lo que recordaba. Parecían más pequeños al lado del barghest, pero ahora me doy cuenta de su auténtico tamaño. Aunque están sentados, solo les saco una cabeza.

Busco a Finn con la mirada.

—¿Son tuyos?

—Si quieres decirlo así... —responde rascando a uno de ellos detrás de la oreja como si nada.

—Ya te he dicho que no somos tus enemigos, Abriella —me recuerda Pretha.

La noche del ataque, me pregunté si los lobos trataban de apartar al barghest para comerme ellos. Pero, al verlos ahora, jadeando alegremente al recibir la atención de su dueño, sé que me salvaron. Si Sebastian no hubiera aparecido, habrían seguido luchando hasta matar al barghest o hasta morir.

—¿Están bien?

—Ahora sí —responde Finn—. Gracias a mi sanador.

—¿Cómo se llaman?

—Dara y Luna —responde Finn y las orejas de los lobos se alzan al oír sus nombres.

«Lobas —me corrijo mentalmente—. Son lobas.»

—¿Puedo...? —Todos los ojos de los presentes se clavan en mí mientras extiendo con cautela una mano hacia cada una de ellas.

Finn murmura una orden y las lobas se levantan y se me acercan despacio.

—Gracias —les digo arrodillándome frente a ellas y ofreciéndoles el dorso de la mano para que la huelan—. Gracias por protegerme.

Las lobas me lamen las manos y se frotan contra las palmas como si fueran grandes gatos. Cuando alzo la vista detecto algo que parece confusión en los ojos de Finn, pero, cuando pestañea, su expresión cambia y su mirada vuelve a ser impenetrable como el acero, como de costumbre.

—¿Por qué me protegieron?

—Porque yo se lo pedí.

—Corrieron un gran riesgo. Podrían haber muerto.

Finn no lo niega. Se cruza de brazos y apoya un hombro en la pared.

—Son muy leales. Ahora que te han protegido una vez lo volverán a hacer cuando haga falta.

Pretha suspira con dramatismo.

—Pero sería mucho mejor para todos los aquí presentes que no salieras huyendo otra vez. Así nadie tendría que rescatarte.

Kane se echa a reír.

—Tal vez le gusta que su príncipe la rescate. Parece que el regreso al palacio fue de lo más espectacular. Entró corriendo con ella en brazos como un auténtico héroe con su damisela en apuros.

Me ruborizo al oír cómo describe la escena. Odio que me vean así, pero no me molesto en preguntar cómo saben lo que pasó en palacio. Está claro que aquí todo el mundo espía a todo el mundo.

Volviéndome hacia Finn le pregunto:

—¿Qué queréis de mí?

—Ya te lo dije —responde con la voz algo ronca, como si estuviera muy cansado—. Queremos ayudarte.

—¿Por qué queréis ayudarme si estoy trabajando para el rey que te quiere ver muerto?

—Querrás decir el falso rey —interviene Kane en tono seco.

Finn chasquea los dedos y las lobas regresan, obedientes, a su lado.

—Las reliquias robadas hacen que mi corte sea más débil. Mi gente sufre y haré lo que haga falta para ayudarlos.

—Aunque eso implique fortalecer al... a tu tío. —Algo me huele raro, y no es precisamente olor a honestidad.

—Mordeus —dice Finn, que, a diferencia de Kane, no suena enfadado— no puede acumular más poder a menos que se ponga la corona.

Frunzo el ceño.

—¿Dónde está la corona?

—La corona de mi padre lleva demasiado tiempo fuera de la Corte de la Luna. —Hace una breve pausa—. Deduzco que aún no has encontrado el espejo.

—Sé dónde está, pero no he podido llegar hasta él —admito.

—¿Has probado a usar tu magia? —me pregunta—. Ya sabes, esa cosa que te permite atravesar paredes y hechizos de protección como si no estuvieran allí.

«Capullo.»

—¿Cómo pudo hacerlo si aún no la controla? —pregunta Pretha, pero Finn le dirige una mirada que la hace callar.

—No —digo respondiendo a la pregunta de Finn—. Pretha tiene razón; me falta control, pero ese no es el problema. La reina tiene el espejo muy protegido, y rodeado de luz. Aunque pudiera controlar mis poderes, no servirían de nada allí.

A Kane se le escapa la risa por la nariz.

—No tiene ni idea, ¿no?

—Dejad de hablar de mí como si no estuviera delante —salto—. Y ¿sobre qué no tengo ni idea?

—Sobre lo fuerte que eres —responde Pretha ladeando la cabeza—. No tienes ni idea de lo que eres capaz de hacer.

—¿Y si te dijera —murmura Finn— que tus poderes sirven en cualquier momento y circunstancia; que eres lo bastante fuerte para hacer que

aparezca una oscuridad capaz de tragarse hasta el último rayo de su luz?

—¿Cómo sabes eso?

—Hemos estado observando —responde Finn encogiéndose de hombros.

—¿Qué dices, Brie? —pregunta Pretha—. ¿Vas a dejar que te ayudemos?

No sé si puedo fiarme de Finn y de su gente, pero no puedo permitir que me descubran mientras recupero el espejo. No puedo permitirme fallar. Miro a las lobas y tomo una decisión.

—Hoy trabajaré con vosotros. Enseñadme todo lo que necesito saber para intercambiar los espejos.

Finn arquea una ceja.

—Lo primero que has de saber es que no debes usarlo. El espejo no es un juguete, y las chicas humanas no pueden jugar con él, ¿queda claro?

Muy claro. Me queda claro que soy una humilde humana, indigna de su precioso espejo.

«Pues vale.»

—Pensaba que ibas a enseñarme a usar mis poderes para poder entrar en el solárium de la reina.

—Un momento. —Finn levanta una mano—. No habías dicho que el espejo estuviera en su terraza.

Me encojo de hombros.

—Pues sí, está ahí. Y el pasillo que lleva hasta sus aposentos está inundado de luz. Me imagino que la terraza estará igual.

—La luz es el menor de tus problemas —dice Finn.

Pretha frunce el ceño.

—Si la reina guarda el espejo en la terraza sagrada, solo ella o el príncipe pueden cambiarlo de sitio.

—¿Qué le pasa al que lo intenta? —pregunto.

—Nada —responde Finn—. Pero no podrías llevártelo. Los objetos que la reina guarda allí no pueden moverse ni con las manos más fuertes ni con el roce más suave. Descubrirás, princesa, que la magia auténtica depende del libre albedrío. Nadie, ni el ser mágico más poderoso ni el ladrón más hábil, puede llevarse aquello que solo puede darse libremente.

—¿Existe algún contrahechizo? —pregunto.

—Todo tiene un contrahechizo —responde Kane.

Finn se vuelve hacia Pretha, que niega con la cabeza.

—No lo conozco, pero investigaré un poco, a ver qué encuentro. Mientras tanto habrá que buscar otra forma.

No tengo tiempo para esperar a que Pretha encuentre un contrahechizo.

«Solo ella o el príncipe pueden cambiarlo de sitio.»

—Vale, ya sé qué hacer —digo en voz baja. Francamente, no sé por qué no se me ha ocurrido antes.

—¿Matar a la reina? —pregunta Kane llevando la mano a la daga que porta junto a la cadera—. Yo primero.

Finn niega con la cabeza mirando a... ¿su amigo? ¿Su centinela?

—La reina te cortaría en pedacitos y colgaría tu cabeza en una pica en su jardín como advertencia.

Kane frunce el ceño.

Suspiro.

—Si la única manera de conseguir el espejo es que la reina o el príncipe me lo den, le pediré al príncipe Ronan que me lo consiga.

—¿Lo dices en serio? —me pregunta Kane—. ¿Crees que el príncipe te dará un artefacto tan valioso así como así?

—Sí —respondo, aunque la culpabilidad ya empieza a pesarme—. Soy importante para él, y quiere que le perdone por haberme engañado.

Pretha asiente mientras una lenta sonrisa se abre paso en su rostro.

—La solución más sencilla suele ser la mejor. Mientras tanto te entrenaremos tal como estaba previsto y yo buscaré el contrahechizo por si acaso. Si el príncipe se niega a dártelo, buscaremos la manera de robarlo.

—Pero pídeselo bien, princesa —me recomienda Finn—. Si tienes que conseguirlo por las malas, no te va a gustar, créeme.

13

Encuentro a Sebastian en la pista de entrenamiento del torreón más alto. Va sin camisa, y su pecho desnudo brilla a la luz del sol, que empieza a ocultarse.

Su contrincante también se ha quitado la camisa. Intento fijarme en el pelo dorado del desconocido, o en el tatuaje que le empieza en el cuello y le recorre el hombro, pero apenas logro apartar la mirada de Sebastian el tiempo suficiente para obtener información. Y lo que es peor, no logro articular las palabras para avisar de mi presencia.

No es solo su físico lo que me ha dejado casi muda, son los recuerdos de los días compartidos en Fairscape. Los días en los que yo fingía leer mientras él entrenaba en el patio. Las veces en que me descubría observándolo y me guiñaba el ojo por encima del hombro. Ese simple gesto levantaba una ráfaga de mariposas en mi interior. Él y Jas eran la luz en una existencia oscura y difícil. Me cuesta mucho no aferrarme a él cuando siento que los he perdido a ambos.

Cuando Sebastian se da cuenta de mi presencia, le hace un gesto a su contrincante para tomarse un descanso. Coge una toalla y se seca el sudor de la frente.

—¿Va todo bien?

«Palabras, Brie. Usa las palabras.»

—Estoy bien. Es solo que... —Trago saliva—. Quería hablar contigo. Pero me voy si es mal momento. —Hago una mueca, incómoda. Venir a buscarlo aquí arriba me parecía una buena idea, pero ahora me siento presuntuosa. Y no quiero llamar la atención sobre lo que tengo que pedirle —. No pretendía interrumpir tu entrenamiento.

—No te vayas, estábamos a punto de acabar. —Sirve un vaso de agua y me lo ofrece. Cuando niego con la cabeza se lleva el vaso a los labios y lo vacía. Yo contemplo embobada el movimiento de su nuez al tragar.

El desconocido se aguanta la risa al verme. Me guiña el ojo en un gesto cómplice y se pone una camisa oscura por encima de la cabeza.

—No puede aguantarme el ritmo. El príncipe se ha ablandado durante su estancia en el reino de los humanos.

Sebastian gruñe antes de replicar:

—Has perdido tres rondas de cinco. Yo no presumiría tanto en tu lugar.

—Antes habría perdido las cinco. —Se encoge de hombros y me ofrece la mano—. Soy Riaan. Y tú debes de ser la cautivadora Abriella, la robacorazones de la que tanto he oído hablar.

Me ruborizo hasta tal punto que me arden las mejillas, tanto por la descripción como al imaginarme a Sebastian hablando de mí en esos términos, pero logro saludarlo con una inclinación de cabeza.

—Encantada de conocerte, Riaan. ¿Entrenáis juntos a menudo?

Riaan niega con la cabeza.

—No tan a menudo como solíamos. Está demasiado ocupado para perder el tiempo conmigo. Preparándose para ser rey... Eligiendo esposa... —Dirigiéndome una mirada cargada de intención, añade—: Aunque, francamente, pienso que debería arrastrarse ante ti hasta que aceptes el puesto.

Se me abre la boca, pero me obligo a cerrarla antes de que se me escape algo incriminatorio. Me vuelvo hacia Sebastian, que me tranquiliza diciendo:

—Riaan es un viejo amigo.

—Tu secreto está a salvo conmigo —confirma Riaan guiñándome el ojo de nuevo. Llena un vaso de agua y lo alza en un brindis cómplice antes de

dirigirse a la escalera y dejarnos a solas a Sebastian y a mí en lo alto del torreón.

—No debería haberos interrumpido —digo mientras sigo dándole vueltas a lo que ha dicho Riaan. Sería más fácil continuar resentida con Sebastian si no supiera que él siente por mí lo mismo que yo he sentido por él desde el día en que lo conocí. Cada recordatorio de su amor pone a prueba mis convicciones.

Él me tranquiliza.

—Estábamos a punto de acabar. Mi madre quiere que Riaan la acompañe al norte esta tarde.

—¿Qué hay en el norte?

—Otro palacio.

Me echo a reír.

—¿Qué pasa?

—Lo dices como Jas diría: «Otro vestido para mis primas malcriadas».

Miro a mi alrededor contemplando los grandes jardines que rodean el Palacio Dorado.

—No puedo imaginarme tener una casa así. Y mucho menos dos.

Cuando me vuelvo hacia Sebastian, veo que tiene el ceño fruncido.

—Es absurdo, ¿verdad? —me pregunta en voz baja—. Tanto lujo aquí habiendo tanta gente que sufre en Elora. No era consciente. No lo fui hasta que me instalé con el mago Trifen.

—¿Por qué lo hiciste, por cierto? Tú ya tienes magia; una magia poderosa que no está al alcance de ningún humano. ¿Qué sentido tiene que fueras el aprendiz de un humano?

—La magia de los humanos es distinta, y no soy tan arrogante como para pensar que no la necesito. —Se vuelve y contempla el paisaje con la mirada perdida—. Sé que voy a necesitar todo el conocimiento que pueda adquirir si quiero ser el mejor gobernante para mi pueblo.

—¿Cuándo será eso? ¿Cuándo gobernarás?

Él niega con la cabeza.

—Solo los dioses saben el momento exacto, pero quiero estar preparado cuando llegue. —Llena otro vaso de agua y da un sorbo antes de añadir—: Pero tú no has venido aquí a hablar sobre mi etapa de aprendiz.

—No, he venido por otra razón, pero ahora... me parece una tontería.

Él sonríe al darse cuenta de mi apuro.

—¿De qué se trata?

Cojo un mechón de pelo y le hago dar vueltas nerviosa.

—He estado pensando en cómo podríamos encontrar a Jas y he recordado la leyenda del espejo mágico que te muestra a la persona que quieres ver.

Se le abren mucho los ojos.

—¿El Espejo del Descubrimiento?

—No sabía cómo se llamaba. —Sonrío para disimular la mentira—. Pero oí que, cuando miras en el espejo, puedes pedirle ver a alguien. Tal vez podríamos usarlo para localizar a Jas.

—Es difícil saber qué te mostraría si lo usaras. —Sebastian frunce el ceño de nuevo—. Es bastante impredecible.

Trago saliva.

«Por favor. Tráemelo. Por favor.»

—Pero ¿no crees que valdría la pena intentarlo? —Suelto el aire bruscamente—. Un objeto mágico tan antiguo. Siento... curiosidad.

Él se echa a reír.

—Es la ladrona que vive en ti la que habla. No, no pongas esa cara, lo digo como elogio; pero no puedo permitir que profanes la estancia sagrada de mi madre solo por satisfacer tu curiosidad. Veré qué puedo hacer.

—¿No le extrañará a la gente de palacio que salga tan a menudo? —le pregunto a Pretha al día siguiente mientras me hace entrar en casa de Finn, de nuevo bajo la apariencia de Eurelody.

—Pensarán que estás estudiando con tu tutora, en su casa. Finn le pagó una buena cantidad a la familia de la anciana erudita para poder usarla. —Cierra la puerta y sacude los hombros. Las alas desaparecen y su cuerpo se transforma en el ser que conozco como Pretha.

—¿Es esta tu forma auténtica? —le pregunto señalándola con la barbilla.

—¿Esta? —Ella me dirige una sonrisa lenta, que hace que su rostro se ilumine. Es espectacular. Me pregunto si será la esposa de Finn o su compañera o... Me obligo a no seguir por ese camino. ¿Qué más me da con quién esté?—. Sí, es mi forma auténtica.

—¿Puedes volar cuando tienes alas?

A ella se le escapa la risa por la nariz y me hace un gesto para que la siga por el pasillo poco iluminado que lleva a la parte trasera de la casa.

—Depende de la forma que adopte. No puedo volar cuando me transformo en Eurelody, porque ella no puede. Pero cuando adopto otras formas... —Se encoge de hombros—. Sí, a veces. Aunque un cambio de forma tan grande supone un gasto de energía enorme.

La sigo y cruzo una puerta doble que lleva a una inmensa biblioteca, con techos tan altos como dos plantas y estanterías en todas las paredes. En el centro de la habitación tres fae sentados a una mesa discuten algo en voz baja. Reconozco a Kane y creo que los otros dos estaban guardando la puerta del despacho la noche que Kane me llevó a la taberna. No veo a Finn por ninguna parte, pero sus lobos se están echando una siesta entre las sombras de la parte de atrás de la biblioteca.

—¡Hooo-laaa! —canturrea Pretha anunciando nuestra llegada.

Kane coge algo de la mesa —¿tal vez un mapa?— y lo enrolla antes de guardárselo en la parte de atrás de los pantalones.

—La princesa ha vuelto —refunfuña.

Alzo una ceja.

—Si no me queréis aquí, ¿por qué tu príncipe sigue enviándola a buscarme?

—No hagas caso a Kane —dice Pretha—. Es un cascarrabias; siempre está igual.

Kane le dirige una mirada malhumorada, que despierta la risa de los otros dos.

Pretha señala al fae de piel oscura, rastas cortas de color negro y una telaraña plateada en la frente, muy parecida a la suya.

—Abriella, él es Tynan. —Él sonríe mientras me ofrece la mano, que yo acepto—. Y él es Jalek —añade señalando al tercero, que tiene la piel pálida, el pelo blanco y alborotado, y los ojos de color verde bosque. Este

no me ofrece la mano, sino que me saluda con una leve inclinación de cabeza mientras da un paso atrás, como si quisiera marcar distancias.

Me aclaro la garganta antes de saludar.

—Es... un placer conoceros a todos.

—No sabe mentir —protesta Jalek—. ¿Estás segura de que podrá engañar al príncipe?

—Cállate —lo reprende Pretha—. Abriella es la mejor baza de la corte de Finn.

Alzo una ceja.

«La corte de Finn.»

—¿No sois unseelies?

Ella hace una mueca e intercambia una mirada con Tynan.

—No de nacimiento. —Pretha suspira antes de añadir—: Nací en las Tierras Salvajes, pero hace mucho tiempo que le juré fidelidad a Finn.

Miro a los otros tres.

—Y ¿vosotros?

—Unseelie de pura cepa —responde Kane golpeándose el pecho con el puño.

—Pero no te preocupes —comenta Tynan—. No todos los unseelies son tan feos como él.

Kane responde a Tynan con un gesto vulgar y Jalek disimula una sonrisa.

Pretha los ignora a los tres.

—Tynan también es de las Tierras Salvajes, como yo. Y Jalek es seelie de nacimiento. Muchos años atrás fue cortesano en la corte del padre de la reina Dorada.

—Viejo idiota —murmura Kane.

—Prefiero ser viejo y sabio que joven y estúpido —comenta Jalek, sin apartar los ojos de mí y estudiando mi reacción a sus palabras.

Yo trato de no quedarme boquiabierta ante él. Siempre había dado por hecho que los seres mágicos eran muy leales a la corte en la que habían nacido, pero al parecer Finn ha reunido una auténtica banda de inadaptados.

—¿Todos trabajáis para Finn?

—Trabajamos para mejorar la vida de todo el mundo en Feéra —responde Pretha colocándose la larga melena por encima de un hombro y empezando a trenzarla—. Y como Finn persigue el mismo objetivo, trabajamos para él, sí. O, mejor dicho, trabajamos con él.

Jalek me mira entornando sus intensos ojos verdes.

—¿Has pasado mucho tiempo con la reina Arya en palacio?

Niego con la cabeza. No he vuelto a ver a la reina desde el día en que me presenté ante ella y fingí que quería casarme con su hijo.

—No, no pasa mucho tiempo allí.

Jalek y Tynan intercambian una mirada y Kane murmura algo que no entiendo.

—¿No tendríais que estar en otro sitio vosotros tres? —pregunta Pretha con intención.

Por un momento me pregunto si les molestará recibir órdenes de una mujer, pero los tres asienten y se dirigen a la puerta de la biblioteca. Las mujeres tienen tan poco poder en Elora que mi respeto por Pretha aumenta.

Tynan es el último en salir. Se detiene en el umbral y se vuelve hacia Pretha.

—Misha y Amira han solicitado reunirse con Finn. Amira ha insistido en que tú también estuvieras presente. He pensado que querrías estar preparada.

La sonrisa de Pretha se tambalea, pero rápidamente la recupera y vuelve a colocarla en su sitio. Asintiendo, replica:

—Gracias por avisarme.

Él se da la vuelta y deja que las puertas se cierren solas.

—¿Quiénes son Misha y Amira? —le pregunto.

—El rey y la reina de las Tierras Salvajes. Han desempeñado un papel esencial en nuestra misión durante las últimas dos décadas.

Si tan esencial ha sido su papel, ¿por qué Pretha parece tan sorprendida ante la perspectiva de tener que reunirse con ellos?

Inspira hondo y hace rodar los hombros hacia atrás.

—¿Qué tal va la búsqueda del espejo? ¿Se lo has pedido ya al príncipe?

Asiento con la cabeza.

—Se está ocupando de ello.

Pretha me dirige una sonrisa tensa.
—Bien. Y ahora, ocupémonos de tu entrenamiento. ¿Te parece?

14

—Otra vez —dice Pretha.

Este es el tercer día de entrenamiento. Llevo cinco horas con Pretha y estoy tan harta de oír esas palabras que tengo ganas de escupirle, joder. Excepto la breve pausa que hacemos para comer, nos pasamos el día entero en esta biblioteca, donde ella no hace más que presionarme para que cree oscuridad. Empezamos con gotas en las puntas de los dedos y luego pasamos a crear una bola que sostengo en la palma de la mano. Por resumir, a pesar de la paciencia infinita de Pretha, puedo hacerla aparecer, pero soy incapaz de controlarla, mantenerla o, en general, hacer nada útil con ella.

Inspiro hondo y me concentro en la palma de la mano, ordenándole a la oscuridad que aparezca. Cuando logro crear una bola de sombra, esta crece demasiado rápido y se hace demasiado grande hasta que se desborda y se derrama como arena entre los dedos antes de desaparecer.

—Chapucera —refunfuña Finn a mi espalda fulminándome con sus penetrantes ojos plateados.

Me doy la vuelta, sorprendida por su repentina aparición. Aparte de la breve reunión que mantuve con los tres fae el primer día que Pretha me trajo a esta biblioteca, hemos estado entrenando las dos solas. Al parecer hoy Finn ha decidido honrarme con su presencia.

—¿Qué has dicho? —le pregunto.

—Finn —interviene Pretha—. Qué amable por tu parte venir a...

Él la interrumpe con un seco movimiento de cabeza.

—Hoy no, Pretha. Déjanos solos.

Ella me dirige una sonrisa compasiva.

—No dejes que te avasalle —me dice en tono amable.

—Déjanos a solas, Pretha —repite Finn en voz baja pero amenazadora.

La mirada de esta se endurece cuando se vuelve hacia él, pero sigue hablando conmigo.

—No te tomes su mal humor como algo personal; lleva veinte años enfadado.

Mientras la veo salir de la biblioteca, una parte de mi cerebro, la más lista, la que se ocupa de mi supervivencia, me grita que debería seguirla. Pero no lo hago. Finn no me da miedo. Tal vez debería, pero... no ha sido coincidencia que la oscuridad haya crecido en mi mano cuando él ha aparecido. No sé por qué ni cómo, pero mi poder responde ante él. Incluso estando inactiva lo noto vibrar, como si me rogara que lo utilizara.

Cuando nos quedamos a solas, alzo una ceja y pronuncio una sola palabra:

—¿Qué?

—Tu magia es chapucera. Te falta concentración. Si no mejoras, tu ferviente príncipe va a descubrirte mientras merodees por su palacio.

Alzo la barbilla, pero sus palabras ni siquiera me molestan porque sé que tiene razón. Es obvio que puedo hacer cosas de las que no era consciente en el reino humano, pero también es evidente que no tengo ni idea de cómo controlar ese poder. De momento, lo único que he logrado con el entrenamiento es cansarme. Pero si pudiera intentarlo con Finn cerca...

—¿Es eso lo que quieres? —me pregunta—. ¿Abandonar la búsqueda y acomodarte en tu nueva vida de lujos?

«¡Será posible!»

—No te he oído ofrecerte a ayudarme.

Él ladea la cabeza.

—Menuda forma pasivo-agresiva de pedir ayuda.

—Yo... —Aprieto el puño y vuelvo a aflojarlo. Menudo idiota arrogante —. Fuiste tú quien se empeñó en ayudarme, pero cuando vengo aquí me dejas sola con Pretha.

—Es una excelente profesora. Deberías agradecer que te dedique su tiempo, princesa.

—¿Por qué me llamas así? —pregunto molesta—. No soy una princesa.

—Estás a cuatro promesas y un par de carantoñas de convertirte en la esposa de ese muchacho y todo el mundo lo sabe.

Me muerdo la lengua para no replicarle. No importa lo que piense de mí o de mi relación con Sebastian. Lo único importante es conseguir las reliquias para que el rey me devuelva a Jas. Pero al parecer Finn sigue empeñado en provocarme.

—¿Qué tal la vida en el Palacio Dorado? ¿Es tan lujosa como tu mente mortal se había imaginado?

Le dirijo una sonrisa burlona.

—¿Qué te hace pensar que mi mente mortal se había imaginado nada?

—¿No sueñan todas las chicas mortales con casarse con un guapo príncipe fae?

—¡Eres un idiota arrogante! —Una bola de sombra se forma en mi mano y la atrapo con los dedos—. Esta chica mortal nunca soñó nada parecido. Yo no quería venir aquí. Vine obligada cuando el rey de tu corte compró a mi hermana.

—Entonces ¿Pretha se equivoca? ¿No sientes nada por el príncipe?

—Yo... —Sí, sentía cosas. Aún las siento. Pero mis complicados sentimientos no son asunto de Finn. La bola de sombra late alimentada por mi enfado—. No me apetece nada ser una princesa en este reino. Si hubiera sabido que Sebastian no era humano, no me habría hecho amiga suya. Y él lo sabía.

Finn camina a mi alrededor, rodeándome lentamente y haciéndome sentir como un caballo en una feria, examinada desde todos los ángulos.

—No dudo que ya has perdonado sus mentiras si estás deseando casarte y vincularte con él.

—Yo no deseo nada —replico cada vez más enfadada. Tengo que abrir los dedos al máximo para sujetar en ellos la bola de sombras que se retuerce y no cesa de crecer—. No quiero ser una princesa. No quiero vincularme con un fae... ni con nadie.

Él se detiene frente a mí y me mira a los ojos.

—Entonces... ¿no estás vinculada con nadie?

Lo miro exasperada.

—No es asunto tuyo, pero no. Nunca lo permitiría.

Los hombros de Finn descienden de golpe. Parece aliviado, pero no tiene sentido. No hay nada que justifique que este príncipe unseelie se interese tanto por mí.

—Sebastian te lo pedirá antes o después.

—Él ya sabe lo que pienso de vosotros y de vuestra costumbre de controlar a los humanos mediante el vínculo, así que no. Eso no pasará.

Ni siquiera lo haría aunque lo deseara. No puedo permitirme que Sebastian esté tan al corriente de mis emociones. Necesito moverme en secreto para rescatar a Jas.

—Mordeus también te lo pedirá. Recuerda que la única manera de que lo consigan es si tú lo permites. Si valoras tu vida mortal, no lo hagas... nunca.

—¿Es una amenaza, Finn?

—Es una advertencia, princesa.

—No hablamos de vínculos en nuestro trato.

—Aún no, pero ten cuidado con los planes de Mordeus.

¿Los planes de Mordeus? Como si Finn no hiciera planes.

Él suelta el aire.

—Puedo intentar ayudarte, pero la verdad es que Pretha y yo no sabemos nada sobre la magia humana. No sabemos cómo funciona.

—Y ¿por qué tendría que funcionar de otra manera?

Él alza las dos cejas.

—Porque sois distintos.

Avanza hacia mí y me agarra el brazo. Con un dedo traza una línea desde la parte interior del codo hasta la muñeca, justo encima de la bola de sombra que sostengo en la mano. Un escalofrío me recorre la espalda.

Levanta la mirada y, cuando se encuentra con la mía, separa los labios. Durante un momento pienso que él también siente esta energía que vibra y fluye entre los dos, esta sensación de estar más despierta y más viva que nunca.

«Es por la magia», me digo, pero no me lo creo ni yo.

Cuando vuelve a recorrerme el brazo con el dedo respiro lentamente, con cautela, y deseo que me suelte. Sé que lo haría si se lo pidiera, pero me niego a admitir que su cercanía me afecta tanto.

—¿Qué pasa si te hago un corte? —me pregunta.

—Que sangro.

Él asiente con la cabeza.

—Y si te curas, tu cuerpo fabrica más sangre. Pero si el corte es demasiado ancho y profundo, si sangras demasiado y no puedes producir sangre nueva lo bastante deprisa para cubrir las necesidades de tu cuerpo, te mueres.

—Sí, ya sé cómo funciona eso —protesto.

Él me mira amenazador. Vuelve a trazarme una línea en el brazo y, esta vez, no logro disimular el estremecimiento.

—La magia es para nosotros como la sangre para vosotros —me dice.

—No lo entiendo. ¿Vosotros no sangráis? —No puede ser. He visto sangrar a Sebastian; le he curado heridas leves yo misma más de una vez.

—Sangramos, pero es la magia que corre por nuestras venas la que nos cura, no la sangre en sí. Tu sangre te da la vida. A nosotros nos la da la magia.

Contengo el aliento cuando su mirada desciende hasta mi boca. Me suelta el brazo tan bruscamente como lo había agarrado y se aparta de mí. Se asoma a la ventana y se pasa una mano por el pelo. Se lo aparta de la cara y se lo ata, como si estuviera preparándose para luchar.

—No es una analogía perfecta, pero es la mejor que se me ocurre. La magia no es infinita. Está atada a nuestra fuerza vital, y hemos de aprender cuál es nuestra capacidad para no superarla. Pero, igual que la sangre se regenera si pierdes una cantidad pequeña, la magia también. Cuanta magia puede perder y recuperar un ser mágico depende de lo poderoso que sea.

—Pero entonces ¿qué pasa cuando pierde demasiada en poco tiempo?

—Casi siempre nos desmayamos antes de que el daño sea irreparable, pero si se vacía la magia de manera intencionada y violenta... —Se vuelve hacia mí y veo algo que parece dolor en sus preciosos ojos.

—Si se gasta demasiado rápido, ¿podríais llegar a morir?

—Es un acto voluntario. Si algo es lo bastante importante, un ser mágico puede considerar que merece la pena pagar el precio.

—¿Crees que yo podría morir si uso la magia demasiado deprisa?

Él ladea la cabeza mientras me estudia.

—Ni siquiera te has asomado a las profundidades de tu poder.

La sombra que sostenía en la mano explota como una burbuja y se desintegra.

Finn me mira de arriba abajo y niega con la cabeza muy molesto.

—Para tener un talento como el tuyo, es sorprendente lo poco que lo utilizas. Tu poder es inmenso como el océano y, sin embargo, te limitas a usar lo que te cabe en la mano.

—Estaba haciendo lo que Pretha me ha dicho que haga.

—Y lo estabas haciendo mal —me riñe abriendo las ventanas de la nariz.

—¿Qué te pasa conmigo? —replico en el mismo tono. Me siento mucho más cómoda cuando discutimos que... con los otros sentimientos que me despierta—. ¿Has venido a ayudarme o solo a criticarme?

Él se cruza de brazos.

—Muy bien. Enséñame lo que sabes hacer. Y nada de hacer puñaditos de oscuridad; impresióname. —Cuando alzo las palmas de las manos indicando que no sé hacer nada impresionante, él resopla—. La habitación está medio en penumbra. Tienes mucho material con el que trabajar. Deja de pensarlo tanto y muéstramelo.

Me aparto de la luz y me concentro en tratar de desaparecer, aunque solo consigo que aparezcan y desaparezcan los dedos de la mano. Sin embargo, lo noto —siempre lo noto cuando él está cerca—; noto el poder que vibra en mi sangre rogando que lo libere.

—Dime cómo hacerlo.

—Deja de resistirte; solo déjalo fluir.

Observo mi mano e intento... no intentar. Cuando la oscuridad vuelve a parpadear, gruño de frustración.

—Creo que cada vez voy a peor.

—Tengo una idea —replica él mirando por la ventana—. Sígueme.

Sin mirarme, se dirige a la entrada, pero no la principal, por la que Pretha y yo entramos cada día, sino hacia la puerta trasera, que no había visto utilizar todavía.

Lo sigo al exterior. Cruzamos un patio equipado con algunos muebles; recorremos un callejón poco iluminado y rodeamos varios edificios. Cuando finalmente se detiene, veo que estamos en un cementerio inmenso. El atardecer es claro y las hileras de tumbas son bonitas, aunque un tanto tétricas.

—¿Por qué aquí? —le pregunto.

Finn aparta la vista de una bandada de cuervos que da vueltas cerca y levanta una ceja.

—Dímelo tú.

Porque me siento más cómoda y a gusto en el exterior. Y porque el atardecer trae consigo una promesa de oscuridad que siempre me hace sentir más segura, cosa que nunca he acabado de entender.

—La noche alimenta mi magia, ¿no es cierto?

Él se encoge de hombros.

—Si quieres decirlo así. ¿Qué sentiste las veces que lograste entrar en contacto con tu poder?

—¿Furia? ¿Desesperación? No lo sé. —Me muerdo el labio y lo miro ocultándome tras las pestañas. Odio sentirme como una boba—. ¿Se puede usar la furia para hacer magia?

Él se encoge de hombros.

—Claro. Es una emoción de las débiles, pero sirve como catalizador para la magia menos importante. Aunque la furia no será suficiente para acceder a lo más hondo de tu poder.

Con expresión exasperada, le pregunto:

—¿Vas a decirme que necesito amor?

Sus ojos grises se iluminan y me sorprende ver que sonríe. Creo que es la primera vez que lo veo sonreír sin que se esté burlando de mí. Es... impresionantemente guapo. No quiero fijarme, pero cómo no ver esos pómulos marcados, esos ojos que hipnotizan, los labios carnosos que se abren cada vez que se me queda mirando. La verdad, cualquiera con ojos en la cara se fijaría en la belleza de Finn.

—Cuando empleas todo tu potencial mágico sientes algo parecido al amor —admite—, aunque en realidad... —Cierra los ojos, menea los dedos y respira hondo—. En realidad, se parece más a la esperanza.

—En ese caso, estoy perdida.

Abriendo los ojos, se echa hacia atrás y me observa.

—¿Por qué dices eso?

Niego con la cabeza.

—Yo no tengo esperanza. Me parece una pérdida de tiempo. Peligrosa, incluso.

Él ladea la cabeza.

—Te equivocas; lo que es peligroso es no tenerla.

Resoplo.

—Y ¿si no tienes nada que esperar?

Frunce los labios en su característica mueca burlona.

—¿Te estás mintiendo a ti misma o solo a mí?

—No estoy mintiendo.

Se le escapa la risa. El muy idiota se está riendo de mí.

—Vives en ese palacio, buscando las reliquias unseelies y sobreviviendo en esa corte hipócrita. Vienes aquí y te matas a entrenar. Y todo eso, ¿por qué?

—Para salvar a mi hermana.

Él me muestra las palmas de las manos, como diciendo: «Ahí lo tienes».

—No es lo mismo. Me mueve la lógica, no la desesperación.

—¿Quién dice que la esperanza tiene que nacer de la desesperación?

Da un paso hacia mí, me toma la mano y la innegable conexión que existe entre nosotros se activa mientras el cielo se oscurece y se llena de estrellas.

Contengo la respiración. La oscuridad me relaja los nervios y calma mi ansiedad, aunque soy consciente de que no es el crepúsculo el que me envuelve, sino solo una burbuja de oscuridad.

—Has hecho que oscurezca —comento—. Es precioso.

—Está dentro de ti —replica él en voz baja, casi con tristeza—. No es mi poder lo que estás viendo, es el tuyo. Yo soy solo un hilo conductor, una

herramienta para abrir la puerta, ya que te empeñas en bloquearte a ti misma.

Alzo la mano que tengo libre y se funde con la oscuridad. Mientras me desvanezco en la noche y me convierto en sombras, sé que soy yo quien lo controla.

—¿Lo notas? —pregunta Finn reclamando mi atención.

Me examina de nuevo, como si estuviera buscando un secreto escondido.

Y el caso es que lo noto. Cada roce de esos ojos plateados es como una caricia íntima. Cuando vuelve a hablar su voz es más baja, más ronca.

—¿Sientes el potencial que vibra en tu sangre?

Lo miro a los ojos y trago saliva. ¿Es eso lo que noto cuando me toca? ¿Potencial? Porque a mí me parece... lujuria. Pero prefiero pasar otra noche en la mazmorra de Mordeus antes que admitirlo, así que asiento.

Cuando Finn me suelta, la burbuja de oscuridad desaparece y la reemplaza la luz dorada del crepúsculo. Él vuelve a fijarse en la bandada de cuervos.

—Deberíamos regresar.

—¿Por qué? —No quiero volver a encerrarme en una casa. Aún no.

—¿Ves esos pájaros?

Como si se diera por aludido, uno grazna escandalosamente rompiendo la paz del atardecer.

—Sí. ¿Y...?

—Cuando los cuervos se agrupan así, es que los sluaghs están cerca.

—¿Los eslua-qué?

—Los sluaghs. Son los espíritus de los muertos que se han quedado atrapados en este reino y no han podido pasar al Más Allá.

—¿Fantasmas?

Él hace una mueca sin dejar de observar a los cuervos. Me pregunto qué verá cuando los mira. Es como si buscara respuestas en sus movimientos.

—Algo así, supongo. Son los muertos sobre los que pesa una maldición, seres mágicos que murieron demasiado pronto, con demasiado poder en sus venas. Están atrapados y vagan por el reino hasta que alguien reclama

venganza por sus muertes. Algunos de ellos causan la muerte de inocentes para apaciguar sus almas enfurecidas.

Un escalofrío me recorre la espalda. Trago saliva antes de responder:

—¿Siempre se quedan cerca de los cementerios?

—Permanecen cerca de donde fueron asesinados; y a menos que quieras descubrir más cosas de primera mano, te sugiero que nos vayamos ahora mismo.

15

La brisa del atardecer entra por la ventana y alivia con su frescor el intenso calor del día. Alegando dolor de cabeza, me he librado de la cena con las demás chicas. Estoy mentalmente exhausta tras la breve sesión de entrenamiento con Finn, pero habría podido aguantar un par de horas más antes de retirarme a dormir. Lo que pasa es que odio ver a las otras chicas adulando a Sebastian. Y no quiero verlo a él coqueteando con ellas. No quiero ver que les sonríe como solía sonreírme a mí. No quiero imaginármelo compartiendo el futuro con una de ellas.

Mientras contemplo el cielo nocturno cuajado de estrellas, alguien llama a la puerta. Tres golpes. Pausa. Dos golpes.

Sonrío al reconocer la forma de llamar de Sebastian.

—Pasa.

La puerta se abre lo justo para asomar la cabeza.

—¿Estás sola?

Asiento con la cabeza.

—Mis doncellas se han retirado ya.

Él acaba de entrar en la habitación. Lleva pantalones de cuero color teja y una casaca militar abierta en el cuello, que deja a la vista la piel dorada de su torso. El pelo suelto le cae sobre los hombros y su sonrisa me provoca una opresión en el pecho, porque me hace desear cosas que no puedo tener y que, por tanto, no debería desear.

Cuando se saca algo de detrás de la espalda haciendo una floritura, abro mucho los ojos al darme cuenta de que se trata del espejo de plata bañado en oro. Es igual que el que tengo escondido bajo el colchón.

—¿Es...? ¿Es el auténtico?

—El Espejo del Descubrimiento. —Sosteniéndolo con las dos manos, me lo ofrece. Al rodear el frío metal con los dedos, mi corazón se acelera.

«Estoy un poco más cerca, Jas.»

—Pareces impresionada —comenta.

Aparto los ojos de mi reflejo y me vuelvo hacia él.

—¿Quién no lo estaría?

Él me dirige una sonrisa tímida.

—Me sorprendes. Siempre hablabas tan mal de mi mundo... Nunca pensé que te interesarían nuestras reliquias sagradas.

«Cierto.»

Trago saliva.

—Supongo que cuanto más tiempo paso aquí, más interesada estoy en entender tu reino... —Lo digo con tan poca convicción que suena como una pregunta.

Él guarda silencio. Con una sonrisa nerviosa empiezo a darme la vuelta, pero en ese momento me pregunta:

—¿Tan terrible es?

—¿El qué?

Él extiende los brazos, señalando la habitación, el palacio, tal vez la corte entera.

—Estar aquí. Sé que no querías venir, pero ¿eres infeliz aquí?

—No seré feliz hasta que Jasalyn esté a salvo.

Él agacha la cabeza y se frota la nuca.

—No, claro que no. Lo entiendo.

«Soy lo peor.»

—Lo siento, Sebastian. No quería decir que...

Con una expresión torturada en el rostro me interrumpe:

—¿Seguro que no? —Abro la boca para protestar, pero él alza la mano —. ¿Quieres probarlo? —Con la cabeza señala el espejo que he abrazado contra mi pecho sin darme cuenta.

Trago saliva antes de extender los brazos y contemplar mi reflejo. Les he pedido a las doncellas que me dejaran el pelo suelto. Los rizos alborotados me envuelven la cara sin ningún orden. No se parecen a los perfectos y civilizados tirabuzones que me hacen cuando me arreglan por las mañanas. Pero mi cara... Mi cara ha cambiado desde que llegué a este reino hace nueve días. La comida abundante y el sueño regular me han sentado bien. Ni las ojeras están tan marcadas ni las mejillas tan hundidas. La vida en este reino me sienta bien, pero ¿y a Jas? Hasta este momento no me he dado cuenta de que me da miedo conocer la respuesta a esa pregunta.

—¿Cómo funciona?

—Te muestra lo que quieres ver. O debería hacerlo. No sé si algún mortal lo ha usado alguna vez. —Su mirada se suaviza y asiente con la cabeza para animarme—. Dile lo que quieres que te muestre.

—Muéstrame a Jasalyn —le ordeno en voz baja.

El aire crepita de magia alrededor del espejo. Parece vibrar en mi mano mientras mi reflejo se desvanece. El espejo me enseña un fastuoso dormitorio. Es como asomarme a una ventana. Jasalyn está sentada ante un tocador, sonriéndole a su reflejo mientras sus doncellas le cepillan el pelo. De mi boca se escapa un sonido que es mitad sollozo, mitad aire contenido. Tiene buen aspecto. Tiene las mejillas encendidas de reír y más llenas, como si ella también hubiera comido mejor aquí que durante el resto de su vida.

—Echo de menos a mi hermana —dice Jas sonriendo a las doncellas—. Ella os adoraría.

La chica que le está cepillando el pelo le devuelve la mirada en el espejo y sonríe.

—Estoy segura de que muy pronto volverán a estar juntas.

Jas se muerde el labio inferior.

—Eso espero. Tengo tantas cosas que contarle...

La imagen se desdibuja y vuelvo a ver mi reflejo en el cristal.

—¿Qué tal?

Alzo la vista hacia Sebastian, que me dirige una mirada expectante.

—¿No lo has oído?

Él niega con la cabeza.

—Yo no puedo ver lo que tú ves. Y si yo sostengo el espejo, tú tampoco verás lo que vea yo. ¿Ha funcionado?

Asiento y no me molesto en disimular la sonrisa que me ilumina la cara.

—Está bien. Me echa de menos, pero está bien y, al parecer, bien cuidada. No está... —Se me forma un nudo en la garganta y tengo que hacer un esfuerzo para acabar la frase—. No está sola.

Sebastian respira aliviado.

—Bien —murmura, casi como si hablara solo—. Eso nos da un poco más de tiempo.

Abrazo el espejo contra mi pecho.

—Gracias, Sebastian. No sabes cómo te lo agradezco.

—No hay de qué —responde en voz baja—. Solo quiero que seas feliz aquí; que te sientas segura y que confíes en que estoy haciendo todo lo que puedo para recuperar a Jas. —Da un paso hacia mí, mirándome fijamente a la cara, y el corazón se me desboca—. ¿Vamos a dar un paseo?

Inspiro hondo.

—Claro.

Me digo que le estoy dando la atención que necesita para que deje que me quede en el palacio. Me digo que estoy haciendo lo que tengo que hacer para localizar la siguiente reliquia que me pida el rey, pero la verdad es que he echado de menos a Sebastian los últimos días. No lo había visto desde que fui a buscarlo a la torre donde se entrenaba y le pedí el espejo. He estado con Pretha mientras él estaba los dioses saben dónde y he echado de menos sus sonrisas de ánimo. Su calidez.

Alzo el espejo.

—Lo dejaré aquí para que nadie lo vea.

Él asiente con la cabeza.

—Claro.

Abro un cajón del escritorio y guardo el espejo con delicadeza. Al ver que llevo la ropa de dormir, enderezo la espalda con timidez.

—Debería cambiarme.

—Vas bien así.

El verano es caluroso y llevo unos pantalones rosa de tiro bajo, amplios y vaporosos, con un blusón a juego, de cuello redondo y sin mangas, con un

delicado encaje en la zona de la cintura.

Alzo una ceja.

—¿No les extrañará a los criados verme pasear con el príncipe en pijama? No puedo salir así. Voy hecha un desastre.

Él me mira de arriba abajo lentamente, como si me acariciara.

—Estás preciosa con cualquier cosa que te pongas —me dice. Yo me ruborizo y pronto el calor desciende desde mis mejillas hasta el vientre, donde se queda acumulado. Cuando da un paso hacia mí todas mis células se ponen firmes—. Si quieres, puedo hacer un hechizo para que nadie nos vea.

—Tú... ¿puedes hacer eso? —Después de su ataque al barghest y de que me quitara el dolor de las heridas, no lo he visto usar su magia en este reino.

Sonriendo, chasquea los dedos.

—Ya está hecho.

Frunzo el ceño.

—Pero aún puedo verte.

—Y yo a ti. —Vuelve a recorrerme con la vista lentamente, como si quisiera decirme que no piensa renunciar a ello—, pero nadie más nos verá ni nos oirá cuando hablemos. ¿Confías en mí?

Es una pregunta trampa, y no me veo capaz de responderla. Aún no. Antes de venir aquí, cuando no sabía quién era en realidad, confiaba en él plenamente, pero él rompió esa confianza. Sin embargo, me ha dado el espejo para que pueda ver a Jas y la está buscando. Sería fácil volver a confiar en él, tal vez demasiado fácil.

Como si supiera lo que estoy pensando, levanta la barbilla.

—Todo llegará. Recuperaré tu confianza; te lo prometo.

Me ofrece la mano y, al aceptarla, noto la calidez de su piel y la rugosidad de sus dedos, que se entrelazan con los míos.

Cruzamos el vestíbulo de la mano, pasando junto a centinelas y criados que dejan el palacio listo para la noche antes de retirarse. Nadie nos ve gracias al hechizo de Sebastian, y me pregunto qué pensaría él si supiera que yo también puedo hacerlo, aunque sea de una manera inconsistente y menos efectiva. En otro tiempo él habría sido la primera persona a la que le habría hablado de mis poderes, pero ahora me alegro de no haberlos

reconocido en Fairscape. Si se lo hubiera contado, ahora no podría estar haciendo lo que tengo que hacer en palacio.

—¿Te apetece pasear por los jardines? —me pregunta.

Mordiéndome el labio, bajo la vista hacia mis pies descalzos.

—¿Subo a calzarme?

—Los jardines están impolutos. Puedes ir descalza sin problemas.

La verdad es que no se me ocurre nada más apetecible que un paseo a la luz de la luna en una noche tan cálida como esta, sintiendo el frescor de la hierba bajo los pies.

Le aprieto la mano y él me guía a través de unas puertas de cristal hasta un enorme patio enjardinado. Hay muchísimos patios de este tipo alrededor del palacio. Sé que he pasado por aquí, pero no me he entretenido visitándolo.

Paseamos hasta el centro del jardín y me detengo bajo la fina luna menguante. Cierro los ojos e inspiro por la nariz, empapándome con el aroma de las rosas y los lirios. Casi puedo oler la luz de la luna.

Cuando abro los ojos Sebastian me está observando.

—¿Qué? —le pregunto, porque me siento un poco idiota.

Él traga saliva.

—Me encanta cuando te relajas así. No lo haces a menudo, pero cuando lo haces... —levanta una mano y me acaricia el cuello—, me robas el aliento.

Sus dedos se detienen junto a la oreja y, durante un instante, pienso que está a punto de hundirlos en mi pelo; que al fin volverá a buscar mi boca para besarme de nuevo. Pero en vez de eso se separa y se vuelve hacia la fuente que borbotea entre rosales.

La decepción se apodera de mí. Bajo la cabeza para recobrar la compostura y me recuerdo que lo que necesito de Sebastian no es precisamente un beso.

—Sé que nunca has querido vivir en Feéra —me dice sin apartar los ojos de la fuente—, pero necesito saber si crees que podrías ser feliz aquí. Necesito saber si, con un poco de suerte, podría convencerte de que compartieras la vida conmigo.

Compartir la vida con él. En Feéra. Para siempre. ¿Me está pidiendo que viva como una princesa consentida, encerrada en un castillo, fingiendo no darme cuenta de que los criados que hacen esa vida posible son humanos? Es cierto que la vida de los criados del Palacio Dorado no es tan mala como me había imaginado, pero igualmente, ¿cómo puedo formar parte de un mundo que trata a los humanos como si fueran mercancías?

¿Tendrá razón Finn al pensar que voy a dejarme convencer por Sebastian? No. Parte de mí quiere a Sebastian, nunca ha dejado de quererlo, pero no es esta la vida que deseo.

Aunque, si pretendo permanecer en el castillo, necesito que Sebastian crea que tiene alguna posibilidad. Incluso si, al mentirle, algo frágil se me quiebra en el pecho.

—No me resulta fácil —susurro y, al menos, esa parte suena sincera porque así lo siento—. Estaría mintiendo si te dijera que estoy lista para quedarme a vivir en Feéra. —Él agacha la cabeza. Desearía que me mirara —. Pero no quiero separarme de ti. —Y no necesito mentir, porque esto también es cierto—. ¿Podrías darme un poco de tiempo?

Cuando al fin se vuelve y levanta la cabeza, sus ojos del color del mar parecen leer en mi interior.

—Eso puedo hacerlo, si de verdad estás dispuesta a plantearte vivir aquí.

Mi corazón se desboca, y la culpabilidad me recorre las venas, fluyendo por la sangre. Tratando de ser lo más sincera posible, le digo:

—Es fácil imaginarme una vida a tu lado, Bash. Lo que me cuesta es todo lo demás.

Él niega con la cabeza; parece asombrado.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por perdonarme. Por estar aquí conmigo ahora. Lo valoro mucho.

Trago saliva.

«No te merezco. No deberías confiar en mí.»

Vuelve a tomarme la mano y me lleva a un banco de piedra, donde nos sentamos, empapándonos de luz de luna, hablando de tonterías y aspirando el aroma de las flores. La noche siempre ha sido mi momento favorito de la

jornada, pero en Feéra la vivo aún más intensamente. El cosquilleo de mi poder bajo la piel me hace sentir capaz de volar. Y sentada junto a Sebastian, me siento hasta capaz de ser feliz.

—A mi madre le encantan estos jardines —me cuenta—. Cuando era más joven, pasaba todo el tiempo que podía entre las flores. Mi padre venía a buscarla por las noches y se la llevaba a rastras a la cama.

—Tu madre mencionó a tu padre cuando fui a presentarle mis respetos. Dijo que habías heredado el tierno corazón del rey Castan. Estoy segura de que él se sentiría muy orgulloso de ti.

Sebastian agacha la cabeza.

—Quiero creer que sí.

—¿Qué le pasó?

—Lo mataron hace varios años durante un ataque. Pretendían matar a mi madre.

Contengo el aliento.

—¿Quién fue?

—Un grupo de los nuestros que se unió a los unseelies.

Me estremezco, pero no a causa de la cálida brisa, sino de la culpabilidad. No debería perder el tiempo planteándome si quiero construir un futuro con Sebastian. Si él se enterara de que estoy colaborando con un príncipe unseelie y su banda de rebeldes, ese futuro se desvanecería.

—Lo siento —susurro, aunque sé que una disculpa no es suficiente para borrar mi engaño.

Él suspira.

—La guerra terminó, pero la tensión entre ambas cortes sigue más viva que nunca. Algunos piensan que la solución sería eliminar las monarquías de ambas cortes y empezar de cero.

—Y ¿tú? ¿Qué crees tú?

Me observa en silencio antes de responder.

—Yo creo que se acercan cambios. Y creo que el líder indicado podría unir ambas cortes. —Se levanta negando con la cabeza—. Pero ya basta de hablar de política por hoy. Volvamos dentro.

Permanezco en silencio mientras regresamos al palacio. Ya antes de entrar empiezo a echar de menos la brisa nocturna y la soledad del patio. En

el vestíbulo nos cruzamos con un grupo de chicas elegantemente vestidas que se dirigen al salón de baile. La reina no se encuentra en palacio y, por lo tanto, mi asistencia no es obligatoria; por eso me había olvidado de que había un baile esta noche. Mis doncellas deben de estar esperándome en la habitación, confiando en que mi dolor de cabeza haya mejorado para vestirme como a una princesita.

—¿No deberías ir a reunirte con ellas? —le pregunto a Sebastian tratando de disimular los celos.

Él me mira de reojo y responde:

—Creo que ambos sabemos que prefiero pasar la noche contigo.

Ahí van las mariposas otra vez, alzando el vuelo en mi estómago. Sin hacerles caso, le doy un empujón con el hombro y replico:

—Eres un seductor incorregible.

Me muerdo el labio, porque me muero de ganas de preguntarle algo que lleva todo el día martirizándome.

—¿Qué? Conozco esa cara. ¿En qué piensas? —me pregunta sonriendo mientras enlaza mi brazo con el suyo y me lleva hacia la cocina. Cuando me mira así es fácil reconocer al chico del que me enamoré y olvidarse de todo lo demás.

—Dijiste que pensabas volver a buscarme a Fairscape.

—Porque es la verdad. —Abre la puerta de la cocina. Está vacía, como la última vez que vinimos, pero aún me llega el olor del pollo asado, la calabaza y el estofado, un recordatorio agridulce de la vida de lujo y privilegio del palacio.

—Y ¿cómo habías previsto hacerlo, Bash? ¿Pensabas venir aquí, elegir esposa y regresar luego a Fairscape siendo un hombre casado?

Él echa los hombros hacia atrás.

—Tengo hambre. ¿Y tú?

—No escurras el bulto.

—No lo hago, pero necesito comer algo. —Sonriendo, señala un gran refrigerador—. Tenemos helado; está fresco.

Se me hace la boca agua. Recuerdo haber comido helado cuando era niña. No se ve demasiado por Fairscape. La leche fresca es muy cara y, una vez que está hecho, hay que comérselo al momento. Solo las familias más

ricas de Elora tienen neveras de hielo para poder disfrutar de los helados. ¿Es eso lo que significa vivir en Feéra? ¿Que haya helados en todas las cocinas? ¿Acabar cada jornada con algo dulce y cremoso fundiéndose en la boca? Levanto una ceja y finjo estar pensándomelo, porque no quiero que sepa que ya estoy babeando.

—¿De qué sabor?

—Hay muchos sabores, pero, si no recuerdo mal, te gusta cualquier cosa que lleve chocolate.

Sus palabras me hacen sentir vulnerable. No sé por qué, de repente soy mucho más consciente de que voy en pijama y descalza.

Sebastian me regaló chocolate el año pasado por mi cumpleaños. Una onza que compró a uno de los vendedores ambulantes del mercado. En aquel momento me pareció un lujo excesivo, pero el detalle hizo que me enamorara aún más de él.

—Suena bien.

Al verlo con dos cuencos y dos cucharas me echo a reír.

—¿Qué pasa? —pregunta él sonriendo.

—Siempre me había imaginado que usaríais la magia para llevar a cabo las tareas más tediosas, como servir el helado.

«O los criados.»

—Eso sería alardear. —Me guiña el ojo.

Si vivir con la magia es tal como me lo describió Finn, tal vez no la usan de manera tan superficial.

Sebastian sirve una generosa ración de helado de chocolate en cada cuenco antes de ofrecerme uno.

Nos lo comemos en silencio, uno frente al otro, apoyados en la encimera, igual que la noche del té, y he vaciado ya la mitad del bol cuando él vuelve a hablar.

—Tenía intención de regresar cuando estuviera en situación de poder liberarte de tu contrato. Para serte sincero, nunca llegué a pensar en los detalles. Sabía que me odiarías cuando te enteraras de quién era en realidad, pero me juré que, en cuanto tuviera el poder para hacerlo, te ayudaría, aunque fuera en contra de tu voluntad.

Me muerdo la lengua para no recordarle que es un príncipe y preguntarle por qué no nos ayudó antes, pero, teniendo en cuenta todo lo que ha hecho por mí, no quiero que piense que soy una desagradecida. Doy vueltas con la cuchara al helado, que empieza a derretirse.

—Cuando rescatemos a Jas, ¿podrás encontrar la manera de que se quede aquí un tiempo? Tal vez no ahora mismo, ya que estarás en pleno proceso de selección de esposa, pero... ¿luego? ¿En algún momento? Me gustaría que supiera cómo es vivir así. Cuando regresemos al reino de los humanos no podré ofrecerle esta vida.

Aunque no levanto la vista, noto que Sebastian se acerca a mí. Con un dedo me alza la barbilla para que lo mire.

—Cuando sea rey, tu hermana y tú tendréis las puertas del palacio abiertas.

El resto de la frase queda colgando en el aire. Si acepto ser su esposa, no hará falta esperar a que sea rey. Y tal vez, si fuera sincera conmigo misma, admitiría que la posibilidad es tentadora. De no ser por mi trato con Mordeus.

Me acabo el helado en silencio, atrapada en la rueda de mis pensamientos. Cuando he terminado, Sebastian deja los cuencos en el fregadero y me acompaña a la habitación.

—Gracias por esta noche —me dice en cuanto nos detenemos ante la puerta—. Me ha gustado poder estar contigo a solas, aunque se me haya pasado volando.

—Ha sido muy agradable —admito—. Gracias.

Baja la vista hacia mi boca y separa los labios.

Las palabras de Finn resuenan en mi cabeza: «Estás a cuatro promesas y un par de carantoñas de convertirte en la esposa de ese muchacho y todo el mundo lo sabe».

Doy un paso atrás.

—Buenas noches, Sebastian.

Duermo con el espejo debajo de la almohada, inquieta porque temo que el goblin de Mordeus se presente en cualquier momento durante la noche,

pero no lo hace.

A la mañana siguiente, después de desayunar, finjo que vuelvo a tener dolor de cabeza como excusa para saltarme la formación con mi «tutora» y regreso a la habitación a esperar. Quiero entregarle el espejo al rey cuanto antes para poder empezar con la segunda parte de la misión.

Pero, al parecer, el goblin de Mordeus va a su ritmo y no tiene prisa.

Paso mucho tiempo asomada al espejo para ver a Jas. Tumbada en la cama, esperando al goblin, me doy el lujo de volver a mirar. Hoy está cosiendo, tomando té y riendo con sus doncellas.

Cierro los ojos y abrazo el espejo. ¿Será verdad que está tan bien cuidada? Quiero creerlo, pero hay una irritante vocecilla en mi cabeza que no para de decirme que no debería fiarme tanto de un objeto mágico. Sebastian no estaba seguro de que el objeto fuera a funcionar conmigo. ¿Cómo saber si puedo fiarme de lo que he visto? Necesito asegurarme de que Jas está bien.

Me siento en la cama cuando se me ocurre la solución. Voy a poner a prueba el espejo.

—Muéstrame a Sebastian.

Mi reflejo se desvanece y veo al príncipe Dorado. Está sentado a su escritorio, en sus aposentos, leyendo un libro con expresión seria y concentrada.

De un salto me levanto de la cama y cambio el espejo por el falso antes de cruzar el palacio a la carrera.

A medio camino me asaltan las dudas. ¿Y si se ha movido antes de que llegue allí? ¿Y si se da cuenta de que el espejo que le devuelvo es falso? Cuantas más vueltas le doy, más me apresuro, y cuando llego ante su puerta estoy sin aliento.

El centinela apostado frente a su puerta sonríe al reconocerme y me saluda con una inclinación de cabeza.

—Lady Abriella.

—¿Está aquí?

—Sí, señora. Puedo hacerla pasar, si quiere. Dijo que era bienvenida en todo momento. —Abre la puerta y entro. No había vuelto aquí desde la noche en que me atacó el barghest. A estas alturas ya estoy más

acostumbrada a la opulencia del castillo, pero aquella noche no pude apreciar la belleza de la estancia, con sus muebles de madera oscura, la zona de estar que es tan grande como la planta principal de la casa de madame Vivias, la cristalera que ocupa la pared del fondo, desde el techo hasta el suelo.

Veo a Sebastian ante su escritorio, igual que en el espejo, y casi me derrito de alivio.

«Funciona. Jas está bien.»

Sebastian alza la mirada y sonríe al verme.

—Hola, tú.

No me molesto en disimular la sonrisa. Saber que Jas está bien me ha quitado un enorme peso de los hombros. Tengo ganas de bailar.

—Hola.

Cierra el libro que estaba leyendo y echa la silla hacia atrás para levantarse.

—Los criados me han dicho que no te encontrabas bien y que habías cancelado la sesión con tu tutora. ¿Estás mejor?

Yo asiento entusiasmada.

—Solo estaba cansada.

Él coloca el mechón más corto de mi pelo por detrás de la oreja. El mechón no se quedará ahí mucho tiempo, pero no importa porque sé que es una excusa para tocarme.

—Anoche te entretuve hasta muy tarde. Lo siento.

—No te disculpes. —Le ofrezco la réplica del espejo—. Anoche me olvidé de devolverte esto.

—Es verdad. Estaba... distraído. —Sonriendo, lo coge y aprovecha para acariciarme los dedos—. Siento despedirme tan pronto esta vez, pero tengo una reunión a la que no puedo faltar.

Doy un paso atrás.

—Por supuesto. Perdona; no quería entretenerte.

—Me ha llegado información sobre Jas. —Guarda el espejo en un cajón —. Una posible pista. Tengo que reunirme con una de mis fuentes.

—¿Qué harás si descubres dónde está?

Sus ojos verdes adquieren el brillo del hielo.

—Lo que tenga que hacer.

Siento una opresión en el pecho. Seguiré haciendo lo que esté en mi mano para liberar a Jas, pero si Sebastian logra hacerlo antes de que yo recupere los tres objetos, mucho mejor.

—Ten cuidado —susurro—. He oído que el rey es muy astuto, y que es capaz de hacer que tu propia gente se vuelva contra ti. Cúbrete las espaldas.

—¿Quieres que me cuide? —Sujetándome la cara con una de sus grandes manos, me sonríe—. ¿Es posible que Abriella Kincaid se preocupe por lo que pueda pasarle a un fae malvado?

—Tú no eres malvado —respondo.

Y me marcho rápidamente para no tener que reconocer que me preocupa. Me preocupa demasiado.

Ojalá supiera cómo ponerme en contacto con el rey. He pasado casi todo el día a solas en la habitación y el goblin que tenía que venir a buscar el espejo no ha aparecido. Se me ocurre que tal vez no pueda entrar en el castillo, así que les digo a las doncellas que voy a dar un paseo.

Salgo del castillo y, cruzando los jardines, llego a la zona donde el goblin de Mordeus me dejó la otra vez. Busco por los alrededores. Camino arriba y abajo. Me tumbo en la hierba y observo las nubes, dejando que el sol me caliente la cara.

Y nada. No viene.

16

—¿Quién te enseñó a empuñar así una espada? —me pregunta Jalek dirigiéndome una sonrisa burlona.

—Nadie.

Da igual las veces que lo intente; no logro agarrar el mango del bastón de entrenamiento de bambú como el rebelde seelie sujeta su espada.

He pasado tres días esperando al goblin de Mordeus sin salir del Palacio Dorado, pero hoy Pretha ha insistido en que la acompañara. Me ha asegurado que el goblin me encontrará cuando me quiera encontrar, y nada podrá hacer que me encuentre antes.

Al llegar a casa de Finn esta mañana me han dado ropa para cambiarme —por fin vuelvo a llevar pantalones, gracias a los dioses—, me han llevado a una sala de entrenamiento en el sótano y me han dicho que iba a aprender defensa personal.

—Es la primera vez que empuño una espada.

La cara de Jalek mientras me observa no es muy alentadora.

—Deberíamos haber empezado el entrenamiento físico desde el primer día —le dice a Pretha, pero sin apartar los ojos de mí—. Mira esos brazos, parecen ramitas. No podría defenderse ni de una sílfide.

—Te estoy oyendo —protesto.

—Si logra dominar su poder no necesitará espadas —replica Pretha cruzándose de brazos.

—Tampoco es que tenga intención de batirme con nadie —murmuro.

Jalek estudia mi postura.

—Los hombros hacia atrás, la barbilla alta. Los pies separados, a la altura de los hombros. —Golpea el bastón con la punta de la espada, y yo me desplazo de lado, renqueando—. Suelta las rodillas.

—¡Pretha!

Todos nos volvemos a la vez al oír el grito alarmado. Finn y Tynan están en la escalera. Finn está muy pálido y tiene el rostro contraído en una mueca de dolor. Camina apoyado en Tynan, que lo sostiene con un brazo.

Jalek suelta la espada y sale corriendo junto a Pretha hacia su príncipe. Con su ayuda lo llevan hasta una silla situada al fondo de la sala.

—Lo he encontrado inconsciente en lo alto de la escalera —dice Tynan.

Finn se sostiene el costado y pestañea mucho, como si le costara mantenerse consciente.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta Pretha arrodillándose ante él.

—He bajado la guardia —susurra Finn.

—¡No me jodas! —exclama Jalek—. ¿Qué demonios estabas haciendo ahí? Si tienes que hacer algo ahí fuera, mandas a alguno de nosotros. Y ¿por qué coño has ido solo?

—Estaba con Kane.

Había visto sangre en los pantalones de Finn, pero, hasta que no se echa hacia atrás, no me doy cuenta de que también tiene los dedos cubiertos con una capa de sangre fresca, roja y brillante.

—¡¿Kane?! —sigue gritando Jalek—. Estupendo. El reino en manos de dos idiotas unseelies.

—Teníamos que guiar a un grupo —dice Finn con los dientes apretados— y ninguno de vosotros estaba disponible. No pienso quedarme cruzado de brazos hasta que me muera de viejo.

—¿Qué criatura te ha hecho esto? —pregunta Jalek—. ¿Puede ser que la herida esté envenenada?

Finn niega con la cabeza.

—Ha sido una espada —responde jadeando—. Kane y yo íbamos a ayudar a un grupo de gente a escapar del campamento norte de la reina. Los centinelas que protegían el perímetro llevaban el uniforme de la guardia

real, y por eso hemos dado por hecho que eran seelies. Hasta ahora nunca se había dignado a vestir a los habitantes de las Tierras Salvajes con sus colores sagrados, pero al parecer la vieja bruja va aprendiendo.

—¿Esto te lo ha hecho uno de los nuestros? —pregunta Tynan buscando a Pretha con la mirada.

Ella le dirige una sonrisa burlona.

—Qué asco de traidores.

Tynan inspira entrecortadamente.

—¿Dónde está Kane?

—Ha logrado sacar al grupo mientras yo liquidaba a los guardias —contesta Finn—. Dara y Luna están con él. Deberían volver dentro de unas horas, cuando Kane haya conseguido que los refugiados crucen el portal.

—Entonces ¿el cabrón que te ha hecho esto está muerto? —quiere saber Jalek con los ojos verdes aún encendidos de furia.

—Mi espada se ha encargado de ello —le asegura Finn.

¿Campos? ¿Refugiados? ¿Traidores de las Tierras Salvajes?

—¿Por qué son más peligrosos los guardias de las Tierras Salvajes que los seelies? —pregunto porque no entiendo nada, pero nadie me hace caso.

Pretha le aparta las manos a Finn para examinarle la herida. En su cara se puede leer una gran ternura y una preocupación aún mayor.

Avanzo hacia él para ver mejor la herida. Es profunda, pero ayer vi cómo le abrían el brazo de un tajo a Riaan mientras entrenaba con Sebastian. La herida sanó tan deprisa que prácticamente vi la carne coserse ella sola. Sin embargo, la herida de Finn no reacciona igual.

—¿Por qué no te estás curando?

Él me ignora igual que los demás y alza la barbilla en dirección a Jalek.

—Tengo un botiquín en la caja fuerte. Ve a buscarlo —le pide con la voz ronca por el dolor.

—¿Finn? —insisto, y espero a que me haga caso y responda a la pregunta, pero él cierra los ojos y se echa hacia atrás.

Pretha ahoga un sollozo mientras coloca la mano encima de la herida sin tocarla.

—No malgastes tu energía, Pretha —le dice Finn con ternura. Cuando le acaricia la cara una sensación incómoda me pellizca el pecho. Frunzo el

ceño. No debería importarme su relación más allá de cómo afecta a mi entrenamiento y a mi trato con el rey—. No es un golpe mortal —susurra—. Me pondré bien.

Pretha traga saliva y asiente con la cabeza tratando de calmarse.

—Estás perdiendo mucha sangre.

Jalek acerca una mesita a la silla de Finn y coloca el botiquín encima.

—Necesitamos un sanador humano que nos enseñe a usar estas mierdas que usan ellos —refunfuña examinando los ungüentos y las pomadas.

Finn alza la cabeza y me busca con la mirada.

—¿Tienes experiencia dando puntos, princesa?

—No mucha. —Me he cosido a mí misma alguna vez, pero nunca heridas de esta envergadura—. Te dolerá, y probablemente te deje una cicatriz feísima.

Finn suelta un gruñido.

—¿Lo has oído, Tynan? —pregunta jadeando y haciendo muecas, como si le doliera al hablar—. Con un poco de suerte tal vez sea más fea que la de Kane y así deje de fanfarronear de una vez.

—Nunca voy a entender a los machitos —murmura Pretha poniéndose de pie y volviéndose hacia mí—. ¿Qué necesitas, Abriella?

Rebusco entre las medicinas y encuentro una pomada desinfectante, un bálsamo curativo y otro calmante, pero, por desgracia, en este tipo de herida abierta solo podré usarlos después de coserla.

—¿Puedes hacer algo para que no sienta el dolor? —le pregunto—. Cuando el barghest me atacó, Sebastian me adormeció la pierna hasta que llegó el sanador. ¿Podrías hacer algo así?

Pretha frunce los labios y niega con la cabeza.

—Podría intentarlo, pero no serviría de mucho.

—Finn es un tipo duro —interviene Jalek y, por primera vez desde que ha descubierto a Finn en la escalera, trata de sonreír—. No necesita nada.

—Te traeré un trago —dice Tynan haciendo aparecer una licorera llena de un líquido ambarino y un vaso en la mesita. Lo llena con las manos temblorosas y se lo pasa a Finn, que lo vacía de un par de tragos largos, sin dudar.

—Hazlo, princesa.

Cojo la aguja y el hilo, pero, cuando me miro las manos, veo que tiemblan tanto como las de Tynan.

—¿Podrías darme un poco de eso a mí también? Para calmarme los nervios.

—Encantado. —Tynan hace aparecer otro vaso. Sirve la mitad de licor del que le ha servido a Finn y me lo da.

Doy un trago largo y toso cuando el licor me quema la garganta.

—Ya tengo suficiente —musito. Señalando a Finn con la cabeza, añado —: Hemos de limpiar la zona.

Finn se apresura a sentarse más erguido y Pretha lo ayuda a desabrocharse y quitarse la camisa. Su pecho, moreno y musculoso, está cubierto de tatuajes que parecen inscripciones mágicas. Aparto la mirada al notar que se me seca la boca. Por si no fuera lo bastante malo quedarme embobada mirándolo mientras está herido, hacerlo delante de... ¿Qué es Pretha? ¿Su esposa? ¿Su compañera? ¿Una amiga?

¿Estoy celosa? No estoy celosa de su relación, pero sí de su conexión; de la confianza y la honestidad que ellos tienen y que yo nunca podré tener con Sebastian, ni siquiera si logro confiar de nuevo en él. Renuncié a ello cuando hice el trato con Mordeus.

Pero no puedo perder el tiempo con esos pensamientos. Aprovecho mientras Pretha limpia la zona para preparar la aguja y el hilo con los que dar los puntos. Mi madre me enseñó a coser, pero nunca se me ha dado tan bien como a Jas. Solo gracias a la insistencia de Jas, finalmente aprendí a coser dando puntadas fuertes y limpias.

Cuando Pretha acaba de preparar la zona, ocupo su lugar y me arrodillo junto a Finn. Ahora que está limpia, la herida no tiene tan mal aspecto como antes, pero es profunda, y dudo antes de clavarle la aguja en la piel.

—Hazlo —insiste él. Hace una mueca cuando la aguja lo atraviesa por primera vez, pero no se mueve.

Se me revuelve el estómago al ver la sangre que mana de la herida, pero suelto el aire lentamente y sigo cosiéndola.

«Puedo hacerlo.»

—¿Alguien va a contarme algo sobre estos campamentos de la reina? —pregunto sin apartar la mirada de la herida.

Sin necesidad de verlos, noto que intercambian miradas. Están manteniendo una conversación silenciosa, decidiendo qué van a contarme.

—No dejes que la palabra *campamento* te confunda —dice Jalek—. Son prisiones.

—¿Para criminales? —pregunto.

Jalek niega con la cabeza.

—Su único crimen es ser capturados en tierra seelie teniendo sangre unseelie.

—¿Qué quieres decir con que son prisiones?

Nunca me creí que los seelies fueran buenos, ya que nunca me he fiado de ningún ser mágico, pero me cuesta creer que puedan ser tan crueles con otros seres mágicos, aunque sean de la corte rival.

—Los adultos son obligados a hacer trabajos forzados, dieciocho horas al día, comiendo lo justo —sigue diciendo Jalek con una expresión tan seria que no dudo de sus palabras—. Y si no obedecen, son ejecutados.

Me pregunto si Sebastian está al corriente.

—Tu príncipe ha intentado que su madre elimine los campamentos, al menos tal como son ahora —me aclara Finn haciendo una mueca de dolor y, como siempre, leyendo mis pensamientos—. Pero ella se niega.

Suelto el aire aliviada. Tal vez Sebastian no sea el chico humano que pensaba, pero no soportaría estar en un mundo en el que el amable y cariñoso aprendiz de mago que tanto quise fuera responsable de estas atrocidades.

—Y una mierda lo ha intentado —refunfuña Jalek—. Si realmente deseara poner fin a estas atrocidades, mataría a la reina con sus propias manos, pero le faltan agallas. Creo que estallaría si se enterara de lo de los niños, pero...

—¿Qué pasa con los niños? —pregunto.

Pretha mira a Finn a los ojos, como pidiéndole permiso antes de responder:

—Separan a los niños de sus padres. Dicen que es para disuadir a las familias, para que no se atrevan a cruzar la frontera, pero lo que hacen es lavarles el cerebro. Les hacen escuchar propaganda sobre la reina y les

dicen que son, por su origen, inferiores a los seelies y que, por tanto, han nacido para servir.

Me quedo inmóvil y cierro los ojos al pensar en esos niños. Sé lo que es crecer sin tus padres y que te obliguen a servir a los que te dan techo y comida. ¿Cómo pude ser tan ingenua de pensar que todos los seres mágicos llevaban vidas privilegiadas?

Esta vez, cuando se me revuelve el estómago, sé que no tiene nada que ver con la visión de la sangre.

—Vaya, mira eso —susurra Pretha.

—Princesa —me llama Finn. Cuando abro los ojos veo que nos he cubierto a los dos con un manto de oscuridad. La única luz proviene de sus fascinantes ojos plateados—. Nosotros nos dedicamos a buscar a los niños y llevarlos a un lugar seguro en las Tierras Salvajes. Ahora mismo Kane está llevando a más de una veintena.

Le sostengo la mirada mientras recojo de nuevo el poder en mi interior. Vibra en mi sangre como si fuera un animal salvaje agitándose dentro de una jaula.

—¿Por qué vienen los unseelies si las cosas están tan mal?

—Porque sus vidas bajo el gobierno de Mordeus son tan duras que corren el riesgo —responde Pretha—. Es avaricioso y egoísta, y no se preocupa de sus súbditos. Sus leyes favorecen a los ricos y castigan a los menos afortunados.

Cuando intercambio la mirada con Finn no puedo evitar pensar que la angustia que veo en ellos tiene menos que ver con la herida de su costado que con la situación de su reino.

—Muchos eligen huir antes que quedarse en esas condiciones —añade Jalek tomando el relevo de Pretha. Pero el reino unseelie está rodeado por mares extensos y traicioneros por todas partes excepto en la frontera con las tierras seelies. Como decía Finn, en las Tierras Salvajes acogen a los unseelies como refugiados, pero tienen que llegar allí, ya sea cruzando todo el reino o mediante un portal.

Sigo poniendo puntos, pero tengo que concentrarme en mantener la rabia dentro de mí para no llenar la habitación de oscuridad.

—¿Por qué no usan goblins para que los transporten?

Jalek suelta un gruñido de repulsión.

—Esas criaturas son aún más egoístas que Mordeus. No hay nada que los refugiados puedan ofrecerles que les compense ponerse en contra de Mordeus y de Arya.

—Además —añade Pretha—, un goblin solo puede transportar a dos de una vez, como máximo. La mejor opción para grupos de cierto tamaño es un portal.

Tynan ha permanecido tan callado que casi me sorprendo cuando habla.

—El rey y la reina de las Tierras Salvajes hacen lo que pueden por acoger a los desplazados. Es una medida temporal, solo hasta que Finn recupere el trono que le pertenece. Pero, por razones de seguridad, no pueden permitir que usen portales directamente desde tierras de Mordeus. El usurpador usaría los portales para enviar a las criaturas más terroríficas y atacar a inocentes. —La telaraña de su frente brilla con más fuerza y late hasta que se obliga a calmarse moviendo el cuello en círculos y respirando hondo—. Hemos activado portales cerca de la frontera seelie y ayudamos a que los unseelies lleguen hasta ahí antes de que los soldados de la reina los capturen.

—Tenemos que abrir, cerrar y trasladar los portales a menudo para esquivar a la guardia de Arya —dice Pretha sirviéndose una copa—. Es agotador, pero es la mejor solución que hemos encontrado de momento.

Doy los últimos puntos. Cuando vuelvo a mirar a Finn a los ojos, él me está observando. No trato de disimular lo destrozada que me siento por lo que acabo de oír. Mientras le aplico las pomadas sobre la herida, mi mente sigue tratando de asimilarlo.

«Los niños.»

—¿Se va a morir? —dice una voz infantil, en tono lloroso, desde la escalera.

Me pregunto cuánto tiempo lleva ahí esa niña y si ha visto la herida abierta de Finn. Instintivamente me levanto y me dirijo hacia ella, pero no llego muy lejos porque Tynan se me adelanta y la levanta en brazos.

—No, pequeña. Se pondrá bien, mira.

La lleva junto a Finn, que le hace cosquillas en el pie, que lleva descalzo. Ella se echa a reír y se seca las lágrimas.

Si fuera humana diría que tiene cinco o seis años. Tiene la piel de color marrón claro y el pelo oscuro y sedoso como el de Pretha. En la frente empieza a asomarle una tela de araña plateada, como la que tienen Pretha y Tynan, pero sus ojazos son plateados y su sonrisa... es idéntica a la de Finn.

—Lark, te dije que te quedaras arriba cuando tuviéramos invitados.

«Lark, significa “alondra”. Bonito nombre», me digo, pero la mirada de advertencia de Pretha hace que deje de pensar en nombres. Su mensaje me llega alto y claro. Estamos colaborando, pero no se fía de mí lo suficiente para compartir conmigo que tiene una hija. Da igual que acabe de darle puntos a... lo que sea que Finn sea para ella.

—Pero la vi en un incendio —replica Lark señalándome. Ladea la cabeza, como si algo no le encajara—. Tu hermana no está ahí.

—¡Lark, para! —Pretha arrebata a la niña de los brazos de Tynan y entierra la cara en su pelo—. ¿Qué te dijo mami sobre lo de usar la visión?

—Pretha —interviene Jalek con dulzura—. Tal vez necesitemos saber más sobre ese incendio si...

—Pues buscad a un vidente —lo interrumpe—. Mi hija no.

—Lo siento, mami. —Lark apoya las manitas en las mejillas de su madre—. No lo intento; solo veo. Y no quiero que muera en el incendio. Ya lo hizo una vez.

La dulce vocecita infantil suena tan preocupada que se me encoge el corazón.

—No, no es verdad. —Le muestro los brazos—. ¿Lo ves? Estuve en un incendio hace mucho tiempo, pero sobreviví.

Pero Lark no me escucha. Mirando a su madre, añade:

—La próxima vez que muera tiene que ser durante una ceremonia de vinculación. Si no, nunca llegará a ser reina.

Se me hiela la sangre en las venas.

«La próxima vez que muera...»

—¡¿Reina?! —brama Jalek.

—Por favor, cariño, para —le ruega Pretha llorando. Está consternada.

Jalek se vuelve hacia mí.

—Amas al príncipe Dorado. —Masculla una maldición—. No le prometas nada sin hablar con nosotros antes.

No hago caso de Jalek y trato de no darme cuenta de la penetrante mirada plateada que Finn tiene clavada en mí.

—No estoy muerta —le digo a Lark—. Y no voy a ser la reina seelie.

La niña se echa a reír.

—Tú nunca podrías ser la reina seelie.

Sus palabras deberían tranquilizarme y, sin embargo, son como una espinita que se clava en una parte de mi corazón que no dejo que nadie vea, ni siquiera yo. La parte que desea a Sebastian; la que quiere ser lo bastante buena para...

«No, no es eso lo que quiero...»

Jalek intercambia una mirada intensa con Finn antes de volverse hacia la niña y observarla con atención.

—¿Te referías a la reina unseelie, Lark?

Pretha le dirige una mirada tan furiosa que todos los reunidos en la sala se encogen, menos Lark, que sonríe.

—Podría serlo si quisiera, pero no tendrá la oportunidad si muere en el incendio.

—Tynan, lleva a Lark a su habitación, por favor —le pide Pretha poniendo a la niña en sus brazos.

Él asiente y Lark le echa los brazos al cuello.

—Me prometiste que me enseñarías a jugar a tu juego de cartas. ¿Me enseñas ahora? —pregunta Tynan mientras suben la escalera.

—Vale, pero soy muy buena —responde la niña—. No puedes enfadarte si te gano.

—Te prometo que no tendré mal perder —replica él, y sus voces se pierden.

—Vaya, eso ha sido... muy esclarecedor —comenta Jalek.

Pretha lo fulmina con la mirada.

—Lark no puede evitarlo —le dice Finn en tono conciliador—. Su magia no es como la tuya, Pretha. No puede encenderla y apagarla a voluntad. Simplemente le viene.

—¿Vamos a hablar de lo que vio? —pregunta Jalek.

—Sí, la muerte entre las llamas. —Finn me mira y alza tanto las cejas que le desaparecen entre los rizos—. ¿Qué opinas tú, princesa?

—Pienso que es una niña y que lo que ha dicho no significa nada. —Levanto los brazos a los lados—. ¿Lo ves? No estoy muerta. Los humanos no vamos andando por ahí después de morir.

Jalek suelta un gruñido que no tengo ni idea de lo que significa.

Pretha se seca las lágrimas e inspira hondo para calmarse antes de volverse hacia Finn.

—Que tus espías en la corte unseelie investiguen si se sabe algo sobre un ataque al Palacio Dorado. Cualquier cosa que implique fuego o explosivos. —Luego se vuelve hacia mí y me dirige una sonrisa forzada—. ¿Y tú? Ya sabes lo que se dice en caso de caer entre llamas. Quédate quieta, tírate al suelo y da vueltas. ¿Vale?

No pongo los ojos en blanco, pero poco me falta.

—¿Podemos volver a hablar de la situación de los refugiados en los campamentos? —Nunca había visto a Finn tan agotado, pero necesito saber más—. ¿Esta situación desaparecería si subieras al trono de las Sombras? —le pregunto.

—Yo no puedo cambiar las leyes seelies, pero podría hacer que la vida en mi corte fuera mejor. Haría todo lo que estuviera en mi mano para que mi gente no tuviera que huir. Todo lo que hago es para proteger a mi pueblo y para proporcionarles un hogar seguro. —Me mira con tanta intensidad que uno pensaría que yo tengo el poder de devolverle el trono de su padre—. Esa es la auténtica responsabilidad de un rey.

Necesito rescatar a Jas y esa debe seguir siendo mi prioridad, pero no puedo dejar de pensar en esos niños unseelies, encerrados en centros que son auténticas prisiones, teniendo que escuchar que valen menos que los demás a causa de su nacimiento. Si Finn derroca a Mordeus, nuestro trato ya no tendría valor. Y Finn me devolvería a mi hermana. Sé que lo haría.

—Dime cómo puedo ayudar.

Finn palidece y se vuelve hacia Jalek.

—¿Me ayudas a llegar a mi habitación?

—La chica quiere ayudar —señala Jalek.

Finn se levanta de la silla y hace una mueca de dolor al incorporarse.

—Pues iré solo.

—Vale, vale. —Jalek se me queda mirando durante un rato antes de acompañar a su príncipe escaleras arriba.

—¿He dicho algo malo? —le pregunto a Pretha.

Ella niega con la cabeza.

—Creo que ya hemos tenido bastantes emociones por hoy. Volvamos al castillo, aunque sea temprano.

17

Ha pasado una semana desde que Sebastian me dio el espejo. Una semana de esperar cerca del castillo y de distraerme con la banda de Finn y sus rebeldes; de preguntarme si Mordeus se habrá olvidado de mí y de nuestro trato. Una semana de pedirle al espejo de forma compulsiva que me enseñe a mi hermana. Verla feliz y bien cuidada es lo único que hace que la espera sea tolerable. Aunque el Palacio Dorado está abarrotado, me siento sola. El único ser del que me fío remotamente es Sebastian, y no puedo contarle lo que me pasa.

Empiezo a dudar de que el rey tenga intención de recuperar el espejo, pero no pienso perder más tiempo. Voy a seguir entrenándome tanto como pueda. Tal vez necesite estas extrañas habilidades para conseguir la siguiente reliquia. Aunque, para ser del todo sincera, me gusta estar con los rebeldes unseelies, y no solamente para llevar a cabo mi misión. Cuando Pretha me va a buscar al palacio y me lleva a casa de Finn, acabo el día sonriendo y sintiéndome menos... desesperada.

Hoy he pasado la mañana entrenándome para fundirme en las sombras y para atravesar paredes y escudos mágicos. He mejorado bastante, pero, cuando Pretha me pide que la convierta en sombras, topamos con un muro. De manera figurada, pero también literal.

—Hagamos un descanso —me propone dirigiéndose a la puerta de la biblioteca—. Jalek está preparando sándwiches.

Cuando entramos en la cocina, Jalek y Tynan están ya sentados a la mesa con Finn. Hay tres platos más en la mesa, pero no veo ni rastro de su compañero unseelie, el de los ojos rojos.

—No sé dónde se ha metido Kane esta mañana —musita Jalek cuando ve que miro hacia el vestíbulo—. Tengo demasiada hambre para esperarlo, así que siéntate.

Pretha me mira.

—No le hagas caso. Se pone insoportable cuando tiene hambre.

Él no se queda callado.

—Me pongo insoportable cuando la fiesta de Litha está tan cerca y esa zorra sigue en el trono. Me pongo insoportable cuando el príncipe al que he jurado lealtad tiene fiebre y se niega a hacer nada para curarse.

Me vuelvo bruscamente hacia Finn. Le he preguntado cómo estaba cuando hemos llegado esta mañana, pero él se ha salido por la tangente diciendo que no necesitaba mis mimos. Aunque, ahora que me fijo, veo que tiene la frente llena de sudor.

—Bueno, tampoco vas a poder arreglar nada si tienes hambre —le recuerda Pretha mientras se sienta junto a Finn—, así que come. —Cuando le seca el sudor de la frente a Finn, él le aparta la mano con impaciencia.

—Estoy bien —refunfuña.

—¿Tienes fiebre? —le pregunto—. ¿Te has puesto la pomada?

—No es por eso. —Aprieta la mandíbula; está harto de explicarlo—. Es una fiebre normal.

—¿Cómo están los puntos? —insisto—. ¿Están rojos o hinchados?

—Lo he examinado esta mañana —responde Pretha sin mirarme a los ojos—. Ya nos estamos ocupando de ello. Siéntate ya.

A regañadientes me siento junto a Pretha. Tynan me pasa una bandeja con sándwiches mientras Jalek llena los vasos con un agua burbujeante, que sabe a luz del sol y a limones. Es una descripción que me habría parecido ridícula antes de venir a Feéra, pero, ahora que estoy aquí, es la que mejor encaja.

Cuando me he comido la mitad del sándwich y los demás van ya por el segundo, Kane entra en la cocina con una mujer a su lado.

La conversación se detiene en seco y todos dejan de comer.

Finn echa la silla hacia atrás y se levanta. Las lobas, en las que ni siquiera había reparado, aparecen entre las sombras y ocupan su lugar a lado y lado del dueño de la casa.

—¿Qué significa esto? —pregunta en un tono peligrosamente calmado.

Kane inclina la cabeza.

—Te he traído un tributo.

He oído esa palabra antes. A la gente de Elora se le paga bien para que vayan a Feéra como tributos. Mis primas se reían cuando comentaban lo que suponían que debía hacer un tributo, pero lo único que yo tenía claro era que los tributos nunca volvían.

Echo la silla hacia atrás y me dirijo hacia la chica, pero Pretha me agarra con fuerza por la muñeca.

—Brie. No.

—No he pedido ningún tributo, joder —exclama Finn sin poder ocultar más su enfado—. Devuélvela a su casa.

—Finn. —El tono de voz de Kane es casi tan duro como el de Finn—. Sé razonable.

La chica da un paso adelante. No es mucho mayor que yo y es muy bonita. Lleva la melena, larga y rubia, retirada de la cara con peinetas, para resaltar sus pómulos altos y los brillantes ojos azules. Me pregunto cómo se llama. Me pregunto si tendrá una familia que la eche de menos.

Tiro del brazo para liberarme, pero Pretha me sujeta con fuerza.

—No está haciendo nada en contra de su voluntad, Abriella.

La chica agacha la cabeza.

—Por favor, mi príncipe. He escapado de la corte de Mordeus. He vivido en Feéra toda mi vida y ya he... he visto lo suficiente para entender lo que estoy haciendo. —Se deja caer al suelo de rodillas en señal de respeto—. Por favor.

Finn le dirige una mirada larga e intensa antes de volverse hacia Kane. Niega con la cabeza bruscamente y sale de la habitación hecho una furia seguido de las lobas, que caminan en silencio.

Pretha hace una mueca y Kane maldice entre dientes mientras la chica se cubre la cara con las manos y solloza.

—Hablaré con él —dice Jalek.

Pretha lo detiene apoyándole una mano en el pecho.

—No. Iré yo. —Sigue a Finn hasta la biblioteca y cierra la puerta.

—Lo siento —le dice Kane a la chica—. Dale un minuto.

—¿Alguien podría explicarme qué está pasando aquí? —pregunto dirigiendo una mirada penetrante a Jalek y a Tynan.

Jalek niega con la cabeza y se pone a recoger la mesa. Tynan se agacha para ayudar a la chica a levantarse, murmurando palabras de ánimo.

—Me voy afuera —anuncio, aunque nadie me hace ni caso. Recorro el pasillo hasta la parte trasera de la casa y agradezco la brisa que me acaricia la cara mientras la puerta se cierra tras de mí.

Qué harta estoy de que no me cuenten nada. Qué harta estoy de tener que confiar en gente que no confía en mí.

Las ventanas de la biblioteca están abiertas. Cruzo el patio para escuchar, pero no distingo las palabras de la conversación que están manteniendo dentro. Probablemente Pretha ha protegido la habitación con un escudo antiespías, para protegerse... de mí.

Enderezo la espalda. Si quiero saber lo que se está cociendo ahí dentro, soy muy capaz.

Cierro los ojos y siento que me disuelvo convirtiéndome en sombras, en oscuridad, en nada. Los mantengo cerrados mientras cruzo discretamente el muro y los escudos mágicos de protección que han colocado alrededor de la casa. Tras cruzar el último escudo de Pretha, me encuentro en la biblioteca.

Finn está tumbado en el sofá, con una mano colgando sobre el respaldo mientras se masajea las sienes con la otra.

—Abriella no está lista. Si se lo pido ahora, puede que desconfíe.

Pretha camina arriba y abajo ante el sofá.

—Vale, pues entonces tienes que hacer esto.

—¿Por qué? ¿Por una infección de nada? ¿Crees que eso va a impedirme ganar la guerra?

—No, creo que es tu estúpido orgullo lo que nos va a impedir ganar la guerra. —Se seca las mejillas y me doy cuenta de que está llorando—. ¿Tienes idea de lo duro que fue ver consumirse a Vexius?

«¿Vexius?» ¿He oído ese nombre antes?

—¿Tienes idea de lo que se siente al vivir cada día sabiendo que las cosas no tendrían que haber sido así?

—Haces que parezca simple —replica Finn—, pero si acepto un tributo detrás de otro, seré igual que él.

¿Quién es él? ¿Mordeus? ¿Él también acoge tributos? ¿Qué hacen los tributos? ¿Y por qué?

—Creo que aún estás de duelo por Isabel y... —Pretha se vuelve hacia mí y observa la estantería que queda en las sombras.

Finn se sienta.

—¿Qué pasa?

—Tengo la sensación de que no estamos solos.

«Mierda.»

Con un movimiento de muñeca hace aparecer un orbe de luz entre los dedos. Con otro movimiento, la luz flota hacia mí.

Vuelvo a deslizarme a través de la pared antes de que me vea.

—No veo nada —dice Finn mientras desaparezco—. ¿Estás segura?

—No deberías permanecer en las sombras cuando ella esté cerca.

Yo no debería saber que la chica sigue aquí. No debería verla entrar en la biblioteca, de la que Finn, taciturno, no ha salido en toda la tarde. Y, por supuesto, no debería estar usando las sombras para colarme tras ella y espiarlos.

Desde que Pretha me habló de los escudos protectores de magia y me hizo darme cuenta de que los había atravesado sin querer cuando me movía entre las sombras, soy mucho más consciente de la existencia de ese muro invisible. Lo noto mientras me deslizo en el interior de la habitación, es un escudo adicional que alguien ha puesto alrededor de la biblioteca.

La joven está de pie frente a Finn, con la cabeza agachada.

—Por favor, no me devuelva allí.

Finn le alza la cara y la mira fijamente.

—No sabes lo que estás ofreciendo.

—Sí, lo sé. Nací y me crie en Feéra y sé cómo funciona. No soy una humana normal y corriente.

—¿No prefieres que te envíe a las Tierras Salvajes? —le propone Finn ladeando la cabeza—. ¿Pero tan mal estarías allí?

La chica traga saliva.

—Hago esto por mi hermano, mi hermanastro. Era unseelie y la única persona que se ha preocupado por mí.

—¿Dónde está ahora?

Ella agacha la cabeza.

—Murió, mi príncipe. Es triste, pero la maldición...

—Comprendo.

Ella se saca un montón de piedras del bolsillo.

—¿Por favor?

—¿Qué puedo darte yo a cambio?

Ella niega con la cabeza.

—Sé todo lo que hace por los unseelies. Esta es mi manera de ayudar. Quiero hacerlo por usted y por ellos.

—Algo habrá... —insiste él con la voz ronca.

Ella le dirige una sonrisa discreta.

—No, nada. —Alza una mano, que apoya en la mejilla de Finn mientras se inclina hacia él hasta que sus labios quedan a pocos centímetros de distancia.

Él mantiene los ojos abiertos mientras acerca su boca a la de ella.

En el momento en que sus labios se tocan, algo se rasga en mi interior. Les doy la espalda y salgo de la biblioteca. Me digo que estoy disgustada por Pretha, aunque ni siquiera estoy segura de que sean... pareja o algo. Pero es la única explicación razonable que justifica que me moleste ver a Finn besándose con alguien.

Me siento en el jardín y contemplo el sol que se pone en el horizonte. Por primera vez en todo el día tengo ganas de regresar a palacio. No quiero estar aquí mientras Finn toma a su... tributo. Trato de ignorar esta sensación que se ha apoderado de mi pecho y a la que no puedo poner nombre. ¿Son celos? No. No quiero a un príncipe fae, y menos a uno tan malhumorado.

«No quiero a Finn.»

Y entonces ¿por qué me duele verlo tocar a alguien con tanta ternura?

Podría intentar convencerme de que se trata puramente de agradecimiento ante alguien que me está ayudando cuando más lo necesito, pero ¿dónde queda entonces la conexión que siento con él? ¿Qué hay del poder que brota cuando él está cerca o de lo que siento cuando me toca? ¿Y si todo eso significa algo? ¿Y si Finn es más que un maestro y un amigo?

No me gusta el rumbo que han tomado mis pensamientos. Me parece que estoy traicionando a Sebastian. ¡Ojalá pudiera arrancarlos de mi mente!

—¿Estás lista ya para volver a palacio? —me pregunta Pretha desde la puerta. Lleva toda la tarde convenciéndome para que volvamos.

—¿No te importa que esté ahí dentro tocando a esa chica?

Pretha pestañea y veo que los hombros se le aflojan como si se sintiera... ¿aliviada?

—Ni siquiera me he dado cuenta cuando has atravesado el escudo —murmura—. Impresionante.

—La ha besado. ¿No te molesta? —Sueno tan retorcida y cruel como mis primas. Al darme cuenta, sacudo la cabeza y suavizo el tono—. Quiero decir que... He pensado que querrías saberlo.

Ella frunce el ceño y, al imaginar lo que estoy pensando, sonríe.

—¿Crees que Finn y yo estamos juntos? —Se echa a reír—. ¿De dónde diantres has sacado esa idea?

Me ruborizo y trato de disimular la vergüenza, pero es inútil. Por hacer suposiciones, he quedado como una idiota.

—Lark tiene sus ojos.

Ella niega con la cabeza.

—Lark tiene los ojos de su padre. Finn es su tío y es libre de besar a quien desee.

Murmura algo entre dientes y me parece entender que dice: «Probablemente mientras piensa en otra».

—¿Qué son los tributos? ¿Por qué los necesitáis y qué les ocurre a ellos? ¿Por qué llevaba esa chica un montón de piedras en el bolsillo?

Pretha se cruza de brazos.

—Estamos tratando de ser tus amigos, Brie. Y los amigos no se espían.

18

—Despierta, Niña del Incendio —me dice una voz ronca al oído.

Cuando Pretha me llevó de vuelta al palacio, me fui directa a la cama, disgustada por haber espiado a gente que ha confiado en mí y más disgustada todavía por sentir... lo que sea que sentí cuando vi a Finn besar a esa chica.

—Niña del Incendio. —Una uña afilada me rasca la oreja.

Abro los ojos de golpe y veo al goblin de Mordeus inclinado sobre mi almohada.

«Por fin.»

—¿Por qué has tardado tanto? —le pregunto entre dientes mientras bajo los pies al suelo.

—El rey tenía otros asuntos de los que ocuparse, niña. Él gestiona el tiempo a su manera.

Se me escapa la risa por la nariz. Al parecer todo el mundo en Feéra gestiona el tiempo a su manera. Se lo toman todo con mucha calma; será cosa de la inmortalidad.

—Deja que me vista.

Él niega con la cabeza.

—No hay tiempo.

Bajo la vista hacia mi camisón, demasiado fino.

—¿Me tomas el pelo? No pienso ir así.

—O vienes ahora o te esperas otra semana. Tú misma.

Saco la bandolera de donde la dejé, debajo del colchón, mientras lo fulmino con la mirada. Sin darme tiempo a nada, el goblin me agarra la muñeca con sus dedos agrietados y la habitación se desvanece a nuestro alrededor.

Cuando aparecemos en la Corte de la Luna espero encontrarme en el salón del trono. Sin embargo, veo que estoy en la entrada de un saloncito. El rey está apoltronado en una butaca roja. Cuando el goblin me suelta el brazo la habitación me da vueltas y, antes de poder recobrar el equilibrio, me encuentro tirada en el suelo.

Siento que me sube la bilis por la garganta y me tapo la boca con el dorso de la mano.

—Abriella, estás preciosa —comenta el rey.

Va vestido de negro de la cabeza a los pies: los pantalones, la camisa y la capa de terciopelo que lleva sobre los hombros. Hasta las uñas las lleva pintadas de negro. Seis centinelas montan guardia a su alrededor, tres a cada lado. Tienen lenguas viperinas que asoman a menudo, como si estuvieran olfateando peligro en el aire.

Alzo la barbilla intentando disimular las náuseas. Me niego a mostrarme vulnerable ante él, aunque la verdad es que podría ser divertido vomitar sobre el rey.

—Hace una semana que tengo el espejo. No me gusta que me hagan esperar tanto.

—A mí tampoco —replica en tono aburrido—. Te llevó más tiempo del que pensaba. Mis espías me dijeron que al final se lo pediste al príncipe dorado. Muy bien pensado. Ojalá mis espías hubieran podido enterarse del pago que te pidió a cambio del espejo. Espero que aprovechara la ocasión.

Las náuseas se me pasan de golpe y su lugar lo ocupa la furia. Esquirlas de oscuridad se desprenden de mis dedos y van a parar al suelo. Los soldados del rey llevan las manos a sus espadas. Bajo la vista y me asomo un instante a las profundidades sin fin que han aparecido en el suelo de mármol, que empieza a cuartearse.

Aun no entiendo del todo mis poderes, pero, sean como sean, está claro que florecen en el palacio unseelie.

—Bien, bien. —Los ojos del rey se oscurecen y se le abren las ventanas de la nariz mientras contempla el desastre que acabo de organizar—. Ya veo que aún no has aprendido a controlar tu magia.

Al parecer ni siquiera soy consciente de lo que puedo hacer; ciertamente no tenía ni idea de que podía hacer esto. Aprieto el puño y me concentro en recuperar mi poder, para que regrese a mi interior. Lo visualizo enroscado en mi vientre, no dormido, sino como una poderosa serpiente, alerta, preparada para atacar.

El rey me examina la cara con atención.

—Lo que yo daría por tener ese don.

Me da igual lo que opine de mi poder y no quiero estar aquí más tiempo del imprescindible. El problema no es la corte en sí, el problema es Mordeus. No soporto cómo me mira, como si quisiera colarse en mi cerebro y echar un vistazo. Me provoca escalofríos.

Me levanto y me recoloco el camisón lo mejor que puedo.

—Déjame ver a mi hermana.

—Sabes que no puedo hacerlo.

—Déjame verla y te daré el espejo.

—Como ya has descubierto, puedes ver a tu hermana en el espejo.

Prefiero no enterarme de cómo sabe lo que hago. Visualizo a sus espías observándome mientras estoy en mi habitación y vuelvo a estremecerme. Aunque tal vez simplemente supone que he usado el espejo para verla.

—No es suficiente.

Él se encoge de hombros.

—Tendrá que serlo, porque no puedo ofrecerte más. ¿Lo has disfrutado? ¿Te ha gustado poder ver lo que quieres con solo pedirlo?

Niego con la cabeza.

—Era una imagen. Quiero verla a ella, en persona. —Hace demasiado tiempo que no la veo, y no puedo olvidarme de su ausencia; es algo que está constantemente en un rincón de mi mente.

—Siéntate. —Mordeus mueve la mano y, al instante, una licorera llena de líquido granate aparece en su mano—. Brindemos por tu éxito.

«¿Pretende que beba vino feérico? Paso.»

—No, gracias.

—Insisto. —Sirve dos vasos y señala la silla vacía que hay a su lado—. Bebamos, y luego te hablaré sobre la próxima reliquia que necesito que recuperes para que puedas ver a tu hermana en persona cuanto antes.

«Está jugando conmigo.»

Echando mano de mis últimas reservas de paciencia, porque no me queda más remedio, entro en el salón y me siento. Cuando me ofrece un vaso, lo acepto para acabar cuanto antes.

Mordeus alza el suyo.

—Por el poder —brinda. Yo alzo una ceja y él detiene el brazo a mitad de camino hacia sus labios—. ¿No?

—En mi mundo, el poder es algo que se usa para engañar a los demás, robándoles la vida, las decisiones y el libre albedrío.

Su penetrante mirada gris se clava en mí y siento que ve demasiado. Hago rodar el vaso entre mis manos y contemplo el vino.

—No me apetece brindar por el poder.

—¿Por qué te apetece brindar?

Le busco la mirada y dejo que el silencio se alargue unos instantes antes de levantar el vaso.

—Por las promesas cumplidas.

—Ah, claro. Todavía sigues preocupada por tu hermana. —Asiente—. Brindaré por ello, ya que espero que cumplas las tuyas.

Sonríe, y un escalofrío me recorre la espalda cuando hace chocar el vaso con el mío. Observo cómo bebe y permanezco inmóvil, con el vaso intacto durante varios minutos que se me hacen eternos hasta que él suelta un suspiro exasperado.

—No vamos a hablar de lo que quieres oír hasta que no bebas, chiquilla.

Quiero discutírselo, pero ¿de qué servirá? Para este tipo, todo es cuestión de poder, aunque casi todo el que tiene sea robado. No puede dejar pasar una rebelión, por pequeña que sea. Doy un sorbo procurando beber la mínima cantidad posible. El vino, dulce y aterciopelado, me calienta el pecho.

—¿La segunda reliquia? —lo azuzo.

Él me dirige una sonrisa irónica.

—Menuda tirana. ¿No quieres disfrutar del vino un poco más?

Lo miro fijamente, implacable, hasta que él se echa hacia atrás en la butaca.

—La segunda reliquia se llama *Grimoricón*, y es mucho más difícil de conseguir que el espejo.

Ya me lo imagino. No contaba con pedirle a Sebastian que me consiguiera todo lo que necesito para recuperar a mi hermana. Aunque empiezo a sospechar que lo haría, por mí, por Jas. Ojalá pudiera contárselo todo sin que eso invalidara mi trato con Mordeus.

—¿Qué es el *Grimoricón*?

—Tal vez lo conozcas como el Gran Libro. Son los textos sagrados de Feéra. Contiene los primeros hechizos y la magia de los Antiguos.

—¿Un libro?

Él da un trago al vino.

—Podrías llamarlo así. Aunque algo tan poderoso no cabe en unas simples páginas. Por eso, como todos los grandes textos mágicos, puede cambiar de forma y apariencia.

—Y ¿convertirse en qué? —No noto ningún efecto raro del vino que he bebido, por lo que me aventuro a darle otro trago. La verdad es que es delicioso. Además, si quiere que recupere ese libro, no tendría sentido dejarme inconsciente.

—En cualquier cosa, mi niña. Se convertirá en cualquier cosa si presiente peligro.

¿Un libro que puede presentir el peligro y cambiar de forma? Sí, al parecer la primera reliquia era la más fácil de conseguir.

—¿Dónde está?

—No te puedo responder a eso. La corte seelie lo robó durante la guerra y ha estado en su poder desde entonces, aunque pertenece a esta corte y los seelies no pueden usar su magia.

—Y entonces ¿por qué lo robaron?

Él da otro trago y se queda mirando al vacío, como si estuviera eligiendo entre miles de recuerdos para encontrar la respuesta correcta.

—Por lo mismo que se llevaron todo lo demás: para debilitarnos.

—¿Pretendes que encuentre un libro que podría estar en cualquier parte de la corte seelie y que podría tener cualquier forma?

Sería más fácil encontrar una aguja en un pajar. Al menos cuando encuentras la aguja, sabes que has encontrado lo que estabas buscando. Podría estar durmiendo junto al *Grimoricón* todas las noches y no enterarme.

—Dejaré que te quedes el espejo —replica bajando la vista hacia mi regazo.

Siguiendo la dirección de su mirada, veo que tengo los nudillos blancos de la fuerza con la que agarro la reliquia. Cada vez que recordaba que tendría que desprenderme del espejo —mi única conexión con Jas—, apartaba la idea de mi mente, incapaz de asumirlo. Ahora, sabiendo que voy a poder seguir viéndola, los hombros se me relajan de golpe.

—Buena suerte.

El goblin de Mordeus me saca del palacio unseelie y me deja en los jardines que rodean el castillo de la reina.

—¿Por qué puedes ir a buscarme a mis aposentos, pero no puedes dejarme allí? —le pregunto luchando contra las náuseas que me provocan estos viajes.

—Porque hay un visitante en tus aposentos y hoy no me apetece perder la cabeza.

—¿Cómo lo sabes?

El goblin me dedica una amplia sonrisa mostrándome sus dientes puntiagudos y amarillentos antes de desaparecer.

Me ha dado la sensación de que pasaba solo unas pocas horas en la corte unseelie, pero el sol ya está en lo más alto del cielo. Los jardines están llenos de personal que cuida de las flores. El aroma de la lavanda y de las rosas me atrae mientras me dirijo a la entrada del palacio. La idea de sentarme aquí, cerrar los ojos y dejar que el sol me caliente la cara mientras los pájaros me cantan una nana es muy tentadora, pero me resisto. Si es cierto que hay alguien en mis habitaciones, quiero saber quién es.

—Lleva esperándote allí toda la mañana —dice una voz almibarada a mi espalda—. El príncipe podría sospechar si te presentas allí en pijama. —Al volverme, veo a la falsa Eurelody señalando hacia un carruaje—. Ya he

mandado recado a tus doncellas y les he dicho que estarás entrenando conmigo todo el día.

Hago una mueca.

—Estoy demasiado cansada para entrenar.

—Y mis orejas son demasiado bonitas para escuchar quejas y, sin embargo, aquí estoy. Venga, vamos.

No discuto más, consciente de que tiene razón en lo del pijama, pero al llegar a casa de Finn nos encontramos en medio de un gran caos.

—¡Aparta, Tynan! —le ordena Jalek malhumorado.

—No.

—No seas ridículo. Voy a patrullar, no a...

—Ahórratelo, no te creo —replica Tynan—. Además, da igual adónde vayas; estás más seguro aquí.

Pretha tira de mí para que salgamos de en medio del follón. No es raro que los miembros de este grupo variopinto se peleen, pero esta no es una de sus discusiones habituales. Jalek va vestido con ropa de batalla, y lleva la espada colgando a la espalda. Está fulminando con la mirada a Tynan, cuya telaraña facial reluce por la fuerza de sus emociones. Finn se ha interpuesto entre ellos, con las piernas separadas, y mira a uno y otro lado.

—Por favor, Jalek —insiste Tynan, aunque ahora en un susurro—. Sé razonable.

—Fue un sueño —replica Jalek mirando a Finn con los brazos cruzados —. Por favor, explícale que no puedo pasarme el resto de la vida sentado en mi habitación solo porque tuve una pesadilla.

—No fue una simple pesadilla. La oí. —Tynan casi tiembla de frustración—. Mírame a los ojos y dime que no te despertaste con la banshee sentada en tu pecho. Mírame a los ojos y dime que sales de casa tan tranquilo como cualquier otro día.

—No hace falta que vayas, Jalek —interviene Finn—. Enviaré a Kane.

—Kane necesita descansar —afirma Jalek—. Se ha pasado media noche fuera protegiendo el portal.

—¿Qué es eso de la banshee? —pregunto, y tres cabezas se vuelven hacia mí a la vez.

—Una tontería —responde Jalek fulminando a Tynan con la mirada.

—Es una mujer que se presenta mientras duermes y se sienta en tu pecho. Aparece al mismo tiempo en este mundo y en el sueño, y...

—¿Una mujer? —pregunto.

—Un espíritu —contesta Pretha suspirando—. Cuando te visita, se sienta sobre tu pecho y pronuncia tu nombre una y otra vez. Se considera un presagio de que la muerte está cerca.

—Es un milagro que alguien muera si ella los va avisando —comenta Jalek. Aunque trata de disimularlo, veo la preocupación en su mirada. Tal vez no quiere creer en el aviso de la banshee, pero su visita lo ha afectado.

—El solsticio está demasiado cerca —señala Tynan tragando saliva.

—Por eso precisamente quiero ir —indica Jalek—. Esta noche es cuando está más débil.

—¡Lo ves! —exclama Tynan—. Sabía que estabas mintiendo.

—Irá Kane —dice Finn—. No vale la pena correr el riesgo.

Jalek aprieta los dientes.

—Dejad de sobreprotegerme. No soy un niño; puedo tomar mis propias decisiones.

—Formas parte de este grupo —le recuerda Finn— y me has jurado lealtad. No hay más que hablar. —No me ha levantado la voz en ningún momento. De hecho, me ha costado oír las palabras, pero su autoridad es incuestionable.

Pretha me agarra de la mano y tira de mí.

—Vamos. Tienes que cambiarte de ropa. El príncipe se está impacientando.

—Si solo querías que me cambiara de ropa, ¿por qué no lo hemos hecho en el carruaje? —le pregunto.

—Disculpa a Pretha —me dice Finn—. No sabía que os ibais a encontrar una guerra civil en casa hoy. Pero será mejor que os vayáis. El humor de Jalek no mejorará hasta que se ponga el sol durante el solsticio de verano.

Efectivamente, cuando regreso a mis habitaciones en el Palacio Dorado, la puerta está abierta.

Pongo una mano sobre la bandolera —el espejo sigue dentro, a salvo— y la otra sobre el puñal que llevo atado al muslo.

—¿Hola? —saludo al entrar.

Cuando Sebastian me ve, se pone en pie de un salto y cruza la habitación de tres zancadas.

—¿Dónde has estado?

Tragando saliva, lanzo la bandolera sobre la cama.

—Entrenando con Eurelody.

—He venido antes del desayuno y ya te habías marchado.

—Ella... quería empezar temprano.

Hace una mueca que me obliga a preguntarme si sabe que estoy mintiendo.

—Pensaba que tal vez habías decidido volver al reino de los mortales.

Le apoyo una mano sobre el corazón y lo noto desbocado bajo mi palma. Su cuerpo está tan cálido y fuerte como siempre. Echo de menos poder confiar en él; echo de menos la sensación de merecerme su bondad. Ojalá pudiera dejar de mentir. Mi corazón hierve de odio hacia el rey de las Sombras por lo que le ha hecho a mi hermana y a mi vida.

—Siento haberte preocupado.

Sebastian me apoya la mano en la mejilla y me observa con atención.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

Se inclina hacia mí y me besa. La delicada caricia de sus labios se convierte en algo más intenso y profundo. Pierdo el aliento y no me molesto en recuperarlo. Es la primera vez que nos besamos desde que descubrí su auténtica identidad y es brutal. Siento toda su preocupación y su terror en el beso, lo siento en lo más profundo de mi alma. Tal vez debería apartarme; tal vez debería decirle que no tiene derecho a besarme. Tal vez debería seguir enfadada con él por haberme estado mintiendo durante dos años, pero lo cierto es que su beso es un bálsamo para mi soledad y mis miedos.

Su tamaño y su calor hacen que algo dentro de mí se relaje. Me siento segura entre sus brazos. Mientras él esté cerca, nadie podrá herirme y yo no podré herirlo a él. Si no dejamos de besarnos jamás él nunca sabrá que lo he utilizado, que le he mentido, que lo he traicionado.

Suaviza la presión sobre mi boca sin apartarse de ella. La mano que me había hundido en el pelo se desplaza hasta mi cuello, donde se detiene para acariciarme la mandíbula con el pulgar. Con la otra mano me sujeta por la cintura y me pega a su cuerpo. Yo me acerco todavía más y, cuando gruñe en señal de aprobación, sonrío contra su boca sintiéndome poderosa. ¡Cómo me gusta! Necesito sentir cada centímetro de su fuerza; quiero memorizar cada vez que contiene la respiración.

No sé cuánto rato pasamos besándonos, pero sé que no es suficiente. Es él quien detiene el beso. Apoya la frente en la mía y permanecemos quietos recuperando el aliento.

Bajo la vista hacia la cintura. Sebastian ha levantado la tela de la falda, dejando al descubierto el muslo y el puñal, pero si se ha dado cuenta no comenta nada.

Exhalando con fuerza, me suelta la falda y se aparta.

—Perdón. —Se pasa una mano por la cara, cierra los ojos y maldice en voz baja—. No he venido a seducirte. He venido a invitarte a la fiesta de esta noche. Celebramos Litha.

Una fiesta implica vestidos, baile; implica fingir que no tengo nada mejor que hacer que ver cómo coquetean con Sebastian las demás chicas, chicas que aún no saben lo que yo sé: que voy a perderlo.

—Creo que no hace falta que te diga cuál de las dos opciones me parece más tentadora. —Extiendo la mano hacia él, insegura, y le acaricio los nudillos con un dedo—. No tienes que disculparte por besarme.

Él me dirige una sonrisa ladeada.

—Ah, ¿no?

—Yo te he devuelto el beso.

—Lo sé, pero... —Vuelve a soltar el aire y da otro paso atrás, como si no se fiara de sí mismo—. Todo se ha complicado tanto...

No puedo discutírselo. Y sin embargo...

—¿Por qué lo dices?

—Cuando te vi por primera vez en los jardines, fui muy feliz. Sabía que habías venido en busca de Jas, pero igualmente... —Traga saliva—. Verte en mis tierras fue más de lo que nunca pude imaginar. Pero luego, cuando

saliste huyendo de mí, supe que debía renunciar a la esperanza. Nos odiabas demasiado y, en ese momento, me odiabas a mí también.

—No te odiaba —susurro—. Estaba sorprendida y herida. Tal vez quise odiarte, pero no pude.

Traga saliva con dificultad y retrocede un poco más. Es solo un paso, pero me siento como si se hubiera alejado un kilómetro.

—Cuando dijiste que te quedarías, recuperé la esperanza; pensé que tal vez cambiarías de opinión sobre nosotros. Y cada vez que te veo en mi palacio, con mi gente, me resulta más difícil controlar esos sentimientos.

Elimino la distancia que nos separa. Mi mente no quiere aceptar lo que trata de decirme, aunque mi corazón lo necesite.

Él juguetea con mis dedos mientras sigue hablando.

—Sé que tu intención al venir no fue convertirte en mi esposa. Sé que no es esa la razón por la que estás aquí. Por eso cuando esta mañana no te he encontrado me ha dolido tanto, porque me ha recordado que tu estancia en el palacio es temporal, que solo es un medio para conseguir un fin. Pero no soy capaz de imaginarme la vida al lado de nadie más. Tú eres la que siempre me ha hecho reír. Eres la única que me hace sentir que puedo seguir siendo yo mismo, sin que mis obligaciones a la corona me devoren. Y, sin embargo, son esas obligaciones las que pueden hacer que te pierda.

Se me retuerce el estómago por la culpabilidad. ¿Sabrá algo? ¿Sospecha que estoy robando objetos de su reino?

—¿Cómo...? ¿Por qué dices eso?

—Mi madre me está presionando para que elija a mi esposa —responde bajando la vista como si me estuviera confesando algo vergonzoso—. Anoche me informó de que tengo de plazo hasta la próxima luna nueva para hacer mi elección.

—Solo faltan tres semanas. —Siento una opresión tan grande en el pecho que inspirar hondo me resulta doloroso. Sebastian va a elegir esposa y, aunque debería estar preocupándome porque esto va a dificultar mi acceso al castillo, los celos me agujerean el estómago y reclaman toda mi atención—. ¿Por qué tantas prisas?

—Quiere que tenga una reina a mi lado; alguien que me apoye. Reinar... —Vuelve la mirada hacia la ventana y se queda mirando los jardines—.

Reinar es una actividad muy solitaria. Y mi madre desea que elija compañera antes de iniciar la transmisión de poder.

—¿Has elegido ya?

La verdad es que no quiero saberlo. No tengo derecho a sentir nada en este asunto, pero mentiría si dijera que los celos no me están desgarrando por dentro.

Finalmente se vuelve para mirarme.

—Me digo una y otra vez que no tiene importancia. Entre la nobleza, los matrimonios suelen ser un asunto de poder y alianzas más que de carácter romántico. Pero entonces pienso en que te marcharás y... Brie, si hay alguna posibilidad de que pudieras ser feliz aquí... Eso es lo que yo querría. Quiero que tú seas mi reina.

Siento que las paredes se encogen aprisionándome en la habitación. No puedo imaginarme cómo sería la vida siendo la princesa de un reino que encarcela a personas que huyen de una tierra hostil. Aunque, si Sebastian y yo gobernáramos, cambiaríamos todo eso.

¿Podría convertirme en una fuerza que trajera el bien a este mundo? No una reina más, de las que llevan una vida regalada e imponen su voluntad a los demás, sino ¿una reina que trajera el cambio? Pero no. Es absurdo planteármelo siquiera. Cuando Sebastian descubra la verdad, ya no me querrá. La visión de Lark me lo confirmó.

«Tú nunca podrías ser la reina seelie.»

Ahí está la evidencia de lo despreciable que soy. Él piensa que me quiere para siempre, y parte de mí se está planteando aceptar mientras lo estoy traicionando. Soy la ladrona que está robando objetos del reino que él me propone gobernar a su lado. Por no hablar de las sensaciones que me despierta Finn; del poder que brota imparable cuando él está cerca, de la atracción que no quiero sentir, pero que tampoco puedo negar. ¿Seguiría queriéndome Sebastian si supiera estas cosas? Y, en caso de que lo hiciera, ¿no sería eso una prueba más de que no lo merezco?

Mi silencio se alarga tanto que Sebastian cierra los ojos. El dolor que asoma a su rostro es como un puñetazo en el plexo solar.

—Bueno —susurra—, al menos ahora ya sabes cómo me siento. —Se da la vuelta y se dirige hacia la puerta.

—Bash —lo llamo siguiéndolo. Él se detiene, pero continúa dándome la espalda. No me fío de mí, así que prefiero dirigirme a sus anchos hombros en vez de pedirle que se dé la vuelta—. Nunca quise casarme con un príncipe. —Quiero apoyarle una mano entre las escápulas, sacar fuerzas de la firmeza de sus músculos, de su calor. O tal vez abrazarlo desde atrás; pegar mi pecho a su espalda, apoyar la mano en su pecho y sentir el familiar latido de su corazón. No hago ni una cosa ni la otra—. Pero me habría casado con Sebastian, el aprendiz de brujo, sin dudarlo.

Él agacha la cabeza.

—No puedes tener al uno sin el otro, Brie.

—Ya —replico suavemente—. Y el príncipe cada vez me gusta más.

Cuando se vuelve hacia mí, la esperanza que leo en sus ojos me toca muy dentro. No sé qué odio más: pensar que lo estoy manipulando o que lo que acabo de decir es la pura verdad.

19

Tras mis confidencias de media tarde con Sebastian, saco el espejo sintiéndome más culpable que nunca, pero tengo que encontrar el *Grimoricón* cuanto antes. Si Sebastian elige esposa antes de la próxima luna nueva, me queda muy poco tiempo para encontrar las dos reliquias que me faltan y poder rescatar a Jas.

Miro una vez más hacia la puerta cerrada con llave. Debo de haberla mirado unas diez veces. Al final alzo el espejo, que me muestra mi imagen reflejada:

—Muéstrame el *Grimoricón* —digo con cuidado de no alzar demasiado la voz.

El espejo me ofrece la imagen de una majestuosa biblioteca, vivamente iluminada. Nunca he visto nada igual. Es inmensa, con una cúpula de vidrieras policromadas en el techo y un sinfín de libros que se extienden a lado y lado de un estrado, situado en el centro de la estancia. En el estrado hay un pedestal que sostiene un grueso libro encuadernado en piel.

Cuando la imagen se desvanece, se lo vuelvo a pedir y me muestra la misma imagen.

¿Por qué oculta la reina el libro sagrado en una biblioteca? Si el espejo me mostrara las estanterías, pensaría que trata de esconderlo a simple vista, para despistar, pero me ha enseñado un libro colocado en un lugar destacado, en el mismo centro de la estancia.

Guardo el espejo y hago sonar la campanilla para llamar a mis doncellas. He registrado el palacio de arriba abajo, y no he localizado la biblioteca que me muestra el espejo. Tal vez esté escondida, o se encuentre dentro del protegido solárium de la reina. Tendría sentido que guardara allí algo tan valioso, aunque eso me complicaría mucho las cosas.

—Lady Abriella —dice Emmaline saludándome con una breve reverencia al entrar en la habitación—. ¿Qué se le ofrece?

Nunca las mando llamar, por eso es normal que me mire sorprendida.

—El príncipe me dijo que esta noche había una festividad especial.

—Sí, señora. Esta noche celebramos Litha.

—Me gustaría acudir. ¿Me ayudas a vestirme?

Emmaline pestañea confundida. No me extraña. En las dos semanas y media que llevo aquí, no he mostrado ningún interés en los inacabables bailes que se celebran en el castillo. Solo voy cuando se requiere mi presencia. Siempre suelo poner excusas para no acudir, por eso las gemelas dejaron de preguntarme.

—Claro, discúlpenos. Deberíamos haber preguntado.

Yo le quito importancia sacudiendo la mano.

—Lo acabo de decidir. —Cuando ella me dirige una sonrisa radiante, hago un esfuerzo por devolvérsela—. De pronto me han entrado ganas de bailar.

Perdí mucho tiempo buscando el espejo, pero no pienso volver a cometer el mismo error. No puedo permitírmelo. Encerraré la culpabilidad bajo siete llaves y le sacaré a Sebastian toda la información que pueda. Y si me odia cuando se entere de que lo he utilizado..., pues bueno. Si ese es el precio que debo pagar por liberar a Jas, estoy dispuesta a pagarlo.

Cuando mis doncellas han acabado de ataviarme con un vestido de color lila muy claro con mangas acampanadas, y me han peinado con tirabuzones que han recogido en un moño alto, la música y los invitados hacen tanto ruido que no necesito que nadie me oriente para llegar hasta la fiesta que se está celebrando en los jardines.

Salgo del palacio y me detengo en lo alto de la escalinata, fascinada por el espectáculo que se abre a mis pies.

Mis doncellas me han explicado que Litha es una fiesta que dura desde el atardecer hasta el alba y que se celebra la noche antes del solsticio de verano. Se encienden hogueras alrededor del castillo para honrar al sol y dar la bienvenida a los días más largos del verano. En el reino de los humanos también se celebran fiestas parecidas, pero yo nunca les había prestado atención. Me costaba entender por qué las masas celebraban bendiciones en un mundo que parecía bendecir a tan pocos. Pero, bajo el refrescante brillo de la luna creciente, con comida y vino en abundancia y con tanta música y risas a mi alrededor, casi logro entender la necesidad de organizar un acto de gratitud.

Desciendo lentamente los escalones y entro en los jardines. Las hogueras son enormes y desprenden mucho calor. Casi no me da tiempo a notar el sudor en la frente cuando un criado me pone un vaso de vino frío en la mano sin darme la oportunidad de rechazarlo.

—Has venido —susurra Sebastian a mi espalda.

Me vuelvo hacia él tensa, sabiendo que le he hecho daño hace un rato.

—Puedo volver a mi habitación si quieres.

—Me temo que mi principal problema es que no quiero que lo hagas. —Me contempla despacio—. A pesar de que pareces decidida a torturarme con tu belleza. —No detecto malicia en sus palabras. Cuando vuelve a mirarme a los ojos, está sonriendo—. Me alegra que hayas venido.

—Me alegra que te alegre. —Lo observo de arriba abajo y trago saliva. Él no es el único que está siendo torturado. Lleva el pelo blanco peinado hacia atrás, recogido en una coleta baja, y la casaca dorada hace que sus hombros parezcan exageradamente anchos. Bajo la vista un instante, pero no me doy permiso para entretenerme con el espectáculo que son sus muslos enfundados en los pantalones de cuero.

—Siento lo de antes. No tenía ningún derecho a...

—No, soy yo la que lo siente —lo interrumpo. Y es la verdad. Aunque no sirva para cambiar cómo me siento o lo que debo hacer, odio hacerle daño. Y odio saber que lo que voy a hacer ahora lo va a herir aún más—. Sé que llegué aquí cargada de prejuicios y he visto que eran injustificados. Me he dado cuenta de que Feéra no es como pensaba.

Él me observa con atención.

—Y ¿eso es bueno?

—Básicamente. —Trato de encontrar las palabras correctas para expresar mi cambio de opinión, pero no me resulta fácil—. Me cuesta fiarme de la gente de aquí, pero también me costaba fiarme de los demás en casa. Feéra tiene sus propios problemas, pero ahora sé que los habitantes de este reino no son más crueles y egoístas que los humanos.

Él sigue observándome con atención, como si pudiera encontrar mis secretos y mentiras camuflados en mi rostro.

—Y eso ¿qué significa para nosotros?

Me acerco a él. Cuando le tomo la mano, me siento como lo que soy: una traidora.

—Significa que espero que no renuncies a lo nuestro todavía.

Él abre mucho los ojos y las ventanas de la nariz.

—No sé cómo renunciar a ti, Abriella.

Como, además de traidora, soy una cobarde, no logro sostenerle la mirada. Le suelto la mano y bajo la vista hacia la copa de vino.

—¿Así que esto es Litha? —le pregunto para romper el silencio.

—Así es. Aunque, como debes de haber notado, usamos cualquier excusa para bailar y beber en exceso.

—Y ¿por qué la fiesta es por la noche si celebramos la llegada de un día?

Él observa la multitud, las hogueras, los músicos.

—Porque no se puede tener el día más largo del año sin la noche más corta. Y porque honramos al sol llenando la noche con su fuego. Encendemos las hogueras antes de que el sol se ponga y las mantenemos encendidas hasta que vuelve a salir, iluminando así simbólicamente hasta las horas más oscuras.

—Y ¿qué simbolizan el vino y el baile?

—Nuestras ganas de vivir. —Sonriendo, baja la vista hacia la copa de vino que sigue intacta—. ¿Está malo?

—Aún no lo he probado. —Me quedo observando la copa unos instantes. Las burbujas se pegan a los lados de la copa y brillan a la luz de la hoguera—. Pensaba que vuestro vino hacía que los mortales se desinhibieran.

Él se echa a reír.

—Pues igual que el vuestro, pero todo depende de la cantidad que bebas. —Extiende la mano hacia la copa y nuestros dedos se rozan cuando la coge. El leve roce me devuelve al beso que hemos compartido en la habitación. Su mano en mi cintura; su boca presionando la mía... Un escalofrío me recorre la espalda. Hace rodar el contenido de la copa y lo huele antes de devolvérmelo—. Puedes bebértelo tranquilamente. Es seguro.

Esta vez soy yo la que aspira el aroma del líquido dorado. Huele a cerezas maduradas al sol. Le sostengo la mirada a Sebastian mientras me llevo la copa a los labios. El dulzor y el sabor del vino explotan en mi lengua, inundándome el pecho de calidez. Con un gemido de placer, vacío media copa de un sorbo.

—Vaya, está tan bueno que me gustaría nadar en él.

Sebastian se echa a reír.

—El vino del solsticio de verano es mi favorito también.

Contemplamos las hogueras y al resto de los invitados mientras me acabo el vino. Temiendo que mi curiosidad despierte sospechas, todavía no le pregunto sobre la biblioteca. Pasar tiempo con Sebastian no es ninguna tortura. Curiosamente, nadie se acerca a molestarnos; ni siquiera cuando la música se vuelve lenta y se forman parejas que bailan sobre el césped.

Frunzo el ceño.

—Pensaba que las otras chicas se te llevarían a la fuerza.

Mientras me arreglaban para el baile, las doncellas me han contado que, de la docena original de chicas que fueron invitadas a quedarse en palacio, la mitad ya han vuelto a su casa. Me pregunto si Sebastian estará interesado en las que quedan. Cuando descubra mi engaño, ¿elegirá a una de ellas como si nada?

Él aparta la vista de las parejas que bailan y me mira.

—Nos he protegido con un hechizo que no deja que los humanos nos vean. —Me sonríe—. No estaba dispuesto a perder la oportunidad de pasar la noche a solas contigo.

Quiero agarrarlo por las solapas, sacudirlo y decirle que no me merezco la adoración que veo en sus ojos. Soy lo peor: mentirosa, ladrona,

manipuladora. Pero en vez de eso le doy mi copa a un criado que pasa a nuestro lado y le echo los brazos al cuello a Sebastian.

—En ese caso, tal vez deberíamos bailar mientras podamos.

Él me rodea la cintura con los brazos, desliza las manos hasta la parte baja de mi espalda y las deja allí. Cuando tira de mí, pegándome a su cuerpo, yo apoyo la cabeza en su pecho y me muevo al ritmo de la música. Durante mi primera noche en Feéra la música que sonaba era un irresistible ritmo sincopado que me embrujó. Esto es distinto. Podría decirse que esta música me devuelve a mi hogar. Me recuerda a mi madre tocando el piano, mientras Jas y yo jugábamos con muñecas. Me recuerda a los bailes a los que acudían mis primas mientras yo limpiaba para pagarle la deuda a madame V. Me recuerda a la vida que podría estar creando junto a Sebastian si no me viera obligada a engañarlo para salvar a mi hermana.

Son recuerdos valiosos, mezclados con oportunidades perdidas; una sensación agridulce.

Sebastian se da cuenta de que me cambia el estado de ánimo, porque se aparta de mí y me mira a los ojos.

—Dime en qué estás pensando.

«Ahí tienes la oportunidad que esperabas, Brie.»

Titubeo, porque quiero alargar el momento; quiero que sigamos siendo Bash y Brie un poco más, pero no puedo permitírmelo.

—Pensaba que, después de una noche de fiesta y baile, mañana me gustaría pasarme el día en la cama leyendo. —Me odio por sacar partido de un bonito momento, pero me obligo a sonreírle—. ¿Podrías enseñarme dónde están las bibliotecas? Así podré entretenerme leyendo la próxima vez que tengas que ausentarte varios días.

Los ojos se le iluminan con un brillo divertido.

—Sabes que no me gusta alejarme de ti, pero tampoco puedo rehuir mis responsabilidades. —El brillo de sus ojos se apaga lentamente mientras me acaricia la espalda, dibujando círculos con delicadeza—. Aunque nos quede poco tiempo para disfrutarlo juntos.

Nos queda poco tiempo porque no quiero casarme con él. Nos queda poco tiempo porque él ha de elegir esposa antes de que llegue la próxima luna nueva.

Agacho la cabeza y cierro los ojos, tratando de defenderme del dolor. Nunca me imaginé que me dolería el corazón por culpa de un ser mágico, pero así es la vida.

—No me gusta verte tan disgustada en Litha. No puede ser.

Sin darme tiempo a recomponerme y fingir que estoy bien, me toma del brazo y me conduce de vuelta al palacio.

—¿Adónde vamos?

—Casi no me has pedido nada desde que estás aquí. Si quieres ver la biblioteca, te llevo ahora mismo.

El corazón se me acelera y no me molesto en disimular la sonrisa. No esperaba que me llevara esta misma noche. Tal vez podré apoderarme del libro mientras están todos distraídos con la fiesta.

—Estabas leyendo la primera vez que te vi en aquel armario espantoso al que llamabais habitación en Fairscape —comenta mientras caminamos.

—¿Te acuerdas de eso? —pregunto sorprendida, aunque yo lo recuerdo a la perfección. Hacía poco que conocía a Sebastian y me dio mucha vergüenza que Jas trajera al guapo aprendiz al sótano. No quería que conociera los detalles de nuestra vida.

—Estabas acurrucada en la esquina de la cama, totalmente absorta en la lectura, como si no importara que tu existencia fuera tan dura y que solo tuvierais ese diminuto cuarto donde vivir. Como si no importara que tuvieras que matarte a trabajar. Cuando leías, estabas en otra parte... Eras otra persona.

No era consciente de que hubiera visto tantas cosas al mirarme.

—Mi madre nos enseñó a leer y a valorar el poder de las historias. Después de que se marchara, los cuentos fueron lo único que lograba consolar a Jas cuando la añoraba. Nos ayudaron a las dos a superarlo.

Él me mira con curiosidad.

—Me extraña que no me hayas preguntado por tu hermana últimamente.

—Yo... —Sigo caminando sin levantar la vista del suelo. Normal. Él piensa que le devolví el espejo, por eso no sabe que sigo usándolo de forma compulsiva para ver cómo está—. Supongo que trato de no pensar en ello.

—Eh. —Sebastian me aprieta la mano—. No pretendía disgustarte. Solo quería que supieras que sigo ocupándome de ello. Mis espías han acotado el

lugar donde se encuentra. He enviado soldados hacia allí. No quiero darte esperanzas antes de hora, pero...

Me detengo. No sé en qué momento dejé de confiar en que Sebastian pudiera rescatarla. Típico de mí.

—¿De verdad?

Él me mira muy serio.

—El rey es astuto. No habría capturado a tu hermana si no pensara que es valiosa, por lo que no renunciará a ella con facilidad. Aunque siento que estamos más cerca que nunca, hasta que Jas no esté sana y salva bajo mi protección todo puede cambiar en un segundo. Es demasiado poderoso.

Sé que el rey es poderoso porque lo he visto con mis propios ojos. En cambio, nunca he visto a Finn haciendo uso de su poder. ¿Le habrá sido restringida su magia por estar ligada de algún modo al trono que le pertenece? ¿Es esa la razón por la que no se regeneraba tras el ataque de los soldados de las Tierras Salvajes?

—¿Los poderes del rey le vienen del trono?

Sebastian frunce el ceño.

—No, los poderes son suyos.

—Si alguien le arrebatara el trono, ¿se le transferirían sus poderes?

Él niega con la cabeza.

—Estás pensando en la corona, pero Mordeus no ha sido capaz de encontrarla. De hecho, ni siquiera ha podido sentarse en el trono porque le falta la corona. Hasta que no la encuentre no podrá usar el poder de ninguna de las dos cosas.

«La corona perdida.»

¿Es posible que Finn tenga poderes, pero haya elegido no usarlos de manera voluntaria? ¿Estará esperando a recobrar la corona?

No le encuentro sentido a nada; por eso deduzco que me falta información relevante.

—Aquí está. —Sebastian empuja las altas puertas de madera que conducen a la biblioteca de la reina, la que ya he visto y registrado más de una vez.

—En esta ya he estado —replico tratando de sonar despreocupada—. Es increíble, pero, ya que tienes tantas ganas de malcriarme esta noche, ¿por

qué no me llevas a una más grande?

Él niega con la cabeza riendo en voz baja.

—No hay ninguna otra, ni más grande ni más pequeña. Pero, si tanto te gustan los libros, podría pedirles a los arquitectos de palacio que construyeran un ala nueva dedicada solo a biblioteca.

Su sonrisa se desvanece, como si él también estuviera pensando en los pocos días que me quedan aquí.

Ignorando la culpabilidad que vuelve a asaltarme, le tomo la mano, entro en la biblioteca y recorro las estanterías. Le he dicho que quería libros y, ya que aquí hay miles, resultaría sospechoso si no me llevo alguno. Por suerte este tipo de actuación me resulta muy fácil. Me encantan los libros y rápidamente encuentro media docena que quiero devorar cuanto antes.

—¿Puedo llevarme unos cuantos? —le pregunto acariciándolos con las yemas de los dedos.

—Todos los que quieras —responde él con la voz algo ronca.

Me contengo y elijo solo cuatro. Cuando me vuelvo hacia él me está observando con expresión maravillada.

—¿Por qué me miras así? —le pregunto sonriendo.

Él traga saliva.

—Antes de todo esto no lograba imaginarte viviendo aquí, pero ahora que has formado parte de mi vida durante un tiempo va a ser mucho más duro despedirme de ti.

Abrazo con fuerza los libros. No soy capaz de imaginarme la vida sin Sebastian. En Fairscape él era la nota de color en un mundo en blanco y negro. Él me cargaba de energía cuando me vaciaba. Cuando los días parecían ser un bucle inacabable de trabajo, robos y fracasos, sabía que verlo me alegraría el día.

—Yo tampoco quiero dejarte —admito.

«Solo desearía no tener que vivir contigo aquí.»

Lo cierto es que no soportaría tener que compartir techo con la reina. No querría convertirme en una de esas personas capaces de mirar hacia otro lado fingiendo no darse cuenta de su crueldad. Da igual lo que sienta por Sebastian; me niego a renunciar a una parte tan importante de mí.

Sebastian me quita los libros de las manos y los deja en una mesa cercana. Cuando se vuelve hacia mí su expresión ha cambiado. Me está mirando con ternura.

—Cierra los ojos.

Miro a mi alrededor. Espero que no me haya preparado alguna sorpresa romántica. La culpabilidad ya es lo bastante abrumadora para empeorarla más. Estoy casi paralizada.

—¿Por qué?

—Haz lo que te pido.

No soy capaz ni de sonreír.

—Vale.

Cierro los ojos y siento que se inclina hacia mí.

—No los abras. —Me sopla suavemente en una oreja. Arqueo la espalda porque es una sensación muy placentera, pero mantengo los ojos cerrados. Cuando me sopla en la otra oreja lo oigo; al principio muy débil, luego más alto. Una dulce melodía que me llena los oídos y llena la sala entera—. ¿Lo oyes?

—¿De dónde sale? —le pregunto.

—Son las fae de la biblioteca. Les encantan los libros; viven escondidas entre ellos. Si sabes escucharlas las oirás cantar.

Fae de biblioteca que viven entre libros y cantan. Me pregunto si habría llegado a odiarlas si hubiera sabido que existían.

—¿Por qué no podemos oírlas con los ojos abiertos?

—Yo las oigo sin dificultad, pero tú eres mortal. Vuestros oídos no son tan sensibles como los nuestros.

Ha usado la magia para que yo pueda ser partícipe de una parte de su mundo que habría pasado desapercibida a mis oídos humanos.

—¿Bailamos? —me pregunta abrazándome por la cintura.

Sin abrir los ojos apoyo la cara en su pecho y me balanceo siguiendo la etérea melodía. Tal vez sea un efecto de la música mágica, pero me siento más cerca de él mientras bailamos. Por unos momentos me doy permiso para imaginarme que puedo aceptar lo que me ofrece: que podría ser su esposa y llevar una vida de lujo, entre besos robados y bailes en la biblioteca.

—Príncipe Ronan.

Sebastian se detiene y yo me aparto de su abrazo a regañadientes, mientras él se vuelve hacia Riaan, que acaba de entrar en la biblioteca.

—Lo siento, alteza, pero hay novedades sobre... —Me mira de reojo durante un instante—. Sobre el traidor...

Me quedo helada.

«El traidor.»

Sebastian se tensa irritado, y probablemente eso impide que se dé cuenta de mi propia reacción. Cuando se vuelve hacia mí trato de mantener una expresión neutra.

—Tengo que ausentarme un rato. Si quieres esperarme aquí, volveré luego a buscarte, pero no sé cuánto rato tardaré.

Miro a mi alrededor y me quedo con la mirada fija en el montón de libros que he seleccionado. Lo único que quiero es descubrir a quién se refiere Riaan cuando nombra a un traidor.

—Creo que me iré a la cama.

—Tus aposentos me quedan de camino. Te acompaño.

Me ofrece el brazo y yo lo acepto. Camino a su lado, tratando de moverme de manera relajada, lo que no es fácil porque estoy tensa como un arco. Riaan camina detrás de nosotros, pero sin alejarse demasiado.

Sebastian se detiene frente a la puerta.

—Buenas noches. —Se lleva mi mano a los labios y me besa los nudillos—. Que descanses.

—Buenas noches, Seb... —Me doy cuenta de que Riaan no pierde detalle y me mira con desconfianza. ¿Podrá oír el latido desbocado de mi corazón con sus sensibles oídos mágicos? Sebastian, al menos, no parece notar nada. Le dirijo una sonrisa y me despido de él con una inclinación de cabeza—. Alteza.

—Dulces sueños. —Sebastian me guiña el ojo.

Entro en mis habitaciones, pero no cierro. Desde la puerta entreabierta veo que se alejan para enfrentarse a un traidor.

Y en cuanto están lo bastante lejos para que no se den cuenta de mi presencia, me fundo entre las sombras y los sigo.

20

—¿Estás seguro de que es él? —le pregunta Sebastian a Riaan mientras se adentran en un pasillo poco transitado y, por suerte, poco iluminado. Si se dirigieran hacia los aposentos de la reina, debería abortar la misión.

—Sí. La reina también lo ha identificado.

Sebastian hace rodar los hombros para destensarlos antes de adentrarse en un pasillo donde no había estado nunca. La reina debe de mantenerlo oculto con algún hechizo.

—Tendremos que darle un escarmiento..., que sirva de aviso a los demás.

El pasillo se va transformando en túnel. Los techos son tan bajos que Sebastian y Riaan tienen que caminar con la cabeza agachada. Cuando llegan a una escalera en penumbra, Riaan hace aparecer una bola de luz para iluminarse en el descenso. Yo permanezco a una distancia prudencial y me concentro en camuflarme entre las sombras.

Con cada escalón que descendemos el aire se vuelve más frío y pronto se me eriza el vello de los brazos. Sebastian se detiene al final de la escalera, frente a una celda cerrada con barrotes, con las piernas separadas y los brazos cruzados ante el pecho. Desde donde estoy no veo el interior, pero los oigo hablar.

—Jalek —dice Sebastian, y se me forma un nudo en el estómago, que ya andaba medio revuelto. ¿Es posible que se trate del Jalek de Finn? ¿El

Jalek que me ha estado enseñando a empuñar una espada?—. Qué detalle por tu parte volver a casa para celebrar Litha con nosotros.

El prisionero encerrado tras los barrotes escupe a Sebastian.

—Vete a la mierda —replica con agresividad, y sé que es él; reconozco su voz.

—Bonita manera de tratar a quien tiene tu destino en sus manos.

A Jalek se le escapa una risa burlona.

—¿No querrás hacerme creer que hay alguna posibilidad de que me liberes?

Sebastian se mete las manos en los bolsillos y se echa hacia atrás, apoyándose en la pared.

—Sí, podría hacerlo, siempre y cuando nos cuentes con quién trabajas y dónde podemos encontrarlos.

—Trabajo solo.

Sebastian gruñe.

—No soy idiota. Sé que trabajas para el príncipe Finnian. ¿Te ha enviado él? Cuéntame sus planes y te protegeré.

—Yo no traiciono a mi gente..., no como la reina.

Pronuncia la palabra *reina* como si fuera un insulto y Sebastian reacciona acercándose rápidamente a la celda, metiendo la mano entre los barrotes y levantándolo del suelo.

—Cabrón traidor.

Jalek trata de respirar, boqueando como un pez fuera del agua. Su rostro se vuelve rojo y luego lila, como si alguien lo estuviera asfixiando. Quiero apartar la mirada; no me apetece conocer esta faceta de Sebastian. No quiero creer que es capaz de ser tan cruel con alguien a quien conozco y que me parece una buena persona, pero me obligo a seguir mirando.

Sebastian sigue levantándolo en vilo, pero de repente Jalek empieza a toser y a jadear, como si le hubieran soltado el cuello.

—Dame una buena razón para no matarte ahora mismo —lo amenaza Sebastian.

—Mátame y ella nunca te dará la corona.

¿Por qué iba la reina a negarle a Sebastian lo que le corresponde por derecho solo por matar a un traidor?

Sebastian lo suelta y retrocede furioso.

—¿Qué sabes tú de eso?

Jalek se echa a reír.

—Lo suficiente para saber que no se deja engañar por ti.

Un fogonazo de luz golpea a Jalek, que cae al suelo.

—Vas a pasar la noche aquí —ordena Sebastian iracundo—. Si mañana por la mañana has cambiado de idea, tal vez podamos llegar a un acuerdo. Si no, te haré servir de escarmiento. Le mostraré al reino entero las consecuencias de amenazar a mi familia.

Sebastian sube la escalera a toda velocidad y pasa ante mí. Riaan lo sigue de cerca.

Me espero hasta que llegan a lo alto de la escalera y desaparecen por el pasillo. Solo entonces suelto las sombras y recupero mi forma visible.

Me acerco a la celda frotándome los brazos. Hace un frío espantoso.

—¿Jalek?

Él se incorpora al verme.

—Brie. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente.

Él palidece.

—¿Cuánto has oído?

—Lo bastante como para entender que probablemente te matará si no traicionas a Finn. —Algo que yo no puedo permitir por demasiadas razones—. Tengo que sacarte de aquí. —Paso las manos sobre los barrotes, buscando la cerradura.

—Es una celda mágica. La entrada aparece y desaparece cuando el príncipe Ronan lo ordena.

Me estremezco de frío.

—Te congelarás ahí dentro. Tiene que haber una manera de sacarte de ahí. ¿No puedes usar tu magia?

Él se ríe, pero es una risa baja, seca y... desesperanzada.

—Lo primero que hicieron fue inyectarme una toxina que bloquea mis poderes. —La cabeza se le cae hacia un lado y cierra los ojos—. Es como si me hubieran inyectado plomo en las venas.

—¿No se pasará el efecto? Tal vez podría distraer a Sebastian por la mañana para que puedas...

—Te lo agradezco, pero no. Aunque distrajeras al príncipe durante días, seguirían inyectándome veneno.

—Me cuesta imaginarme a Sebastian así. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos... —Trago saliva confundida.

—La guerra saca lo peor de nosotros. —Jalek sacude la cabeza—. Dile a Finn que lo siento. Dile... —Se sujeta la cabeza entre las manos y suelta una retahíla de insultos y maldiciones—. Dile que tenía razón respecto a la reina. Se está muriendo, pero no lo bastante rápido.

Me agarro a los barrotes sin saber qué decirle para animarlo. Lo único que se me ocurre son preguntas.

—¿Es verdad que la reina le negará la corona a Sebastian si te mata? Si es así, tal vez te mantendrá con vida mientras la reina siga viva.

Jalek me mira a los ojos y me dirige una sonrisa apenada.

—Sabes demasiado, pero no lo suficiente.

—Pues ¡dime lo que tengo que saber!

Él vuelve a cerrar los ojos y se hace un ovillo mientras susurra:

—Las maldiciones están hechas de secretos y sacrificio. Y todos sufriremos mientras ella pague el precio.

Cuando salgo a escondidas del palacio sus habitantes siguen celebrando Litha, por lo que no me cuesta demasiado sacar un caballo de los establos sin que me vean. He recorrido la ruta entre el castillo y la casa de Finn tantas veces que me la sé de memoria.

Cabalgo a toda velocidad, ciñéndome a las sombras y no permitiéndome pensar en lo que puede acechar detrás de los árboles.

Cuando llego a casa de Finn ato el caballo junto a la entrada principal y no me molesto en llamar. En vez de eso me adentro en el callejón, me convierto en sombra y atravieso el muro trasero de la casa. Oigo voces que vienen de la biblioteca y que van aumentando de volumen.

Una pertenece a Finn y, al acercarme más, me doy cuenta de que la otra es de Pretha. Podría colarme en la biblioteca y espiarlos para enterarme de

qué es lo que dicen cuando yo no estoy, pero esta noche no tengo ganas de intrigas. Ver a Sebastian a punto de estrangular a Jalek, y ver después a este último rendirse, hecho un ovillo, como un hombre en el patíbulo a la espera de su ejecución, me ha dejado muy tocada.

No soy capaz de engañar a esta gente que es mi... ¿Qué son? Pretha dijo que estaban tratando de ser mis amigos. ¿Será cierto? No lo sé. No sé si alguien es realmente mi amigo, pero sé que no puedo dejar a Jalek ahí, en esas condiciones. Y no porque tema que vaya a traicionarme a mí o a Finn, sino porque no podría vivir sabiendo que lo he dejado morir sin hacer nada. Por eso salgo de las sombras, abro las puertas de la biblioteca y entro.

Finn y Pretha dejan de hablar y se vuelven hacia mí.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Pretha.

—Es Jalek. Lo han capturado. Sebastian amenaza con... —Me doy cuenta de que no sé exactamente lo que piensa hacer Sebastian si Jalek no le da la información que quiere. Supongo que matarlo. O algo peor—. Sebastian ha dicho que lo usaría para que sirviera de escarmiento a los demás.

—Lo sabemos —me dice Pretha mirando a Finn—. Estábamos hablando de cómo encontrarlo y liberarlo. Nadie sabe dónde están las mazmorras de la reina.

—Yo sí. —Trago saliva—. He seguido a Sebastian hasta allí esta noche, pero no he podido liberar a Jalek. Su celda no tiene puerta, solo barrotes.

—Solo los humanos son lo bastante idiotas para poner puertas en sus cárceles, princesa —comenta Finn.

Pretha se muerde la uña del pulgar.

—Lo intercambiaremos por algo.

—¿Como qué?

—Creo que tengo una idea —explico.

—Información —dice Pretha ignorándome—. Tiene que haber algo.

Finn niega con la cabeza.

—No hay ninguna información que pueda ofrecerle al príncipe Ronan que le interese lo suficiente.

—Yo sé qué podemos hacer. —Vuelvo a intentar llamar su atención.

—Hay algo que podríamos ofrecerle —insiste Pretha volviéndose hacia mí.

—No —replica Finn malhumorado—. Hemos trabajado demasiado duro.

—¡¿Me queréis escuchar?! —exclamo con tanta fuerza que mi voz retumba en el alto techo de la biblioteca.

Finn alza una ceja.

—Disculpas, princesa. No queríamos disgustarte. Cuéntanos tu idea —me dice con tanta condescendencia que me entran ganas de marcharme, pero no lo hago. Por Jalek. No puedo dejarlo allí.

—No podemos abrir la celda, pero puedo sacarlo por la pared.

A Pretha se le iluminan los ojos. Volviéndose hacia Finn, empieza a preguntar:

—¿Podrías...?

—No —la interrumpe él—. Ni siquiera un día en que esté inspirada. Y, desde luego, no ahora mismo.

—Pues yo creo..., creo que sí podría.

Pretha se acerca a mí con el ceño fruncido.

—Y ¿por qué no lo has hecho cuando estabas allí?

Finn hace un ruido burlón.

—Porque no puede. —Volviéndose hacia mí añade—: Tu optimismo es adorable, pero aún no estás preparada. Apenas controlas una pequeña parte de tu poder y, si perdieras el control mientras estuvieras cruzando las protecciones de la reina y te descubrieran, tendrías a la guardia real en pleno pegada al culo.

Tengo las mejillas ardiendo. Me siento una idiota por lo que estoy a punto de admitir, pero lo digo igualmente:

—Tienes razón. No puedo. Sola, al menos. Pero mi poder... es más fuerte cuando tú estás cerca. Y cuando me tocas... —Me arrepiento en cuanto las palabras salen de mi boca. Suenan escandalosamente íntimas. Roja como un tomate, alzo la barbilla y sigo hablando—. Creo que, si me acompañas, el empujón que me da tu cercanía será suficiente para sacarlo de allí.

Finn fija la mirada en mí mientras Pretha niega con la cabeza.

—Es demasiado arriesgado. ¿Qué pasa si entráis en la celda y no podéis salir? Entonces estaríais los tres atrapados. Aparte del problemón que supondría para nosotros, ¿en serio vas a arriesgarte a que tu príncipe descubra lo que has estado haciendo, Brie?

—Vamos a demostrarle que es imposible.

Finn se acerca a mí y me ofrece la mano.

Pongo la mano en la suya y se me arquea la espalda cuando el poder se activa dentro de mí. La habitación se oscurece por completo y Pretha murmura una maldición antes de que la agarre con la otra mano y, juntos, atravesemos la pared que va a parar al callejón trasero.

—Despierta, gandul —dice Finn dándole un golpecito con la bota—. A menos que quieras ser el desayuno de la reina por la mañana.

Hago una mueca al oír a Finn. En la oscuridad absoluta de la celda apenas distingo sus rasgos, a pesar de mi excelente visión nocturna.

—¿El desayuno? ¿Acaso es caníbal?

—Es un monstruo —responde Jalek poniéndose de pie y dirigiéndonos una mirada malhumorada—. ¿Cómo demonios habéis entrado aquí vosotros dos? ¿Tenéis prisa por morir?

Finn me señala con la cabeza y se encoge de hombros.

—La princesa ha insistido. Me ha parecido feo decepcionarla; se la veía con ganas de aventuras.

—Si acabáis sacrificándoos por mí, os mataré antes de que pueda hacerlo la reina.

Oigo pasos bajando la escalera y me vuelvo hacia los barrotes para ver de quién se trata, pero el ángulo lo hace imposible. Cuando nos hemos colado entre los invitados a la fiesta que sigue en pleno apogeo en los jardines, he visto a dos guardias protegiendo la puerta oculta por el hechizo y otros dos en lo alto de la escalera que lleva a las mazmorras.

—Alguien se acerca —susurro.

Finn se vuelve bruscamente hacia la escalera y, sin darme tiempo ni a seguir la dirección de su mirada, tira de mí hacia el rincón más apartado de la celda, donde nos convertimos en sombras.

—Por los dioses de las alturas y de las profundidades —murmura.

Veo la luz antes de ver al centinela. Va vestido con el uniforme tradicional de la guardia de Arya y sostiene un orbe de luz en la palma de la mano.

—¿Hablas solo, traidor? —pregunta el centinela uniformado.

Al volverse hacia los barrotes, el rostro de Jalek adopta una expresión de indiferencia.

El centinela alumbra a Jalek con la bola de luz y luego la mueve para iluminar la celda. Sin soltarme de la mano, Finn tira de mí. Mi espalda queda pegada a su pecho. Contengo el aliento y me tenso al notar su contacto.

—Chis —musita haciéndome cosquillas en la oreja con su aliento cálido y rodeándome la cintura con la otra mano.

Cierro los ojos y trago saliva. Odio reaccionar tan vivamente a su cercanía. Y odio todavía más que una parte de mí desee que mueva la mano y me acaricie la piel que arde debajo de donde la suya se ha apoyado.

—Estás disfrutando demasiado con todo esto —susurro.

Noto que su pecho se sacude cuando se le escapa una risa silenciosa.

—Ni te lo imaginas —murmura rozándome la oreja con los labios.

El centinela sigue haciendo la ronda por el pasillo dejando atrás la celda de Jalek, pero nosotros permanecemos ocultos y esperamos a que vuelva a su puesto en lo alto de la escalera.

Finn traza ligeros círculos sobre mi vientre.

—Para —protesto, pero no sueno demasiado sincera.

—Como quieras.

Aun así la sensación de sus dedos extendidos sobre mi vientre es casi peor, y tengo que contener un gruñido de placer.

La oscuridad late a nuestro alrededor.

—Tranquila, princesa. Concéntrate en la magia. Cuando salgamos de aquí puedes volver a imaginarte todo lo que quieres que te haga con estas manos.

Abro la boca para decirle que es un cerdo asqueroso y que no tiene ni idea sobre lo que pienso o dejo de pensar, pero vuelvo a cerrarla porque regresa el centinela. Levanta el orbe e ilumina otra vez la celda. Al

comprobar que nuestro rincón permanece cubierto de oscuridad, dejo de contener la respiración. El guardia, ajeno a nuestra presencia, fija la atención en Jalek.

—Recuerdo a tu hermana —dice el centinela con una sonrisa burlona—. Fue una pena que una cosita tan bonita tuviera que pagar por los crímenes de su hermano, pero a ti te dio igual, ¿no? Yo mismo la metí en el fuego. Nunca olvidaré el sonido de sus gritos mientras las llamas le derretían la piel.

Finn me sujeta con más fuerza, como si temiera que fuera a lanzarme sobre el guardia. Jalek se tensa de arriba abajo y aprieta mucho los puños, pero no dice nada.

Su hermana, quemada viva. Lo siento muchísimo por él. Cada vez me cuesta más creer en la bondad de estos supuestos fae buenos.

El centinela entorna los ojos y sigue burlándose de Jalek.

—Espero que te pudras aquí abajo.

Por fin se dirige a la escalera. Todos contenemos la respiración mientras contamos sus pasos hasta que llega arriba.

Finn me suelta, aunque sus dedos se deslizan por mi abdomen con más lentitud de la necesaria. Me vuelvo y lo fulmino con la mirada, pero solo consigo que él me devuelva una sonrisa burlona antes de dirigirse a Jalek.

—Cuando salgamos de aquí pasaremos ante él, pero tendrás que ignorarlo.

Aunque la celda está a oscuras percibo su mirada atormentada.

Finn cruza la celda para mirarlo cara a cara.

—Sé que te gustaría hacerlo pedazos con tus propias manos, pero tendrás que esperar. ¿Te queda claro?

Jalek traga saliva, pero asiente con brusquedad.

—¿Cómo lo haremos? —pregunta en voz baja y ronca.

Finn me da la mano y le ofrece la otra a su amigo.

—Tú solo agárrate bien y deja que te saquemos de aquí.

21

Cuando volvemos a entrar en casa de Finn estoy agotada. No me había sentido tan cansada desde el día que se marchó mi madre. Nunca había empleado tanta magia de una vez. Los acontecimientos de esta noche me han dejado emocionalmente exhausta.

Mientras Jalek se reencuentra con sus amigos, salgo al patio trasero de la casa y me desplomo en una de las sillas. Pronto amanecerá. Tengo que volver a palacio antes de que alguien se dé cuenta de mi desaparición, pero no me veo capaz; aún no.

Alzo la cara hacia las estrellas y cierro los ojos. Desde que llegué, he descubierto que los unseelies no son los demonios que aparecen en las historias, pero esta noche he descubierto la crueldad de la corte de Sebastian. ¿Quemar viva a una inocente para castigar a su hermano? Solo de pensarlo me pongo enferma.

Oigo que la puerta del patio se abre y, sin volverme a mirar, sé que es Finn. Lo siento en mis venas... y esa es otra cosa en la que tampoco quiero pensar demasiado.

—¿Estás bien?

«¿Bien? ¿Qué significa bien?»

—Sí, solo estoy cansada. —Hago rodar los hombros—. ¿Crees que he corrido el riesgo de agotar mis poderes esta noche? Me siento como si me hubiera vaciado.

Él niega con la cabeza.

—No has hecho más que empezar. Eres capaz de muchísimo más. Solo necesitas practicar. No estás acostumbrada a usar tanto poder. Puede que no te encuentres del todo bien durante unos días. De hecho, le diré a Pretha que mañana no hay entrenamiento. Necesitas descansar.

Contemplo la luna que se oculta por el horizonte.

—Querrás decir hoy.

—Sí, supongo. Hoy, mañana... Tómate el tiempo que necesites. Has estado fantástica esta noche. En cuanto te libremos de este bloqueo que tienes serás...

Me vuelvo hacia él.

—Seré ¿qué?

Él me dirige una mirada solemne.

—Serás imparable.

—¿Por qué abandonó Jalek la corte seelie? —pregunto—. ¿Dejó que quemaran a su hermana para poder...?

—Él no les dejó hacer nada. No se enteró de lo que le hicieron a Poppy hasta que fue demasiado tarde.

Al ver que permanezco mirándolo en silencio, a la espera de una respuesta, suspira.

—Se marchó porque no quería seguir al servicio de la reina. Lo hizo como protesta, pero también porque quería ayudarme a derrocarla.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

Él se sienta a mi lado y se echa hacia atrás, levantando la cara hacia el cielo.

—Veinte años.

—Y sigue en el trono —susurro. No es una crítica y, cuando Finn asiente, sé que me ha entendido—. No sé cómo voy a conseguir que crean que me siento feliz en palacio después de haber comprobado lo cruel que puede llegar a ser.

Finn suelta un gruñido.

—Pues casi no has visto nada.

—Cuando Sebastian fue a hablar con Jalek, él le dijo que la reina no le cedería la corona si Sebastian lo mataba. Pero luego me pareció que decía

que la reina mataría a Jalek personalmente. No entiendo nada.

Finn baja la cabeza y se vuelve hacia mí.

—¿Estás segura de que se refería a Arya?

—Sí, él...

Finn alza una ceja mientras espera a que recuerde.

Y no, Jalek dijo «ella», no «la reina».

—Pero, entonces, ¿a quién se refería?

—Nos has impresionado a todos esta noche. Has corrido un gran riesgo.

Debería insistir y pedirle que respondiera a mi pregunta, pero sé que no servirá de nada y estoy demasiado cansada para discutir.

—Vosotros habríais hecho lo mismo si hubiera sido yo la que estuviera en esa celda.

Él inspira hondo y frunce el ceño.

—Ahora sí, pero no sé si lo hubiéramos hecho hasta esta noche, princesa. Es posible que seas mejor persona que el resto de nosotros.

Frunzo el ceño recordando la noche que pasé en la mazmorra del rey Mordeus. Recuerdo que soñé con Finn. ¿Es ese su poder? Estoy a punto de preguntárselo, pero me muerdo la lengua. Lo último que me apetece es reconocer el impacto que ha tenido en mí desde la primera noche que nos vimos. Creo que me llevaré ese secreto a la tumba, aunque solo sea para ahorrarme el bochorno si resultara que solo fue un sueño.

—¿Estás lista para volver a palacio?

Niego con la cabeza.

—Aún no, por favor. Si no te importa, yo... —Inspiro hondo y suelto el aire—. Necesito unos minutos más.

—Por supuesto.

Pienso que se levantará y entrará en casa, pero se queda. Al volverme hacia él veo que está jugueteando con los rizos de su nuca mientras contempla el cielo nocturno.

—Solía sentarme con mi madre por las noches a observar el cielo. —No sé por qué se lo cuento, pero me apetece recordarla ahora mismo—. Le encantaban la oscuridad, la luna, las constelaciones. Siempre me decía que eligiera una estrella y le pidiera un deseo.

Finn no me mira. Cierra los ojos como si estuviera imaginándose la escena.

—Parece que fue una gran persona.

—A veces desearía que no lo hubiera sido. Si no hubiera sido tan maravillosa, no me habría dolido tanto su ausencia. —Suelto el aire con fuerza—. ¿Y tu madre? ¿Todavía vive?

—Mi madre murió al dar a luz a mi hermano pequeño hace muchos muchos años. Supongo que se parecía a la tuya en muchas cosas. —Se le pone la voz ronca—. También adoraba la noche, y ponía a sus hijos por delante de todo lo demás.

Sin embargo, mi madre no lo hizo; nos abandonó. Pero no me molesto en corregirlo.

Él me toma la mano y me aprieta los dedos. Noto que el poder se propaga en mi interior gracias al efecto que su contacto tiene sobre mi magia. Las estrellas parecen brillar con más fuerza.

—Escoge una estrella —me dice—. Pide un deseo.

Niego con la cabeza. Ni siquiera con el poder que me ha transmitido con su contacto me veo capaz. Sigo agotada y sin fuerzas para resistirme a las lágrimas que amenazan con hacer su aparición. No quiero llorar.

—Me temo que ya no creo en esas cosas.

—Oh, sí. Todavía crees. Soy un ser mágico; noto este tipo de cosas.

—Cuando era una niña tenía muchas razones para creer, para no perder la esperanza. Pero cuando mi madre se fue y empezaron a pasar los días, las semanas, los años... —Trago saliva y retiro la mano. Esta sensación que me invade cada vez que me toca, y que no sé cómo definir, me turba demasiado. Y esta noche ya tengo bastantes cosas en la cabeza; no necesito más—. Desde que se fue, cuando miraba las estrellas tenía la sensación de que ya no eran para mí. Los deseos solo son para las niñas que tienen padres y, sobre todo, para las que no están atrapadas en contratos imposibles de romper. Si pierdo a Jas sentiré que ya no queda ni una estrella en el cielo para mí.

Aunque en este momento, sentada mirando las estrellas junto a este fae que me ayuda a usar un poder que ni siquiera comprendo, un poder que tal vez me permita salvar a mi hermana, la esperanza no me parece algo tan

lejano. Siento que puedo volver a pedir deseos a las estrellas y que tal vez pueda seguir haciéndolo durante mucho tiempo.

Cuando Finn se levanta clava la mirada en la mano que he apartado de él.

—Abriella, todas las estrellas de ese cielo brillan para ti.

Hasta que la puerta no se cierra tras él, no me doy cuenta de que me ha llamado por mi nombre de pila.

Los días posteriores al rescate de Jalek de las mazmorras de la reina se me hacen eternos. Finn ha cumplido su promesa y me ha dejado descansar, pero pasarme el día encerrada en el palacio me parece más un castigo que un indulto, sobre todo porque Sebastian no está.

Subí a la torre a buscarlo, pero solo encontré a Riaan, que me informó de que el príncipe estaba «fuera». No he visto a Sebastian desde la noche de Litha, y no sé qué pensaron ni él ni la reina al enterarse de que su prisionero había desaparecido, aunque, de haberlo visto, tampoco me lo habría contado.

Se acerca la segunda noche después de Litha. Recorro la habitación de un lado a otro, muerta de aburrimiento y frustrada porque no avanzo en la búsqueda del libro. Me pregunto cómo podría contactar con Pretha, pero, antes de hacer nada, decido pedirle al espejo que me muestre a Jas una vez más. Al ver a mi hermanita siento una opresión en el pecho, como cada vez que la contemplo en el espejo.

Está cosiendo y contando la historia de la princesa fae que se enamoró del rey de las Sombras.

—Cuando los padres de la princesa Dorada se enteraron de que su hija se veía con el rey de las Sombras en el reino de los mortales, combinaron sus poderes mágicos para cerrar todos los portales que comunicaban Feéra con el reino humano. Así su hija no pudo volver a verse con su amante y el rey de las Sombras no pudo regresar a su reino.

Cuando la imagen se difumina voy a guardar el espejo, pero en el último momento decido probar otra cosa.

—Muéstrame a mi madre —le pido. Me quedo mirando mi propio reflejo durante tanto rato que pienso que no va a funcionar, pero entonces aparece.

Llevo nueve años sin verla, pero está exactamente igual que en mis recuerdos: alta y elegante, con el pelo castaño igual que el de Jasalyn. Lo lleva trenzado y recogido en un moño alto, como una coronita. Camina por un cementerio y, al llegar ante una de las tumbas, se arrodilla. El atardecer hace brillar los mechones cobrizos de su pelo y siento una punzada de dolor y añoranza en el pecho. Era tan buena madre... Reíamos juntas, nos contaba cuentos. No le daba pereza jugar con nosotras y dar largos paseos. Éramos siempre su prioridad.

Hasta que dejamos de serlo.

Y esa es la razón principal por la que debo proteger mi corazón ante Sebastian. Amar a un fae puede hacer que pierdas la cabeza. Puede hacer que te olvides de lo que más importa. A mi madre le pasó.

¿Por qué está en el cementerio? ¿Podría estar ante la tumba del fae al que amaba? Examino la imagen del espejo una y otra vez. Algo me resulta familiar. Al fin me doy cuenta de qué se trata. Es el mismo cementerio al que me llevó Finn para demostrarme lo que podía hacer con mi poder. No está lejos; está muy cerca de aquí.

La imagen del espejo se desdibuja y tomo una decisión rápida. Me cuelgo una bandolera de cuero al hombro, guardo el espejo dentro y echo a correr hacia el cementerio, a la luz de los últimos rayos de sol que iluminan el horizonte.

Si mi madre está tan cerca tal vez podría ayudarme a recuperar a Jas. Sé que el fae del que estaba enamorada era importante. Un noble, nos contó, que amaba su pueblo y se preocupaba por él lo suficiente para sacrificar su propia felicidad. Tal vez estuviera emparentado de alguna manera con el rey unseelie. Tal vez podría conseguir que el rey soltara a Jas antes de que yo recupere los artefactos. Y, aunque no pudiera ayudarme, sería un consuelo tenerla cerca. Tener a alguien en quien poder confiar y sentir que no estoy sola en esto.

Los delicados zapatos de vestir no fueron diseñados para correr por un camino de piedra como este. Las rocas se me clavan en las suelas, pero no

aflojo el ritmo hasta que encuentro las tumbas que he visto en el espejo.

El cementerio está vacío. Doy vueltas sobre mí misma, tratando de averiguar por dónde puede haberse ido.

—¿Madre? —la llamo—. ¿Mamá? —Se me rompe la voz y, al mismo tiempo, algo se me rompe también en el pecho, que empieza a rezumar.

Saco el espejo.

—Muéstrame a mi madre.

Pero esta vez me muestra una tumba, con un cadáver pudriéndose en su interior oscuro, con los brazos cruzados ante el pecho.

Suelto el espejo como si quemara.

—No.

Retrocedo alejándome de él.

No. Sebastian me advirtió. Dijo que tal vez no respondiera a una mortal. Solo porque haya funcionado hasta ahora... No, no significa nada.

Una brisa fría se cuela entre las tumbas mientras el sol desaparece por completo, pero no quiero volver a palacio.

Tragando saliva, me obligo a recoger el espejo y lo meto en la bandolera.

«Esa imagen no significa nada.»

—¡Brie!

Alguien grita mi nombre desde el bosque. Y aunque no pronuncian la palabra «ayuda», es un grito de socorro.

Mientras corro hacia allí trato de convencerme de que la voz no me resulta familiar, que no es una voz que conozco mejor que la mía.

Vuelvo a oír el grito, acompañado de un sollozo aterrorizado. Al oír los gritos desesperados de mi hermana, corro tan rápido como puedo entre los árboles. El suelo del bosque está cubierto por abundantes arbustos, ramitas, palos y hojas. Se me engancha la falda en un arbusto y los inútiles zapatos acaban por romperse, pero sigo corriendo.

—¡Socorro! ¿Brie? ¡Brie, ayúdame!

Corro a toda prisa hacia el sonido de la voz de Jas, rodeando árboles y sorteando arbustos, siguiendo sus gritos que cada vez son más fuertes y están más cargados de pánico. Corro hasta que me duelen las piernas y tengo la garganta seca. Ni siquiera me siento demasiado sorprendida al ver

la casa donde vivíamos cuando éramos niñas; la casa de la que escapamos hace casi diez años. La casa donde murió mi padre.

Las llamas danzan alrededor de los muros, lamiendo el techo y alzándose cada vez más y más altas. Igual que aquella noche.

Doy un paso atrás.

«Esto no es real.»

El fuego crepita y chisporrotea; el humo se me mete por la nariz y el calor de las llamas hace que me ardan las mejillas.

—¡Brie, por favor!

Me meto en la casa, corriendo, sin pensar en nada más.

Cuando vuelve a llamarme, el rugido del fuego es tan potente que apenas la oigo. Sé que su voz me llegará cada vez más apagada. Lo sé porque he estado aquí antes. Por eso sé que estará en silencio cuando la encuentre. Estará inconsciente en el suelo, debajo de su cama.

Parte de mi mente me advierte de que esto es una ilusión. La casa ya no existe; no puede estar aquí. Pero no puedo abandonarla. Si dejo de ser la niña que entra en la casa en llamas para salvar a su hermanita, ya no soy nada.

Jas vuelve a gritar y un gran chasquido quiebra el aire cuando las vigas del techo se desploman.

El humo es insoportable. Me llena los pulmones, sin dejar espacio para el oxígeno, mientras me abro paso entre los escombros y las llamas. Cuando una viga me cae sobre la pierna, me caigo al suelo ardiente y me quedo allí tumbada.

—Jas —susurro.

—¡Abriella! —grita una voz profunda desde la puerta de la casa—. ¡Abriella!

—Aquí detrás. —Mi voz es débil porque tengo los pulmones llenos de humo. Es imposible que me oiga con el ruido de la casa que arde a nuestro alrededor.

Empujo la viga, que no cede. Me llega el olor de mi propia carne quemada. No puedo mantener la cabeza en alto. Y ya no oigo a Jas.

—¡Mortal idiota!

La inconsciencia se apodera de mí, como si me hubieran cubierto con una pesada manta. Trato de quitármela de encima, pero no puedo.

—Se supone que tenía que salvarla —susurro.

Y todo se vuelve negro.

22

—¿Qué le ha pasado? —pregunta alguien en voz baja.

Casi no lo oigo porque el dolor que siento es tan intenso que se ha convertido en una bestia que aúlla dentro de mi cerebro.

—Los sluaghs la han atraído hasta el bosque. Estaba envuelta en llamas y humo. Tiene la pierna herida y la mente...

—Se resistía a que la rescatáramos, incluso cuando ya nos habíamos librado de ellos —dice otra voz—. No quería dejar sola a su hermana.

Abro los ojos, con esfuerzo, tratando de distinguir lo que es real y lo que no.

—¿Jas? —pregunto con la voz ronca. He tragado demasiado humo. Y era humo de verdad—. ¿Habéis rescatado a mi hermana?

—No hables. —Unos ojos grises me observan. Es Finn. Se vuelve y añade—: Curadla.

—¡No me jodas! —exclama otra voz masculina, que podría ser Kane—. Esto es una bendición; un regalo de los dioses antiguos. Acéptalo.

Finn replica algo en tono bajo y amenazador, pero no entiendo lo que dice.

—Haz lo que quieras, pero no pienso quedarme aquí a ver cómo lo tiras todo por la borda. —Pasos. Un portazo.

—Yo tampoco quiero verla sufrir —dice Pretha. Deseo abrir los ojos, pero eso requeriría más fuerza de la que tengo—. Después de lo que hizo

por Jalek, ninguno queremos, pero tienes que dejar de cometer los mismos errores bienintencionados que me convirtieron en viuda.

—Yo no soy Vexius.

—Y ella no es Isabel.

—Ni se te ocurra... —Finn deja la frase en el aire, furioso.

—Tu reino está sentenciado sin ti, ¿no lo entiendes? Y esas heridas...

—No me hables de mi reino, Pretha. Dejarla morir pudiendo salvarla es lo mismo que asesinarla. ¿Quieres que la magia se vuelva en nuestra contra? —pregunta Finn. Se hace el silencio; un silencio tan largo que estoy a punto de abrir los ojos—. Cúrala. Ahora.

Abro los ojos y veo que Pretha se ha arrodillado junto a la cama y ha apoyado una mano en mi frente y otra en mi pecho.

—Duerme —me dice—. Te encontrarás mejor cuando te despiertes.

Varias voces se cuelan en mi sueño. Oigo a Finn, a Pretha. Están discutiendo otra vez.

—Se pondrá bien —dice Pretha—. Solo necesita descansar.

—Gracias a ti —replica él. Su voz suena entrecortada, parece estar exhausto.

—Hemos de hablar sobre la decisión que has tomado esta noche.

—No, no hemos de hablar de nada. Ya está hecho.

—¿Te acuestas con ella?

—No —responde él malhumorado.

—Pero te estás enamorando de ella. Vi cómo la mirabas cuando regresasteis de rescatar a Jalek. Os vi en el patio. Lo que vi...

—No viste nada.

—¿Estás seguro? Porque se supone que deberías estar concentrado en...

—No necesito que me recuerdes cuál es mi deber. Tal vez tú deberías recordar el tuyo.

El sueño vuelve a apoderarse de mí. Lo último que oigo antes de volver a dormirme es a Pretha:

—No eres el único que arriesga algo con esto, Finn.

Sueño con una fae pequeña, una niña de grandes ojos plateados y una sonrisa traviesa. Estamos en un campo lleno de flores y ella salta a mi lado, con una piruleta en la boca. Hace un precioso día soleado y las flores huelen divinamente. Parece un ángel de mejillas sonrosadas y me pregunto si habré muerto en el incendio, tal como Lark dijo que podía pasar.

—¿He muerto? —le pregunto.

—Solo la otra vez. Esta vez no —responde ella sonriente, con la boca roja y pegajosa por el caramelo—. Me alegro. La otra vía es mejor para todos.

—¿Otra vía?

—Bueno, una de ellas. Algunas son malas. Con algunas te mueres para siempre y la reina se alegra mucho. Pero otras veces te conviertes en fae. Y otras veces te conviertes en reina. —Suelta la piruleta y, al momento, una esponjosa bola de algodón de azúcar ocupa su lugar.

—¿Qué clase de reina?

Ella sonríe, como si hubiera esperado la pregunta.

—Una reina nueva; distinta de las otras. —Cierra los ojos y su rostro adopta una expresión solemne, como si estuviera concentrándose en algo—. A veces, una reina mala. A veces, la rabia es demasiado grande y dejas que te vuelva fea por dentro. No lo hagas. No me gustas cuando te pones así. Finn te lo explicará si se lo permites.

Habla con acertijos; no entiendo nada.

—Y ¿si yo no quiero ser reina? ¿O convertirme en fae? —le pregunto.

—¿Por qué no ibas a querer? —Frunce el ceño mientras muerde el algodón de azúcar—. ¿Preferirías estar muerta?

No sé cómo responder a eso.

—No sabría cómo ser reina. Y no me gusta la idea de tener tanto cuando otros no tienen nada.

—Pues mejor para ti —replica la niña—, porque lo perderás todo. —Arranca un trozo de dulce hilado y me lo ofrece.

Yo lo rechazo negando con la cabeza y ella se lo mete alegremente en la boca.

—¿Siempre aciertas sobre el futuro?

—No, es imposible. Porque a veces el futuro se equivoca sobre ti. —Se da la vuelta—. Tengo que irme. No le digas a mi madre que he estado aquí.

23

Estoy en una gran cama con dosel, en una habitación que no reconozco. Las cortinas están corridas y la habitación a oscuras, pero cuando mis ojos se adaptan a la falta de luz distingo a Finn acomodado en una butaca tapizada en el otro extremo de la habitación, con sus lobas sentadas una a cada lado.

Inspiro hondo y me incorporo lentamente, con cuidado.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con la voz ronca. Recuerdo el incendio. Recuerdo ir a buscar a Jas. Recuerdo la vieja casa que no podía estar allí, porque se quemó cuando tenía ocho años. Todo parecía muy real y, a juzgar por lo irritada que tengo la garganta, el fuego lo era.

Aparto las mantas para verme las piernas. Espero encontrar vendajes, quemaduras o algo peor, pero no hay rastro de heridas. Sacudo la cabeza tratando de separar la ilusión de la realidad.

—Los sluaghs te engañaron para que fueras al cementerio militar Dorado.

Trago saliva, aunque me duele.

—¿Cómo?

—Juegan con la mente. Usan trucos, ilusiones. —Cierra el libro que tiene en el regazo. No me había dado cuenta de que estaba leyendo. Se lo coloca bajo el brazo y se levanta—. Se cuelan en tus peores recuerdos y te atrapan dentro.

Enciende una vela en la mesita de noche y me observa mientras yo lo observo a él. Su piel morena está más pálida que nunca. Cuando regresa a la butaca me doy cuenta de que cojea.

¿Se hizo daño al rescatarme? Algo me dice que no le gustaría que le hiciera esa pregunta.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Un día entero. Pretha te curó lo mejor que pudo y luego hicimos venir a un sanador profesional para que se ocupara del resto. Tenías la pierna rota y quemaduras por todo el cuerpo, aunque casi todas eran superficiales, gracias a los dioses. Tanta magia agota a los humanos, por eso el sanador te indujo un sueño profundo para ayudarte en la recuperación.

Fue Pretha la que me curó, no él. ¿Acaso no tiene magia o es que prefiere que los demás hagan el trabajo? Me cuesta imaginarme que alguien tan influyente entre los seres mágicos que lo rodean no tenga habilidades propias.

—¿Cómo me encontrasteis?

—Dara y Luna notaron que estabas en peligro. Ellas me condujeron hasta ti.

Asiento, como si todo esto tuviera sentido. Como si caer en la trampa de monstruos que pueden recrear mis peores recuerdos fuera algo que me sucediera cada día; como si fuera lo más normal del mundo que dos lobos actuaran como si fueran mis ángeles guardianes.

—Tuviste suerte. Unos minutos más y...

—Lo sé —lo interrumpo. No me apetece oír el resto de la frase. Ya sé lo que habría pasado. El sanador amigo de mi madre me libró de las heridas hace nueve años, pero no borró el recuerdo de las llamas sobre mi piel ni del humo en mis pulmones. Sé perfectamente lo que se siente al morir quemada. Vuelvo a sacudir la cabeza—. Pero no fue real. ¿O sí?

—Las ilusiones de los sluaghs se convierten en realidad cuando te involucras en ellas. El fuego era real porque los sluaghs se transformaron en llamas cuando tú creíste que eran auténticas. Y te lanzaste hacia ellas.

—Oí gritos.

—¿Tu hermana? ¿Por eso te lanzaste a las llamas?

Asiento con la cabeza.

—Parecía... tan real. —Me alegro de estar tumbada en la cama, apoyada en almohadones, porque estoy temblando como una hoja—. Entonces... ¿el fuego era real, pero mi hermana no?

—No había nadie más en el bosque contigo. Cuando expulsamos a los sluaghs, estabas sola.

—¿Y mi bolsa? —pregunto tratando de levantarme.

—Quédate donde estás. —Finn se inclina y saca algo de debajo de la butaca. Regresa junto a la cama y deja la bandolera a mi lado con delicadeza—. Te advertí que no usaras el espejo.

—Lo sé. —Alzo la barbilla, pero la verdad es que no me siento demasiado segura de mis decisiones en estos momentos. El espejo me engañó para que fuera al cementerio y me hizo caer en la trampa de los sluaghs.

—No puedes fiarte de él.

—Lo sé —repito apretando los dientes. Aunque lo cierto es que no sé si lo sé. Porque a veces parece funcionar, pero, obviamente, no siempre. Me mostró a mi madre vivita y coleando, y luego me la mostró muerta y enterrada en una tumba. Las dos cosas no pueden ser ciertas a la vez.

—Y entonces ¿qué hacías ahí? —Me mira fijamente mientras aguarda mi respuesta—. ¿Qué fuiste a buscar?

—Nada. No... No tiene importancia. —Aparto la mirada. He demostrado que soy una humana idiota e imprudente. Parte de mí desearía que se fuera para poder esconderme bajo las sábanas, pero otra parte de mí se echaría a llorar si se marchara.

«Me ha salvado la vida. Otra vez.»

—El espejo lleva años funcionando mal —dice Finn—. Fue creado hace eones, cuando los gobernantes seelies y unseelies eran aliados. Crearon varios objetos mágicos usando sus poderes combinados y se los repartieron entre las dos cortes como prueba de buena voluntad. Pero la magia se corrompió cuando la corte seelie los robó.

—A veces funciona —digo, y me doy cuenta de que parezco una niña enrabietada.

Él niega con la cabeza.

—Puedes pedirle que te muestre algo o a alguien, pero no puedes fiarte de lo que ves. La magia corrompida es peligrosa. Las cosas que te muestra pueden arrastrarte a situaciones peligrosas.

—Y ¿no podrías habérmelo dicho antes?

—No me di cuenta de que «No lo uses» sería una instrucción tan complicada. —Suspira y añade suavizando el tono—: Un espejo así es peligroso para alguien como tú.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Por ser humana?

—No, por ser alguien que alberga tanta esperanza en su corazón.

«¿Tanta esperanza?»

Parece que no me conoce de nada. Soy la persona con menos esperanza que existe.

De pronto caigo en la cuenta de que estoy en una cama. En su casa.

—¿Es esta tu... habitación? —He estado a punto de decir «cama», pero he cambiado de palabra en el último momento. Y eso me hace sentir todavía más avergonzada.

—Sí, era el sitio más práctico para vigilarte. Además, la cama es lo bastante grande para que el sanador pueda trabajar cómodamente. Pero ahora que estás despierta y más o menos recuperada, puedes trasladarte a la habitación de invitados, si quieres.

¿Por qué es tan amable conmigo? Sospecho que me odia la mitad del tiempo y la otra mitad... Prefiero no pensar en lo que siento en esas ocasiones.

—Tengo que volver a palacio. —Me levanto, pero la habitación empieza a girar, por lo que me siento y vuelvo a reclinarme en los almohadones.

—No te levantes —me ordena Finn—. Estás curada, pero te sentirás débil unos días.

—No puedo desaparecer así como así. Vendrán a buscarme.

—Pretha se ha ocupado de ello.

Esto no me gusta. Podría perderme algún acto importante y hacer enfadar a la reina. ¿Y si me ordena volver a casa antes de que pueda recuperar los artefactos que me faltan para dárselos a Mordeus?

—Como tu tutora —me explica Finn—, pidió que te autorizaran a ausentarte varios días de palacio poniendo tu educación como excusa. Teóricamente estás de visita en una ciudad del sur, famosa por sus actuaciones musicales.

—Oh. —Me relajo hundiéndome en los almohadones. La verdad es que me siento agotada. No creo que pudiera regresar al palacio y fingir que estoy como siempre—. Me habló de tu hermano, Vexius. Yo... lo siento.

Él asiente sin mirarme a los ojos.

—Yo también.

¿Qué fue lo que dijo Pretha cuando Finn le estaba ordenando que me curara? «Tienes que dejar de cometer los mismos errores bienintencionados que me convirtieron en viuda.» Me gustaría saber a qué se refería, pero sé que Finn no me dará una respuesta.

—¿Tienes más hermanos?

—Ninguno que me apetezca reconocer. —Mueve los hombros hacia atrás, como si acabara de darse cuenta de lo rígido que está tras haber dormido en la butaca—. Descansa, princesa. Tus problemas seguirán aquí por la mañana.

Me da rabia hacerle caso como si fuera un cachorro obediente, pero me acomodo igualmente entre los almohadones y noto que los ojos se me cierran sin remedio.

—Debes de tener hambre. Pediré que te traigan una bandeja.

—Finn —lo llamo. Cuando se detiene junto a la puerta y me mira, añado—: Gracias. Por salvarme. Otra vez.

Su nuez sube y baja al tragar saliva.

—Espero que, fuera lo que fuese lo que buscabas, valiera la pena. —Baja la vista hacia la bandolera que sigue en mi regazo—. Y no te fíes de ese espejo.

—¿Alguna pista sobre el *Grimoricón*? —me pregunta Finn a la mañana siguiente.

Estamos en la biblioteca y sus lobas duermen en el suelo, una a cada lado. Al parecer, es su posición favorita. Teniendo en cuenta los líos en los

que me he metido por seguir lo que me mostró el espejo, opto por no contarle nada sobre la biblioteca que vi.

—No, no gran cosa. ¿Y tú? ¿Alguna idea?

—A la reina le da miedo el *Grimoricón*, por lo que no creo que lo guarde cerca de sus aposentos. Mis fuentes me han dicho que nunca ha estado en el Palacio Dorado.

«Estupendo.»

—Ya, pues diles a tus fuentes que sería de gran ayuda si pudieran ser más específicas.

—Se lo diré —refunfuña.

Me encuentro ya lo bastante recuperada para volver a practicar con mis poderes, pero Finn no me deja hacer casi nada. Por el momento lo único que he aprendido ha sido a envolver objetos en sombras para poder ocultarlos junto a mi cuerpo. Quiero practicar cómo convertir a otras personas en sombras, pero Finn dice que eso requiere demasiada energía, por lo que de momento me limito a los objetos, cada vez un poco más grandes.

Envaino una espada que hay a mi lado y la cubro en sombras antes de mirar a Finn.

—Bien hecho —dice, pero no suena especialmente impresionado. De momento nada de lo que he hecho con la magia parece impresionar al príncipe de las Sombras. Aunque a mí me da igual—. ¿Cómo te trata el muchacho? ¿Encuentra tiempo para cortejarte en su ocupada agenda?

Frunzo el ceño.

—¿Qué muchacho?

—El príncipe Ronan, el niño Dorado. Creo que tú lo llamas Sebastian.

Se me escapa la risa por la nariz.

—¿Por qué lo llamas niño? Tiene veintiún años. —Finn guarda silencio y yo me replanteo mis palabras—. ¿Cuántos años tienes tú?

—Más que él.

—Eso no es una respuesta.

Finn acaricia la cabeza de una de las lobas dormidas.

—Soy lo bastante viejo para haber luchado en la Gran Guerra de los Fae y lo bastante joven para no recordar un tiempo en que las dos cortes no

hayan estado tratando de destruirse mutuamente.

Lo que significa que está entre los cincuenta y los quinientos años. No es una gran respuesta, pero ya sé algo más que hace un rato. Lo observo con la cabeza ladeada. Es obvio que es mayor que Sebastian, pero aparentan la misma edad. En cambio, Arya y Mordeus parecen mayores. Si fueran humanos diría que aparentan la edad de mi madre. Y luego está Lark, que al parecer crece sin perder su forma de niña.

—¿Cómo funciona entre los seres mágicos eso de envejecer?

Finn suspira.

—Depende de la raza. Algunos tienen vidas muy cortas. Los duendecillos del bosque, por ejemplo, no llegan a los cinco años. Pero hay fae que viven miles de años.

¿Por qué tiene que ser siempre tan críptico?

—Estoy preguntando por los que son como tú, y lo sabes. —Al ver que sigue resistiéndose, añado—: Si no me lo cuentas tú, se lo preguntaré a Sebastian.

—Los fae como yo normalmente se desarrollan como los humanos hasta la pubertad y, a partir de ese momento, envejecemos mucho más despacio. Varios cientos de años equivalen a una decena de años a ojos humanos.

—¿Normalmente? ¿Hay quien envejece anormalmente?

Él se encoge de hombros.

—Arya, por ejemplo, está más cerca de mí que de Mordeus, en términos de edad.

—Jalek comentó que se está muriendo. ¿Es por eso por lo que parece mayor?

—Ahora te toca a ti responder. ¿Cómo te trata el príncipe Dorado?

—Se llama Sebastian —le recuerdo— y está bien. —Frunzo el ceño al darme cuenta de que no sé muy bien a qué se dedica cuando no está conmigo—. Es cierto que está ocupado, pero, si piensas que voy a darte información que puedas usar contra él, es que no me conoces en absoluto.

—Oh, ya sé que lo protegerás —replica entornando sus ojos plateados —. Me lo has dejado bien claro y, para ser justos, él también te ha estado protegiendo. —Señala mi muñeca con la barbilla, donde mi cicatriz sigue

oculta gracias al hechizo. Al principio me sobresaltaba al no verla, pero ya me he acostumbrado.

—¿Llevar la cicatriz oculta me protege?

Él se tensa y luego niega con la cabeza.

—Me refería al ataque del barghest. —¿Seguro?—. ¿Ya te ha convencido para que seas su reina?

—No. ¿Por qué das por hecho que aceptaré?

—Porque estás enamorada de él.

—Y ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

Hago aparecer una bola de oscuridad en mi mano y se la lanzo al pecho. Él la recoge y la pone a dar vueltas en la palma de su mano.

—Por lo general, cuando amas a alguien de esa manera encuentras la forma de estar a su lado.

—Cuando descubra que he estado robando objetos de su corte, dudo mucho que él me quiera a su lado.

La bola de sombra se detiene y desaparece.

—Ah, por fin la verdad sale a la luz. No es que tú no quieras estar con él; es que crees que no te perdonará lo que estás haciendo para rescatar a tu hermana.

—¿Por qué insistes tanto? ¿Acaso quieres que me case con él?

—Lo que no quiero son sorpresas —responde molesto levantándose y dirigiéndose hacia la puerta—. Pretha te acompañará al castillo.

—¿Por qué nunca usas tu magia? —no puedo resistirme a preguntarle antes de que se vaya.

Él se vuelve lentamente hacia mí y ladea la cabeza, haciendo que uno de sus rizos oscuros le caiga sobre la frente.

—La uso.

—No te he visto hacerlo.

—Mis dones no existen para tu entretenimiento, princesa.

Lo miro exasperada porque está evadiendo mis preguntas, como siempre. Finn no tiene ninguna intención de confesar por qué no usa sus poderes. Y ¿por qué iba a hacerlo? Si, tal como sospecho, es incapaz de usarlos, sería una muestra tremenda de debilidad; una que podría costarle la vida si sus enemigos se enteraran.

No puedo evitar pensar que tiene algo que ver con la corona de su padre y con el hecho de que el rey que se sienta en el trono de las Sombras no es el adecuado.

—Finn, mereces sentarte en ese trono. En cuanto encuentre a mi hermana y la devuelva a casa sana y salva, me gustaría ayudarte a encontrar la corona de tu padre.

Él retrocede con los ojos llameantes. Cuando abre la boca pienso que me va a reñir, pero vuelve a cerrarla, da media vuelta y sale a toda prisa de la biblioteca.

Las lobas se levantan y juro que me miran con desprecio antes de seguir a su amo.

Me siento en una silla conteniendo las lágrimas. Quiero ayudarlo, pero no se fían de mí. Al parecer, para recuperar las reliquias que ayudarán a su reino a la larga sí que sirvo, pero me ocultan tantas cosas que ni siquiera entiendo en qué los ayudarán.

Saco el espejo de la bandolera y contemplo mi reflejo. Si sabía que la corona había desaparecido, ¿por qué nunca se me ha ocurrido preguntarle al espejo dónde está?

«Porque no puedes fiarte de él.»

Pero a veces acierta. Y tal vez esta sea una de esas veces.

—Muéstrame la corona del rey Oberon —pido en voz baja. Pero la imagen del espejo no cambia. Da igual las veces que se lo pida, sigo contemplando mi reflejo.

24

—¿Adivina quién ha vuelto a palacio y quiere verla? —bromea Emmaline mientras me cepilla el pelo.

Me vuelvo para mirarla a los ojos, grandes y azules.

—¿Sebastian?

Regresé a palacio ayer por la tarde, pero cuando me enteré de que Sebastian estaba fuera desde Litha me empecé a preocupar. ¿Y si estaba herido? ¿Y si había descubierto que había liberado a su prisionero? ¿O que había estado en casa de Finn? Nadie sabía dónde se encontraba y mi mente se encargaba de sugerirme todo tipo de posibilidades espantosas, por poco probables, paranoicas y egocéntricas que puedan parecer.

Emmaline sonríe.

—Sí, claro. Nos ha pedido que le digamos que vendrá a buscarla cuando se ponga el sol... ¡para dar un paseo!

Por sus gritos cualquiera diría que la palabra *paseo* es lenguaje en clave y que me está invitando a algo mucho más escandaloso.

—¿Parecía... ilusionado o estaba serio? —le pregunto a Tess a través del espejo del tocador mientras ella hace la cama.

—Seriamente ilusionado —me responde guiñándome el ojo.

Bueno, al menos no está enfadado; ya es mucho. Sobre todo porque sé dónde está el libro y tengo que pedirle otro favor.

—¿Habéis visitado otras partes de Feéra desde que llegasteis? —le pregunto a Emmaline.

Ella sonríe mientras me recoge el pelo, dejando la cara al descubierto.

—Formamos parte de la corte seelie, así que vamos adonde vaya la corte. —Frunce el ceño al ver el mechón más corto que tengo en la nuca—. Me gustaría decirle cuatro cosas al vago incompetente que le cortó el pelo.

—Ya te dije que fue un accidente —miento rehuyendo sus quejas sobre los mechones cortados—. Si lo dejas suelto no se nota. Entonces ¿la reina tiene más palacios?

—Por supuesto —contesta Tess.

—Muchos —corrobora Emmaline asintiendo.

Sí, supongo que debería habérmelo imaginado, pero no se me ocurrió hasta ayer, cuando Finn dijo que el libro no estaba en este palacio. Solo entonces me di cuenta de que la biblioteca que busco tampoco lo está.

Por un lado, tras mi encontronazo con los sluaghs no debería volver a fiarme del espejo, pero, por otro, sin más pistas que esta, me he quedado sin opciones donde elegir. ¿Mi nueva estrategia? Usar el espejo, pero actuar con precaución.

Cuando esta mañana le he vuelto a pedir al espejo que me muestre el *Grimoricón*, me he fijado en la imagen con más detalle y la respuesta estaba ante mis ojos. Detrás de los cristales de las ventanas de la biblioteca se veían olas chocando contra una orilla. Si me hubiera fijado mejor la primera vez no habría perdido el tiempo pensando que se trataba de una biblioteca secreta oculta en este palacio. Por lo que he visto hasta ahora, no estamos cerca del mar.

Tess me sirve una taza de té mientras Emmaline sigue peleándose con mi melena para hacerme tirabuzones sin que se noten los mechones más cortos.

—La reina tiene varios palacios repartidos por todo el territorio. Esta es su residencia principal, donde se llevan a cabo casi todos los actos oficiales, pero solo pasa aquí la mitad del año. La otra mitad la reparte entre los otros tres palacios.

Suspiro esforzándome por parecer ilusionada y soñadora.

—Creo que, si fuera una poderosa reina, me gustaría vivir junto al mar.

Las gemelas se echan a reír.

—¿Tal vez porque el mar le recordaría el color de los ojos de cierto príncipe? —pregunta Emmaline.

—Cuando sea reina —dice Tess—, podrá elegir dónde prefiere vivir.

—El Palacio de la Serenidad está junto al mar, pero es un castillo demasiado pequeño para acoger a toda la corte. Es más bien un refugio donde la familia real puede relajarse —me explica Emmaline—, aunque supongo que eso se podría cambiar.

—Entonces ¿existe un palacio junto al mar? —insisto.

—Sí, claro. Para muchos la costa sur es la parte más hermosa del territorio seelie. Se rumorea que era el palacio favorito de los padres de la reina.

—Tal vez por eso ella lo frecuenta poco —añade Tess.

Emmaline le dirige una mirada de advertencia, que hace que su hermana agache la cabeza.

—¿Por qué no querría visitar un lugar que le recuerda a sus padres? —pregunto sospechando que se trata de algo más que dolor, ya que les da miedo hablar de ello.

Emmaline niega con la cabeza.

—No lo sabemos, señora. Solo llevamos diez años a su servicio. Los padres de la reina murieron hace veintiún años.

Las gemelas intercambian otra mirada de preocupación. Estoy convencida de que saben más de lo que dicen, pero están asustadas y decido no presionarlas más.

—He tenido una idea —le digo a Sebastian mientras paseamos por los jardines esa noche—. Prométeme que no te reirás de mí.

El día ha sido caluroso, pero tras la puesta de sol ha refrescado y tiemblo porque llevo un vestido sin mangas. Sebastian me pega a su cuerpo para darme calor.

—Supongo que dependerá de la idea —replica sonriendo.

Esta mañana me ha dicho que había estado fuera porque había tenido que asistir a reuniones importantes. Y me lo creo, supongo, aunque no

puedo evitar preguntarme qué piensa sobre la desaparición del prisionero. No quiero creer que habría matado a Jalek, pero no estar segura me está afectando bastante.

—Cuéntame tu idea —insiste.

—Las doncellas me han hablado de un precioso palacio junto al mar que tu madre apenas visita. ¿Uno que está en la costa sur? He pensado que sería agradable poder ir tú y yo, para alejarnos de las presiones y exigencias de la corte. Pasar allí un par de días para poder pensar solo en nosotros.

Él menea las cejas y me dirige una sonrisa traviesa.

—¿Conque esas tenemos?

Yo le doy un codazo en el costado.

—No me refería a eso.

—Pues qué pena —replica él riendo.

—Dice el hombre que no quiere ni besarme —lo provoco burlona, y cuando veo que se le borra la sonrisa de la cara me acuerdo de que no es un hombre. Me resulta tan raro que, cuando estamos a solas, se me olvida—. Ya sé que no eres un hombre, pero... ya me entiendes. Perdona. —Trato de enmendar la metedura de pata con una sonrisa.

Él suspira.

—No es eso. Tras haber vivido dos años como un humano, me da igual la etiqueta que me pongan. Ha sido lo otro lo que... —Al ver mi mueca de incomprensión me lo aclara—: ¿Crees que no quiero besarte?

—Bueno... —Me muerdo el labio inferior y él baja la vista hacia mi boca.

—La mitad del tiempo no puedo pensar en otra cosa.

—Pero no lo haces —digo en voz baja.

Tras la conversación con Finn me he dado cuenta de que sigo queriendo a Sebastian, pero me da miedo que me rechace cuando descubra la verdad. Finn tenía razón, aunque no quiera admitirlo. Sebastian me dirige una sonrisa canalla.

—¿No te das cuenta de que me estoy haciendo el duro?

Sus palabras me hacen reír.

—Oh, sí; me he dado cuenta. Llevas dos años haciéndote el duro.

Él me agarra la barbilla y me acaricia los labios con el pulgar. Su contacto es como el primer trago de vino espumoso: dulce, embriagador, y siempre me deja insatisfecha, anhelando más.

—¿Funciona?

Trago saliva.

—Tal vez.

—¿De verdad quieres que nos escapemos? ¿Los dos solos?

—¿No te gustaría estar en un sitio donde no tuviéramos tantos ojos clavados en nosotros todo el tiempo?

—Brie, esa es la realidad de mi vida. Siempre hay gente observando. Me gustaría decirte que puedo ofrecerte otra cosa, pero lo cierto es que, si reinas, no tienes vida privada.

Y si me quedo a su lado, es una realidad que voy a tener que aceptar.

«Ese es el menor de nuestros problemas, Bash.»

—A mí también me gustaría escaparme un rato de las hordas de cortesanos —insisto—. Siempre me ha encantado el mar y me gustaría ver cómo es en tu mundo.

Me dirige una mirada cariñosa antes de besarme en la coronilla.

—Sinceramente, la idea de tenerte solo para mí un par de días me resulta de lo más apetecible. Déjame que piense en algo. Mañana he de salir a primera hora; es probable que esté fuera todo el día.

Se me cae el alma a los pies, pero no sé si es porque estoy ansiosa por conseguir el libro o porque no quiero que vuelva a marcharse.

—¿Adónde vas esta vez?

—Hemos tenido algunos problemas en la frontera este. —Frunce el ceño—. Nuestra seguridad ya no es lo que era.

—¿Te refieres a los campos? —Al ver que su expresión se endurece, dudo un instante, pero no puedo tragarme las palabras, así que sigo adelante. Es un tema demasiado importante—. Dime que no te encargas personalmente de encerrar a inocentes, ¿o sí?

—¿Qué sabes tú de los campos?

—Yo... No mucho. Solo sé que son para los unseelies que tratan de escapar del gobierno opresor de Mordeus y... Solo intentan conseguir una vida mejor, Bash. —Su mirada me dice que no esperaba que supiera ni la

mitad—. Pensaba que tú no estarías involucrado en eso. Pensaba que querías ayudar a la gente, sin importar de qué corte fueran.

—Por supuesto que quiero. Pero tienes que entender que... —Sacude la cabeza—. Da igual; no te hace falta conocer los detalles. ¿Quién te ha hablado de esto?

—Yo solo... oí a gente comentándolo.

—¿Qué gente?

La furia que reflejan sus ojos me preocupa, no por mí sino por quien pudiera verse implicado por mis palabras. Después de verlo en la mazmorra con Jalek, no tengo muy claro con quién estoy tratando.

—No lo sé.

—Puedo confiar en ti, ¿verdad, Brie?

«Nunca confíes en una ladrona, ni aunque la acojas bajo tu techo.»

—Por supuesto —respondo, y la mentira me sabe muy amarga.

Se le relajan los hombros.

—Lo sé, lo sé. Para bien o para mal, lo sé.

Se lleva mi mano a los labios y me besa los nudillos antes de acompañarme de vuelta al palacio y a mi habitación.

Me paso despierta casi toda la noche, y el regusto amargo que me ha quedado en la boca me provoca dolor de estómago.

Pretha viene a buscarme poco después de desayunar. Mis pasos son pesados porque arrastro la carga de la culpabilidad, que no me abandona mientras recorremos el camino hacia casa de Finn en el carruaje.

«Puedo confiar en ti, ¿verdad, Brie?»

No, no puede confiar en mí, pero tengo que mantener el secreto hasta que Jas esté a salvo. Si tengo que elegir entre los sentimientos de Sebastian y la libertad de Jas, la elección es fácil, es obvia. Entonces ¿por qué me siento tan mal?

—¿Qué te pasa? —me pregunta Pretha cuando el carruaje se detiene en el pueblo.

—Nada. —Bajo del carruaje tras ella y caminamos en silencio hacia la casa.

Ella se detiene ante la puerta principal.

—No me mientas, Brie. Es una pérdida de tiempo.

—Quiero encontrar a mi hermana. Quiero encontrar el dichoso libro para que Mordeus me diga qué debo buscar después. Estoy harta de que todo el mundo actúe como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Quiero que esto termine, reunirme con mi hermana e irme a casa. —La voz se me rompe al pronunciar la última palabra.

«¿Casa? ¿Qué casa?»

No podemos quedarnos en Fairscape. Gorst nunca dejará de perseguirme por haberle robado. Además, regresar a Elora significa tener que despedirme de Sebastian... Y también de Finn y de Pretha, y de su banda de seres mágicos inadaptados y rebeldes.

Cuando levanto la cara Pretha me está observando atentamente. Tal vez se deba a que ha adoptado la forma de Eurelody, pero parece sentir compasión por mis circunstancias.

—¿Has discutido con Sebastian?

—No, claro que no. —Niego con la cabeza y aparto la mirada. Al otro lado de la calle empedrada, una fae con angelicales alas traslúcidas y cuernos enroscados barre el porche delantero de su casa—. Lo que pasa es que confía en mí, y eso es bueno porque necesito su confianza, pero me siento como una rata inmunda cada vez que abuso de ella.

Ella frunce el ceño.

—Te han puesto en una situación imposible.

Espero que me dé algún sabio consejo sobre cómo afrontar la situación, pero se limita a entrar en la casa y a hacerme un gesto para que cierre al entrar. Tras recuperar su forma auténtica, se dirige a la biblioteca.

La puerta que está al final del oscuro pasillo está cerrada. Kane monta guardia frente a la puerta, con los brazos cruzados ante el pecho y los ojos rojos brillando en la oscuridad.

Pretha se fija en él y frunce el ceño al ver la puerta cerrada.

—¿Mi hermano ha llegado antes de hora?

—El rey y la reina están hablando con Finn y Tynan ahora, pero la reina quiere que comas con ellos. —Kane hace una mueca antes de añadir—: ¿Quieres que ponga una excusa?

Pretha niega con la cabeza.

—Ya sabía que pasaría. ¿Comida, cena? Qué más da. —Lo dice en tono despreocupado, pero, cuando se da la vuelta y sale disparada hacia el salón me doy cuenta de que es pura fachada.

Alterno la mirada entre Kane y la puerta oscura por donde ha desaparecido Pretha.

—¿Qué hago? ¿La dejo a solas o...?

Kane alza las manos.

—¿No puedes hacer eso que hacéis las mujeres?

Alzo la ceja.

—¿Qué hacemos las mujeres?

Él agita la mano en el aire.

—Ya sabes, eso de decir cosas bonitas y hacer que se sienta mejor, aunque le hayan roto el corazón y el amor sea una mierda...

—Oh, yo... ¿Y eso por qué tenemos que hacerlo las mujeres?

Él suelta un gruñido.

—¿Crees que yo sería un buen candidato? Ni siquiera soy capaz de darle a alguien los buenos días sin que parezca que secretamente le deseo la muerte.

Razón no le falta. Frunzo el ceño, dándole unas vueltas a lo que ha dicho.

—¿Le han roto el corazón? ¿Quién se lo ha roto?

Él se echa hacia atrás sobre los talones.

—Si quieres saberlo, deberías ir a hacer lo que te he dicho. Eso..., lo de las mujeres.

Se nota que se preocupa por Pretha y que le gustaría poder ser un amigo de los que consuelan, pero no estoy segura de ser una buena candidata yo tampoco. A pesar de todo, me dirijo al salón.

Pretha está frente a la ventana, mirando hacia la calle con el rostro inexpresivo y la mirada fría.

—¿Quieres hablar de ello?

Ella se tensa.

—Admitir que hay algo de lo que hablar me hace sentir que estoy traicionando a mi esposo.

«Vaya, en ese caso...»

—¿Cuándo murió Vexius?

—Hace cuatro años. Lo hirieron mientras conducía a un grupo de unseelies hacia un portal para escapar a las Tierras Salvajes. —Traga saliva—. No se recuperó.

No me extraña que la afectara tanto ver a Finn herido en las mismas circunstancias.

—Cuatro años es mucho tiempo. No creo que sea tan imperdonable encariñarte con otra persona pasado este tiempo.

Ella se vuelve para mirarme a los ojos. Nunca me había parecido tan mayor ni tan cansada.

—Lo que siento por Amira no es nuevo. Ya lo sentía mucho antes de conocer a Vexius. Mucho antes de que las dos nos casáramos.

El nombre me resulta familiar. Es la reunión que tanto temía.

—Amira es la reina de las Tierras Salvajes, ¿no?

Pretha asiente y vuelve a apartar la mirada.

—Y la esposa de mi hermano.

—Oh. —Se me cae el alma a los pies al tratar de imaginarme cómo debe de sentirse—. Oh, Pretha, lo siento mucho.

—Sí, yo también. —Cuando suelta el aire deja una marca de vaho en la ventana—. Amira y yo teníamos tu edad cuando ella llegó al palacio de mi familia. Era la elegida para ser la esposa de Misha, y la enviaron para que se preparara, pero me enamoré de ella la primera vez que la vi.

—Qué bonito —digo, aunque mi voz suena cargada de tristeza porque sé cómo acaba la historia—. Pero ¿prefirió quedarse con él? —Hago una mueca al oírme. Si Kane estuviera aquí para presenciar mi ineptitud, tal vez se habría encargado personalmente.

Pretha hace un sonido burlón.

—Qué va. No se nos dio la posibilidad de elegir, a ninguna de las dos. En las Tierras Salvajes son más abiertos que los seelies con las personas como Amira y como yo. Mis padres nos educaron en la idea de que el amor es hermoso en cualquiera de sus formas, pero siempre supe que la aceptación solo llegaba hasta las puertas del palacio. Ser miembro de la familia real implica regirse por normas distintas.

—¿Por qué? ¿Qué diferencia hay?

—Si les preguntas a ellos, te dirán que es por no debilitar los linajes, pero en realidad es todo cuestión de apariencias. Que su hija ame a otra mujer los hace sentir incómodos. —Suspira—. Pero durante tres años Amira y yo estuvimos juntas, mientras la preparaban para su vida como reina. A Misha le daba igual. Él no se casaba con ella por amor, solo por afianzar la alianza entre nuestras familias. Pero cuando nuestros padres se enteraron... —Aprieta los labios en una mueca de... ¿Diversión? ¿Irritación? ¿Enfado? Tal vez una combinación de las tres cosas—. Imagínate lo horrorizada que me sentí cuando me enviaron la corte unseelie para casarme con el hermano pequeño del príncipe.

—Vexius —susurro. No puedo imaginarme lo que debe de ser que te obliguen a casarte por razones políticas. No puedo imaginarme que el amor tenga tan poco peso en la lista de razones de alguien para pasar la vida junto a otra persona. Y eso es lo que le pasará a Sebastian si decido no quedarme con él.

—Pero al final te encariñaste de él.

—A veces desearía que no hubiera sido así —admite ella llevándose un puño al pecho, como tratando de aliviar el dolor que tenía instalado allí—, pero era muy fácil quererlo.

—Estás mejorando —dice Finn.

Le dirijo una mirada sorprendida.

—¿Eso ha sido un elogio?

Estamos en la planta superior de la casa, mientras Pretha come con su hermano y con la reina de las Tierras Salvajes. No esperaba que me invitaran a la comida, pero sí que pensaba que asistiría Finn, aunque solo fuera por darle apoyo moral a su cuñada. Pero no. El rey y la reina han querido que fuera una comida privada.

—Concéntrate —me ordena Finn.

Tynan se cruza de brazos y levanta la barbilla provocándome.

El objetivo es rodearlo de oscuridad, no como lo hice para atravesar las paredes con alguien, sino para atraparlo dentro de las sombras. Una

maniobra defensiva que Jalek asegura que es mi única esperanza si me veo envuelta en un combate, ya que, al parecer, soy patética con la espada.

Desenrollo la magia que guardo dentro de mí, la dirijo hacia Tynan y lo envuelvo en sombras, aunque él se las quita de encima sacudiéndose de hombros.

—Podría funcionar —me dice con una mirada burlona—, siempre que tus enemigos se queden quietos.

Le dedico un gesto vulgar, pero me río. Todavía no domino la técnica, aunque estoy mejorando.

—Finn. —Kane nos interrumpe desde la puerta—. Tenemos un problema. El príncipe Ronan está en la puerta.

Con solo oír su nombre mi buen humor se desvanece y se me forma un nudo en el estómago. Esto es lo que llevaba tiempo temiendo. Va a descubrir que lo estoy traicionando. ¿Cómo ha sabido que estaba aquí?

Finn parece estarse haciendo la misma pregunta.

—¿Le dijiste dónde pasabas los días?

Niego con la cabeza.

—No, solo sabe que estoy con mi tutora.

—Trazamos un plan por si pasaba esto —le recuerda Finn a Kane—. Por eso estamos aquí. Así que envía a Eurelody a hablar con él. Amira y Misha perdonarán la interrupción.

—Lo haría, pero... —Kane se aclara la garganta—. Lo acompaña la auténtica Eurelody. La ha localizado y ella le ha contado que dejó de servir a la reina hace años.

Finn masculla una maldición.

Haciendo una mueca, Tynan dice:

—Debemos sacarlo de aquí antes de que se dé cuenta de que Misha y Amira están en la casa.

—Puedo ir yo a hablar con él —me ofrezco, aunque no tengo ni idea de qué voy a decirle. Solo quiero librarme de esta horrible sensación en el estómago. ¿Qué le pasará a Jas si Sebastian me envía a casa?

Finn levanta tanto las cejas que estas le desaparecen bajo los rizos.

—¿Quieres confirmarle que estás aquí? ¿Vas a decirle que colaboras con nosotros? —Me encojo—. Eso pensaba —sigue diciendo—. No te

muevas de aquí.

Sigue a Tynan y cierra la puerta al salir.

Escucho los sonidos amortiguados de sus voces que me llegan desde el piso de abajo. Distingo la voz de Finn y la de Sebastian, pero no entiendo lo que dicen. Tras un nuevo intercambio de palabras se hace el silencio. No puedo más.

Hago una mueca cuando la puerta cruje al abrirla. De puntillas, me acerco a la escalera.

—Déjame entrar. —El gruñido de Sebastian casi hace que la casa entera tiemble. Está frente a Finn, tan cerca que casi se tocan. Tynan monta guardia junto a Finn. La visión de ambos príncipes es formidable. Los dos son anchos de hombros y se fulminan mutuamente con miradas amenazadoras.

—Sé que la tienes aquí.

—Tal vez tu magia te está fallando, príncipe. Estoy seguro de que lo solucionarás pronto, con todas esas oportunidades que te esperan bien dispuestas en tu palacio.

No veo a Finn, pero distingo el tono burlón de su voz.

—¡Cállate! —brama Sebastian—. No actúes como si fueras mejor que yo.

—Márchate, niño. Regresa al castillo junto a las faldas de tu madre. Vuelve junto a ese rebaño de mujeres desesperadas por entregarte su vida. —Finn retrocede dos pasos, entrando en la casa, pero Tynan no se mueve de la entrada, con el pecho hinchado, como si estuviera a punto de atacar.

—Finnian, eres mucho más idiota de lo que recordaba.

Finn responde con una reverencia burlona y Sebastian se marcha furioso a grandes zancadas. Tynan cierra de un portazo y se vuelve hacia Finn con los dientes apretados.

—Pensaba que podíamos confiar en ella.

—Y así es.

—Y entonces ¿cómo explicas lo que ha pasado?

Finn niega con la cabeza.

—No hagas suposiciones. Yo me ocupo.

Al ver que Finn se dirige a la escalera, me apresuro a volver al dormitorio y cierro la puerta. Me asomo a la ventana buscando a Sebastian, pero no lo veo. Debe de haber venido con su goblin, que lo habrá devuelto ya al castillo.

La puerta del dormitorio chirría al abrirse.

—¿Tratando de ver a tu amor verdadero? —me pregunta Finn.

—¿Nunca llamas a la puerta? —replico sin mirarlo.

—No, si estoy en mi casa.

—Pues tal vez deberías...

Dejo a medias mi amenaza hueca porque Finn me hace dar media vuelta y saca el amuleto de donde lo mantengo oculto, debajo del vestido.

—¿Por qué no me hablaste de esto? —Finn pasa más tiempo malhumorado que contento, pero nunca lo había visto tan enfadado. La furia hace que sus ojos plateados se vuelvan casi blancos alrededor de las pupilas.

—No es asunto tuyo.

—Y una mierda. Si estás en esta casa, y mi gente se está arriesgando para protegerte, es totalmente asunto mío. ¿De dónde lo has sacado?

No puedo arriesgarme a que me lo quite. Ya he estado dos veces al borde de la muerte desde que llegué a este maldito reino. Necesito toda la protección que el amuleto de Sebastian puede proporcionarme.

—Me lo dio mi madre.

Él aprieta el puño y me quita el amuleto de un estirón que rompe la cadena, antes de dar media vuelta y dirigirse a la puerta.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —le reclamo siguiéndolo. Tal vez sus amigos le tengan miedo, pero yo no—. Es mío. No tienes derecho a...

—¿No tengo derecho a destruir el amuleto de seguimiento del príncipe Ronan? ¿No tengo derecho a impedir que él y la reina sepan dónde has estado todo este tiempo? —Sujeta el amuleto con tanta fuerza que se le ponen los nudillos blancos.

—No sabes lo que dices. Es un amuleto de protección.

—Ah, ¿sí? Ya vi lo mucho que te protegió cuando caíste en las garras de los sluaghs. ¿Cómo crees que tu príncipe te encontró la noche en que el

barghest te atrapó en el bosque?

—Yo...

Discutir con Finn me agota. Me siento en la cama temblando. Nunca me planteé cómo me había encontrado Sebastian esa noche. Me sentía tan aliviada de que me hubiera salvado que simplemente... di por hecho que era algo normal en una criatura mágica.

Finn abre el puño para que pueda ver el amuleto que sostiene en la palma. Ya no es una joya reluciente; desde que Finn lo ha arrancado de mi cuello se ha vuelto del color del agua sucia.

—Lo usaba para tenerte localizada y te ha seguido hasta mi puerta.

—Lo siento —susurro.

«Un amuleto de seguimiento.»

Me dijo que el colgante me protegería, pero en realidad quería tenerme controlada. Me vuelvo hacia Finn cuando me asalta una idea espantosa.

—La corte unseelie... Llevaba el amuleto puesto las dos veces que fui a hablar con Mordeus.

Si Sebastian se da cuenta de que lo he engañado, si se entera de que estoy robando objetos de su corte para entregárselos a Mordeus...

—Este amuleto es demasiado débil para funcionar a tanta distancia. —Finn niega con la cabeza—. No se enterará; al menos no por medio del amuleto. —Se acerca a la ventana—. Haré que Pretha te acompañe a palacio pronto. Sebastian te buscará ahora que sospecha que has estado con nosotros. No puedo permitirme que descubra nuestra alianza. Pretha lanzará un hechizo sobre otra de las tutoras para que piensen que has estado trabajando con ella todo este tiempo.

Asiento. Hemos de arreglar esto como sea. Pero ¿será suficiente para convencer a Sebastian?

—No vengas a buscarnos. Tenemos que encontrar una nueva ubicación. Pretha irá a buscarte cuando sea seguro.

Va a tener que mudarse; desarraigar a su gente, a Lark, por mi culpa.

—Lo siento.

Él se encoge de hombros, pero no me pasa por alto su expresión. Está agotado.

—Era un domicilio temporal, nada nuevo. Es lo que tiene vivir en el exilio.

—Tú y Sebastian... no habéis luchado.

Cuando se vuelve hacia mí noto que tiene los hombros caídos por el agotamiento.

—¿Te ha parecido un encuentro amistoso?

—No, pero pensaba que os odiabais mutuamente. Temía que tratarais de mataros el uno al otro si os encontrabais algún día en el mismo sitio.

Él observa el amuleto, que sigue en su mano.

—No sé qué te ha contado de mí, pero yo no le deseo nada malo a tu príncipe. A su madre, en cambio... —Ladea la cabeza para destensar la nuca. Su rostro muestra un gran enfado, pero dura poco—. Sebastian no es mi enemigo.

Es un alivio oírselo decir y, mientras regresamos a palacio, casi me convenzo de que todo va a salir bien.

Pero, cuando abro la puerta de mis aposentos, Sebastian me está esperando asomado a los ventanales.

—¿Cómo está el príncipe Finnian?

25

Sé que está enfadado solo con ver la posición de sus hombros.

—¿Bash? —susurro luchando contra la culpabilidad y la vergüenza. Siempre están ahí, tratando de morderme los pies, lastrando mi avance, pero ahora crecen como una marea imparable que amenaza con ahogarme—. ¿Qué? ¿A qué te refie...?

—El príncipe. Finnian. Sé que has estado pasando tiempo con él. —Tiene la voz ronca, como si hubiera estado gritando.

Me abrazo.

—Yo... —No sé qué hacer. ¿Trato de negarlo o será aún peor?—. ¿Qué importancia tiene? Es un amigo.

Sebastian tiene los ojos enrojecidos y la mandíbula apretada. ¿Cuánto tiempo lleva esperándome en mi habitación vacía, sabiendo dónde me encontraba?

—¿Estás enamorada de él?

—¿Qué? —exclamo—. ¿Cómo puedes preguntarme eso?

Aunque tal vez no sea una pregunta tan desacertada porque al oírla me entran ganas de salir huyendo. De Sebastian. De esos ojos color verdemar que parecen ver demasiado. De mis sentimientos cada vez más confusos. Amo a Sebastian. Tal vez no pueda casarme con él, pero lo amo. Me destroza pensar en lo que debe de estar sintiendo para plantarse ante mí y preguntarme si estoy enamorada de otro hombre.

«Hombre, fae, lo que sea.»

Me destroza porque, aunque no estoy enamorada de Finn, siento algo por él. Más de lo que debería.

—Es mi enemigo, Abriella.

—Pues tú no eres su enemigo, así que tal vez deberías replanteártelo —le suelto.

Parte de mí sabe que no es un buen momento para tratar de convencerlo de nada, pero estoy harta de secretos. Estoy harta de sentir que estoy traicionando a uno de los príncipes cuando estoy con el otro, cuando sé que ambos son dos buenas personas que quieren lo mejor para su gente.

—¿Es eso lo que te ha contado? ¿Te ha dicho que somos amigos? ¿Es así como ha conseguido que te fíes de él?

—Yo no he dicho que seáis amigos; no soy tan ingenua. Pero no es un monstruo como Mordeus y, si quieres lo mejor para tu pueblo, deberías hacer lo que esté en tu mano para que Finn ocupe el trono de las Sombras, tal como le corresponde.

Él se encoge. ¡Se encoge!

—Sebastian. —Como no me mira me acerco a él lentamente. Y cuando le apoyo la mano en el brazo, cierra los ojos y no sé si le gusta que lo toque o hace un esfuerzo por tolerarlo—. Mírame, por favor.

—No puedo. —Aprieta aún más los dientes—. Has estado con mi enemigo mientras vivías bajo mi techo y me hacías creer que... —Niega con la cabeza antes de preguntarme sin mirarme a los ojos—: ¿Realmente estás considerando mi propuesta de matrimonio o solo estás ganando tiempo mientras le pasas información para hundir mi corte?

—No. —Niego con la cabeza. Tal vez soy una persona horrible que ha engañado a Sebastian y traicionado su confianza, pero nunca ayudaría a Finn a destruir la corte seelie—. Nunca haría algo así. Además, Finn tampoco quiere eso —añado con la voz temblorosa.

—Y entonces ¿qué haces con él?

Parece destrozado y verlo así me rompe el corazón.

«Y todavía no conoces la peor de mis traiciones, Sebastian. No soy digna de ti.»

A causa de mi acuerdo con Mordeus, no puedo contarle a Sebastian lo que estoy haciendo con Finn; ni cómo ni por qué me está ayudando. Incluso si pudiera, no sé si lo haría. A veces pienso que Sebastian haría cualquier cosa para ayudarme a rescatar a Jas, pero otras veces, en noches como la de Litha cuando lo vi maltratar a Jalek en aquella celda, me doy cuenta de que hay muchas cosas que no sé sobre este mundo y sobre el papel que Sebastian desempeña en él. Hay muchas cosas que aún no entiendo acerca de las dinámicas entre ambas cortes, y lo que se cuece dentro de cada una de ellas.

Sebastian se vuelve hacia mí, y en sus preciosos ojos brillan por igual la rabia y la desesperación.

—Respóndeme.

—Me está entrenando —suelto—. Me está enseñando a usar los poderes que se manifestaron cuando llegué a Feéra.

—Poderes —repite, y parece menos angustiado que hace un momento —. ¿A qué te refieres?

Me humedezco los labios, buscando la manera de explicarme para lograr que me perdone por pasar tiempo con su enemigo.

—Sabes que siempre se me ha dado bien moverme en la oscuridad. Pues, cuando llegué aquí, comprobé que de repente podía convertirme en oscuridad y en sombras. Podía desaparecer en ellas.

Él me observa atentamente con una expresión indescifrable.

—¿Sabes de dónde te vienen esos poderes?

Niego con la cabeza.

—No. Ya estaban ahí, aunque no se me da muy bien usarlos. Por eso Finn se ofreció a ayudarme.

—¿A cambio de qué?

Cierro los ojos. No puedo responder a esa pregunta sin poner en peligro mi trato.

—No lo sé —susurro, y mientras la mentira cruza mis labios, me doy cuenta de que contaré las mentiras que sean necesarias y robaré los objetos que hagan falta para rescatar a mi hermana.

—¿Por qué no me lo pediste a mí?

«Porque no quería que conocieras mis poderes. No quería que supieras que tengo habilidades que me permiten fisgar a escondidas por tu palacio, que me permiten robar, espiar y liberar a prisioneros.»

Agacho la cabeza.

—Lo siento.

Él me acaricia la mejilla y me alza la barbilla para que lo mire a los ojos.

—Los celos me están matando. Estaba aquí esperándote y pensando que él quería enamorarte. Me estaba volviendo loco. Trataba de convencerme de que lo único que me importa es la seguridad del reino, pero en realidad... —Se inclina hacia mí y apoya la frente en la mía—. La verdad es que hace mucho tiempo que te puse a ti por delante del reino.

Me recorre la mandíbula con la rugosa yema del pulgar y me inclino hacia él, disfrutando de la calidez y el consuelo que me aporta su contacto.

—¿De verdad puedo confiar en ti, Abriella?

Si confiara en mí no me lo estaría preguntando otra vez. Pero nada ha cambiado. Necesito que Sebastian confíe en mí. Necesito que me lleve al palacio de verano y que me permita seguir aquí para poder recuperar el tercer artefacto.

—Por supuesto.

—¿En serio? —Suelta un suspiro hondo, que le sale del alma—. Tal vez no entiendas cómo son las cosas entre Finn y yo. Nuestras familias llevan siglos enfrentadas. Te he estado protegiendo todo este tiempo y tú, mientras tanto, estabas con él. No puedo fingir que esto no es una traición.

—Bash, puedes confiar en mí. ¿Cómo puedo demostrártelo?

«¿Cómo puedo hacer que te creas esta tremenda mentira?»

—Tú... Nosotros... Podríamos... —Traga saliva y parece replantearse lo que estaba a punto de decir. Negando con la cabeza añade—: No voy a pedirte que hagas nada para lo que no estés preparada.

Le echo las manos al cuello y me pongo de puntillas para darle un beso en los labios. Si alguna vez me he preguntado qué es lo que siento por Sebastian, en este beso encuentro la respuesta. Con un simple roce de sus labios quiero abrazarlo con todas mis fuerzas.

Una vez más es él quien se separa. Tiene los ojos vidriosos de deseo, pero respira hondo para calmarse y retrocede.

—¿Adónde vas?

Él me dirige una sonrisa ladeada.

—Si me quedo, voy a besarte otra vez.

Me acerco a él.

—Eso suena muy bien.

Sus ojos se oscurecen.

—No juegues conmigo, Brie. No puedo soportarlo.

Doy un nuevo paso hacia él y le apoyo una mano en el pecho.

—No estoy jugando.

Y tal vez, en otro momento, esas palabras serían falsas, pero ahora mismo son muy ciertas. Lo único que deseo son sus besos, sus caricias, su afecto. Quiero empaparme de él tanto como pueda antes de que descubra la verdad y me eche de su vida.

Lentamente agacha la cara hacia mí.

—Tienes mi corazón en tus manos, Abriella —me dice un instante antes de que nuestros labios se encuentren.

No sé si son sus palabras o la delicadeza con que me separa los labios, pero me olvido de todo lo demás. Mi mente se nubla mientras mi cuerpo se despierta. Sebastian me acaricia los brazos arriba y abajo, y cada vez que las callosas yemas de sus dedos me rozan siento que me pasa la corriente. La idea de dejarlo todo en sus manos es muy atractiva. Está haciendo todo lo que puede para liberar a Jas, protegiéndome al mismo tiempo. No quiero seguir engañándolo, no quiero actuar a sus espaldas; no quiero seguir cargando este peso yo sola.

«Pronto», me prometo. Y en secreto se lo prometo a Sebastian también. En cuanto haya cumplido el trato que hice con Mordeus y mi hermana esté a salvo, no volveré a tener secretos para él. Encontraré la manera de merecerme el amor que me ofrece. Si me sigue queriendo.

Hundo los dedos en su pelo, y la cinta de cuero que lo mantenía sujeto se suelta. Le busco la lengua con la mía y, cuando gruñe dentro de mi boca, la vibración lanza impulsos eléctricos que me recorren la espalda. El beso se vuelve más profundo, más rudo, más exigente.

Me recorre el cuello con sus besos; me besa los pechos y hunde la lengua bajo la tela del vestido. La piel me arde de deseo. Necesito más; lo necesito a él.

Me hace retroceder hasta que llego a la cama. Me siento en ella, y lo agarro por las caderas, indicándole que me siga.

—No puedo pensar cuando estoy contigo, Brie —me dice, y su aliento hace que me arda el cuello—. Tengo obligaciones con mi familia y mi pueblo, pero cuando te pruebo quiero olvidarme de todo.

Sujeto su cara entre las manos para que me mire a los ojos. Los suyos están más oscuros que de costumbre, vidriosos por el placer, y me observa con los labios entreabiertos.

—Pues olvidémonos de todo. Aunque solo sea por un rato, finjamos que no existe nada más.

Con las ventanas de la nariz muy abiertas, baja la cabeza, me atrapa el labio inferior y lo succiona. Gruñendo, agarra el dobladillo del vestido. Yo alzo las caderas para ayudarlo a apartar la tela del medio, hasta que queda recogida alrededor de mi cintura.

Se acomoda entre mis piernas y noto lo mucho que me desea. Me pierdo en las sensaciones, tan dulces como intensas: su peso sobre mí, su mano en mi cadera, frotándome con el pulgar hasta volverme loca.

Agacha la cabeza para succionarme los pechos por encima de la ropa. Grito y me arqueo contra su cuerpo. Me faltan manos para aferrarme a sus hombros, a su poderoso pecho, sus costados, al cinturón. No es suficiente.

Apartándose me mira a los ojos.

—Dime que serás mía —murmura—. Dime que te quedarás aquí, conmigo.

—Estoy aquí, contigo, ahora. —La tristeza se mezcla con la pasión, y se me rompe la voz mientras pronuncio la única promesa que puedo ofrecerle —: Esta noche soy tuya.

Él se aparta de mí y se sienta, con la cabeza colgando, tratando de recobrar el aliento.

—Lo siento.

Me incorporo apoyándome en los codos.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Él traga saliva antes de levantarse.

—Ha sido demasiado apresurado. Hemos ido demasiado deprisa.

¿En serio? A mí no me lo ha parecido. De hecho, me ha parecido perfecto. Fácil. Si no se hubiera detenido, sé que le habría dejado seguir hasta donde hubiera querido. ¿Habría sido tan malo?

Me recoloco el vestido antes de levantarme y plantarme ante él.

—Eh. —Le apoyo una mano en la mejilla y él ladea la cara para besarme la palma—. No me importa. Vuelve a la cama.

Él me mira a los ojos durante tanto tiempo que temo que esté leyendo en ellos todos mis secretos, todas mis traiciones.

—Quiero algo más que tus besos, Brie.

Contengo una sonrisa.

—Estoy segura de que, si vuelves a la cama, voy a darte algo más que besos.

Se le abren las ventanas de la nariz y los ojos se le oscurecen bruscamente.

—Por los dioses de las alturas y de las profundidades. Eres pura tentación, mujer.

Yo suspiro.

—Al parecer no lo suficiente, porque te vas a ir.

Él lanza una rápida ojeada a la puerta antes de volver a mirarme.

—No quiero irme, pero tengo una reunión. —Trato de disimular la decepción, pero por lo visto no lo consigo porque me dice—: Siento estar siempre tan ocupado. Te lo compensaré. —Me sujeta la barbilla entre el índice y el pulgar—. ¿Qué te parece si hacemos esa escapada al palacio de verano que tanto te apetecía?

Todavía ofuscada por sus besos, tardo unos instantes en recordar por qué quería ir al palacio de verano y qué tenía que hacer allí.

—¿En serio?

—En serio. Creo que tienes razón. Nos vendrá bien escaparnos y tener tiempo para los dos, a solas. —Me besa delicadamente en los labios—. Cuando te lleve a la cama, no quiero que sea con prisas.

Mi estómago da unas cuantas volteretas antes de retorcerse de culpabilidad. Él desea ir al palacio de verano conmigo para hacer el amor y

conectar, mientras que yo quiero ir para registrar el castillo y robar un objeto sagrado de la biblioteca de su madre.

Sebastian debe de notar mi tormento interior porque frunce el ceño.

—Si has cambiado de idea sobre el palacio... o sobre nosotros..., sobre lo de estar juntos...

—No —lo interrumpo—. No he cambiado de idea sobre ninguna de las dos cosas. Es solo... que estoy impaciente. Pero tienes cosas que hacer, lo entiendo, no pasa nada. Y gracias.

Por Jas seré capaz de seguir engañándolo un poco más. Por Jas seguiré sin estar a la altura de la mujer que él piensa que soy. Pronto podré ponerle remedio a eso.

«Pronto.»

Él me observa atentamente, como si quisiera descifrar mi expresión.

—Tal vez la espera te sirva para reflexionar sobre... nosotros. Para pensar en el futuro.

—Sebastian...

Sus palabras resuenan en mi cabeza: «Dime que serás mía». No quiero decirle que no. Ni siquiera quiero admitir que no lo sé. Sé lo que quiero decirle, pero mis deseos no coinciden con lo que tengo que hacer. Por eso no puedo decirle que sí. Todavía no.

«Pronto.»

Él hace una mueca y me lleva un dedo a los labios.

—No hace falta que digas nada. Sé que no estás lista.

Sale de la habitación y cierra la puerta.

Sebastian va a llevarme al palacio de verano y, hasta entonces, no puedo hacer nada... excepto entrenar.

Cuando Sebastian se va, me convierto en sombra y exploro el palacio como tantas veces he hecho ya. Paso frente a Riaan y unos cuantos miembros de la guardia real, que están discutiendo sobre algo en voz baja. Me planteo detenerme a escuchar, pero no tengo ganas de espiar a los centinelas de Sebastian esta noche, con la culpabilidad aún retorciéndome las tripas.

Pero tengo que poner a prueba el avance de mis habilidades. Nunca me acerco al ala este, que es donde se encuentran los aposentos de la familia real, porque siempre están demasiado iluminados, pero necesito forzarme a usar mis poderes en áreas más iluminadas. Si logro oscurecer el luminoso pasillo que lleva a las habitaciones de Sebastian ganaré confianza para probar cosas más difíciles.

Sonrío mientras paso por delante de otro centinela, cada vez más cerca de la puerta. Mi sonrisa se ensancha cuando recuerdo que le he hablado a Sebastian de mis poderes.

«Un secreto menos entre nosotros.»

Tal vez podría dejarle una notita para que sepa que he estado aquí. Podría invitarlo a reunirse conmigo cuando termine sus asuntos palaciegos.

Oigo voces en la habitación y me deslizo dentro sin necesidad de usar la puerta. Tal vez le dé una sorpresa ahora mismo.

Al entrar en la habitación me recibe el sonido de una risa femenina, seguida por las palabras de la dueña de la risa, que dice:

—Príncipe Ronan, eres un demonio.

La visión que tengo ante los ojos es como un puñetazo en el pecho. Abro la boca, pero no puedo respirar. No queda espacio en mis pulmones, totalmente cubiertos por la metralla de mi corazón roto. Sebastian y una chica humana están enredados. Él le murmura cosas al oído en voz baja y ronca. Ella tiene el vestido arremangado alrededor de la cintura y le rodea las caderas con una de sus pálidas piernas. Él abre la boca sobre el cuello de la chica, que gime de placer.

—No. —La negación se me escapa sin que pueda evitarlo, pero ellos están demasiado concentrados el uno en el otro y no me oyen. Retrocedo y choco contra la puerta, que no he abierto.

Me he desprendido de las sombras sin darme cuenta. Tengo que hacer un esfuerzo de concentración enorme para volver a convertirme en sombra y atravesar la pared. He de usar todo el control que tengo para no soltar la magia mientras corro de regreso a mis habitaciones. Casi no soy capaz de llegar al vestíbulo del ala de invitados. Solo poner un pie allí recupero mi forma corpórea. Al alcanzar por fin mi dormitorio, no me molesto ni en cerrar la puerta y me dejo caer al suelo temblando.

«No puede ser. Él no haría algo así. No era Sebastian.»

Tal vez se tratara de un ser mágico, alguno capaz de cambiar de aspecto haciéndose pasar por Sebastian para acostarse con las chicas. O tal vez... tal vez...

Tal vez Sebastian no crea que voy a casarme con él y está haciendo lo que me dijo que haría. Tal vez está tratando de conseguir esposa para cumplir con lo que su reino espera de él.

Pero es que... es que nunca se me ha pasado por la cabeza que, cuando no está conmigo, cortejándome y besándome, pudiera estar con otra de las chicas. ¿Se acuesta con ellas? ¿He sido una ingenua al pensar que no lo haría?

Sabía que debía de estar preparándose ante la posibilidad de tener que escoger otra esposa, pero todo quedaba en el terreno de lo teórico. Lo que más me ha dolido no ha sido ver cómo la besaba, sino sentir que no quería parar. No he visto a un príncipe cumpliendo con las obligaciones de la corona; he visto pasión y placer..., lo mismo que le estaba ofreciendo yo cuando me ha dejado porque tenía una «reunión».

Me siento como si me hubieran arrancado el corazón de cuajo y no sé si echarme a llorar o volver a su dormitorio a pegarle cuatro gritos. Lo único que tengo claro es que no pienso quedarme aquí sin hacer nada. No pienso quedarme aquí llorando por él hasta que venga y me explique por qué me ha mentido y por qué se ha ido de mi cama para meterse en la suya con otra mujer.

«Duele.»

Me llevo el puño apretado al pecho, deseando poder arrancármelo, desesperada por librarme de este dolor. No quiero ser una de esas chicas que se vienen abajo por culpa de un hombre, pero no sé cómo evitarlo después de haber visto lo que he visto.

Respiro entrecortadamente. Me cuesta, pero me obligo a hacerlo. No permitiré que Sebastian me convierta en una idiota que llora por las esquinas. Pensaba que me quería. He sido una idiota pensando que era especial para él.

Cuando descubrí quién era en realidad no creí que seguiría queriéndolo. No me imaginé que pensar en él junto a otra mujer dolería tanto. Cuando

me di cuenta de que mis sentimientos hacia él no habían cambiado y él me dijo que yo era la elegida, no dudé de sus palabras.

Debería hablar con él. Al menos debería decirle cómo me siento, pero no puedo permitirme discutir con él. No puedo permitir que cancele el viaje al Palacio de la Serenidad. Y tampoco puedo fingir que me he enterado y que no me importa. Sebastian me conoce y sospecharía enseguida que me quedo por alguna otra razón. Sabe que yo no sería capaz de verlo con otra y hacer la vista gorda.

Me levanto del suelo decidida a no dejarme abatir. Estoy aquí con un objetivo: rescatar a mi hermana. Tal vez estaba empezando a hacerme ilusiones, a pensar que de aquí podría salir algo más, que tal vez un día Sebastian y yo...

Qué más da. Si Sebastian me deja sola cuando las cosas se calientan entre nosotros para ir a besarse con otras chicas, él se lo pierde. Iremos al Palacio de la Serenidad y eso es lo único importante. Mientras tanto no pienso ser la típica chica que se queda en su habitación llorando por un chico.

Lo que necesito es un poco de baile y de vino. Me concederé una noche para quitarme la pena de encima, para olvidarme de todo. Y mañana estaré lista para volver a concentrarme en la misión. Mejor así. Mejor saber a qué debo atenerme. Mejor no dejarme distraer por Sebastian y un futuro imposible.

Cuando entro en el salón de baile, donde nunca faltan la música estridente y la multitud de bailarines, veo a Riaan. Forzándome a sonreír, saludo al rubio amigo de Sebastian.

—Buenas noches.

—Abriella. —Me dirige una sonrisa radiante—. Me alegro de verte. ¿Dónde está Sebastian?

—Con otra mujer —respondo antes de poder evitar que las palabras se escapen de mi boca. Las acompaño con otra sonrisa, como si no fueran una daga que se me clava retorciéndose en mitad del pecho. Cada vez que pestañeo veo la mano de Sebastian deslizándose bajo el vestido de la otra chica. Es como si alguien me golpeara en el mismo sitio una y otra vez.

Como tener una herida abierta que se hace más y más profunda con cada golpe.

Se le borra la sonrisa de la cara de inmediato.

—Estoy seguro de que preferiría estar contigo.

—No creas. —Echo un vistazo a la fiesta, evitando su mirada penetrante que parece saberlo todo—. Me ha dejado para estar con ella. Pero no pasa nada; al menos ahora sé a qué atenerme.

—No, no creo que lo sepas. —Niega con la cabeza—. Él te daría todo lo que le pidieras. Abriella, mírame. —Cuando lo hago se agacha un poco hasta que quedamos a la misma altura—. Mi príncipe te desea desesperadamente. Si está con otra mujer ahora mismo es porque le ha dolido mucho descubrir que estabas con Finnian.

Me quedo boquiabierta. ¿Riaan también lo sabe? ¿Han quedado al descubierto todos mis secretos?

—Él me lo cuenta todo —sigue diciendo Riaan—. Si valoras lo vuestro, si no quieres perder lo que tenéis, debes recuperar su confianza.

—Quiero hacerlo —replico, aunque no es del todo cierto. Ahora mismo a mi corazón le da todo igual, pero necesito hacerlo. Por la misión. Necesito recobrar la confianza de Sebastian—. Pero Sebastian me dijo que no quería empujarme a hacer algo para lo que aún no estoy preparada.

—Solo existe una demostración de confianza absoluta entre un humano y un ser mágico.

—El vínculo —susurro.

A eso se refería Sebastian. Quiere que nos vinculemos de por vida. Pero no puedo hacerlo. Al menos no hasta que haya recuperado los artefactos de Mordeus, ya que vincularme con él implicaría que Sebastian sabría —aunque fuera vagamente— dónde me encuentro y qué estoy haciendo en todo momento. Pero cuando Jas esté a salvo, cuando al fin pueda sincerarme con Sebastian, ¿estaré dispuesta a vincularme con él para demostrarle que puede confiar en mí? Porque ahora la cuestión es más compleja. Después de lo que he visto esta noche, la que no acaba de fiarse de Sebastian soy yo.

—No tengas miedo. —Riaan me dirige una sonrisa que me parece amable—. Es una unión tan íntima que no puedes ni imaginártela. Una

conexión más profunda que cualquier otra. Solo... piénsatelo. —Endereza la espalda cuando alguien lo llama desde el otro extremo del salón. Saluda con la mano antes de volver a dedicarme su atención—. Y ahora, dime, ¿qué puedo hacer por ti para que disfrutes de la fiesta?

Le hago un gesto con la mano.

—Puedes irte; estoy bien.

Él me observa con atención.

—¿Seguro?

—Voy a bailar —respondo forzándome a sonreír.

—Esa es mi chica. —Me da un golpecito en la nariz antes de ir a reunirse con sus amigos.

Todas las noches se celebran fiestas como esta en la corte seelie. Al parecer casi todos los residentes en el palacio pasan las noches bebiendo y bailando. Con la excepción de la noche de Litha, me he negado a asistir. Siempre pongo excusas. En las ocasiones en que la reina ha requerido mi presencia, he hecho una breve aparición y me he escapado en cuanto he podido.

Sin embargo, esta noche no rechazo el vino que me ofrecen. Yo misma cojo una copa de la bandeja del camarero y me la bebo de un par de sorbos antes de apoderarme de otra.

Quiero sentirme liberada, como la primera noche que pasé aquí, bailando. Quiero recuperar el calor que me recorrió las venas tras beber el vino de Mordeus. Quiero olvidarme de las preocupaciones y de mi corazón roto. Quiero que el alcohol me haga perder la noción del tiempo, para no sentir que me aplasta el peso de la decepción. Sebastian me ha decepcionado, pero yo también me he decepcionado a mí misma.

Me llevo la segunda copa a los labios y empiezo a bailar. Siento las piernas y los brazos ligeros, y la cabeza libre de preocupaciones al fin. En estos momentos me siento libre como los pájaros que se lanzan en picado desde el cielo, como la cometa que se ha soltado del hilo y flota a la deriva sobre las olas del mar.

Soy vagamente consciente de las risas, sonrisas y saludos de la gente que me rodea, pero sobre todo estoy en otro mundo. Estoy al mismo tiempo aquí y en ninguna parte. Soy libre.

No sé cuánto tiempo llevo bailando cuando veo que Riaan vuelve a estar a mi lado dirigiéndome una amplia sonrisa.

—¿Cómo te sientes, Abriella?

Dejo caer la cabeza hacia un lado para responderle:

—Bonita.

Acercándose a mi oreja me susurra:

—No renuncies al hombre al que deseas. No tengas miedo a esta vida.

Alzo los brazos por encima de la cabeza y muevo las caderas al ritmo de la música.

—Esta noche no tengo miedo a nada.

—Bien. —Riaan me sujeta por la cintura y me hace girar dejándome orientada en dirección a las puertas del salón de baile—. Sebastian ya se ha librado de la otra chica. Está solo en su dormitorio. Tal vez esta noche los dos consigáis lo que deseáis.

Me libro de sus manos y me vuelvo hacia él.

—¿Te refieres al vínculo?

Él me mira de arriba abajo y me dirige una sonrisa canalla.

—Entre otras cosas.

—Pero no puedo —protesto quejumbrosa arrastrando las palabras. Creo que sigo bailando; no sé cómo parar. Y tampoco quiero—. No puedo decirte por qué o perderé a mi hermana para siempre.

La expresión de su rostro cambia. Por un momento su mirada se vuelve demasiado seria.

—Sebastian siempre encontrará la manera de darte lo que deseas.

—Lo que deseo es bailar —insisto cogiendo otra copa de vino de la bandeja de un camarero que pasa por mi lado.

—Pues baila. —Riaan alza su copa y brinda conmigo—. Es un placer para mí servir a mi futura reina.

Sus palabras me traen recuerdos de Sebastian y la chica enredados en su cama. No quiero pensar en ello. No quiero volver a sentir el dolor que acompaña a esos recuerdos. Por eso vacío la tercera copa, bebiendo tan deprisa que me atraganto.

La música cambia... o tal vez soy yo. Me siento tan ligera que todo lo percibo de manera distinta. Soy extrañamente consciente de mis brazos

moviéndose en el aire; de mis caderas, ondulándose al ritmo de la música. ¿Por qué no me había dado cuenta antes de lo agradable que es tener un cuerpo? ¿Tener brazos y manos? ¿Sentir el aire en la piel?

Quiero más.

Me llevo las manos a la espalda para desabrocharme el corpiño, pero alguien me detiene.

—Abriella, ya basta —me ordena Emmaline agarrándome por los hombros.

Pestañeo varias veces intentando enfocar la cara de mi doncella, pero la imagen baila ante mis ojos. Al entornarlos me doy cuenta de que no se trata de una de las gemelas, sino de Pretha.

—Preeetha —digo arrastrando la primera sílaba mientras le acaricio la cara, suave y hermosa, en su forma auténtica—. Eres tan bella... ¿Por qué siempre te conviertes en alguien que no eres?

—Nos vamos de aquí —me interrumpe—. Para ya. —Me da una palmada en la mano para que suelte las cintas del corpiño.

—¿Por qué no nos quitamos la ropa para sentir el viento sobre la piel? —le pregunto en un susurro cómplice—. Es maravilloso tener una piel que siente tantas cosas. Solo quiero sentir con la piel en vez de con mi estúpido corazón.

—Te han drogado —me advierte ella—. No sabes lo que quieres.

—No te falta razón.

Dejo que me guíe fuera del salón de baile, básicamente porque es más fácil seguirla que discutir con ella. ¿Para qué pelear? No quiero estropear esta sensación tan deliciosa.

Hasta ahora siempre nos hemos ido de palacio en un carruaje, pero hoy me hace entrar por una puerta del vestíbulo que no había visto antes.

—¿De dónde ha salido esta puerta? —le pregunto, pero ella ya ha entrado. Tira de mí y de repente aparecemos en la tranquila sala de estar de una casa calentita y acogedora.

26

—La magia sabe a arcoíris —digo balanceándome de un lado a otro.

—Por los dioses de las alturas y de las profundidades —murmura Pretha.

Hay una alfombra en el suelo y velas que arden en candelabros de pared. Sería un lugar fantástico para leer un libro, pero esta noche no me apetece leer, me apetece sentir.

La agarro del brazo.

—¿Es tu nueva casa? Siento mucho que tuvieras que mudarte por mi culpa. Y siento que él esté besando a otra mujer por mi culpa.

Ella se vuelve negando con la cabeza. Qué pena. Vuelve a tener su aspecto real y ¡es tan bonita! Pero entonces veo que no estamos solas y la entiendo.

—Finn —digo tambaleándome hacia él—. Tú también eres guapo. Tanto que no puedo concentrarme cuando estás cerca. ¿Te lo he dicho alguna vez? Sebastian se enfurecería si se enterara. —Me echo a reír—. Tal vez podríamos ir juntos a decírselo, para que aprenda.

—La han drogado —dice Pretha.

—Es evidente —replica Finn y, cuando entorna divertido sus espectaculares ojos grises, se le forman arruguitas en los extremos—. Tráela aquí arriba.

Finn sube por una larga escalera y Pretha me ayuda a mantenerme derecha para seguirlo. Cuando llegamos a un gran dormitorio me fijo en detalles como las grandes y gastadas alfombras, las velas que lo iluminan, la enorme cama. La vista se me queda pegada a la cama, y mi mente se entretiene imaginándose a Finn tumbado de lado, apoyado en un codo. Él me sonreiría y yo sentiría esas frescas sábanas blancas contra mi piel desnuda, en contraste con el calor que desprenderían sus dedos, que me rozarían el vientre como lo hicieron mientras estábamos escondidos entre las sombras de la mazmorra.

Cierro los ojos y me dejo llevar por la fantasía. Soy vagamente consciente de que voy a parar al suelo. Noto calor en un costado y alguien me levanta en brazos.

El olor de Finn tan cerca me altera como si hubieran encendido un interruptor dentro de mí. La discreta atracción sexual se vuelve intensa e insistente hasta que se convierte en una necesidad imposible de ignorar. Le echo las manos al cuello y hundo la cara en su pecho.

Él se tensa.

—Gracias —susurra con la voz ronca.

¿Por qué me da las gracias? ¿Le he dicho algo? Tal vez he comentado lo bien que huele o cómo, a veces, pienso en sus grandes manos o me pregunto cómo cambiarán de color sus ojos grises cuando se excite. No, no creo que me diera las gracias por comentar eso.

—¿Qué has bebido? ¿Cuántas copas?

El sonido de su voz me hace abrir los ojos. ¿Cuándo los he cerrado? Su cara está muy cerca y sus labios se ciernen sobre los míos.

—Solo una, dos, tres... Quiero más, por favor.

—Cómo no —refunfuña él y aparta los ojos. Eso me entristece mucho. No quiero que mire a nadie que no sea yo—. Está demasiado pasada de vueltas; el elixir no le hará efecto.

—¿Me estoy muriendo?

Debo de estar muriéndome porque Finn me lleva en brazos y me trata con cariño. Me sujeta con una mano por la parte baja de la espalda y con la otra me acaricia el cuello.

—No te estás muriendo; estás colocada —responde sin mirarme.

—El príncipe no estaba —le informa Pretha—. Y la reina no ha vuelto a palacio desde Litha, aunque nada hace sospechar que conozca la auténtica identidad de Abriella.

—Entonces ¿quién le ha hecho esto? —pregunta en tono amenazador. Sé que ese tono debería asustarme, pero en realidad lo que hace es subir el volumen del deseo que late entre mis piernas.

Colocada. Borracha. Drogada. No sé qué me pasa, pero lo agradezco porque me siento distinta. Esta Brie no tiene miedo. Esta Brie no tiene que cargar con un corazón roto y una estúpida culpabilidad. Dice y hace lo que quiere, y lo que quiere es hundir los dedos en el pelo de Finn.

—Tus rizos son tan suaves... —digo enroscándome uno en un dedo.

—Se está sobrecalentando —replica él, y suelta una maldición.

Yo cambio de postura entre sus brazos. Le suelto el pelo, lo agarro por la nuca y le digo al oído:

—Tengo que contarte un secreto.

—¿Se pondrá bien? —pregunta Pretha.

Siento que él inspira bruscamente. Estamos tan cerca que me muevo cada vez que él respira.

—Yo me ocupo de ella; ve a averiguar lo que puedas.

La piel me arde de deseo. Necesito que me toque. Sin esperar a que lo haga, le acaricio el cuello con la nariz.

—Brie —me advierte con su voz profunda. El timbre ronco me araña las terminaciones nerviosas especialmente sensibles mientras una parte lejana de mi mente registra la advertencia.

—Te vi con ella.

—¿De qué me hablas?

Me está llevando a alguna parte; alguna parte que no es la cama, me doy cuenta decepcionada, pero sigo en sus brazos, así que no protesto.

—Estaba en la biblioteca contigo. La besaste; lo vi.

—¿A quién? ¿A Kyla?

—¿Se llamaba así? ¿Qué le pasó?

Él me deja en el suelo con delicadeza.

—¿Te dedicas a espiar en tus ratos libres, princesa?

—Trataba de encontrar respuestas, aunque no sirvió de mucho.

Me echo a reír y tropiezo con el borde de una alfombra. Él me endereza y, al hacerlo, me roza la parte inferior de los pechos con los pulgares. Me dejo caer sobre él, para notar más el contacto, y lo miro a los ojos, que esta noche son más grises que plateados. Alzo la mano y recorro sus labios con los dedos.

—Eres muy guapo. Creo que me gustaría besarte, solo una vez.

Su expresión cambia y durante un instante me parece ver algo ahí. ¿Es calor? Pero enseguida desaparece.

—Te han drogado. No eres tú la que habla.

—Tienes razón; no soy yo. Yo soy Abriella, la responsable, la fuerte, la aburrida. —Cierro los ojos, apoyo la mano sobre la suya y me la llevo al vientre mientras susurro—: La solitaria.

—Tenemos que enfriarte.

Adoro el sonido de su voz. Es como un suave masaje que me acaricia la piel. Él continúa hablando, está diciendo no sé qué tonterías sobre temperatura corporal, agua y bla, bla, bla, pero yo sigo con lo importante: acariciándole el pecho con la nariz y guiando su mano por mi vientre.

—¡Brie! ¡Abriella!

Abro los ojos de golpe. Estamos en un enorme cuarto de baño. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Cuándo?

Finn está girando los grifos de la ducha. Asiente y dice:

—Entra.

Me desabrocho el vestido mirándolo fijamente a los ojos. Dejo que se deslice por mi cuerpo y se arremoline a mis pies, formando un charco de raso a mi alrededor, y quedándome casi desnuda. Él no aparta la mirada de mis ojos.

—Eres muy aburrido —lo provoco caminando a su alrededor—. ¿Qué tenía Kyla que no tenga yo? ¿Qué tiene la chica de Sebastian que no tenga yo?

Él aprieta los dientes con fuerza.

—Métete en la ducha.

Lo obedezco y me dirijo a la ducha serpenteando ligeramente. Llevo puesta la ropa interior, las prendas recargadas con puntillas con las que Emma y Tess me visten siempre. No me las quito porque quiero que lo haga

él. Quiero que entre en la ducha conmigo, notar el agua caliente sobre la piel, sentir sus manos por todos mis rincones. Sebastian no es el único que puede encontrar compañía en otra parte.

Pero, cuando entro en la ducha recubierta de azulejos, un chorro de agua fría me golpea la piel, haciéndome retroceder de un salto.

Finn me bloquea la salida. Tiene las piernas separadas y los brazos cruzados ante el pecho.

Me estremezco.

—Está helada.

—No lo está. La notas así porque tu cuerpo está demasiado caliente.

Pestañeo mientras el agua cae sobre mí, empapándome el pelo y la ropa interior.

—Déjame salir.

—No puedo.

—Vale, pues entonces... —Lo agarro por el cinturón y tiro de él.

Cuando él cierra los ojos leo la verdad en su expresión tensa.

Me desea. Finn me desea y está luchando contra sus impulsos.

Con la camisa mojada puedo distinguir sus tatuajes bajo la tela. Trazo las runas que tiene grabadas en los pectorales con los pulgares.

—Adoro tus tatuajes.

Abre los ojos y se tensa aún más.

—No hagas eso.

¿A qué se refiere? ¿No quiere que lo toque o...?

—¿El qué? —Recorro con el dedo un tatuaje suyo en forma de llama ardiente—. ¿Esto?

Él se estremece. El pecho le sube y baja rápidamente, como si hubiera estado corriendo.

—No adores mis tatuajes —susurra—. No romantices algo que desconoces por completo.

—Ahí está mi refunfuñón príncipe de las Sombras. —Bajo las manos y le acaricio los tatuajes que tiene sobre el torso y el abdomen—. ¿A ti no te gustan?

—No especialmente.

—Y entonces ¿por qué te los haces? —Le levanto la camisa y observo uno que se pierde por dentro de la cinturilla del pantalón. Parece una estrella de cinco puntas con una línea quebrada en el centro. Apoyo el pulgar sobre la estrella y alzo la cara para mirarlo a los ojos—. Este quiero probarlo.

Se le abren mucho las ventanas de la nariz. Con un gruñido ronco, me sujeta las muñecas y me inmoviliza las manos contra la pared, una a cada lado de la cabeza.

—Brie, estate quieta.

—¿Por qué? Finn... —Murmuro su nombre como si fuera un secreto. Con las manos atrapadas solo puedo tocarlo si arqueo las caderas y eso es lo que hago—. Por favor. Quiero ser deseada. Sin ataduras, sin expectativas. Un beso sin exigencias de un futuro que no puedo prometer. Solo una vez.

Él frunce el ceño y me parece más joven, menos serio, lo que resulta curioso. ¿Cómo puede parecer menos serio con el ceño fruncido?

—Sebastian deseaba a la chica a la que estaba besando, pero a mí no me desea. No de la misma manera.

—Sebastian te desea con desesperación, confía en mí —me asegura con una expresión burlona que desaparece inmediatamente cuando hago rodar las caderas y las presiono contra su vientre. Su nuez sube y baja al tragar saliva.

—No. —Niego con la cabeza—. Todo el mundo desea algo de mí, pero a mí no me desea nadie. Siempre se va cuando lo beso. Supongo que es porque no le prometo que seré su esposa, pero a la otra chica no la ha dejado. Ha seguido besándola.

Finn aprieta los dientes.

—Es un idiota.

Sus palabras me hacen sonreír, pero me contengo.

—Tú, en cambio, a veces me miras como si me desearas..., excepto cuando me miras como si me odiaras. Finn... —Suelto el aire y suena como un gemido—. Tócame.

—No pienso acostarme contigo solo porque tu príncipe haya herido tus sentimientos.

Trato de liberarme, pero él me sujeta con más fuerza.

—¿No puedes fingir? —le pido—. ¿Solo un minuto? Bésame como la besaste a ella.

—¿A quién? —Su pecho sube y baja mientras respira trabajosamente. Sus ojos regresan a mis labios una y otra vez, por mucho que los aparte.

—La chica humana que te trajo Kane. El tributo. La vi entre tus brazos y... quise ocupar su lugar.

Finn se queda inmóvil un buen rato, con la excepción de su nuez, que sube y baja cada vez que traga saliva.

Mi piel está ardiendo. Está demasiado caliente. Y el agua demasiado fría. Las únicas partes de mi cuerpo que están a gusto son las que están en contacto con él. Si Sebastian descubriera estos sentimientos, si supiera que parte de mí desea a Finn, no me lo perdonaría nunca. Pero ¿qué importa una traición más? ¿Cambiará algo? Si esta noche no me ha elegido a mí, es imposible que me elija cuando sepa toda la verdad.

—Te elegirá a ti siempre —dice Finn aún con el ceño fruncido.

¿Lo he dicho en voz alta? No lo sé, y me da igual. Solo puedo pensar en mi piel, que cosquillea como si la hubieran diseñado para ser tocada. Solo puedo pensar en Finn, que ha movido las manos con las que me sujeta y ahora me acaricia la parte interna de las muñecas con los pulgares.

—Deja que te toque. —Me retuerzo contra él.

Finn usa su cuerpo para mantenerme inmóvil, pegada a la pared, y hunde un fuerte muslo entre mis piernas. Agacha la cara, rozando con la boca el hueco de mi clavícula. Sigo teniendo la piel tan caliente que su aliento es como una brisa fresca sobre ella.

—Quieta. Quédate quieta. Esta sensación... pasará.

Me retuerzo contra él porque necesito encontrar alivio.

—Me duele. —Me da igual si sueno patética o desesperada. Nada importa excepto el fuego que me arde en las entrañas y la necesidad que me recorre las venas.

—Lo sé. —Mantiene la cara enterrada en mi cuello, por lo que me cuesta oír sus palabras amortiguadas por encima del rugido ensordecedor que brama en mis oídos.

—¿Es por mí? ¿Soy yo? —Se me rompe la voz. «Es por mí. No soy suficiente.»

—No. Nunca.

—Demuéstramelo.

Ahogo un grito cuando me clava los dientes en el cuello, pero luego recorre el lugar con la lengua y el dolor se convierte en placer. Noto cómo la sangre late con más fuerza en ese punto, pidiendo más.

Me dejo guiar por el instinto, y por la necesidad de huir de mis pensamientos, que se repiten en bucle.

Muevo las caderas formando círculos, frotando mi centro contra su musculosa pierna. Todo mi cuerpo le ruega más, pero él sigue agarrándome con fuerza por las muñecas. Me recorre el cuello con la lengua y me mordisquea la oreja. La sensación es ardiente y deliciosa. Me concentro en el punto de fricción entre nuestros cuerpos, prestándole absolutamente toda mi atención, persiguiendo mi placer hasta que lo noto latiendo y expandiéndose dentro de mí.

Finn gruñe con la cara enterrada en mi cuello.

—Brie —susurra acariciándome la piel con su cálido aliento—. Joder.

Me desplomo contra la pared, temblando y sin fuerzas, y Finn me lleva a la cama en brazos.

27

Me doy la vuelta y me llevo la mano a la frente. Siento como si tuviera la boca llena de arena. Me duele todo. Ovillándome de lado, suelto un gemido.

—No seas dramática —dice Finn.

Abro los ojos de golpe y me siento tan deprisa que la habitación me da vueltas. Las imágenes de las últimas horas me vuelven en oleadas. La fiesta. El baile y el vino. Emmaline... No, Pretha sacándome de allí.

Luego Finn. La ducha. Yo, rogándole.

Por los dioses de las alturas y de las profundidades. Yo, rogándole... mucho.

Al ver que me ruborizo, Finn me dirige una sonrisa irónica.

—¿Algún problema, princesa? —me pregunta echándose hacia atrás sobre los talones.

«Quise ocupar su lugar.»

Ni siquiera me lo había confesado a mí misma y, sin embargo, anoche se lo confesé a él. Me lancé a sus brazos y él me rechazó. Me mantuvo inmóvil mientras yo le rogaba que me tocara. Y, aunque me estoy muriendo de vergüenza, el recuerdo de sus labios sobre mi piel me enciende otra vez.

Me dejo caer de espaldas sobre la cama y me cubro la cara con las manos.

—Vete.

Él se echa a reír.

—Anoche no querías que me fuera. De hecho, cuando te metí en la cama, me rogaste que me quedara contigo. Tengo que admitir que alguna de las promesas que me hiciste despertaron mi curiosidad.

Lo miro separando los dedos y, tal como me imaginaba, el muy idiota está sonriendo. Nunca sonríe pero, por supuesto, esta mañana, que es la más humillante de mi vida, no podía dejar pasar la oportunidad de dedicarme una sonrisa de capullo.

—Te odio.

—Pues anoche tampoco decías eso.

Me tumbo boca abajo, con la cara escondida en la almohada.

—Estaba borracha por culpa del vino feérico. No quería decir nada de lo que dije. —El almohadón amortigua las palabras, pero, a juzgar por su risa, las oye igualmente.

—No funciona así, princesa. El vino hizo que bajaras las barreras de tus inhibiciones y te excitó, es cierto, pero fíjate que no te llevaste a Pretha a la ducha ni le rogaste que te tocara.

No. Deseaba que me tocara Finn, por eso él tuvo que soportar mis patéticos ruegos.

—Si tuviera buen gusto, lo habría hecho —murmuro. Vuelvo a rodar hasta quedar boca arriba. Con el ceño fruncido añado—: El vino feérico nunca me había afectado de esta manera.

—No fue culpa del vino, sino de lo que le echaron. —Coloca tres frasquitos de cristal sobre la mesita de noche—. Si vuelves a notar que algo te provoca ese efecto, tómate uno de estos enseguida y vete a un lugar seguro. El elixir contrarresta el efecto de la droga, pero debe tomarse de inmediato. Cuando Pretha te encontró, la droga ya se había extendido por todo el cuerpo y solo podíamos esperar a que pasara el efecto. Muchos seres mágicos podrían haberse aprovechado de ti si te hubieran encontrado en ese estado. Podrían haber hecho que... tomaras decisiones que tal vez no habrías querido tomar estando sobria.

«Pero Finn no lo hizo.»

—Gracias —le digo, pero sin dejar de fruncir el ceño.

Él lanza varias piezas de ropa sobre la cama.

—Deja de compadecerte de ti misma y vístete.

Le lanzo la almohada a la cara, pero él la coge con una mano y me dirige una sonrisa burlona. No, no es burlona. Es una sonrisa franca. Algo ha cambiado entre nosotros, y por eso me atrevo a hacerle una pregunta.

—¿Quién es Isabel?

Su piel canela palidece pero, por una vez, no evade la pregunta.

—Isabel era la mujer a la que amaba. Pensaba casarme con ella y tener hijos. —Traga saliva—. Pero murió.

—¿Qué le pasó?

Sus ojos plateados tienen un brillo torturado cuando responde:

—Era mortal.

—Lo siento, Finn.

—Ya, pero no sientes haberme sacado al fin toda esa información.

Miro al cielo, pero no lo niego. Él señala con la cabeza la ropa que tengo en el regazo.

—Deberías vestirte.

—¿Por qué?

—El príncipe tiene previsto llevarte al palacio de verano esta noche.

No quiero saber cómo es posible que él esté más informado sobre mis planes con Sebastian que yo.

Ladeando la cabeza me pregunta:

—¿Todavía quieres ir? ¿Sigues queriendo ir al palacio, encontrar el libro, liberar a tu hermana?

—Por supuesto.

Se cruza de brazos.

—Pues vístete.

—Cuando te vayas —replico señalando la puerta.

Esta vez la sonrisa que me dirige sí es burlona. No puedo evitar recordar la perfección de sus labios pegados a mi piel. El contraste entre los suaves labios y la dureza de sus dientes cuando me mordió.

—No te importó desnudarte ante mí anoche.

—¡Largo!

No conozco la casa, pero no me supone ningún problema encontrar la cocina. Cuando bajo, Finn me está esperando junto a Kane. Llevan pantalones de montar y chalecos de cuero; espadas sujetas a la espalda y dagas atadas a los muslos. Me cuesta apartar la vista de las musculosas piernas de Finn, y no puedo evitar recordar lo íntimamente que conocí esos prominentes muslos anoche.

Finn levanta su taza sin poder disimular el brillo divertido de sus ojos.

—Hay café —me ofrece.

Siento una mezcla de vergüenza, culpabilidad y humillación que hace que me ardan las mejillas aún más que anoche. Asiento con la cabeza, que todavía me duele y no está despejada del todo.

—Gracias.

Cruzo la cocina y me sirvo una taza de la bebida humeante y oscura.

—He oído que tuviste una noche de lo más movidita —comenta Kane meneando las cejas—. Ahora me arrepiento de haber salido a patrullar en lugar de Finn. Te habría ayudado encantado a soportar el calentón. —Me guiña el ojo mientras Finn lo mira mal.

Kane me mira con lascivia, pero yo no me dejo amedrentar.

—Ni con todas las drogas del mundo.

—Pues tú te lo pierdes —murmura—. Yo al menos sé cómo ocuparme de alguien a quien le han dado hierba fae. Un macho de verdad no te habría dejado insatisfecha, rogando.

Me vuelvo hacia Finn y le dirijo una mirada horrorizada. Él alza las manos.

—No he dicho ni una palabra.

A Kane se le escapa la risa.

—Jalek te oyó. Es una casa vieja; con estas paredes tan finas se oye todo.

Al despertarme pensaba que no podría sentirme más mortificada. Me equivocaba.

—¿Qué es lo que recuerdas? —me pregunta Finn.

Lo miro y miro a Kane. Estoy a punto de pedirle que se calle porque, francamente, sean o no finas las paredes, no me apetece mantener esta

conversación delante de nadie, y menos de Kane. Pero, al mirarlos, me doy cuenta de que ninguno de los dos se está riendo.

—Antes de que Pretha te trajera aquí —insiste Finn—. ¿Quién te dio el vino?

Me tomo el café y aguardo a que los recuerdos de la pasada noche se aclaren. Siguen borrosos, pero esforzándome un poco...

—Había mucha gente. Cogí el vino de un camarero que pasaba con una bandeja, igual que el resto de los invitados.

«¿Acaso los drogaron a todos?»

Finn parece leer mis pensamientos.

—No he oído que hubiera más invitados afectados por el vino —comenta—. Si drogaron a alguien más no se ha corrido la voz, pero habría sido imposible ocultarlo si hubieran drogado a todo el mundo.

Contengo el aliento cuando se me ocurre algo, pero niego con la cabeza.

—¿Qué? —me pregunta Finn—. Sospechas de alguien. Cuéntamelo.

—El amigo de Sebastian, Riaan, habló conmigo durante la fiesta.

Kane maldice entre dientes.

—Por supuesto. No vaya a ser que su príncipe se ensucie las manos.

—¿Qué? No. Bash nunca me haría algo así, pero me encontré con Riaan cuando había tomado un par de copas y...

—¿Y qué? —me anima Finn con delicadeza.

Niego con la cabeza.

—Es personal. —Finn alza mucho las cejas como diciendo: «¿Y lo de anoche no lo fue?»—. No importa.

Kane suelta un gruñido.

—Sí que importa. ¿Qué hizo?

—No hizo nada. —Vuelvo a ruborizarme vivamente al recordar a Riaan sugiriéndome que fuera a hacer las paces con Sebastian—. Solo trataba de ser un buen amigo.

—¿Qué te dijo? —insiste Finn.

—Yo estaba disgustada porque había visto a Sebastian con otra chica, una de las candidatas a casarse con él.

Finn se cruza de brazos.

—Sí, lo mencionaste anoche.

—Fui a la fiesta para olvidarme del disgusto, pero me encontré a Riaan y le conté lo que había visto. Él se fue, pero volvió más tarde. Me dijo que la chica ya se había ido y que era un buen momento para... recuperar la confianza de Sebastian.

Kane se me queda mirando boquiabierto.

—¿Por qué demonios eres tú la que debe recuperar su confianza si fue él el que estaba con otra mujer?

Agacho la cabeza.

—Él debe elegir esposa y, como yo no acepto serlo, no es justo que me moleste cuando lo intenta con las demás.

Kane se ríe por la nariz.

—Claro. Qué cómodo para él.

Tengo mil razones para excusar el comportamiento de Sebastian en la punta de la lengua, pero todas me dejan un regusto amargo en la boca, incluso a la luz del día, por lo que guardo silencio. Sí, desearía que hubiera sido más franco conmigo respecto a sus relaciones físicas con otras chicas. Sí, me duele que se fuera de mi habitación y se llevara a otra chica a la suya. Pero si mis sentimientos por Sebastian ya eran complicados antes, lo son más después de lo que sucedió anoche con Finn... O, mejor dicho, por lo que no pasó pero podría haber pasado tranquilamente.

—¿Te sugirió Riaan que te vincularas con el príncipe? —me pregunta Finn con la mandíbula en tensión.

—Sí, pero estaba dolida y, por supuesto, no puedo hacerlo sin poner en peligro la seguridad de Jas.

Finn alza las cejas.

—Interesante. No es eso lo que decías hace un tiempo, cuando asegurabas que no te vincularías nunca.

—Está claro que el príncipe la tiene a punto de caramelo.

Su comentario acaba de sacarme de quicio.

—Que te den, Kane. —Me vuelvo hacia Finn furiosa—. Y ¿a ti qué más te da si me vinculo o me dejo de vincular... o con quién?

—Me importa, princesa, claro que me importa —responde, y la rabia que detecto en su voz me sorprende—, porque los vínculos tienen

consecuencias. Y si piensas que... —Lo interrumpe alguien dando un fuerte portazo.

Es Pretha, que entra en la cocina un instante después con Lark en brazos. La niña, que tiene sangre en una pierna, solloza mientras su madre la deja sobre la encimera.

Finn apoya la mano en el hombro de su sobrina.

—No pasa nada; es solo un rasguño. Se curará.

Lark asiente, pero se le escapa otro sollozo entrecortado. Finn humedece un trapo y lo presiona delicadamente sobre la rodilla de la niña.

Pretha me ve observando la escena y cruza los brazos ante el pecho.

—No se cura —dice.

—Se curará —le asegura Finn mirándola por encima del hombro. Volviéndose hacia su sobrina le dirige una sonrisa tranquilizadora—. ¿A que sí?

La niña asiente y se seca las lágrimas. Se nota que quiere mostrarse valiente ante él.

—Se cura como una mortal —refunfuña Pretha pronunciando *mortal* como si fuera algo asqueroso.

Finn le dirige una mirada de advertencia antes de volver a centrar la atención en el corte de Lark.

—¿Te duele?

—Podría infectarse, como la tuya, y entonces ¿qué? ¿Qué haremos, Finn? —insiste Pretha. Nunca la había visto tan asustada.

—Abriella, ¿me harías el favor de llevarte a Pretha afuera mientras le curo la herida a Lark?

Quiero quedarme para enterarme de por qué Pretha teme que un arañazo en la rodilla pueda poner la vida de su hija inmortal en peligro, pero entiendo por qué Finn me ha pedido que la saque de aquí. Con cada palabra que el pánico hace brotar de la boca de Pretha, la niña parece más preocupada y le cuesta más dejar de llorar.

—Vamos —le digo tomándola del brazo con delicadeza.

—Estoy bien —protesta Pretha levantando la barbilla y echando mano de sus reservas de valentía por su hija—. Ya me calmo.

—Id a dar un paseo —insiste Finn sin apartar la mirada de la rodilla de Lark—. Yo me encargo. Solo es un rasguño; no es una herida profunda.

Tiro de la mano de mi amiga y la saco de la casa por la puerta trasera. Ella me sigue a regañadientes, no sin antes dirigir una última mirada desesperada a su hija.

—¿Por qué? —le pregunto a Pretha cuando nos quedamos a solas en el patio.

Ella ya sabe lo que le estoy preguntando. Quiero saber por qué Lark se cura como una mortal.

—Es... como una enfermedad. Siempre ha sido así, desde que nació.

Para alguien acostumbrado a curarse con facilidad y rapidez, debe de ser terrible ver a su hija hacerlo con esa lentitud.

—Y ¿no tiene cura?

Ella suelta una carcajada, pero en sus ojos no hay ni rastro de humor.

—¿Qué te crees que estamos haciendo aquí? —me pregunta secándose las lágrimas.

Niego con la cabeza, porque la verdad es que no lo sé. Pensaba que estaban buscando la corona del rey Oberon para que Finn ocupara el lugar que le corresponde en el trono. Pero eso no tiene nada que ver con Lark, ¿no? En ese momento conecto ambos conceptos y siento que se me encoge el estómago.

—Esa enfermedad... Finn también la tiene, ¿no?

Pretha alza la cara lentamente y me observa en silencio durante un buen rato, como si estuviera tratando de tomar una decisión muy importante.

—Abriella, todos los fae de la corte de las sombras llevan veinte años envejeciendo y curándose como si fueran mortales.

—Pero he visto a algunos curarse rápido.

—No serían unseelie —insiste Pretha, que parece más calmada pero, al mismo tiempo, más desolada.

—¿Es por eso por lo que Finn no usa su magia? ¿Y por lo que le pides a Lark que no use la suya? ¿Es peligroso para ellos? ¿Se... están transformando en mortales?

—Sí y no. —Niega con la cabeza—. Para nosotros la magia y la vida forman parte de la misma realidad. No existe la una sin la otra. Y mientras

los unseelies envejezcan y se curen como mortales, usar la magia les pasa una factura demasiado alta.

«La vida es magia. La magia es vida.»

Finn trató de explicármelo cuando empezamos a entrenar juntos. No me extraña que Pretha se desespere al ver a Lark usando la magia. La niña está acortando su vida sin darse cuenta.

—¿Por qué? ¿Cómo pudo pasar?

Pretha se acerca y me sujeta por los hombros. La telaraña plateada de su frente brilla con más fuerza.

—Ojalá pudiera contarte más, Abriella, pero no puedo.

—Pues ¿cómo pretendéis que os ayude si nadie me cuenta nada? ¿Cuántas veces os he preguntado por Finn y su magia? ¿O por qué no se curaba?

—Te hemos abierto las puertas de nuestra casa a pesar de que vives y estás enamorada de alguien a quien le gustaría que la corte unseelie desapareciera. ¿Cómo podíamos contarte la verdad? ¿Cómo dejar al descubierto una vulnerabilidad tan grande?

—Pero ahora... ¿Ya confías en mí?

Ella afloja las manos y me acaricia los brazos.

—Aunque sé que puedes entregar tu corazón y tu vida al príncipe equivocado, confío en ti, Abriella. Y que sepas que no confío en cualquiera.

¿El príncipe equivocado? Eso significa que Finn quiere mi corazón. ¿Es posible? No debería importarme... Yo amo a Sebastian... Pero...

—Cuéntame más. Explícamelo, por favor.

—No puedo. Si lo intento... —Abre la boca, pero no sale ningún sonido de ella. Se lleva las manos al cuello, como si se estuviera ahogando.

Doy un paso hacia ella.

—¿Pretha? ¿Estás bien?

Ella baja las manos mientras se estremece con violencia.

—Como te he dicho —responde con la voz ronca—, no puedo.

—¿Es un hechizo? ¿Un hechizo te impide hablar de ello?

Pretha no me responde en voz alta, pero leo la respuesta en su modo de sostenerme la mirada. Físicamente es incapaz de decir más.

—De acuerdo —le digo; no quiero que vuelva a hacerse daño—. Lo entiendo. Dime qué puedo hacer para ayudar.

—Encontrar el *Grimoricón* y conseguir devolverlo a la corte unseelie.

La corte unseelie.

«Mordeus.»

—Mordeus tiene magia y la usa constantemente —comento—. ¿Acaso no le afecta esta enfermedad? —Porque dudo que se arriesgara a acortarse la vida por algo tan trivial como hacer aparecer una licorera con vino.

—Mordeus ha demostrado que hará lo que sea necesario para mantenerse en el poder. Y llegará más lejos todavía para conseguir más poder. Y la magia desempeña un gran papel en todo eso.

—No lo entiendo.

—Ya lo sé. —Pretha suspira y se vuelve hacia la puerta—. Solía pensar que era mejor así, pero ya no estoy tan segura.

—Pretha —la llamo al ver que se dispone a abrir la puerta—. Cuando haya conseguido la última reliquia de Mordeus, voy a tener que plantearme muchas cosas, pero, decida lo que decida, espero que entendáis que esto no es fácil para mí. Mi cariño por Sebastian no es nuevo. Llevo dos años sintiendo cosas por él, pero Finn... —Trago saliva. Miro por la ventana de la cocina y lo veo. Está limpiándole la herida a Lark y haciéndola reír. Pienso en cómo anoche me rechazó, cuando estaba totalmente descontrolada por culpa de la droga, rogándole. Pienso en su sonrisa arrogante de esta mañana —. Finn es mi amigo. No quiero perder a ninguno de los dos.

Pretha se vuelve hacia mí y me dirige una sonrisa triste.

—Al final, vas a tener que elegir.

Pienso en Sebastian y en lo mucho que me dolió verlo con esa otra chica. Pienso en lo tentador que es excusar sus actos, aunque solo sea por no tener que sacrificar el poco tiempo que nos queda antes de que él se dé cuenta de que, entre las traiciones de ambos, las mías son probablemente las más graves.

Pretha aún no lo sabe, pero se equivoca. No tendré elección.

28

Arranco un hilo de la pulsera y, antes de poder preparar un mechón de pelo para Bakken, aparece en mi dormitorio del Palacio Dorado. Tiene las piernas cruzadas, los ojos cerrados y las palmas de las manos apoyadas, boca arriba, en las rodillas. Creo que lo he pillado meditando.

Suspira con hartazgo, pero, al abrir los ojos y ver que se trata de mí, me muestra los dientes puntiagudos al dedicarme una sonrisa terrorífica.

—Niña del Incendio. Te dije que no me llamaras desde dentro del palacio de la reina.

Es cierto; lo hizo, pero lo había olvidado.

—Lástima. —Me encojo de hombros.

Se levanta con una agilidad asombrosa y extiende la mano.

—¿El pago?

Busco un mechón de pelo de la parte de atrás, cerca de donde corté el último. Rápidamente lo corto y se lo entrego.

—¿Qué haces con él?

—¿Es eso lo que deseas saber hoy?

—¡No! —Menudo gasto absurdo de pelo. Me da igual. De hecho, probablemente no me gustaría su respuesta—. Tengo otra pregunta. Cuéntame lo que sabes sobre la enfermedad que hace que los unseelies envejezcan y se curen como si fueran mortales.

—No es ninguna enfermedad.

—Pues ¡cuéntame qué les pasa! Y por qué. ¿Por qué se curan como mortales?

Él acaricia mi pelo rojizo entre el pulgar y el índice mientras murmura:

—Se va volviendo más sabia.

—Me estoy volviendo impaciente —replico mirando hacia la puerta. Se supone que me marcho con Sebastian al palacio de verano esta noche. Al llegar a palacio he enviado a mis doncellas a decirle que me estaba preparando y que necesitaba una hora más. No puedo arriesgarme a que Sebastian se encuentre a Bakken aquí cuando llame a la puerta, pero tampoco puedo esperar más. Necesito respuestas—. Cuéntamelo.

—Hace veinte años, cuando el rey Oberon regresó de la larga noche en el reino humano, la reina Arya corrió hacia él, desesperada por reunirse con su primer y único amor. Pero Oberon la rechazó. Mientras estaba encerrado en el reino mortal se había enamorado de una humana. Le dijo a la reina que no podía estar con ella porque su corazón le pertenecía a otra. Con el corazón roto y despechada porque él prefiriera a una débil mortal, la reina maldijo al rey unseelie y a todo su pueblo. Por culpa de la maldición perdieron su condición de inmortales. Envejecerían y serían débiles como los humanos.

—Pero... entonces ¿por qué Mordeus tiene tanto poder, si es unseelie?

—Porque la reina es muy vengativa y quiso castigar también a los humanos. Por eso proporcionó a los unseelies una forma de mantener sus poderes y su vida. Si el rey no quería morir o debilitarse debía matar a un humano; o a muchos, si quería vivir muchos años, y a muchos más si, además, quería usar la magia.

Se me ponen los pelos de punta. ¿Por qué los humanos desean tener magia si esto es lo que hacen con ella? No puedo imaginarme un mundo en el que los humanos más ambiciosos pudieran ejercer este tipo de poder.

Cuando caigo en la cuenta de las implicaciones de lo que acabo de oír, me rodeo la cintura con los brazos. Tienen que matar a un humano para curarse o para poder usar sus poderes; por eso se presentó aquella chica como tributo cuando Finn estaba herido. Pero no. Finn nunca haría eso. No es un asesino. Debe de haber encontrado otra manera de hacer frente a la maldición.

Aparto la idea de la mente y me froto los brazos buscando calor.

—Y ¿por qué no... le devuelven la maldición?

—Su poder es demasiado débil, por mucho que sacrifiquen a humanos sin cesar. —Su mirada se nubla, parece como si no estuviera aquí; como si estuviera viendo algo que sucedió en el pasado y no a mí.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Por qué no había ocurrido nunca antes si es tan fácil mutilar el poder de una corte entera?

Él niega con la cabeza.

—Porque el coste de emplear tanto poder es demasiado grande. La reina estaba loca de celos cuando lanzó la maldición. Además de tener que realizar un sacrificio durante el solsticio de verano, renunció a algo para doblegar la magia a su voluntad. Desde aquel momento los seelies son incapaces de herir a los unseelies. Gracias a eso terminó la Gran Guerra de los Fae.

—Pero... no puede ser. —Niego con la cabeza—. Uno de los centinelas de la reina hirió a Finn; yo misma le puse puntos en la herida.

—Tal vez el centinela trabaje para la reina, pero los seelies no pueden herir a los unseelies.

Ahora recuerdo que Finn hizo algún comentario al respecto. Algo como que había dado por hecho que los guardias eran seelies, cuando en realidad eran habitantes de las Tierras Salvajes que trabajaban para la reina Dorada. En aquel momento no entendí por qué los habitantes de las Tierras Salvajes le parecían más peligrosos que los seelies. Ahora ya lo sé.

—¿Por qué nadie me contó nada de esto?

—La maldición impide que los fae hablen sobre ello, una triquiñuela de la reina para evitar que los humanos descubran la verdad.

—¿A ti no te afecta?

—No, los goblins somos los guardianes de los reinos. Recopilamos los secretos, las historias, las leyendas. No hay maldición ni hechizo que pueda impedirnos recopilar o compartir información, aunque somos lo bastante listos para no hacer enfadar a la reina divulgando sus secretos. Su ira es legendaria. Solo tienes que preguntárselo a los sluaghs que merodean cerca del palacio de verano —comenta sonriendo.

—Y ¿por qué permite que los unseelies usen a humanos para recuperar sus poderes? ¿Por qué darles esa oportunidad? Y con humanos, con el desprecio que sienten todos los seres mágicos hacia nosotros...

—Porque la reina quería que los unseelies se volvieran tan malvados como en los rumores que corrían sobre ellos. Quería que mataran a humanos. Fue su manera de castigar a todos los humanos para vengarse de la que robó el corazón del rey Oberon.

—Y, sin embargo, quiere que su hijo se case con una humana.

Nunca me ha gustado la reina. Tal vez me apiadara de ella la primera noche, al ver el vacío en su mirada, pero cuando me enteré de lo de los campos empecé a odiarla. Sin embargo, me sigue costando asimilar que el aprendiz de mago del que me enamoré sea descendiente de alguien tan vengativo, tan diabólico.

—Quiere que su hijo prevalezca. Que continúe con su legado y que sea aún más poderoso que ella. Es su hijo el que quiere casarse con una humana, con una en concreto, que tiene un pelo precioso del color del fuego. —Se guarda el mechón en la petaca que lleva colgando del cinturón—. Te he dado más de lo que debía a cambio de tu regalo. —Alza la mano, disponiéndose a chasquear los dedos para desaparecer.

—¡Espera!

Deja caer la mano.

—¿Sí?

—¿Es posible romper la maldición?

Él niega con la cabeza.

—Estás tentando a la suerte. Buenas noches, Niña del Incendio.

—¡Quieto! —Busco otro mechón en la parte de atrás y se lo muestro—. Si te doy más pelo, ¿me dirás cómo romper la maldición?

Él se limita a extender la mano y mostrarme la palma.

Cierro los ojos y corto otro mechón. A mis doncellas les va a dar algo cuando vean lo que he hecho, pero, si puedo salvar a Finn y a los niños que están en esos campos, si puedo salvar a Lark y evitar que Pretha se aterrorice cada vez que su hija se hace un rasguño...

Coloco el mechón en la arrugada mano del goblin.

—Tú puedes romper la maldición. Los unseelies llevan veinte años intentándolo sin éxito, pero tú eres especial, porque tienes dos maneras de poner fin al tormento de los unseelies.

Trata de apoderarse del mechón, pero lo sujeto con fuerza.

—¿Cómo?

Dirigiéndome una mirada furiosa, me arrebata el mechón.

—La maldición nace del corazón oscuro y amargado de la reina. Mientras continúe sacrificando a uno de los suyos cada año para alimentarla, seguirá vigente.

—¿Sacrificar a uno de los suyos?

—Cada solsticio de verano un miembro de la corte dorada debe ser ofrecido en sacrificio en las hogueras para que la maldición siga en pie.

Siento ganas de vomitar.

«La hermana de Jalek.»

Y ¿este año? ¿A quién han sacrificado este año? Sé que los prisioneros unseelies no pueden permitirse esperar un año más, pero...

—Si pudiera evitarse el sacrificio, ¿se rompería la maldición?

—Se debilitaría, pero no se rompería.

Odio el modo de hablar de los goblins. ¿Es que no pueden hablar más claro?

—Dime cómo romper la maldición y hacer que los unseelies recuperen sus poderes.

—Niña del Incendio, hay dos maneras. ¿Cuál deseas conocer? ¿La que acaba con tu muerte o la otra, en la que sobrevives?

Un frío intenso se apodera de mí, como si un espectro me hubiera atravesado. Trago saliva antes de responder:

—La segunda, en la que sobrevivo.

—Si esa es tu elección —replica el goblin con una sonrisa maliciosa—, para acabar con la maldición y seguir viviendo, tienes que matar a la reina.

Alguien llama a la puerta.

«No ha pasado una hora, ni mucho menos.»

Abro la boca para decirle a Bakken que ya puede marcharse, pero ya se ha ido.

—¿Abriella?

El sonido de la voz de Sebastian al otro lado de la puerta hace que sienta frío y calor al mismo tiempo. Llevo temiendo este momento desde que lo vi anoche, pero por mucho que me duela todavía su traición lo necesito más que nunca.

¿Conocerá Sebastian la maldición? Tiene que conocerla; al parecer todos en estos reinos la conocen. Pero ¿sabrá que su madre es la responsable? ¿Es consciente de la cantidad de seres que quieren verla muerta? Y no a causa de la rivalidad entre las dos cortes, sino porque la reina los está matando, literalmente.

No logro imaginarme que apruebe la muerte de uno de los suyos tan solo para que la maldición se mantenga vigente. Sin embargo, hay tantas cosas de Sebastian que nunca me habría imaginado... Por eso no puedo confiar en él.

Me guardo el Espejo del Descubrimiento debajo de la falda y lo envuelvo en sombras. Inspiro hondo para calmarme. Al abrir la puerta me encuentro a Sebastian, con su mirada profunda y su sonrisa habitual. Todas las imágenes de maldiciones y sacrificios se desvanecen y su lugar lo ocupan imágenes de Sebastian tocando a aquella otra chica por todas partes.

«Cálmate, Brie. Concéntrate.»

Vuelvo a tragar saliva y lo invito a entrar con la mano.

—Hola. —Solo he pronunciado una palabra, pero me ha salido temblorosa. No sé si voy a ser capaz de fingir que anoche no pasó nada.

—Tenemos que hablar —me dice.

—De acuerdo.

Bajo la vista. Estoy harta de guardar secretos, pero si logro recuperar el *Grimoricón* estaré mucho más cerca del final de esta colección de engaños y mentiras. Y estaré más cerca también de ayudar a Finn y a su gente. Cada vez me doy más cuenta de que de verdad quiero ayudarlos.

No necesito alzar la mirada para saber que Sebastian se está acercando. Siempre sé cuándo está cerca. Él me levanta la barbilla para que lo mire a los ojos.

—Me he enterado de lo que pasó anoche —me dice.

Me quedo paralizada mientras revivo momentos de las últimas horas: la ducha helada sobre mi piel ardiente, y la presión firme, implacable, del

cuerpo de Finn contra el mío... Su boca en mi cuello... Yo, rogándole...

—Riaan me lo acaba de contar —sigue diciendo Sebastian—. Me lo habría contado antes, pero, por alguna razón, supuso que, cuando te fuiste de la fiesta anoche, habías venido a mi habitación. —Niega con la cabeza —. Ojalá hubieras venido.

«Oh, oh.»

Me lo quedo mirando en silencio. Tengo la mente hecha un lío, llena de preguntas, de dolor y de justificaciones a las que no debería dejar espacio. Pero, a medida que me pierdo en esos ojos tan verdes como el mar, la tentación de perdonarlo se hace más grande. Todo sería mucho más fácil si pudiéramos volver al momento en que él salió de mi habitación ayer.

—Siento lo de la otra chica —susurra—. No pretendía hacerte daño.

—Bash, minutos antes habías estado besándome aquí mismo —le recrimino, lo que me hace sentir como una auténtica hipócrita, ya que poco después estaba rogándole a Finn que me tocara, que me besara. Da igual que él no lo hiciera. Si él me hubiera seguido la corriente, yo lo habría hecho encantada y eso es una traición. Sí, podría echarles la culpa a las drogas o al despecho, pero...

Sebastian da un paso atrás con los ojos brillantes. Leo tantas cosas en su hermoso rostro: frustración, enfado... Aunque diría que está enfadado consigo mismo además de conmigo.

—Ya te dije que tenía que elegir esposa. Y mientras tú todavía te lo estás planteando, hay otras que realmente desean ocupar ese puesto.

—Te invité a mi cama y tú te marchaste y la metiste a ella en la tuya.

Él cierra los ojos con fuerza.

—Creo que trataba de convencerme de que lo que siento por ti no es especial. Quería creer que también podría sentirlo con alguna de las demás.

Sus palabras son como un golpe seco.

—Y ¿lo has conseguido?

Él baja la vista hacia mis labios y niega lentamente con la cabeza.

—No. Nunca lo logro, da igual el empeño que le ponga.

Me doy la vuelta y me acerco a la ventana. Odio que quiera amortiguar lo que siente por mí, pero, al mismo tiempo, lo entiendo. Esto es lo peor de todo: que lo entiendo. No entiendo las prisas por encontrar esposa, ni

muchas de las decisiones que se toman en este mundo, donde lo racional prima sobre lo emocional, pero ¿tratar de encontrar una conexión con alguien con quien has de casarte mientras se acerca la fecha límite que ha fijado tu madre? Sí, eso puedo entenderlo.

—Pues a mí me pareció que estabas muy a gusto —replico sin poder evitarlo.

—Quería estarlo, pero no lo conseguí. —Suelta el aire con fuerza—. Si hubiera sentido con ella lo que siento contigo, no la habría mandado de vuelta a su casa.

—Vale.

Ahora, al nudo de dolor que se me ha formado en el pecho hay que añadirle un nudo de culpabilidad. Me pasé la noche rogándole a Finn que me tocara. Me he pasado la mañana enamorándome del brillo travieso de sus ojos mientras él me tomaba el pelo, y la tarde buscando maneras de salvarlo. Francamente, no sé dónde queda lo mío con Sebastian en medio de todo esto.

—¿Podemos olvidarnos del tema por esta noche? —me pregunta mientras su mano cálida se desliza por mi brazo hasta que me agarra la muñeca con dos dedos—. Solo quiero pensar en nosotros durante los próximos dos días. No quiero pensar en ti entrenando con Finnian ni en mi madre presionándome para que elija esposa, ni recordándome lo poco que falta para que deba asumir mi puesto como rey. ¿Podemos pensar solo en nosotros durante un rato?

—Sí, a mí también me gustaría.

«Mentirosa.»

Él cree que quiero ir al Palacio de la Serenidad para poder disfrutar de un par de días de intimidad, sin que nadie nos moleste, y yo, en cambio, solo pienso en encontrar el *Grimoricón* para devolvérselo a Mordeus.

Él sonríe.

—¿Te encuentras bien?

Entorno los ojos. ¿Estará al corriente de que alguien me drogó anoche? ¿Sería cosa de Riaan?

—Sí, ¿por qué?

—He venido a verte esta mañana y tus doncellas me han dicho que aún dormías. No es habitual en ti dormir hasta tan tarde.

Pretha debe de haber usado algún hechizo para que las doncellas pensaran que estaba aquí, durmiendo... O tal vez ha hechizado a alguien para que adoptara mi aspecto y se hiciera pasar por mí, dormida.

—Anoche bebí un poco en la fiesta.

—Me alegro de que fueras a la fiesta. —Su mirada se dulcifica—. Me gusta que participes en la vida de palacio.

Tal vez ha llegado la hora de ser un pelín más honesta.

—Bash, creo que anoche me drogaron.

Palidece bruscamente, y sus preciosos ojos adquieren la tonalidad de un mar embravecido.

—¡¿Qué?!

—No me encontraba bien. Tenía mucho calor y estaba muy desinhibida. —Me ruborizo avergonzada. Gracias a los dioses, solo Finn fue testigo de los peores momentos—. Cuando mi doncella me encontró en la fiesta, estaba tratando de quitarme la ropa.

Él aprieta los dientes antes de decirme con un brillo furioso en la mirada:

—Tengo que preguntarte algo y necesito que seas muy sincera conmigo.

¿Cómo va a funcionar lo nuestro si no puedo ofrecerle algo tan sencillo como la sinceridad?

Él me agarra por los hombros y me mira solemne.

—¿Viste a Finn o a alguno de los suyos anoche?

—¿Crees que fueron ellos los que me drogaron?

—Creo que nada le gustaría tanto a Finn como ganarse tu confianza y luego hacer desaparecer tus inhibiciones para que hicieras algo imprudente... como acceder a vincularte con él.

—No me he vinculado con nadie.

—Lo sé. —Me aprieta el hombro con delicadeza—. Lo que quiero saber es si lo intentaron.

El único con el que estuve tentada de vincularme anoche fue con Sebastian. Si no lo hice fue por mi trato con Mordeus.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué a todos os interesa tanto este vínculo? Es como si fuera más importante que...

Como si fuera más importante que yo. Supongo que eso es lo que me hizo rogarle a Finn en la ducha. Sentí que Sebastian no era capaz de desearme sin una promesa de por medio. Quería sentir que era válida y deseable por mí misma. No puedo culpar a las drogas de eso.

—Porque es importante. —Me mira fijamente como si quisiera decirme algo más. Tal vez no puede. ¿Será por la maldición?—. No me extrañaría que Finn o alguien de su banda lo intentara. Una simple ceremonia de vinculación y te alejaría de mí para siempre.

Si no recuerdo mal, Finn me hizo una advertencia similar cuando llegué. Me advirtió que no me vinculara a Mordeus. ¿Por qué tantas advertencias? Y esta mañana Finn se ha enfadado cuando he admitido que la única razón por la que no me he vinculado con Sebastian es por mi trato con Mordeus. Se ha callado cuando Pretha ha llegado con Lark. ¿Qué me habría dicho si no nos hubieran interrumpido?

No puedo permitirme pelearme con Sebastian ahora. Si defiendo a Finn y a sus amigos solo conseguiré prolongar la discusión; por eso me trago las palabras y niego con la cabeza.

—No sé quién me drogó.

Él me aprieta la mano.

—Si estuviéramos vinculados, sabría cuándo tienes problemas. Te habría encontrado anoche y me habría asegurado de que nadie abusara de tu falta de inhibiciones. Odio saber lo vulnerable que eres.

—No soy vulnerable..., no como antes. Cada vez uso mejor mi poder.

Pero mis palabras no parecen tranquilizarlo.

—A veces es ese mismo poder el que te vuelve vulnerable.

—¿Por qué dices eso?

—No importa. —Me acerca a su pecho y oigo el latido acelerado de su corazón—. Lo único que importa es que estés a salvo.

—¿De verdad es tan raro que un humano tenga magia?

Él se echa a reír.

—Oh, sí. —Apoya la frente en la mía—. Eres la hostia de especial, y Finn lo sabe. —Traga saliva—. Tal vez no fuera él quien te drogó anoche,

pero estoy seguro de que tratará de convencerte para que te vincules con él. Hazlo como quieras, pero recházalo. Nadie puede obligarte a vincularte. Ambas partes tienen que aceptarlo de manera libre y voluntaria.

—¿Por qué iba a querer hacerlo? ¿Qué ganaría él con eso?

Mientras niega con la cabeza, Sebastian desliza las manos por mi espalda hasta llegar a la cintura. Tira de mí hasta que nuestras caderas quedan pegadas.

—Tendría... acceso a tu poder.

Y teniendo en cuenta que Finn no puede usar el suyo sin acortar su vida o convertirse en un asesino en serie de humanos, necesita mi poder. ¿Es por eso por lo que ha coqueteado conmigo esta mañana? ¿Por eso se portó tan bien conmigo anoche? ¿Es ese el auténtico motivo por el que me está entrenando? ¿Está ganándose mi confianza poco a poco para convertirme luego en su marioneta?

Me cuesta mucho creerlo. Aunque, ahora que lo pienso, Finn me dijo una vez que él lo hacía todo para proteger a su gente. ¿Por qué iba a actuar de manera distinta conmigo?

—No pienso vincularme con Finn —digo casi como si hablara conmigo misma.

Sebastian traga saliva y me dirige una sonrisa insegura.

—Cuando estés lista, será un honor para mí vincularme contigo. Usaría el vínculo para protegerte; no dejaría que te pasara nada malo. —Agacha la cabeza y me roza los labios en un beso delicado—. ¿Estás lista?

Trago saliva.

—Bash... No puedo. Necesito más tiempo si...

—Para ir al palacio de verano —me interrumpe acariciándome la mandíbula con los nudillos—. El vínculo puede esperar, de momento. —Se vuelve hacia el pasillo y silba flojito.

Un goblin entra renqueando en la habitación. De repente ladea la cabeza bruscamente y abre mucho las ventanas de la nariz. Olfatea y me dirige una mirada acusadora. ¿Podrá oler a Bakken? ¿Sabrá que uno de los suyos ha estado aquí?

—Llévanos al palacio de verano —ordena Sebastian.

—Sí, alteza —replica el goblin.

Me ofrece la mano dirigiéndome una sonrisa irónica. Lo que me faltaba, que una criatura peligrosa conozca mis secretos. Cuando Sebastian toma una de las huesudas manos del goblin, yo hago lo mismo.

Sin tiempo ni de inspirar hondo para prepararme para el vacío en el estómago que acompaña a este tipo de viajes con goblin, oigo ya las olas del mar chocando contra la orilla. Luego veo el brillo de la luna sobre el agua y siento la arena bajo los pies.

El aire salado me hace cosquillas en la nariz y el sonido de las olas invade mis sentidos cuando veo el palacio de verano. Yo no lo llamaría pequeño, ni mucho menos. Sus numerosas torres parecen alzarse directamente sobre el mar, pero no me fijo en ellas porque lo que me llama la atención son los grandes ventanales que sé que pertenecen a la biblioteca, donde me aguarda el *Grimoricón*.

29

—Gracias —dice Sebastian soltando la mano del goblin.

—Estoy aquí para serviros, alteza. —El goblin frunce los labios y me dirige una última sonrisa cómplice antes de desaparecer.

Hay playas en Elora, pero solo había visto el mar una vez, cuando era niña. Casi no recuerdo ese viaje. Sé que fui a caballo con mi madre, y que mi padre cabalgaba a nuestro lado. Recuerdo entrar en el agua, y echarme a reír cuando las olas me tumbaron.

El pelo blanco de Sebastian se agita con la brisa mientras contempla el sol que se pone por el horizonte, hundiéndose en el mar.

—¿Damos un paseo? —me propone.

Aparto la mirada del palacio y me vuelvo hacia el mar.

—Me encantaría.

Me guía en dirección a la playa agarrándome por el brazo como si tuviera miedo de que fuera a desaparecer en cualquier momento.

—Este es mi lugar favorito —me comenta caminando lentamente—. El sonido de las olas al romper siempre me ha relajado. El Palacio Dorado es un hervidero de criados y cortesanos. Desde pequeño siempre he preferido estar aquí, pero no venimos tan a menudo como me gustaría.

—Es precioso. Y muy tranquilo.

Él asiente.

—He venido unas cuantas veces desde que llegaste a palacio. —Me dirige una mirada larga—. He tenido que reflexionar mucho.

Trago saliva para controlar las ganas de llorar. Cada vez estoy más cerca de salvar a Jas, pero cuanto más me acerco, más miedo tengo. Tengo miedo de perderlo todo tan pronto como la haya liberado. O, lo que es peor, temo que Mordeus se eche atrás en el trato y perder también a mi hermana.

¿No es eso lo que dijo Lark cuando la vi en mi sueño? Yo le aseguré que no quería ser una reina que tuviera muchas cosas cuando los demás no tenían nada, y ella me dijo que lo perdería todo. ¿Era la auténtica Lark la que me visitó o fue solo un sueño?

—Eh —susurra Sebastian—. ¿Por qué lloras?

Trago saliva.

—A Jas le encantaría estar aquí.

Él agacha la cabeza.

—Siento no haber podido encontrarla. Mordeus... ha usado su esencia para esconder a tu hermana —me dice como si fuera una noticia espantosa.

—Y eso ¿qué significa?

—Significa que, mientras él siga vivo, nunca seremos capaces de llegar hasta ella. —Echa los hombros hacia atrás—. Significa que solo podré rescatar a tu hermana si alguien mata al rey.

—Porque tú no puedes hacerlo —se me escapa—. Los seelies no pueden lastimar a los unseelies. —Cuando él abre mucho los ojos me doy cuenta de lo que he dicho—. ¿No es cierto? —añado.

A él se le acelera la respiración. Se humedece los labios antes de hablar.

—Dime qué sabes.

¿Tan malo sería contarle lo que he descubierto? Odio mentirle a Sebastian, y fingir que no sé nada, después de lo que acabo de soltar, es absurdo.

—Sé que los unseelies perdieron la magia y la inmortalidad por la maldición que les lanzó tu madre.

Lo observo atentamente al decirlo, pero no reacciona. Ni lo niega ni lo confirma.

«No puede hablar sobre la maldición.»

—Siempre pensé que los unseelies eran malvados —sigo diciendo—, pero ya no lo creo. Ahora creo que algunos fae de las Sombras son buenos y otros malos. Y lo mismo puede decirse de los Dorados. Pero tal vez... tal vez los unseelies que parecen malvados solo hacen lo que pueden, dadas las circunstancias.

Sebastian deja de andar y se vuelve hacia el océano.

—No te lo conté, pero la noche de Litha alguien trató de asesinar a mi madre. Fue un miembro de la corte de mis abuelos que desertó cuando mi madre subió al trono. —Niega con la cabeza—. El traidor fue capturado antes de que pudiera hacerle daño, pero, no sé cómo, la banda de Finn se coló en palacio, pasando ante los guardias y atravesando los hechizos de protección, y liberó al traidor que pretendía clavar una daga en el corazón de su reina.

Agacho la cabeza. Me aterra pensar que pueda oler mi culpabilidad.

—Pero... al parecer ya lo sabías —prosigue, y el dolor que desprende su voz me araña la conciencia—. Sabías que Jalek quería matar a mi madre, pero no me dijiste nada.

—No conocía los planes de Jalek. —Es la verdad, aunque no del todo. Suavizo el tono de voz antes de continuar—: Pero si los hubiera conocido no habría tratado de detenerlo. —Alzo la barbilla y lo miro a los ojos—. Sé lo que es trabajar sin descanso y seguir siendo prisionera de las circunstancias. ¿Los campos de tu madre? Es difícil no desearle la muerte o algo peor a alguien que somete a inocentes a una vida así.

—No voy a defender esos campos —replica él con la voz temblorosa—, pero hay tantos unseelies que huyen de Mordeus que nuestra corte está saturada. Nuestra gente sufre y la reina ha puesto a sus súbditos por delante para protegerlos de los del reino de las Sombras.

—¿Y si son ellos los que necesitan protección?

—Finn te habló de los campos, pero ¿mencionó también a los cientos de mis súbditos que han sido asesinados a sangre fría por unseelies que querían apoderarse de sus hogares?

Y por culpa de la maldición de la reina los fae Dorados no pueden protegerse de los unseelies. La imagen es aterradora.

—No digo que todos los unseelies sean buenos —señalo—. Sé que hay situaciones terribles que sacan lo peor de la gente, pero...

—Siguen teniendo libre albedrío. Toman sus propias decisiones y esas decisiones demuestran quiénes son en realidad.

—Pero no puedes catalogar a una corte entera solo por los actos de los peores de ellos. Creo que Finn es bueno.

Sebastian se vuelve hacia mí con los ojos brillantes de rabia.

—Si tan bueno crees que es, deberías usar esos poderes tuyos para encontrar las catacumbas que tiene en las Tierras Salvajes. Mira lo que guarda allí y luego me dices si te sigue pareciendo tan noble. —¿Qué puede guardar Finn en sus catacumbas que demostraría que es tan malvado como Sebastian quiere hacerme creer?—. No puedo soportar que se haya ganado tu confianza; que te haya hecho creer que puedes confiar en él.

—Se ha convertido en... un amigo.

—Eso es lo que quiere que creas. Te ruego que no te dejes embaucar por él.

—No lo entiendo. ¿Por qué tanto rencor hacia Finn y su gente cuando es tu madre la causante de su sufrimiento?

—No siento rencor hacia los unseelies. —Niega con la cabeza—. En absoluto, Brie. Odio lo que tienen que aguantar bajo el mandato de Mordeus. Los seres mágicos necesitan tanto la luz como la oscuridad para existir. El sol es tan importante como las sombras. Mi madre lo sabía y, si no fuera por ella, miles de seres mágicos seguirían muriendo todos los días en la Gran Guerra de los Fae.

—¿Ella puso fin a la guerra?

—Gracias a su sacrificio la lucha se detuvo.

Sebastian quiere creer que su madre es buena. ¿Cómo culparlo por ello? Es su madre. Pero es demasiado listo para ignorar todo el daño que ha causado.

—Yo no lo veo como tú.

—Tú no conoces toda la historia.

—Pues cuéntamela. Cuéntame lo que puedas.

Él traga saliva y empieza a hablar:

—En otro tiempo mi madre era la princesa de la corte dorada. Era joven e inexperta y el rey Oberon la sedujo. Se enamoró de él, pero sus reinos llevaban siglos enfrentados en una guerra y sus padres eran enemigos acérrimos del rey y de su reino. Mientras el rey y la reina Dorados estuvieran en el trono, la princesa nunca podría verse abiertamente con el rey de las Sombras. Pero, siempre que podían, se escapaban de sus reinos, se disfrazaban de humanos y se reunían en el reino mortal. Allí nadie condenaba su amor. Su poder era tan grande y su magia tan intensa que su amor fue capaz de mover el sol y la luna, creando lo que los humanos llaman eclipses.

Conozco la historia. Mi madre solía contarnos el cuento del rey de las Sombras y la princesa Dorada. Al ver que no continúa, lo hago yo por él:

—Un día el rey Oberon se desplazó al reino de los humanos, pero Arya no lo logró. Sus padres habían descubierto sus escapadas y combinaron sus poderes para cerrar todos los portales que conectaban el mundo humano con Feéra, impidiendo que su hija pudiera verse con su amante y que el rey de las Sombras regresara a su corte. Los humanos hicieron sacrificios de inocentes tratando de calmar a los dioses para que el sol regresara.

¿Sería eso a lo que Bakken se refería al hablar de la «larga noche»? ¿Sería la misma larga noche que aparecía en los cuentos que me contaban cuando era niña?

Sebastian aguarda en silencio, pero me ruega que continúe con la mirada.

—Los humanos rezaron y siguieron haciendo sacrificios, pero la larga noche no acababa. No tenían poder sobre los portales y el rey de las Sombras continuó encerrado fuera de sus fronteras, buscando otra manera de regresar a su reino. Su magia se debilitaba cada día hasta que no fue capaz de seguir ocultando su auténtica imagen. Sin magia que lo protegiera de los humanos y sus prejuicios, sufrió brutales palizas, le cortaron las puntas de las orejas y le destrozaron la cara a puñetazos.

»Fue entonces cuando conoció a la humana. La mujer lo encontró a la puerta de su casa, se apiadó de él y le dio los tónicos sanadores que tenía. No soportaba ver sufrir a ninguna criatura. Lo acogió en su casa, lo cuidó y le dio más pociones curativas. Y mientras la larga noche se eternizaba, la

pareja se enamoró. Él nunca olvidó a la princesa fae, pero su amor por la mujer era demasiado intenso; imposible de ignorar. Cuando los portales se abrieron al fin, él tuvo que regresar, pero la humana se negó a acompañarlo; no quería abandonar su mundo. Incluso así, el rey de las Sombras supo que no podría volver a estar con la princesa. Su corazón pertenecía a la humana.

Con un brillo furioso en la mirada, Sebastian retoma la historia.

—Mientras tanto, en la Corte de la Luna, el hermano del rey de las Sombras había hecho su entrada triunfal y le había arrebatado el reino aprovechándose de su ausencia. Oberon se encontró con que su hermano había conseguido el apoyo de la mitad de la corte unseelie. Volver a ocupar el trono habría supuesto una guerra civil que su pueblo no podía permitirse, ya que la Gran Guerra de los Fae seguía arrasando Feéra.

»En el otro reino mi madre había ocupado su lugar como reina de la corte dorada. Le rogó al rey que se casara con ella tal como lo habían planeado. Le pidió que, si no podía casarse por amor, lo hiciera por el bien de sus reinos. Le prometió que, si se casaban, lo ayudaría a derrocar a su hermano. Unirían sus reinos y la guerra acabaría. Pero Oberon se negó. Fue incapaz de hacerlo, ni siquiera por la paz entre ambos pueblos. No amaba a la reina y mantenía la esperanza de convencer a su amor mortal para que se reuniera con él en este mundo.

Al ver que Sebastian vuelve a detenerse, acabo por él.

—Y entonces la reina maldijo a los unseelies. —Espero a que él me lo confirme, pero se queda paralizado—. Conoces la maldición, pero no puedes hablar de ella —concluyo.

Una vez más él no es capaz de responder ni con un asentimiento de cabeza.

—La magia más poderosa de Feéra proviene de sus gobernantes —dice—. Mi madre fue la reina más poderosa que se había sentado nunca en el trono, pero una magia tan grande tiene un coste igual de grande; uno peor que el odio de una corte entera.

—¿Cómo no van a odiarla? —le pregunto tratando de mantener un tono calmado.

—No olvides que salvó miles de vidas al poner fin a la guerra —me hace notar Sebastian—. Oberon se preocupó más de sí mismo que de su

gente. Podría haber puesto fin a la guerra casándose con mi madre, un pequeño sacrificio, pero se negó. Sin embargo, el sacrificio de mi madre fue enorme. Salvó miles de vidas, pero ahora se está muriendo. Es el precio que debe pagar por...

Sebastian hace una mueca y traga con dificultad.

«Por maldecir a los unseelies y convertir a su pueblo en seres vulnerables», pienso, pero mantengo la boca cerrada. La reina es su madre y se está muriendo. No puedo culparlo por defenderla a pesar de sus errores. Sé lo que es sentir que pierdes a alguien y no ser capaz de impedirlo.

—Y ¿por qué no retira la maldición?

Cuando él me mira sin responder, recuerdo que no puede hablar directamente de la maldición. Me duele el dolor que veo en sus ojos y, sin pensar, lo abrazo por la cintura.

Él desliza ambas manos bajo mi pelo, pero se echa hacia atrás al notar la ausencia de nuevos mechones en la nuca, bajo los rizos.

—¿Qué ha pasado aquí? —Agacho la cabeza, pero él me levanta la barbilla para que lo mire a los ojos—. No tienes por qué ocultarme nada.

Ya le he contado lo que sé sobre la maldición; ¿por qué no contarle también cómo me enteré?

—Le di a Bakken algún mechón para que me hablara de la maldición.

De nuevo se encoge al oír la palabra; es como si cada vez que la menciono le clavaran un puñal en la espalda. Me lleva la mano a la mejilla y juguetea con los mechones más cortos que me envuelven la cara.

—¿Y estos?

—Estos se los di en Elora. Fue él quien me contó que Mordeus había comprado a Jas. —Me encojo de hombros al ver su ceño fruncido—. Tú no puedes explicarme algunas cosas y yo no quería que te enteraras de lo que estaba haciendo.

«Y sigo sin quererlo.»

—Y confío en Bakken —añado.

—Los goblins no suelen compartir sus secretos con tanta facilidad. Sin duda... sin duda piensa que le saldrá a cuenta llevarse bien contigo. Pero ten cuidado. No confíes demasiado en los goblins. Si descubren tus debilidades

te pedirán más y más y, cuando quieras darte cuenta, te lo habrán arrebatado todo.

Le pellizco el costado afectuosamente.

—No te preocupes tanto, Sebastian. El pelo volverá a crecer.

—No todos los secretos pueden comprarse con un mechón de pelo, Brie.

Entrelazo sus dedos con los míos y le dirijo una sonrisa triste mientras tiro de uno de los mechones.

—Ojalá se pudiera —deseo en voz alta.

Sebastian examina la línea del horizonte, donde el atardecer ha pintado el mar de rojo y dorado.

—Tenemos que entrar.

—¿Por qué? —quiero saber, porque su voz ha sonado alarmada.

Cuando él me señala hacia la playa con la cabeza, veo un montón de cuervos revoloteando.

—¿Los sluaghs? —pregunto.

—Sí. Rondan la playa por las noches. Es uno de los motivos por los que mi madre ya no viene mucho.

—¿Por qué hay sluaghs por aquí? ¿Quién murió en la playa?

Sus ojos adquieren un brillo intenso, pero no responde y me doy cuenta de que no es porque no lo sepa, sino porque no puede o no quiere decírmelo. Entre nosotros sigue habiendo demasiados secretos, pero al menos ahora sé que algunas cosas no me las cuenta porque no puede.

—Vamos. —Tira de mí y yo lo sigo mientras nos acercamos al palacio. No tengo ningún interés en quedarme aquí si hay sluaghs cerca.

Sebastian les dice a los criados que va a enseñarme el palacio mientras acaban de preparar la cena.

—El rey Mordeus no es el legítimo ocupante del trono de las Sombras —comenta Sebastian cuando nos quedamos a solas, retomando la conversación que manteníamos en el exterior—. Y todo Feéra sufre por sus actos. Pero no se detendrá ante nada para conseguir la corona y lograr así que el trono lo acepte.

Me toma de la mano y, juntos, descendemos una escalinata vivamente iluminada. Cuando abre una pesada puerta, veo que me ha llevado a una especie de armería. Abro mucho los ojos al ver la gran variedad de dagas y espadas, las hileras de armaduras y los soportes llenos de arcos de madera.

Se dirige a la pared más alejada y selecciona una brillante daga negra antes de volverse hacia mí.

—Está hecha de *adamantium* y hierro —me dice mientras me la ofrece—. El herrero personal de la reina se encargó de pulirla con filos de diamantes y su magia deja trazas de hierro en cualquier persona contra la que se use.

La tomo. Es pesada, pero puedo manejarla bien. Cuando agarro el mango con fuerza me recorre una extraña sensación de poder. Siento como si la hubieran hecho para que encajara en mi mano.

—Es la única daga que puede matar al rey —me explica Sebastian—. Llévala siempre encima.

Le busco la mirada. Él no sabe que he estado trabajando para Mordeus. ¿Por qué cree, entonces, que necesito un arma que pueda matarlo?

—Riaan me comentó que estuvisteis hablando anoche —me dice él en voz baja—. Me contó que reconociste que guardabas secretos; secretos que no puedes revelar por miedo a perder a tu hermana. —Saca una funda de un cajón y desabrocha el pequeño cinturón al que va unida—. Tal vez se trate de los mismos secretos que hicieron que me dieras un espejo falso y te quedaras el Espejo del Descubrimiento.

Ahogo una exclamación.

—¿Lo sabías?

—Sí. Estaba esperando a que me lo contaras. Quería que confiaras en mí, pero ya he entendido que no puedes.

—Yo... —Lo sabía. Lo ha sabido todo este tiempo—. No puedo creerme que no me dijeras nada.

—Confío en ti, Brie, aunque tú no confíes en mí.

Con el corazón en un puño, lo contemplo mientras él se arrodilla ante mí y me levanta el dobladillo de la falda. Sus dedos me rozan la piel mientras me ata la funda a la pantorrilla y ajusta el cinturón. Cuando me

muestra la palma para que le entregue la daga, se la doy con delicadeza, con el mango por delante.

—No te la quites de encima en ningún momento. Usa la magia para esconderla, si puedes.

—Yo... —¿Qué sabe de mi magia? ¿De mis secretos?—. Sí, puedo hacerlo. Voy aprendiendo.

Él coloca la daga en la funda. Es agradable notar el abrazo del cinturón, el peso de la daga en la pantorrilla. Se levanta y me dirige una mirada solemne.

—Esta daga también es efectiva contra Finn.

Trago saliva con dificultad. Tal vez esta es la auténtica razón por la que me la ha dado, esperando que la use contra Finn, y no porque crea que voy a necesitarla para enfrentarme a Mordeus.

—Has dicho que Mordeus no debe ocupar el trono de las Sombras. Si no es Finn, ¿quién crees que debe ocuparlo?

Él niega con la cabeza.

—Feéra lleva demasiado tiempo dividida. Ha llegado la hora de que las dos mitades se unan bajo un solo gobernante.

Me muerdo el labio inferior. No quiero discutir sobre Finn o sobre quién debe ocupar el trono de las Sombras. Lo único que me importa es salvar a mi hermana.

Aunque eso ya no es del todo cierto. Tal vez ya hace un tiempo que dejó de ser cierto. Hace ya un tiempo que empezó a preocuparme el reino que tanto despreciaba y, sobre todo, las criaturas que lo habitan. Ahora me siento dividida entre dos reinos en guerra, cuando no tenía intención de serle fiel a ninguno de los dos.

—¿Quieres que te enseñe el resto del palacio? —me pregunta Sebastian.

Asiento, pero durante el resto de la visita no puedo quitarme de la cabeza la daga de *adamantium* que llevo sujeta a la pierna y las palabras de Sebastian: «También es efectiva contra Finn».

Tan distraída estoy que, cuando entramos en la biblioteca situada en la planta superior del palacio, me toma por sorpresa.

—Esta es la joya del Palacio de la Serenidad —me dice cuando cruzamos las puertas—, pero es mucho más impresionante cuando la luz

natural entra por las claraboyas, así que volveré a enseñártela mañana por la mañana.

A mí me gusta tal y como está ahora, con la plateada luz de la luna danzando sobre los cristales e iluminando ligeramente el centro de la sala. Podría examinar los estantes llenos de libros en la oscuridad. Sería como volver a la biblioteca que visitaba con mi madre cuando era niña, cuando me sentía segura y el mundo era un lugar lleno de posibilidades.

Entro en la sala mirando a mi alrededor. Procuro no mostrarme demasiado interesada en el atril situado en el centro de la estancia, pero Sebastian parece notar mi interés de todos modos.

—Eso es el *Grimoricón* —me dice.

Tomándome de la mano, me conduce al centro de la biblioteca hasta que no nos separa más que un paso del libro. Estamos tan cerca que podría tocarlo con solo alargar el brazo.

—¿Qué es? —le pregunto fingiendo ignorancia.

—Es el gran libro de nuestro pueblo. La Corte de la Luna lo reclama como si fuera suyo, pero no quiero imaginarme la destrucción que podría causar Mordeus si estuviera en su poder.

Se me forma un nudo en el estómago. Hay muchas cosas que me confunden, pero si hay algo sobre lo que no tengo dudas es el carácter de Mordeus. Es un ser malvado y cruel, que no muestra sus cartas. Estoy segura de que a Feéra no le conviene que alguien como él adquiera aún más poder.

He estado tan concentrada en salvar a Jas a toda costa que hasta ahora no me he dado cuenta de que estoy poniendo en peligro el destino de un reino entero por proteger la vida de mi hermana. Pero es que... ¿qué otra opción tengo? Las demás posibilidades son totalmente impensables.

Echo tierra sobre las dudas que acaban de nacer y me obligo a centrarme en el libro.

—¿Qué contiene?

—Los hechizos de los Antiguos. Y también instrucciones para acceder a su poder. Cuando suba al trono me basaré en él para gobernar el reino. Mis abuelos hicieron un gran esfuerzo para recuperarlo y muchas vidas de seres

valiosos se perdieron en el empeño. De hecho, lo más seguro es que sea lo único que mantiene a mi madre con vida.

Me vuelvo bruscamente hacia él.

—¿Qué?

—La magia es vida. Y esta —añade señalando hacia el libro— forma parte de nuestra magia más poderosa. Mi madre lleva años aferrándose a la vida por un hilo muy débil. Probablemente lo único que la mantiene con vida es el vínculo mágico que la liga a este libro.

Alzo la mano despacio, pero Sebastian me la sujeta antes de que pueda tocarlo.

—No. —Tiene los ojos muy abiertos y el pulso le late desbocado en el cuello.

—¿Es peligroso?

—No sé qué podría pasarte si tu piel mortal entrara en contacto con una magia tan grande. Y si alguien perturba al libro... —Traga saliva—. Si alguien lo perturba, temo lo que pueda pasarle a mi madre.

¿Es esta la razón por la que Mordeus quiere que lo robe? ¿No solo por su poderosa magia, sino también porque sabe que está ligado a la vida de la reina? ¿Es por eso por lo que Finn quiere que lo robe?

Trago saliva tratando de librarme del nudo que se me ha formado en la garganta.

—Tú quieres a tu madre. La quieres de verdad, ¿no es cierto?

Él pestañea y su rostro se tensa por el dolor y las emociones encontradas.

—No estoy ciego; soy consciente de sus defectos, pero es mi madre. Ha sacrificado mucho por su corte... Y tal vez aún más por mí.

Si le entrego el libro a Mordeus y Arya muere, se romperá la maldición y Jas estará a salvo. Pero Sebastian no me lo perdonará nunca. Y si Mordeus usa el libro para destruir las vidas de más inocentes, la que no se perdonará nunca seré yo.

Cuando el personal de palacio nos sirve la cena sigo pensando en Finn, en el trono de las Sombras y en las palabras de Sebastian. Sigo dándole vueltas

a qué puede ser lo que Fin guarda en sus catacumbas y que demostrará su auténtica naturaleza.

—¿Brie? —Alzo la cabeza al oír mi nombre. Sebastian, sentado frente a mí, me está contemplando. ¿Cuánto tiempo lleva esperando a que le responda? A juzgar por su plato, que está ya medio vacío, llevo un buen rato ausente—. ¿Adónde se ha ido esa cabecita tuya?

Suelto el aire con fuerza.

—Lo siento mucho, Sebastian. Tengo muchas cosas en la cabeza esta noche.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que ni siquiera me he fijado en los detalles de la romántica decoración que sin duda han colocado para impresionarme.

Numerosas velas iluminan la mesa y hay jarrones rebosantes de lirios por todos los rincones del comedor. Llevo un rato dándole vueltas a la comida en el plato. Siento vergüenza de mí misma; la antigua Brie también la sentiría. No solo porque me han servido platos deliciosos cuando tantos niños humanos no tienen qué llevarse a la boca, sino también porque estoy aquí, con Sebastian.

¿Cuántas veces antes de cruzar el portal había deseado pasar más tiempo con él? Tenía la sensación de que nunca estábamos a solas. Si no era Jas, eran mis primas las que nunca andaban lejos, listas para ir a contarle a mi tía todo lo que oían o veían.

—¿En qué piensas ahora?

—Estaba pensando en lo rápido que me he acostumbrado a disfrutar de estos lujos sin darles importancia. —Señalo mi plato—. No seré yo la que desprecie una comida como esta; es una auténtica bendición. Pero, aunque solo han pasado unas cuantas semanas, me he sentado a la mesa y no le he dado importancia; ni siquiera lo he probado. Y mientras tanto, mi hermana... —Se me cierra la garganta y no puedo seguir.

Sebastian me toma la mano.

—A pesar de sus esfuerzos por mantenerse en el poder, el rey está más débil que nunca. Es solo cuestión de tiempo que podamos actuar. No me he rendido.

«Pero ¿qué pasará con nosotros después de que haya liberado a Jas?»

No hago la pregunta en voz alta. Él está tan ansioso como yo por obtener una respuesta y, de momento, no la tengo. ¿Quiero quedarme con Sebastian? ¿Quiero vivir en un castillo con una reina que es responsable de una maldición y del horrible tratamiento que reciben los unseelies en sus campos? Si lo que dice Sebastian es cierto y se está muriendo, tal vez la maldición se romperá pronto. Si tener el *Grimoricón* en su poder es lo único que la mantiene con vida...

«Para acabar con la maldición y seguir viviendo, tienes que matar a la reina.»

El recuerdo de las palabras de Bakken me provoca náuseas. Si mato a su madre, después de todo lo que he hecho, perderé a Sebastian.

—Prácticamente puedo ver cómo te alejas perdida en tus pensamientos —me dice riendo. Se limpia la boca con la servilleta, coge la licorera donde han servido el vino y llena las dos copas—. Bebe conmigo y relájate, aunque sea durante una hora.

Cuando Sebastian se acueste tendré que volver a la biblioteca y trazar un plan para hacerme con el *Grimoricón*. Había previsto cogerlo inmediatamente —la espera me mata—, pero Sebastian sospecharía si no lo vemos mañana cuando me lleve de nuevo a la biblioteca. No poseo una réplica de esta reliquia, así que tendré que esperar.

Puedo concederle una hora. Después de todo lo que ha hecho por mí, de todo lo que ha soportado y lo que probablemente aún le queda por soportar, se merece eso y más. Y tal vez yo también me lo merezco.

«Una hora.»

Me llevo la copa a los labios y bebo. Poco después me he olvidado de las preocupaciones.

30

Sebastian me da la vuelta y me apoya la espalda contra una alta puerta de madera.

—Esta es tu habitación —susurra con la boca pegada a mis labios. Tengo la piel encendida, las mejillas arreboladas por el vino y el corazón rebosante por la conversación que hemos mantenido. Una hora se ha transformado en dos y ha sido como en los viejos tiempos, solos los dos, charlando y riendo—. Se supone que aquí debo desearte buenas noches. —Me desliza las manos delicadamente por los costados, dejando una estela ardiente a su paso. Cuando llega a las caderas, las aprieta con delicadeza.

Yo alzo la mano hasta su nuca y le examino la cara. Adoro las definidas líneas de su mandíbula, la belleza de sus penetrantes ojos verdes, sus labios ligeramente entreabiertos.

—¿Tan pronto?

Él sonríe y me roza los labios con los suyos. Una vez. Dos. La tercera vez me acaricia el labio inferior con la lengua y yo me derrito un poco.

—Gracias por esto. Sé que nada es fácil ahora mismo, pero me alegro de que hayamos venido —me dice.

Yo también me alegro. Sé que es el vino, pero ahora mismo me alegro de todo. Me alegro de notar el calor de su cuerpo y de saber que hay una cama al otro lado de la puerta.

—Tengo que contarte un secreto —susurro.

Él se aparta un poco y me mira a los ojos, muy serio.

—¿Sí?

—No te merezco. —Había pensado bromear con él, pero me asaltan unas súbitas ganas de llorar—. Y un día te darás cuenta.

«Un día te darás cuenta de que te he utilizado para darle a Mordeus lo que quiere. Te darás cuenta de que he debilitado tu reino para salvar a mi hermana. Y no te cabrá duda de que, aunque me duela hacerte daño, si se trata de salvar a Jas volvería a hacerlo.»

—Eh. —Se acaricia la barbilla con el pulgar—. No digas esas cosas. Nos estábamos divirtiendo y esas lágrimas me destrozan. Soy yo el que no te merece, pero soy demasiado egoísta para dejarte escapar.

Entierro la cara en su pecho y niego con la cabeza.

—No me dejes marchar. Necesito que te aferres a mí.

El sonido que hace al tragar saliva es lo único que se oye en el tranquilo pasillo.

—Pensaba que podría mantenerme alejado hasta que todo fuera seguro, pero me equivocaba.

Alzo la cara para mirarlo.

—¿Hasta que todo fuera seguro?

—Corres peligro cada instante que pasas en mi reino y, sin embargo, no soy capaz de... —Me mira a los ojos—. Aún no lo entiendes, pero te necesito.

—Bash...

Me pongo de puntillas y junto nuestros labios en un beso. Quiero arrastrarlo a la cama y rogarle como la droga me hizo rogarle a Finn. Cuando Sebastian me toca es como si me asomara a la calle en un día soleado tras haber pasado una semana encerrada en el sótano de madame V. Me olvido de mis contradictorios sentimientos hacia el príncipe unseelie. Me olvido de los secretos de Finn y de sus tributos. Me olvido de la reina y del libro. Me olvido de la profecía de una niñita y de la alegría de un goblin al decirme que, si quiero romper la maldición de los unseelies sin perder la vida, deberé matar a la reina.

Sebastian me devuelve el beso con más intensidad que antes, hundiéndome las manos en el pelo para tener mejor acceso a mi boca.

Quiero empaparme de él, disfrutar de estos momentos hasta quedar envuelta en ellos. No sé qué pasará cuando él descubra la verdad, pero necesito al menos recordar lo que se siente cuando Sebastian me ama y me protege. No el príncipe Ronan, ni el próximo rey de los seelies, sino mi Bash.

Cuando se separa de mí respira entrecortadamente. Apoya la frente en la mía.

—Puedo irme a mi habitación o puedo entrar aquí, contigo. —Traga saliva—. Pero para entrar necesito que me lo pidas. Necesito saber que esto es lo que tú deseas, que estás preparada.

Le recorro la mejilla con la mano, disfrutando del tacto de la barba que empieza a asomar. Tal vez mis sentimientos sean tan complejos como mis lealtades, pero lo que deseo de él ahora mismo no tiene nada de complicado.

—Quiero que entres conmigo. Quiero que te quedes.

Su pecho sube y baja cuando respira hondo, haciendo acopio de aire y puede que de algo más. Quizá, como yo, él también está luchando contra emociones que son más complicadas que las que aparecen en los cuentos.

Le tomo la mano y lo hago entrar en la habitación. Él cierra la puerta con un movimiento de la otra mano que levanta una ligera brisa.

—¿Estás segura?

—Sí. —Tal vez estoy siendo egoísta. Tal vez esto lo complicará aún más todo cuando él descubra la verdad, pero me da igual—. Lo deseo.

Avanza hasta mí, me lleva las manos a la espalda y me desabrocha el vestido. Dejo que caiga al suelo y me quedo ante él vestida únicamente con una fina camisola, bragas a juego y la daga que él mismo me ha atado a la pantorrilla. Permito que me contemple y cuando alza la mirada hasta mis ojos, veo que se le han oscurecido y que arden. Me siento hermosa. Cuando la culpabilidad trata de llamarme la atención desde un rincón de la mente, la encierro bajo llave y me concentro en Bash.

—Eres perfecta —susurra—. No tienes ni idea del tiempo que hace que deseaba hacer esto.

—Y ¿por qué no lo hiciste?

Me arrepiento de preguntárselo en cuanto veo la vulnerabilidad en sus ojos. Me odio un poco por sacar el tema. No me besó hasta el último día de

su estancia en Fairscape porque sabía que yo odiaba a los seres mágicos. Bash pensaba que yo lo odiaría cuando descubriera la verdad.

Por suerte, no me quedo mucho tiempo dándole vueltas a esta incómoda idea porque él me toma en brazos y acerca la boca a la mía. Me besa con intensidad y el beso se alarga mientras me acaricia la espalda arriba y abajo, los hombros, los pechos, la cintura. Me agarra las caderas con sus grandes manos y me besa el cuello, mordisqueando y succionando la carne sensible y encendiéndome la piel, previamente calentada por el vino, hasta que arde con cada beso, con cada roce de sus dientes, con cada giro de su lengua.

Noto la rugosidad de sus dedos cuando se cuelan bajo la tela de la camisola. El fino tirante se rompe cuando tira de él, dejándome expuesta a su boca y a su lengua despiadada. Se me cierran los ojos mientras dejo caer la cabeza hacia atrás. No me importa nada, solo sus besos, sus manos en mi cuerpo, el cosquilleo de sus dientes al arañar el sensible pico. El vientre se me contrae de placer, de necesidad. Me acerco a él, presionando mi cuerpo contra el suyo, diciéndole lo que necesito sin palabras, solo arqueando la espalda y dejando escapar suaves gemidos.

Le tiro del pelo hasta que su boca vuelve a encontrarse con la mía. Nuestras bocas buscan y acarician. Nunca me había besado así, de manera salvaje, hambrienta, sin ninguna delicadeza. Le desabrocho la casaca y se la quito. Quiero notar su piel morena por todas partes. Pero entonces él se aparta y yo suelto un gemido de protesta.

Él frunce los labios y me dirige una sonrisa arrogante.

—No me voy lejos, te lo prometo.

Me apoya un dedo en el esternón y siento un cosquilleo en la piel mientras a él se le ilumina la mano. Con el dedo traza una línea entre mis pechos, cruza el torso y el abdomen, pasando sobre ambas caderas y dejando un reguero de luz a su paso. Cuando la luz pierde intensidad, la poca ropa que llevaba cae al suelo hecha jirones. Hasta la daga cae haciendo un ruido sordo. Quedo completamente desnuda ante él, que me devora con la vista, con los labios entreabiertos y la respiración alterada.

—Mago fanfarrón —lo acuso sonriendo y extendiendo la mano hacia él. Sus hábiles dedos me acarician la espalda, bajan hasta las caderas y vuelven a ascender.

—¿Para qué sirve tener magia si no puedes usarla para impresionar a la mujer que amas?

Noto como si me oprimieran el corazón y me quedo inmóvil. Hace muchos años que sé que amo a Sebastian, pero nunca me he atrevido a creer que él sintiera lo mismo por mí. Nunca pensé que fuera digna de su amor, y ahora él me lo entrega, justo cuando mis actos demuestran que tenía razón.

—Te quiero, lo sabes, ¿no? —me pregunta mirándome con los ojos entornados—. ¿Te asusta, sabiendo quién soy, sabiendo lo que soy?

La culpabilidad rompe la jaula donde la había encerrado y me desgarra el pecho.

—Era muy ignorante, Sebastian, y muchos de mis prejuicios los causaron las decisiones de mi madre. Pero tú... —Le recorro la oreja con la punta del dedo, quedándome más rato en el extremo puntiagudo. Él cierra los ojos y se estremece, pegado a mí—. Te amaba en Fairscape, amaba al joven aprendiz de mago que no me dejaba caer en la desesperación, y te amo ahora. Amo al príncipe Dorado que quiere a su familia y que busca la manera de poner fin a la lucha entre los reinos para conseguir una paz duradera. —Lo miro a los ojos y envío una sentida oración a los dioses. Les pido que, venga lo que venga después de esta noche, que pase lo que pase entre Sebastian y yo, él nunca dude de que mis palabras son sinceras—. Siento haber pensado que quería que fueras distinto. Te quiero tal como eres.

Él abre una mano y sobre la palma aparecen un montón de joyas. Cuando abre la otra, una cascada de pétalos de rosas rojas cae hasta el suelo.

—Lo que quieras, Brie. Todo lo que pueda darte es tuyo.

Hago caer al suelo el contenido de ambas manos. Las joyas y los pétalos se esparcen a nuestro alrededor. Doy un paso adelante, le tomo las muñecas y hago que me rodee con los brazos.

—No necesito flores ni joyas; solo te quiero a ti. —Uno mi boca a la suya y deslizo las manos por su espalda, disfrutando de la calidez de su piel bajo mis manos y contra mis pechos—. Esto es lo que quiero.

Él hunde la cara en mi cuello y aspira profundamente.

—¿Lo has hecho alguna vez?

Asiento con la cabeza. Fue el año pasado. Me acosté unas cuantas veces con un chico que trabajaba en una de las casas que limpiaba. No había sentimientos íntimos entre los dos, solo atracción física. Evasión. Fue divertido, pero sé que con Sebastian será mucho más que eso.

—¿Te parece bien?

Él se echa a reír y su risa es un sonido grave y cálido que me inunda el vientre de deseo.

—Claro, pero no me des detalles, ¿vale?

Niego con la cabeza.

—No fue nada importante. —Cuando él me sujeta la cara entre las manos, noto que está temblando—. Sebastian. —Le tomo las manos, grandes y callosas, entre las mías—. ¿Y tú? ¿Lo has hecho alguna vez?

—No. Sí. Quiero decir... —Niega con la cabeza antes de inspirar hondo —. Lo he hecho, pero nunca con alguien a quien amara. —Traga saliva—. Nunca he sentido por nadie lo que siento por ti y me asusta un poco... Me asusta lo que siento por ti, lo mucho que te necesito. Me asusta... el modo en que se han desarrollado los acontecimientos que nos han traído hasta aquí.

Sonrío.

—Y aquí estamos. Contra todo pronóstico. —Le desabrocho el botón de los pantalones y nuestras manos se enredan mientras ambos tratamos de quitárselos.

No siento timidez al verlo desnudo. Adoro su piel bronceada, el ancho y musculoso pecho, los trabajados músculos de su abdomen, los muslos poderosos y... el resto de su cuerpo. Me ruborizo al pasar la mirada por allí, pero no finjo una timidez que no siento. Sé lo que quiero. Me dirijo a la cama. Sin dejar de mirarlo me tumbo en la cama blanda como una nube y lo llamo, doblando un dedo, invitándolo a unirse a mí.

Él no se cansa de observarme de arriba abajo, y mi piel se enciende más y más con cada mirada. Cuando finalmente sube a la cama, se tumba a mi lado y se apoya en un codo. Con la mano libre me acaricia. Cuando hunde la mano bajo el ombligo contengo el aliento, pero vuelve a subir y pasa la mano por encima y entre mis pechos.

Le sostengo la mirada, y me arqueo guiando sus dedos hacia donde quiero sentirlos.

—Me he imaginado esto muchas veces —susurro extendiendo la mano hacia él—. Te he imaginado así, pero nunca pensé que sucedería en realidad. No te vayas ahora, ¿vale?

—No podría ni aunque quisiera. —Su mirada se oscurece. Cambia de postura y se sitúa sobre mí. Su peso hace que una deliciosa sensación de placer se arremoline en mi vientre. Doblo las rodillas y lo guío para que se sitúe entre mis muslos. Cuando él presiona contra mi parte más sensible, contengo la respiración—. ¿Estás bien?

Asiento, aunque sé que *bien* no es la palabra adecuada. Estoy ansiosa y desesperada. Estoy agradecida por poder vivir este momento y asustada por lo que vendrá después. Estoy enamorada y me siento amada, aunque sé que no me lo merezco. No estoy bien, pero deseo que esto pase.

—¿Y tú?

Él sonríe al oírme.

—Mejor que nunca. —Su sonrisa adquiere una sombra de tristeza, como si notara por dónde van mis pensamientos—. Quiero mucho más que esto, pero si debo conformarme con esta noche, lo acepto.

—Yo también quiero más —susurro y luego repito sus palabras como si fueran una ofrenda a los dioses que me han concedido estos momentos de felicidad—. Pero si debo conformarme con esta noche, lo acepto.

Hundo las manos en su pelo y le sostengo la mirada mientras muevo las caderas para conducirlo dentro de mí. Él me enmarca el rostro con las manos y empieza a moverse lentamente. Noto que se está conteniendo y no es el único que necesita más. Le busco la boca y lo beso hasta que pierde el control y nos da a los dos lo que necesitamos. Pronto la culpabilidad y la tristeza desaparecen y nos convertimos en placer. No existe nada aparte de la conexión que nos mantiene unidos... y una semilla de esperanza. Tal vez. Tal vez este amor sea suficiente.

No. Puedo. Respirar.

Abro los ojos y un espectro con forma femenina me mira desde arriba. Abro la boca para gritar y respirar, pero la mujer está sentada sobre mi pecho y los pulmones no me responden. Se inclina sobre mí, como una amante que buscara un beso. No puedo impedirlo. Mis brazos tampoco responden. Quiero darme la vuelta, mover los brazos, darle patadas, empujarla, pero mi cuerpo no responde. Estoy paralizada. Atrapada.

—Abriella —dice, y noto su aliento danzando en mi mejilla. Mi nombre suena como una canción en sus labios y su pelo plateado flota a su alrededor como si estuviera bajo el agua—. Abriella, Abriella, Abriella.

Su canto es perturbador pero hermoso. Estoy tan subyugada que me olvido de que necesito aire. Me olvido de que no puedo moverme. Observo sus labios y dejo que la melodía me llene los oídos.

Noto que estoy perdiendo la consciencia, pero no me resisto. Ella sigue canturreando mi nombre mientras el mundo se funde en negro.

Lark me observa con sus grandes ojos plateados. Estamos bajo el agua, en un abismo profundo y oscuro. Su pelo flota a su alrededor como el de la banshee. La única luz procede de sus brillantes ojos plateados. Me acaricia la cara. No respiro, pero no tengo muy claro si necesito hacerlo. En otro mundo alguien está gritando mi nombre. No es la banshee. Es Sebastian. Me está llamando desde lo alto, fuera de este abismo, suplicándome. Miro hacia arriba, pero la superficie queda demasiado lejos.

Los deditos de Lark trazan una línea que va desde mis sienes a la barbilla y vuelven a ascender. Cuando me mira a los ojos siento las palabras directamente en mi mente, sin necesidad de usar los oídos.

—Veo tres caminos ante ti. En los tres la llamada de la banshee es clara. No tengas miedo.

Mi cuerpo da una sacudida en el agua, como si una mano invisible me hubiera movido. Lark vuelve los ojos hacia la superficie. En ese momento veo las ondas de luz que se acercan al mismo tiempo que la superficie.

—Recuerda tu trato con el falso rey. Él cumplirá su palabra. Elige tu camino sabiamente, princesa. —Con los ojos brillantes de alegría, se inclina hacia mí y me susurra al oído—. Ahora respira.

31

—¡Respira! —Unas manos me agarran por los hombros y me sacuden. La voz autoritaria de Sebastian llena la habitación—. Así, muy bien, Abriella, ¡respira!

Inspiro, pero me duele. Es como si tragara agua. La garganta me arde, pero inspiro una vez más. Y otra. Cada vez me duele un poco menos.

Él me acoge en su pecho y me acaricia el pelo.

—La he oído —me dice abrazándome con demasiada fuerza, pero siento su miedo y no protesto—. La he oído cantar tu nombre.

La banshee. No ha sido un sueño.

—Sebastian. —Mi voz cruje como si tuviera la boca llena de cristal machacado.

—Chis, estás conmigo. —Se mece conmigo en brazos y noto cómo tiembla. Siento el gran dolor que desprende, como si ya me hubiera perdido —. Estás conmigo. No dejaré que la muerte sea el final, te lo prometo.

—¿Qué? —Apoyo una mano en su pecho y lo empujo—. ¿Qué quieres decir con eso?

—¿La has visto?

Asiento.

—¿Significa eso que...? A veces se equivoca.

Salvamos a Jalek. No murió.

Sebastian niega con la cabeza.

—No lo sé. Yo solo... —Traga saliva, y la angustia sigue presente en sus ojos—. No lo sé.

—Has dicho que no dejarías que la muerte fuera el final. ¿Qué has querido decir con eso?

Él me rehúye la mirada.

—¿Sebastian?

Cuando me mira a los ojos, se hunde de hombros.

—Nunca me imaginé lo impotente que me sentiría por amar a una mortal. Me destroza, Brie. No saber dónde estás; no saber si estás a salvo... Podría perderte con tanta facilidad... Me ha despertado el canto de la banshee repitiendo tu nombre y... —Cierra los ojos con fuerza—. Si mueres no podré traerte de vuelta. Una vez que estés muerta no podré darte la poción vital.

—Quieres decir que no podrás transformarme en uno de los tuyos. —Mi voz, cansada, se quiebra.

Él me toma la cara entre las manos.

—La he oído cantando tu nombre —susurra— y en lo único que podía pensar era en que la poción no funcionaría porque no estamos vinculados.

Me tenso.

—¿Los humanos tienen que estar vinculados a un ser mágico para poder usar la poción vital?

Él resopla.

—Quienquiera que creara la poción creía que los humanos podrían robarle la magia si no fuera necesario el vínculo.

—Es que... —Es que quiero seguir siendo yo misma. Quiero ser suficiente para él sin necesidad de dejar de ser humana. Nunca he deseado ser una fae ni ningún otro ser mágico. Y nunca me imaginé que cambiaría de idea, pero con la voz de la banshee todavía resonando en mi cabeza las cosas se ven de otra manera—. Bash, tengo miedo.

Su mirada se apaga.

—¿Del vínculo?

«De lo que tengo que hacer. De perderte. Del sonido de mi nombre en labios de la banshee. De no tener la oportunidad de concederte el vínculo que deseas con tanta desesperación.»

Sin aguardar a que responda, él se acomoda entre los almohadones conmigo. Me acaricia los brazos y me abraza, acercándome cada vez más a él, dándonos el consuelo que ambos necesitamos.

Cuando mi corazón recupera su ritmo normal me doy la vuelta entre sus brazos.

—Cuéntame cómo funciona la ceremonia de vinculación.

Él permanece mirándome a los ojos durante un buen rato antes de decidirse. Tengo la impresión de que la conversación no le resulta fácil, sobre todo después de haber oído a la banshee.

—La ceremonia es elegante —me dice al fin—, como solo pueden serlo las cosas puras. Empezaríamos eligiendo la runa que simbolizaría nuestra unión. Luego yo diría unas palabras y tú las repetirías.

—¿En público?

—Normalmente no, aunque mis padres eligieron celebrar la suya frente a una multitud coincidiendo con la ceremonia de la boda. —Sonríe—. Yo tenía cinco años y aún recuerdo la vergüenza que me daba verlos besarse una y otra vez mientras esperaban a que el vínculo se consolidara.

—¿Tenías cinco años cuando tus padres se casaron y se vincularon?

Se le borra la sonrisa de la cara.

—Mi padre solía decir que tardó años en convencer a mi madre de que era digno de ella. Últimamente me he puesto bastante en su lugar y he de decir que lo entiendo mucho mejor.

Le doy un codazo mientras disimulo la risa.

—¿Te gustaría celebrarlo en público?

—No. Preferiría que estuviéramos solos, aunque solo sea porque deberíamos mantener una... conexión física hasta que el vínculo encajara por completo.

Me muerdo el labio.

—¿Te refieres al sexo?

Sonriendo, él me pellizca el costado.

—No necesariamente. La magia exige una representación física del vínculo empático. Algunas parejas tan solo se dan la mano, pero cuando entre ellas hay una conexión romántica la mayoría se deja llevar por la intimidad del momento. La magia... es intensa. Poderosa.

—Me gustaría experimentarlo algún día —admito, y soy la primera sorprendida al darme cuenta de cómo ha cambiado mi percepción sobre estar vinculada con alguien. Lo digo en serio. Tengo ganas de poder vivirlo a su lado. Tengo ganas de que todo haya pasado para poder hacerlo, aunque sé que es posible que ese momento no llegue nunca. Cuando he dicho que me conformaría con esta noche si no podía tener más, lo decía en serio.

—No hay nada que desee más. —Me da un beso en la coronilla—. Hasta entonces quédate cerca de mí. Te protegeré.

Me abraza con más fuerza y me doy cuenta de que piensa que tengo miedo de que la muerte nos separe. Pronto entenderá que es más probable que nos separen mis secretos que el canto de una banshee.

No vuelvo a cerrar los ojos. Cuando estoy segura de que Sebastian ha caído en un sueño profundo salgo de debajo de su brazo y salto de la cama.

Me pongo el pijama de seda que mis doncellas eligieron al hacer el equipaje porque tiene pantalones. El resto de las prendas que eligieron son faldas o vestidos, y necesito la máxima libertad de movimientos posible.

Cada vez que cierro los ojos veo el espectro llevando un andrajoso vestido blanco, con el pelo flotando a su alrededor. Incluso con los ojos abiertos sigo oyéndola. Su voz al pronunciar mi nombre se ha convertido en una macabra tonada que no puedo quitarme de la cabeza.

Sebastian se durmió abrazándome. Quiere protegerme, pero no puedo permitírselo. Necesito mantener las distancias para poder llevar a cabo mi misión. En mi cabeza no solo suena el canto de la banshee; también las manecillas de un reloj que marcan la cuenta atrás.

Sé lo que tengo que hacer, pero jamás había estado tan aterrorizada. La tentación de dejar el destino de Jas en manos de Sebastian es más fuerte que nunca. Si él lograra que alguien matara a Mordeus, sus hombres podrían rescatar a Jas. Quiero creer que puede hacerlo, pero ahora sé que los seelies no pueden dañar a los unseelies y, además, ha pasado demasiado tiempo. Tengo que actuar.

Odio pensar que mis actos pueden dejar a Sebastian sin madre, pero, aparte del dolor que le causaré a su hijo, no siento lástima por una reina que

tortura y esclaviza a una corte entera de seres mágicos. Su maldición es la causa de que se venda y se mate a miles de humanos, y todo porque le rompieron el corazón. A Sebastian le dolerá perderla, pero sé lo que tengo que hacer.

Deshago las sombras que envuelven el espejo, devolviéndolo a su forma sólida, y me lo acerco a la cara.

—Muéstrame a Jas.

Necesito verla. Necesito un recordatorio de por qué estoy traicionando a Sebastian. De por qué me dirijo sin duda hacia la muerte.

Veo a mi hermana sobre un suelo de piedra, durmiendo con la cabeza ladeada y los labios cuarteados. Agarro el espejo con más fuerza y la imagen se desdibuja como un reflejo en un estanque. Cuando se aclara me muestra a Jas durmiendo en una cama grande. Está de lado, cubierta por suaves mantas, con la cabeza apoyada en un almohadón mientras abraza otro.

¿Cuál es la imagen real? ¿De cuál puedo fiarme?

En cualquiera de los dos casos necesito el libro. Guardo el espejo y me oculto en las sombras para dirigirme a la biblioteca. Si tengo suerte estaré de vuelta antes de que Sebastian se despierte y podré fingir que no tengo nada que ver con la desaparición del libro. Si no tengo suerte, entonces pronto entenderé por qué la banshee me llamaba.

Salgo de mi habitación y paso sigilosamente frente a los centinelas que montan guardia al final del pasillo. Mientras camino le doy vueltas al plan una y otra vez.

«Por favor, no sospeches de mí, Sebastian. Y, cuando descubras la verdad, por favor, perdóname.»

Las puertas de la biblioteca están cerradas con llave y, sin duda, también protegidas con hechizos, pero las cruzo con facilidad convertida en sombras. ¿Sabe Sebastian que puedo hacer esto? ¿Se dará cuenta de que he tenido que ser yo cuando descubra que el libro ha desaparecido y que nadie ha tocado las puertas?

La luz de la luna baña la preciosa estancia con un resplandor frío. No oigo el canto de las fae de biblioteca aquí, pero sé que si cierro los ojos

recordaré cómo cantaban en el Palacio Dorado y lo que sentí al bailar con Sebastian al ritmo de la melodía angelical.

No cierro los ojos.

No me permito recordar.

Me dirijo directamente al libro.

Sin darme tiempo a cambiar de idea, levanto los brazos y apoyo las manos sobre las páginas abiertas, consciente de la advertencia que me hizo Sebastian. No siento nada, ni una sacudida mágica en la sangre ni un peligro inminente. Con cuidado, cierro el libro, que hace un suave ruido sordo. Lo envolveré en sombras y se lo llevaré a Mordeus.

Pero, en cuanto lo levanto del atril, se transforma y empieza a moverse. Casi lo suelto al notar que se sacude y se retuerce.

El libro acaba de convertirse en una serpiente enorme que silba amenazadora. Es tan grande que casi no puedo sostenerla. El miedo me ordena que me aleje de esos colmillos y esa lengua viperina, pero pienso en Jas y la agarro con más fuerza. Ya sabía que el libro podía metamorfosearse, pero no se me ocurrió pensar en las formas que podría adoptar cuando tratara de robarlo.

Cierra la boca amenazadora ante mi cara, pero me niego a soltarla.

«Es un libro. Solo un libro. No puede hacerte daño.»

Y entonces ataca. El dolor es como un gong que resuena por todo mi ser cuando me clava los dientes en el hombro. Las venas del brazo me arden a medida que bombean el veneno por todo mi cuerpo.

Las puertas de la biblioteca se abren bruscamente y se encienden luces en el techo mientras una docena de centinelas corren hacia mí. Debo de haber activado alguna alarma silenciosa.

—¡Suelte el libro! —me ordena un centinela mientras desenvaina la espada.

La serpiente abre las enormes mandíbulas y, cuando me libera el hombro, la piel me arde y palpita con más fuerza que antes. Ignorando el dolor, me enrosco la criatura alrededor del cuello y me lanzo hacia las sombras tratando de desaparecer, pero no lo consigo. Ni siquiera entre las sombras que proyectan las estanterías logro que la magia me obedezca.

Me doy la vuelta, dispuesta a huir corriendo, pero me encuentro cara a cara con el filo de una espada.

—Suelte el libro ahora, señora.

El centinela no puede disimular la confusión que siente. Sin duda, su príncipe le ha ordenado protegerme, pero su reina le ha ordenado proteger al libro.

—No puedo.

Evoco lo que sentí al sumir una habitación en la oscuridad con Finn a mi lado y conjuro esas sensaciones para reproducirlas. Sin hacer caso del dolor que me ofusca, me concentro en las sombras; en el reconfortante frescor de la noche cerrada.

La habitación queda envuelta en sombras y los centinelas gritan sin saber qué hacer. Ni siquiera la luz de la luna que entraba por las claraboyas es capaz de atravesar mi escudo de oscuridad.

Corro hacia las ventanas y de repente me encuentro cayendo al vacío. Lo único que puedo hacer es agarrar la serpiente con más fuerza y relajar las rodillas. Los dientes me entrechocan y la cabeza me da una sacudida al caer sobre la arena, pero sigo ignorando el dolor y me alejo corriendo del palacio tan deprisa como puedo, dejando atrás el castillo sumido en el caos.

Cuando hundo los pies en el mar, la serpiente vuelve a revolverse. La sujeto con más fuerza, pero ya no está alrededor de mi cuello.

Un niño pequeño me tira de la mano. Tiene los ojos plateados y el pelo oscuro. Es un niño de la corte de las sombras. Está llorando desesperadamente y siento un gran impulso de arrodillarme ante él y abrazarlo para que deje de sufrir.

—Llévame a casa, Niña del Incendio. Por favor, llévame a casa. —Se apoya la mano libre en el pecho y veo que le cae sangre entre los dedos—. Me estás matando.

«El libro. Es el libro. No dejes que te manipule.»

Pero no es fácil, porque el dolor en el hombro me recuerda que no estoy ante un libro cualquiera. Rompo un hilo de la pulsera del goblin y empiezo a hablar antes incluso de que Bakken haya adquirido por completo su forma corpórea.

—Llévame a la corte unseelie.

—Ya te dije que no podría salvarte si estabas en peligro de muerte.

Los centinelas entran corriendo en la playa y se dirigen directos hacia mí. Distingo a Sebastian entre ellos. Rebusco el poder de la magia en lo más hondo de mí y los cubro con una manta de oscuridad que los deja atrapados.

—¿De qué peligro mortal hablas?

El goblin me dirige una sonrisa irónica.

—Págame, Niña del Incendio.

El niño no deja de sangrar. Está cada vez más pálido.

—Me está matando —se lamenta entre sollozos.

No me atrevo a soltarlo, pero sé que Bakken no moverá un dedo si no le pago antes, así que me agarro un mechón de pelo con la mano libre.

—Córtalo.

Bakken sonríe y hace lo que le digo. Los centinelas empiezan a liberarse de la oscuridad en la que los he encerrado, pero un instante después ya no estoy en la playa, sino frente al rey. Y en la mano ya no tengo un niño pequeño, sino un libro muy antiguo y pesado.

El rey abre mucho los ojos, sorprendido pero encantado.

—Toma.

Le lanzo el libro, que él recibe en el aire. Cierra los ojos mientras le acaricia la cubierta e inspira profundamente. La piel le resplandece y siento el poder que emana de él. ¿Tendría yo ese aspecto al tocar el libro?

—Bebamos —dice. Al chasquear los dedos el libro desaparece y, en su lugar, aparece una botella de vino. También ha hecho aparecer dos copas, una directamente en mi mano. Sonriendo, llena las copas y alza la suya—. A la salud de mi bella ladrona.

Con las manos temblorosas y el hombro dolorido hago chocar la copa con la suya, pero no bebo. La adrenalina está dejando de hacerme efecto.

—Oh, venga. Ya sabes que no te diré cuál es la siguiente reliquia hasta que no bebas conmigo. Es nuestra tradición.

Lo último que me apetece es someterme a los jueguecitos de Mordeus, así que vacío media copa de un sorbo.

—Dime cuál es el objeto que quieres. Tengo que volver junto a Sebastian.

¿Volver? ¿Qué pasará si vuelvo? Los centinelas del Palacio de la Serenidad me han visto con el libro. Incluso si no era Sebastian el que he visto corriendo hacia mí en la playa, estoy segura de que sus guardias ya lo han informado de lo sucedido. Agacho la cabeza, recordando cómo me miraba anoche mientras me hacía el amor. Recuerdo el dolor que vi en su cara cuando oyó a la banshee cantando mi nombre. La sinceridad de su mirada mientras me hablaba de su madre.

«Ha sacrificado mucho por su corte... Y tal vez aún más por mí.»

Me duele mucho el hombro, y no es lo único que me duele. Ese inútil órgano roto que tengo en el pecho me hace sentir como si estuviera a punto de derrumbarme. Me acabo el vino, pero no me ayuda a aliviar el dolor. Ninguno de los dos.

—Estás muy cerca de llevar a cabo tus tareas —comenta el rey—. ¿Por qué esa cara? Parece que te hayan roto el corazón.

Alzo la barbilla. Le he dejado ver demasiado.

—Tal vez el príncipe no me deje volver a entrar en el castillo. Haré lo que pueda para recuperar la reliquia, pero...

Él me dirige una gran sonrisa, con los ojos brillantes.

—No hará falta que regreses al castillo, mi niña. La tercera reliquia que necesito es la corona de Oberon. Sin ella nunca podré reparar el daño que la reina Arya ha causado a mi corte.

Estoy a punto de echarme a reír. Eso es lo que quiere todo el mundo, lo que todos necesitan con tanta desesperación. ¿Cómo espera que la consiga si ni siquiera Finn —que es el príncipe unseelie y el legítimo rey— puede encontrarla? Sin embargo, he perdido tantas cosas que estoy casi desquiciada; no puedo más.

—De acuerdo. Dime dónde está la corona e iré a buscarla ahora mismo.

«Acabemos con esto de una vez. Devuélveme a mi hermana y envíanos a casa.»

—Es que no vas a tener que robarla, porque ya la tienes. ¿De dónde crees que proviene tu poder?

Esta vez no puedo controlarme y me echo a reír. ¿Yo tengo la corona? Es ridículo. La risa no deja de brotar de mi garganta. Me río sin poder parar

hasta que me doblo por la cintura al imaginarme a Mordeus y a Finn teniéndola al alcance de la mano todo este tiempo.

—Si Finn lo hubiera sabido... —comento sin dejar de reír.

—Oh, ya lo sabe. Igual que el príncipe Ronan. ¿Por qué crees que ambos se preocupan tanto por tu seguridad? ¿Por qué crees que ambos se están esforzando tanto por robarte el corazón?

Alzo los brazos.

—Vale. ¿Dónde está?

Estoy harta. Y tengo el corazón en un puño al imaginarme a Sebastian de regreso en el Palacio Dorado con su madre moribunda, o tal vez ya muerta. ¿Cuánto tardará en morirse sin el libro? Nunca había matado a nadie antes. ¿Me he convertido en una asesina?

No quiero pensar en esto. Estoy cansada. Solo quiero acabar de una vez.

Al rey le brillan los ojos.

—¿Dónde vas a llevar la corona? En la cabeza, por supuesto.

Se me vuelve a escapar una carcajada, que suena como un ronquido.

—Ah, bueno. En ese caso... —Hago como si me quitara una corona de la cabeza y se la entrego—. Aquí tienes.

—Ojalá fuera tan simple. —El rey chasquea los dedos y la risa se me congela en la garganta cuando la sala del trono se sume en la oscuridad—. Mírate en el Espejo del Descubrimiento.

—¿A oscuras?

Como no responde, hago lo que dice. Cojo el espejo y miro, esperando ver una habitación totalmente a oscuras. Pero lo que veo hace que un escalofrío me recorra los brazos de arriba abajo. Ahí, en mi cabeza, una hilera de estrellas se ensarta en mi pelo formando... una reluciente corona.

32

La corona sigue sobre mí lanzando destellos con múltiples tonalidades de lila y de azul.

Me llevo una mano temblorosa a la cabeza tratando de tocar la corona que veo en el espejo, pero no puedo. Sigo observando mi reflejo mientras intento mover la corona de sitio, pero permanece inmóvil.

—Es una corona mágica —dice el rey Mordeus—. Este reino seguirá muriendo mientras un humano lleve la corona. Solo alguien con sangre unseelie puede gobernar aquí.

—Yo... —Sigo contemplando el espejo, sin dar crédito a lo que veo. La corona es preciosa. No, decir «preciosa» es quedarse corto. Es fascinante, hipnótica—. Pero ¿cómo?

—Mi hermano, Oberon, amaba a tu madre.

El espejo casi se me cae de la mano.

—¿Qué?

Está tan oscuro que tengo que esforzarme para distinguir la cara de Mordeus. Esto tiene que ser una broma. Todo esto, en general.

Mordeus chasquea los dedos y las velas se encienden en sus soportes de las paredes, creando largas sombras sobre el suelo y cambiando la imagen que me devuelve el espejo. Ya no veo la corona.

—Estuvo atrapado en el reino humano y, mientras estuvo allí, se enamoró de tu madre. Pero cuando finalmente pudo volver, ella se negó a

acompañarlo. Mientras él trataba de recuperar el trono que yo había ocupado en su ausencia, ella permaneció en el reino mortal, conoció a tu padre y se enamoró. Cuando Oberon logró reforzar los portales para poder regresar a su reino de manera segura, tu madre ya se había casado y tenía dos hijas: tú y tu hermana.

«Érase una vez el rey de las Sombras, que se quedó atrapado en el mundo mortal, donde una mujer se enamoró profundamente de él...»

Mi madre no nos estaba contando cuentos para que nos durmiéramos; nos estaba contando su historia.

—Oberon le regaló un móvil de campanitas —sigue diciendo Mordeus—. Le dijo que, si alguna vez lo necesitaba, solo tenía que colgarlo en la puerta y la brisa de la noche lo llamaría. Ella nunca se olvidó de Oberon, pero era feliz en el reino mortal, con su esposo y sus hijas. Sin embargo, una noche, mientras todos dormíais, un terrible incendio se declaró en la casa.

Cierro los ojos recordando. El calor. El crujido de las paredes de madera al arder. Cómo me quemaba el aire en los pulmones al tratar de respirar. El peso de Jasalyn en mis brazos. Mi padre murió en aquel fuego y nosotras estuvimos a punto.

—Las dos niñas resultasteis heridas en el incendio, pero tú te llevaste la peor parte al tratar de proteger a tu hermana. Estabas al borde de la muerte. Tu madre colgó el móvil de campanas y le rogó a su antiguo amante que os ayudara. Fue Oberon quien curó a tu hermana. No le quedó ni una cicatriz. Tus heridas, en cambio, eran demasiado profundas. Ni siquiera el mejor de los sanadores habría podido hacer nada. Mi hermano seguía locamente enamorado de tu madre —dice Mordeus en tono despectivo—. No quería que tuviera que sufrir el dolor de perder a una hija; por eso te salvó del único modo que podía hacerlo.

Bajo la vista hacia el lugar en que el hechizo de Sebastian aún oculta la cicatriz de mi muñeca. Es la única marca que me quedó de un incendio que sé que debería haberme matado.

—¿Cómo lo hizo? —pregunto.

—En el momento de tu muerte renunció a su vida para salvar la tuya.

Recuerdo la voz de mi madre rogándole al sanador de la voz grave: «Por favor, sálvala».

Recuerdo lo desesperada que estaba, cómo le dolió cuando entendió el precio que debía pagar: «Lo hago por ti».

Durante todos estos años he odiado a los seres mágicos, sin ser consciente de que gracias a su magia seguía con vida.

—¿Qué tiene que ver esto con la corona?

—Cuando un rey de Feéra muere, elige cuál de sus hijos ocupará el trono. Al hacer su elección su poder pasa al heredero. Y, al reconocer ese poder, el reino acepta al nuevo rey o reina. Sin embargo, Oberon no pasó su poder a un hijo o hija; te lo pasó a ti. Era el único modo de salvarte, de curarte y de proteger así el corazón mortal de tu madre.

Me paso los dedos por la cabeza y esta vez noto la corona, no como un objeto físico, sino como un zumbido de poder, como una vibración. Son demasiadas cosas para asimilar en tan poco tiempo. Siempre he pensado que los fae eran seres egoístas y crueles. No soy capaz de asumir que uno de ellos amó tanto a mi madre que murió para salvarme.

Y por si la verdad no fuera lo bastante sobrecogedora, viene acompañada del dolor por lo que Mordeus no ha mencionado. Me ha dicho que necesita la corona; me la ha pedido, y eso significa que, durante todo este tiempo, cuando Finn fingía ayudarme y ser mi amigo, su auténtico propósito era estar cerca de la corona.

—Si todos queréis esta corona con tanto ahínco, ¿por qué nadie me la ha quitado todavía? —He estado en casa de Finn, herida e inconsciente, incluso drogada. No le han faltado oportunidades—. ¿Por qué no me habéis matado para haceros con ella?

—Los antiguos reyes que forjaron la Corona de Estrellas la hechizaron con un conjuro para que sus descendientes no los mataran para arrebatarles el poder. Solo puede entregarse libremente, tal como mi hermano te la entregó a ti. Si te mato para arrebatártela, la corona me repudiará. Pero puedes decidir dármelos: la corona y el poder que la acompaña. Piensa que, si sigues llevándola, no podrás vivir nunca en paz. Pero, si me la entregas mediante una ceremonia de vinculación, la corona vendrá conmigo y tú salvarás a tu hermana.

—Si me vinculo contigo..., ¿habrá acabado todo?

¿Un vínculo de por vida con el ser con el alma más oscura y fea que he conocido? Jamás.

—Sí, querida.

Sebastian me advirtió sobre esto anoche, cuando trataba de convencerme de que Finn pretendía vincularse conmigo.

«Una simple ceremonia de vinculación y te alejaría de mí para siempre.»

Él lo sabía; sabía que lo que Finn deseaba en realidad era la corona. No me extraña que insistiera tanto en que Finn no era mi amigo.

Pero Sebastian no fue el único que me advirtió que no debía vincularme con un miembro de la corte unseelie. Finn me advirtió sobre el peligro de hacerlo con Mordeus en concreto.

«Recuerda que la única manera de que lo consigan es si tú lo permites. Si valoras tu vida mortal, no lo hagas... nunca.»

No era una amenaza, sino una advertencia. Un aviso sobre algo de lo que ninguno de los dos príncipes podía hablar abiertamente a causa de la maldición. Pero Finn también me advirtió que no me vinculara con Sebastian. ¿Lo hizo porque no quería que Sebastian le arrebatara la posibilidad de vincularse conmigo... o porque no quería que se llevara la corona? Pero no, no puede ser. Mordeus dijo que solo alguien con sangre unseelie puede gobernar el reino de las Sombras.

—Haz venir a tu goblin —le digo al rey.

Él entorna los ojos.

—¿Por qué?

—¿Quieres esta corona? ¿Quieres que me plantee lo de vincularme contigo? Llama. A. Tu. Goblin.

Mordeus chasquea los dedos y el goblin aparece ante mí y me olfatea delicadamente.

—Apestas a los de mi especie —murmura.

—¿Mueren los humanos que se vinculan con seres mágicos? —le pregunto a la criatura.

El goblin mira a su amo, que tiene los dientes apretados.

—Responde a la chica —le ordena Mordeus.

—No siempre —dice el goblin acariciándose el pelo blanco y ralo—, pero a veces sí.

No siempre, porque la maldición no afecta a todos los seres mágicos.

—Si un humano se vincula con un seelie, ¿muere?

El goblin me fulmina con la mirada mientras responde:

—No.

—Y ¿si se vincula con un unseelie?

El goblin vuelve a mirar a Mordeus, pero ya no necesito que me responda porque acabo de entender la maldad que encierra la maldición. Para impedir que Oberon se vinculara con su amante humana, la reina maldijo a los unseelie. Si uno de ellos se vincula con un humano, el humano morirá.

—Me has dicho que debo vincularme contigo, pero te has olvidado de comentar que eso me matará.

Cuando al goblin se le escapa la risa, Mordeus le dirige una mirada asesina hasta que este desaparece en medio de un fogonazo de luz.

—La corona de Oberon te salvó la vida —dice Mordeus—. Te devolvió la vida cuando tu vida se apagó. Es verdad que no puedes seguir viviendo tu vida mortal sin la corona. Mediante el vínculo me traspasarías la corona del mismo modo que los humanos llevan traspasando su fuerza vital a los unseelies durante los últimos veinte años.

Eso era lo que Finn quería de mí. Por eso Sebastian me advirtió que Finn me apartaría de él para siempre si me vinculaba con él. Porque vincularme con Finn significaba morir.

Sacudo la cabeza y la habitación empieza a darme vueltas.

—Si estuviera dispuesta a morir para cumplir mi parte del trato, ¿cómo podría estar segura de que liberas a mi hermana?

El rey Mordeus sonríe.

—Lo juré por mi magia, así que puedes estar segura de que no romperé el juramento.

Me quedo contemplando mis pies. Necesito pensar, pero, entre el dolor del hombro y las múltiples implicaciones de la nueva información, no logro pensar con claridad.

—Ya que eres tan lista —me dice Mordeus muy despacio—, podría ofrecerte una alternativa. Un regalo.

Alzo la cara. Me temo que la desesperación que siento debe de ser demasiado obvia, pero no puedo evitarlo.

—Si lo que te echa atrás es la idea de la muerte, pero estás dispuesta a devolver la corona para cumplir con tu promesa, ¿qué tal si no tuvieras que poner fin a tu existencia, sino solo a tu vida humana?

—¿Qué?

—Entrégame tu vida, y con ella la corona, y yo te reviviré con la poción vital. —Baja del estrado y me toma la mano. Estoy tan aturdida por todo que no la retiro—. Esto no tiene por qué ser el final. Podría ser el principio. —Abre la mano y sobre ella aparecen un montón de piedras con runas marcadas—. Solo tienes que vincularte conmigo.

La cabeza me da vueltas y la habitación empieza a desdibujarse a mi alrededor. Mordeus sonríe y me tambaleo hacia él.

—Elige la piedra que representará nuestro vínculo y acepta tu destino, mi niña.

Tan fácil.

«Elegir una piedra. Aceptar mi destino.»

Extiendo la mano hacia las runas y tengo la sensación de que floto.

Esta sensación me resulta familiar. La he tenido antes...

«En el Palacio Dorado. Cuando me drogaron.»

—Tengo que ir al baño —digo de sopetón.

Los ojos del rey adquieren un brillo irritado, pero lo disimula enseguida.

—Por supuesto. Mi criada te atenderá.

Asiento con cuidado de que no se note que sé que me han drogado.

Una joven criada humana con la cara marcada por cicatrices aparece y me guía bajo la atenta mirada de media docena de centinelas. Mantiene la cabeza baja en todo momento. También cuando me abre la puerta del baño y entra detrás de mí.

—¿Podría entrar sola, por favor? —le pido.

La joven mira por encima del hombro, dudando.

—No debería... Quiero decir, al rey no le gustaría que...

—Será un momento —le aseguro luchando por mantener el equilibrio.

—De acuerdo. —La criada se retira caminando hacia atrás, sin levantar la cabeza.

Cuando se cierra la puerta saco el elixir que me dio Finn y que guardaba envuelto en sombras. Echo un rápido vistazo a la puerta y bebo. Bebo un poco más, dejándome caer hasta el suelo. Desde allí trato de encontrar una solución a este lío en el que estoy metida.

No puedo darle la corona a Mordeus. No puedo hacerles esto a Finn ni a Sebastian. Si los dos tienen algo en común es la creencia de que Mordeus solo puede traer destrucción a Feéra. Pero tampoco puedo abandonar a Jas. Ni siquiera sabiendo que ha estado a salvo hasta ahora. Tal vez pudiera aguantar un poco más. Si tuviera un poco más de tiempo podría encontrar una solución que no acabe con la corona en la cabeza de Mordeus. Después de todo, las condiciones en las que la he visto en el espejo...

«El espejo.»

Durante todo este tiempo he creído que mi hermana estaba a salvo y feliz en la corte de Mordeus, pero lo he creído porque el espejo me lo mostró. Pero una de las veces, por un instante, la vi en una mazmorra. Y luego la imagen cambió y se convirtió en lo que yo desesperadamente quería creer.

Lo mismo que pasó cuando deseé desesperadamente no tener que pasar por todo esto sola. Fue entonces cuando el espejo me mostró a mi madre..., no porque estuviera allí sino porque yo quería que estuviera.

¿Acaso no me advirtió Finn que no podía fiarme del espejo? Dijo que era peligroso para alguien como yo, con tanta esperanza en el corazón. Yo no le hice caso, pero tenía razón. El espejo no ha hecho más que mostrarme lo que esperaba ver.

Me creí que Jas estaba a salvo y feliz porque era lo que quería creer. Pero, durante un instante, en la imagen que el espejo me ha mostrado esta noche mi hermana estaba en una situación apurada, para nada agradable.

Pensaba que Finn no me conocía en absoluto al decir que tenía esperanza, pero tenía razón. Por mi hermana. Por mi madre. Tenía esperanzas. Pero ya no.

Necesitaba ver que mi hermana estaba bien y eso fue lo que el espejo me mostró. Pero eso fue antes. Con las manos temblorosas alzo el espejo y,

mientras contemplo mi reflejo, borro de mi mente todo tipo de expectativas y me concentro en desear la verdad.

—Muéstrame a Jasalyn.

Esta vez no veo ninguna habitación fastuosa con una cama confortable. No hay doncellas sonrientes, ni bandejas llenas de comida ni ventanales con preciosas vistas. Solo veo a Jas, encadenada en una mazmorra, sobre un camastro de paja, con un cubo en un rincón. Está pálida y demacrada, y bebe a sorbitos de un vaso de agua con los labios agrietados.

Me cubro la boca con la mano antes de que se me escape un sollozo. Desde el suelo acaricio la imagen hasta que desaparece. He estado comiendo como una reina y haciendo amigos. He estado bailando, riendo y enamorándome. Y mientras tanto mi hermana...

Mordeus sabía que yo querría creer que ella estaba bien y que el espejo me mostraría lo que quería ver.

Un nuevo sollozo se abre paso en mi pecho, y este ya no puedo controlarlo.

—Lo siento mucho, Jasalyn. Lo siento muchísimo.

El espejo me ayudó a localizar a Sebastian en una situación intrascendente. Me lo mostró trabajando en su despacho y, más tarde, me mostró el libro, pero yo no tenía suficiente información acerca del libro ni de la vida cotidiana de Sebastian para tener expectativas sobre ellos..., a diferencia de las que tenía con mi familia. Incluso con mi madre, a pesar de que pensaba que me había abandonado, seguía teniendo esperanzas de verla.

—Muéstrame a mi madre —susurro.

Cuando el espejo me muestra una tumba con un cadáver en su interior, no sé qué es lo que se desmorona dentro de mi pecho, pero me temo que es la poca esperanza que me quedaba.

Inspiro pausadamente mientras espero a que el elixir haga efecto, pero mi mente no deja de dar vueltas.

«Llevo la corona.»

Me levanto del suelo y enderezo la espalda. No necesitaba la visita de la banshee ni que Lark se colara en mis sueños para advertirme que su llamada

era ineludible. Ya sabía cómo iba a acabar esto cuando crucé el portal. Parte de mí... parte de mí sabía que no volvería a casa.

La mujer que me ha acompañado al baño se relaja aliviada al verme salir. Quiero preguntarle por qué trabaja para el rey. Quiero preguntarle si cuenta los días que faltan para convertirse en su siguiente tributo y si le parece que mereció la pena poner precio a su vida.

Qué ridículo por mi parte pensar que viviría lo suficiente para salvar a mujeres como ella. Cuando Lark habló de mí como reina pensé que tal vez podría cambiar las cosas. Qué ridículo.

Sigo a la chica caminando como un autómata, pero no es por la droga que me han echado en el vino. No. Debo de haberme tomado el elixir a tiempo, porque ya no siento sus efectos. La insensibilidad que siento tiene otros motivos.

Resignación.

Decepción.

Un corazón sin esperanza.

El rey me observa con cautela mientras me acerco al trono. ¿Se habrá dado cuenta de que estoy sobria? ¿Podrá verlo en mis movimientos? ¿En mi rostro?

Me tambaleo expresamente porque quiero que siga pensando que juega con ventaja.

—Si hago lo que tengo que hacer para cumplir con mi parte del trato, ¿cumplirás tú la tuya? —le pregunto.

Sus ojos se iluminan con tanta viveza que en vez de plateados parecen blancos.

«La avaricia lo delata.»

—Sí.

Me vuelvo hacia el trono donde nunca se sienta; el trono que le niega su poder mientras no lleve la corona en la cabeza.

—Todo puede haber acabado al amanecer —me promete—. La ceremonia es sencilla. Elegimos una runa y pronunciamos unas cuantas palabras. Tendré la poción vital a mano.

En el sueño Lark me dijo que recordara el trato. Dijo que Mordeus cumpliría el trato. ¿Cuáles fueron las palabras exactas? Dijo que le

devolviera los artefactos y... No, a él no. Yo alteré sus palabras por una corazonada, pensando que su corte valía más que él.

«Cuando los tres artefactos vuelvan a estar en mi corte, en el sitio que les corresponde, devolveré a tu hermana, sana y salva, al lugar que elijas del reino humano.»

«En el sitio que les corresponde.»

Doy un paso en dirección al estrado y luego otro.

—El *Grimoricón* ya está en el sitio que le corresponde de la corte unseelie —le digo.

A Mordeus se le dilatan los ojos de avaricia y entusiasmo.

—Sí.

Le ofrezco el espejo.

—Y ¿esto? ¿Cuál es el lugar que le corresponde?

Él chasquea los dedos y el espejo sale volando de mi mano y va a parar a una vitrina situada detrás del trono.

—Ahora lo único que falta por devolver a la corte es la corona de Oberon —declaro con el corazón desbocado—. Pero no voy a morir hoy.

Él abre la mano y vuelve a mostrarme el montón de runas.

—Serás una fae preciosa, pero antes debemos llevar a cabo la ceremonia. Si no completamos el vínculo la poción no funcionará.

Alzando la falda, subo los tres escalones del estrado.

Mordeus me dirige una mirada radiante.

—Buena chica.

Inspiro hondo y elevo una oración a los dioses de las alturas y de las profundidades. Espero no equivocarme. Doy un cuarto de vuelta en dirección contraria al falso rey y me siento en el trono de las Sombras.

33

Noto el poder del trono, unido al de la corona y al de la corte, bombeando por todo mi cuerpo.

La corona ha vuelto al fin al lugar que le corresponde en la Corte de la Luna.

Mordeus abre mucho los ojos.

—¿Qué has hecho?

—Tu turno —digo fingiendo una seguridad que no siento. Todavía no sé si esto va a funcionar—. Envía a mi hermana, sana, salva y viva, al reino mortal. Déjala en casa del mago Trifen para que pueda cuidarla.

Con una mueca de rabia él chasquea los dedos sin dejar de mirarme fijamente.

—Ya está hecho. —Se acerca a mí. Estoy todavía demasiado aturdida para protestar por su cercanía—. Crees que eres muy lista —me dice—. Pero te olvidaste de decir que debía devolverte a ti también al reino mortal. Acabas de firmar tu sentencia de muerte. Prefiero ver a mi sobrino, el defensor de los campesinos, en este trono, antes que permitir que una mujer humana esté al frente de mi corte.

—No te tengo miedo.

Mordeus endereza la espalda y abre una de sus manazas. Un instante después la criada con la cara marcada por las cicatrices que me ha

acompañado al baño aparece entre los dos. Mordeus le coloca una daga en el cuello.

—Tú no, pero ella sí —susurra—. Y tengo entendido que, igual que mi sobrino, tienes tendencia a proteger a los débiles.

Una fina línea roja mancha el filo de la daga que se le clava en la piel. El débil gemido que se escapa de sus labios es más desgarrador que un grito de socorro.

Mordeus sigue hablando.

—Te crees que puedes engañarme, pero tu magia de novata no puede competir con mi poder. Tu mortalidad y empatía te debilitan. Vincúlate conmigo y se salvará. Si me rechazas la verás morir ante tus ojos; a ella y a la larga hilera que vendrá después. Todos morirán por tu culpa.

El filo de la daga empieza a gotear sangre.

—Suéltala —le pido con la voz rota mientras me debato mentalmente. Todo el perímetro de la sala del trono está rodeado por los guardias de Mordeus, que parecen estar esperando una orden de su rey para abalanzarse sobre mí. Tal vez Jas esté a salvo ya, pero esta chica está a punto de morir a causa de mis actos—. Por favor.

—¿Aceptas vincularte conmigo?

No puedo morir sin saber que Jas está bien. Tampoco puedo permitir que alguien tan cruel acceda a tanto poder. No puedo dejar en la estacada a los inocentes unseelies que han sufrido tanto bajo el yugo de Mordeus.

—Vincúlate conmigo —insiste Mordeus gruñendo de rabia—. Pon fin a esto.

—No. —Me tiembla la voz tres veces en una sola sílaba, pero mantengo la barbilla alta.

Él le rebana el cuello, y la sangre mana a borbotones por la boca y la garganta de la chica, cubriendo la mano de Mordeus antes de desplomarse en el suelo.

Cuando vuelve a abrir la mano su magia refulge y una chica distinta ocupa el lugar de la primera. Esta no puede tener más de doce años. Cuando se resiste, la daga se le clava en la piel mientras mira desesperada a su alrededor.

—Tengo docenas y docenas de humanos a mi disposición, todos comprados y pagados gracias a la avaricia de tu gente —me dice—. ¿A cuántos estás dispuesta a sacrificar por tus razones egoístas? ¿Cuántas vidas valen tu orgullo y tu testarudez?

La mirada de la chica de ojos azules cambia cuando me ve. Me doy cuenta del momento preciso en que lo hace porque una emoción asoma a sus ojos con fuerza: esperanza.

«Esperanza.»

Incluso con una chica muerta en el suelo a sus pies y una daga clavándosele en el cuello, mantiene la esperanza.

Alimentándome de esa emoción envuelvo la sala en sombras. Las sombras son el elemento de Mordeus, pero también el mío, y soy más fuerte que antes.

Unos hilos invisibles de poder me unen al trono y a la corte. Recurro a él para envolver en la oscuridad de la noche a todos los guardias, encerrándolos en cajitas de sombras al tiempo que yo desaparezco en mi propia caja. El rey suelta a la chica cuando se abalanza sobre mí para detenerme, pero no le sirve de nada. Reaparezco a su espalda, con la daga de *adamantium* que me dio Sebastian en la mano. Cuando se vuelve hacia mí se la clavo en el corazón.

Mordeus brama de dolor y empiezo a vivirlo todo a cámara lenta: su gruñido mientras me agarra del pelo; la sangre caliente y pegajosa que le brota del pecho y me mancha los dedos; el grito agudo de la niña que se ha dejado caer de rodillas a su espalda.

Mordeus me ataca con su daga ensangrentada, tratando de alcanzarme el vientre, pero solo logra rozarme y cae desplomado antes de conseguir su objetivo.

Con las manos temblorosas y ensangrentadas ayudo a la niña a levantarse.

—¿Tienes un lugar donde refugiarte hasta que pueda volver para ayudarte?

«Innumerables humanos», había dicho Mordeus. Todos esperando para alimentar su poder y alargar su vida maldita.

Ella asiente con las mejillas llenas de lágrimas.

—Mi hermana —logra decir mirando hacia la primera chica, la que yace muerta en el suelo; la que no he logrado salvar porque no he pensado lo bastante rápido.

—Lo siento mucho —susurro. He sacrificado muchas cosas para salvar a mi hermana, pero he dejado morir a la suya—. Lo siento muchísimo.

Ella se sienta sobre los pies y le aparta el pelo de la cara a su hermana fallecida. La imagen amenaza con sacarme de este estado de insensibilidad y no puedo consentirlo. No puedo permitirme sucumbir al dolor o al terror. Tengo que salir de aquí.

Arranco un hilo de la pulsera de mi goblin.

Bakken aparece de inmediato y abre mucho los ojos al ver al falso rey muerto en el suelo, en medio de un charco de su propia sangre.

—Llévame a las catacumbas de Finn —le ordeno secándome las manos en el pijama. Tengo el estómago revuelto por el olor de la sangre y la sensación viscosa que se me cuela bajo las uñas y empapa la fina seda.

Bakken retrocede sacudiendo la cabeza.

—Pides demasiado.

—Pero siempre pago —replico con los dientes apretados. Agarro el mango de la daga con tanta fuerza que me la clavo en la palma—. Llévame a las catacumbas del príncipe de las Sombras.

—Su paradero es un secreto cuidadosamente guardado. No es una información cualquiera.

Sin pensar, me enrosco el pelo alrededor de la muñeca y uso el puñal ensangrentado para cortarme la melena completa y ofrecérsela.

—Toma.

Los ojos se le abren como platos y babea un poco mientras la acepta.

—Sí, Niña del Incendio.

Cierro los ojos preparándome para las náuseas que siempre acompañan a los viajes con goblin, pero no me ayuda en nada. Cuando el mundo deja de serpentear bajo mis pies y abro los ojos, me rodea una oscuridad tan profunda que ni siquiera yo soy capaz de distinguir dónde nos encontramos.

—Te dejo aquí, Niña del Incendio.

Más que verlo, siento que Bakken desaparece y no trato de detenerlo. El aire es frío y huele a tierra mojada. Debemos de estar en las entrañas de la

tierra.

Mordeus ha pensado que podría drogarme para convencerme de que debía vincularme con él. Luego ha tratado de manipularme usando a inocentes para forzarme a aceptar, lo que me ha confirmado que Mordeus era tan poco de fiar como decía todo el mundo y tan malvado como me temía. Sin embargo, su maldad no me ha tomado por sorpresa; ya me la esperaba.

Lo que no me esperaba era que Finn fuera igual que él.

Si Finn me ha estado ayudando ha sido por lo mismo. Esperaba que me enamorara y que confiara en él lo suficiente para aceptar el vínculo. Pensaba quedarse con mi fuerza vital y con la corona mágica que yo ni siquiera sabía que llevaba.

Pensaba que había hecho amigos aquí. De hecho, me sentía mucho menos sola que en Fairscape, pero mi único amigo auténtico ha sido Sebastian y he abusado de su confianza tantas veces que ya he perdido la cuenta.

Lentamente mis ojos se van acostumbrando a la oscuridad. Cuando vuelvo a ver tengo que hacer un esfuerzo para no echarme a llorar. No sé qué esperaba encontrar teniendo en cuenta que son unas catacumbas. Sí, ya sabía que aquí se guardaban muertos, pero no esperaba algo así.

Hay hileras y más hileras de ataúdes de cristal. Avanzo entre ellos. La mujer que hay dentro del primer ataúd es joven, más o menos de mi edad. Le han colocado la larga melena rubia por encima de un hombro; tiene los ojos cerrados y las manos dobladas sobre la cintura. Lleva un suave vestido blanco, de encaje, que la hace parecer una novia en el día de su boda.

Apoyo las manos en el cristal, no sé bien para qué. ¿Para apartar el cristal? ¿Para despertarla? ¿Para... salvarla? No se mueve.

Aprieto la mano contra el cristal.

—No.

Avanzo hasta el siguiente ataúd y veo a un joven. Tiene las mejillas hundidas y la piel cetrina. Probablemente estaba medio muerto de hambre cuando se ofreció a Finn. Tal vez, como yo, tenía una hermana pequeña que dependía de él. Tal vez entregó su vida para que un ser amado sobreviviera.

Ataúd tras ataúd, ser humano tras ser humano, estas catacumbas cuentan la historia de un monstruo dispuesto a aceptar las vidas de hombres y mujeres para proteger la suya propia. Cuando llego ante un ataúd con una cara conocida dentro me apoyo en él y contengo un sollozo.

Es Kyla. La vi ofrecerse a él. La vi sacrificarse porque la vida que había estado viviendo le parecía peor que esto: la eternidad en un ataúd de cristal.

Quise creer que Finn era bueno. Cuando Bakken me habló de la maldición, quise creer que Finn no sería capaz de arrebatar una vida humana; que preferiría renunciar a la magia y sacrificar su propia inmortalidad antes que ser víctima del macabro dilema al que lo enfrentaba la maldición. Una parte de mí sabía —parte de mí lo ha sabido desde hace mucho tiempo— lo que significaba ser un tributo.

Quería creer que Finn y yo éramos amigos y que la conexión que sentía cuando nos tocábamos significaba algo, pero lo que nos conectaba no era más que una corona que nunca he deseado. Una corona que él necesita... y por la que planeaba matarme.

—Están aquí para poder honrarlos.

Me doy la vuelta en la oscuridad. Finn está a mi espalda, y el orbe de luz que flota a su lado ilumina ese rostro suyo, tan hermoso que debería ser delito, su boca mentirosa, sus ojos plateados y embaucadores.

—¿Vas a pedirme al fin que me vincule contigo? ¿O eres demasiado cobarde para llevar la corona que tus amigos y tú queréis que os entregue?

Él apoya un hombro contra la pared de piedra y cierra los ojos, como si estuviera muy muy cansado.

—Entonces ¿ya lo sabes todo?

—Sé que planeabas matarme desde la primera vez que bailamos. —No logro disimular el dolor que siento—. Sé que, cuando tratabas de conquistarme, lo hacías por la corona; que pretendías que me vinculara contigo para asegurarte de que la corona sería tuya.

Él se endereza y se pasa las manos por el pelo, frustrado.

—No puedo resolver los problemas de mi corte desde el exilio.

Me tiemblan las manos, pero no es de miedo. Estoy... dolida. Paseo la mirada por la hilera de ataúdes y siento que las paredes dan vueltas a mi alrededor. Me llevo la mano al estómago y noto la sangre cálida y pegajosa

de Mordeus. O tal vez es mi sangre, que sigue brotando de la herida superficial que me ha causado el rey antes de morir.

—Y mientras me manipulabas, seguías matando a inocentes porque creías que tu vida era más importante que la suya.

Me vuelvo hacia él, que no se molesta en negarlo. Su rostro parece una máscara de resignación y sus ojos plateados brillan con tristeza.

«No, no es tristeza. Eso es lo que él quiere que vea, pero no voy a dejarme manipular. Se acabó.»

Trago saliva, pero el dolor sigue anclado en mi pecho.

—¿Los mataste a todos?

—No, pero a bastantes. —Finn se acerca al primer ataúd y apoya los dedos delicadamente en el cristal mientras observa a la mujer que hay dentro—. Demasiados.

—¿Conoces sus nombres, al menos?

—Todos y cada uno de ellos.

Señalo el ataúd que está tocando, donde descansa la novia.

—¿Quién es?

—Se llamaba Isabel. —Se le rompe la voz. Levanta la cabeza y me mira.

Recuerdo haberle preguntado por Isabel. Recuerdo que le pregunté quién era y qué le había pasado. No he olvidado tampoco la angustia que vi en sus ojos cuando respondió: «Era mortal».

—La mataste —murmuro—. Mataste a tu prometida.

—Sí.

Me cuesta odiar a alguien con un aspecto tan abatido como el suyo, pero los hechos me lo ponen más fácil. Finn no es quien empezaba a pensar que era.

—El rey está muerto —le digo. Quiero que sepa lo que soy capaz de hacer; que le quede claro que no soy tan fácilmente manipulable, que puedo ganar. Sobre todo necesito recordármelo a mí misma.

—Lo sé.

Cojo la daga que llevaba en la pantorrilla, pero la mantengo envuelta en sombras.

—Lo he matado yo.

—Lo sé. Te menospreció desde el principio, pero tu madre no.

Veo a mi madre en mi mente. Me está sonriendo.

—No hables de mi madre.

Los ojos me escuecen. No puedo pensar en ella. Llevo nueve años enfadada con ella por habernos abandonado. No puedo pensar en toda esa rabia que he sentido y que no se merecía. Ni en lo mucho que sacrificó por mí. No puedo, aún no.

—Podría haberte perdonado el engaño, pero ¿esto? —Señalo los ataúdes con la mano—. He vivido toda la vida en un mundo donde los humanos podían ser vendidos y usados. Nunca entregaré la corona a alguien que forma parte del problema.

Él me mira a los ojos con los dientes apretados.

—Pues, en ese caso, más te vale usar la daga que escondes en la mano y matarme porque, mientras viva, seguiré estando al servicio de mi pueblo. Mientras viva, lucharé por la corona que llevas.

Aprieto el mango de la daga con más fuerza y noto que me tiembla la mano. Sé que matándolo no voy a devolverles la vida a todos estos humanos, pero al menos habrá un fae de las Sombras menos arrebatándosela.

Doy un paso hacia él, que permanece quieto.

¿Se defenderá o va a dejar que lo mate sin mover ni un dedo?

Yo confiaba en él.

Y traicioné a Sebastian. Lo hice por mi hermana, sí, pero también por Finn. Por su reino. Por la posibilidad de que recuperara el trono.

Vuelvo a intentar agarrar la daga con fuerza para atacar, pero no puedo; los dedos no me obedecen. Y entonces corro. Localizo la escalera y corro escalones arriba. Noto su mirada clavada en mí, pero no me sigue. Me duelen las piernas y los pulmones a medida que subo más y más, pero hay algo más poderoso que el oxígeno empujándome hacia arriba. No me detengo hasta notar el aire fresco del nuevo día y ver la luz del sol asomando por una puerta cercana.

Salgo gateando al exterior y me dejo caer en un claro del bosque, sobre una alfombra de pinaza. No logro recobrar el aliento, y no es solo porque

mi corazón lata desbocado o porque el dolor de la mordedura de la serpiente y del corte en el vientre me estén pasando factura.

Finn me ha traicionado; yo he traicionado a Sebastian y no puedo soportar tanto dolor.

34

—Lady Abriella —me llama Emmaline en voz baja—. Lo siento, señora, pero tiene que despertarse.

Trato de abrir los ojos, pero me cuesta demasiado. Me doy la vuelta y me cubro la cabeza con la almohada.

—No, necesito dormir.

Emmaline grita y soy vagamente consciente de que ella y Tess mantienen una conversación en voz baja mientras el sueño vuelve a reclamarme.

—La he encontrado aquí.

—Está sangrando mucho.

—Ve a buscar al príncipe.

—Brie. —Esta vez es Sebastian el que habla. Huele a cuero, a sal y a mar. Huele a la luz del sol sobre la hierba verde—. Brie, despierta.

No quiero abrir los ojos. Estoy en una cama blanda, cubierta por mantas. Lo huelo a mi alrededor y, no sé por qué, pero no quiero salir de este lugar donde me siento a salvo.

—El sanador tiene que examinarte —me dice Sebastian con cariño.

Y con esas palabras la realidad me golpea con la contundencia de alguien que abre una cortina para desvelar un día soleado. No quiero enfrentarme a lo que he hecho. No puedo soportar la idea de que Sebastian me odie.

—Abriella, abre los ojos.

¿Por qué tiene que hablarme con tanta amabilidad? ¿Acaso no lo sabe? Me acaricia la mejilla con su mano cálida y rugosa, y yo me inclino hacia ella, buscando su contacto, mientras él me recorre la mandíbula con el pulgar.

—Me has dado un susto de muerte —sigue diciendo—. Lo sabes, ¿no? Por favor, abre los ojos. Necesito asegurarme de que estás bien.

Pero no quiero abrir los ojos. No quiero que termine este sueño en que él todavía me quiere.

Noto su suave aliento sobre los labios, seguido de sus labios, que se apoderan de los míos, en un beso delicado y más convincente que las palabras.

Se me forma un nudo en el pecho.

«Sebastian.»

—Lo siento mucho —susurro sin apartarme de sus labios, abriendo los ojos al fin.

—¿Lo sientes? —repite él, inclinado sobre mí, observándome con preocupación—. ¿El qué?

—Siento haber robado el libro. Haberte engañado. No podía contarte el trato que había hecho con Mordeus. Tenía que salvar a Jas. —Cierro los ojos antes de añadir—: Siento haber confiado en Finn a pesar de que me advertiste que no debía hacerlo. Lo siento, lo siento mucho.

El colchón se hunde cuando él se sienta a mi lado en la cama. Me abraza y el consuelo que me dan su contacto y su calor es tan grande que me resulta imposible contener las lágrimas.

—Deja que el sanador te eche un vistazo y luego me lo cuentas todo.

Y eso hago.

Nos pasamos casi toda la noche hablando. Le cuento mi trato con Mordeus, le hablo del espejo y del libro. Le cuento mis entrenamientos con Finn, le hablo de la noche en que me drogaron y que Pretha me sacó del castillo. Le cuento lo de la corona y cómo encontré el truco para escaparme del trato.

Le hablo de las catacumbas de Finn y de lo idiota que fui creyendo que él quería ayudarme.

Sebastian me escucha atento sin juzgarme, sin dar muestras del enfado que tanto me merezco. Y cuando lo he sacado todo de dentro, cuando he acabado de explicar la historia y me he quedado sin palabras, cuando mi cuerpo está exangüe por el alivio y el agotamiento, dejo que me abrace y me quedo dormida.

Cuando vuelvo a despertarme ya es de día y entra luz por la ventana. Sebastian sigue en la cama abrazándome, contemplándome.

—¿Has podido dormir algo? —le pregunto.

Él asiente.

—Un poco. ¿Cómo te encuentras hoy?

Me siento en la cama y me froto los ojos.

—Mejor. —Ladeo la cabeza para mirarlo—. Todavía un poco sorprendida de que puedas tolerar mi presencia.

—Te viste metida en una situación imposible; hiciste lo que tenías que hacer. —Me acaricia la mejilla con el dorso de la mano—. Mi amor no es tan voluble, no se desvanece por un poco de tensión.

Me acurruco contra su pecho.

—¿Qué le habría pasado a la corona si hubiera muerto sin saber que la llevaba? ¿A quién habría ido a parar si no me hubiera vinculado con nadie?

—Lo cierto es que no lo sabemos. Nunca antes nos hemos encontrado en una situación como esta. Lo que sí sé es que cualquier unseelie que te convenciera para que le pasaras la corona podría sentarse en el trono de las Sombras.

—Y ¿qué ocurriría si me vinculara con un miembro de la Corte del Sol y le pasara la corona a mi muerte?

Sebastian contiene el aliento y sus ojos se iluminan con una mirada esperanzada. Mi Bash todavía desea una vida conmigo después de todo lo que he hecho.

—Solo alguien con sangre unseelie puede gobernar desde el trono de las Sombras, pero cualquier unseelie puede hacerlo. Lo único que necesita es la

corona. Espero que ahora entiendas por qué no quería que vinieras aquí.

Él me advirtió. Sebastian me advirtió sobre los peligros de este mundo, sobre Finn, pero no le hice caso.

—Pasé tantos años enfadada con mi madre —admito agotada de nuevo—, y empiezo a creer que lo sacrificó todo por mí. —Aunque acabo de descansar, me sigue doliendo la garganta y tengo la voz ronca—. Por eso nos dejó, ¿no? ¿Se fue para protegerme?

Sebastian me coloca el pelo detrás de la oreja.

—Después de que Oberon te salvara y te cediera su corona, tu madre se dio cuenta enseguida de que pronto vendría alguien de Feéra a buscarla y a tratar de arrebatártela.

—¿No puedo librarme de ella de alguna manera? Si no la quiero, ¿podría...?

—Está atada a tu vida y formará parte de ti hasta que mueras. —Sebastian traga saliva y recuerdo a Mordeus diciéndome lo mismo. La corona me dio vida y ahora mi vida está atada a ella—. Tu madre hizo lo único que estaba en su mano: se vendió para protegerte. A cambio de su vida logró esconderte durante siete años. Por eso te dejó con tu tío Devlin. Creía que, pasados siete años, serías ya más lista que cualquiera que tratara de robártela.

—Y yo he estado enfadada con ella durante nueve años.

—No lo sabías. —Él me desliza los dedos por el pelo y me examina las puntas desiguales—. No me puedo creer que le dieras todo tu pelo a ese goblin.

Cohibida, me paso los dedos por el pelo corto y alborotado. Nunca he sido particularmente vanidosa, pero siempre he pensado que mi pelo era bonito.

—Ahora ya no voy a poder competir con las demás chicas.

Él me toma la mano y me aprieta los dedos.

—Las he enviado a todas de vuelta a su casa.

—¿Qué? Pero pensaba que...

—Llevo semanas tratando de convencerme de que podía hacerlo. Hablé con ellas, bailé con ellas y... —Suelta el aire; parece que le cuesta continuar.

—¿Qué?

—Que ninguna eres tú. Que nunca van a ser tú. Y estoy harto de fingir que puedo vivir así.

Siento que una oleada de calor me recorre el cuerpo entero y me acomodo en su pecho.

—Bash...

—Y si no estás lista para casarte, mi madre tendrá que conformarse.

Contengo el aliento cuando menciona a la reina.

—¿Cómo está?

—¿Mi madre? Más fuerte de lo que se piensa la gente. En la corte de las sombras no saben que su vida está ligada al libro, así que no lo han usado en su contra.

—¿Qué pasará si lo descubren?

Él me abraza por la cintura, hunde la nariz en mi pelo e inspira hondo.

—Tiene a los mejores sanadores del reino a su disposición. Encontrarán la manera de fortificar sus poderes. Y si no lo consiguen... —Guarda silencio durante tanto rato que acabo separándome a regañadientes del calor de su pecho para poder mirarlo a la cara. Y lo que leo en ella no es dolor, sino una serena concentración.

—¿Si no...? —lo animo a seguir.

—Mi madre tomó decisiones consciente de las consecuencias.

—Pero ¿y tú? No deja de ser tu madre.

Él suelta el aire lentamente.

—Llevo años preparándome para este momento. Lo único que puedo hacer es ocuparme de su reino lo mejor posible.

—Eres muy maduro para tu edad, príncipe Ronan. Me imagino que serás un rey increíble cuando llegue el momento.

Él me dirige una sonrisa triste, y tengo la sensación de que me está haciendo una pregunta muda: «Yo seré rey, pero ¿serás tú mi reina?». No lo sé. No sé qué me tiene reservada la vida, pero sé que se ha acabado el tiempo de las dudas. Sin embargo, cuando él abre la boca no es eso lo que me pregunta.

—¿Quieres ir a ver a tu hermana?

Contengo el aliento.

—Sí. ¿Podemos? ¿Es posible?

—Haré que mi gente prepare un portal. Iremos a casa de Nik mañana a primera hora.

Frunzo el ceño.

—Pero yo le pedí a Mordeus que la enviara a casa del mago Trifen.

—Tuve que buscarle otro lugar donde alojarse —me explica Sebastian—. El mago Trifen no hace obras de caridad.

«Me lo imagino.»

—Seguro que Nik la acogerá hasta que Jas pueda permitirse vivir por su cuenta.

Él guarda silencio unos instantes.

—Lo dices como si no pensaras vivir con ella.

Abro la boca para protestar, pero me doy cuenta de que es absurdo. Le sujeto la cara con las dos manos y me sincero:

—Siento todas las cosas terribles que he dicho sobre ti y sobre tu gente. —Trago saliva antes de continuar—. Te quiero, Sebastian. No puedo vivir en Fairscape; ya no es mi hogar.

Él me observa con cautela.

—Y ¿dónde está tu hogar?

—Creo que ya no tengo ninguno.

Se inclina hacia mí y me roza los labios en un beso delicado.

—Yo te construiré uno... si tú quieres.

Me acurruco contra él disfrutando de su calor, de su fuerza protectora, y pienso que es posible que sí quiera.

35

Después de haber pasado semanas en Feéra, todo en Fairscape me parece gris: el cielo, las casas, la hierba, los árboles... Todo es menos vibrante, como si alguien hubiera cubierto el reino humano con un manto sombrío y deprimente.

El edificio de Nik sigue tal y como lo recordaba. Sebastian me aprieta la mano cuando nos acercamos a su piso. ¿Será consciente de lo mucho que me afecta que la gente tenga que vivir en estas condiciones?

Nik nos abre la puerta. Me coge la mano y tira de mí para que entre rápidamente.

—Siguen buscándote, Brie —me dice mientras cierra la puerta.

—¿Quién?

Gorst, por supuesto. Han pasado tantas cosas que parece que fue en otra vida cuando asalté su caja fuerte para robar dinero y poder pagarle a madame Vivias.

—Estaba tan preocupada por ti... —sigue diciendo Nik sin responderme —. Habría pensado que los hombres de Gorst te habían capturado de no ser porque seguían buscándote. —Me da un fuerte abrazo. Huele a jabón y a pétalos de rosa, tal como la recordaba. Creo que hasta este momento no era consciente de lo mucho que la había añorado. Cuando se echa hacia atrás sigue sosteniéndome por los hombros mientras me examina arriba y abajo —. Tienes un aspecto increíble. Ya te dije que había cosas buenas en Feéra.

Se fija en Sebastian y frunce el ceño antes de volver a mirarme. Sin necesidad de que diga nada entiendo que me está preguntando si está enterado.

Casi me echo a reír. Sebastian se hizo pasar por humano durante su estancia en el reino mortal. Nik no sabe que no es humano y, por supuesto, tampoco sabe que es el príncipe de los seelies.

—Lo sé todo —le confirma él mismo y yo asiento para corroborarlo.

—¿Cómo está? —le pregunto.

—Está bien. Llegó deshidratada y confusa, pero ya está mejor. El mago Trifen la atendió mientras estuvo en su casa.

—Muchas gracias.

Se vuelve en dirección al dormitorio.

—Está durmiendo, pero estoy segura de que querrá despertarse para verte. —Sin darme tiempo a protestar abre la puerta y deja que la luz del salón entre en el diminuto dormitorio—. ¿Jas? Ha venido tu hermana.

Doy un paso adelante con un nudo en la garganta. ¿Cuántas veces durante las últimas semanas le he pedido al espejo que me mostrara a mi hermana para no sentirme tan sola? ¿Cuántas veces he estado a punto de rendirme, pero he seguido adelante por ella? Corro hacia Jas cuando la veo levantarse de la cama de un salto y nos encontramos a mitad de camino.

Jas se sacude mientras solloza silenciosamente entre mis brazos.

—Sabía que vendrías. Sabía que me encontrarías.

—Siento haber tardado tanto. —Me aparto un poco para mirarla. Está distinta. Sigue siendo una niña, pero una que ha visto demasiadas cosas. Tiene ojeras, aunque, a diferencia de la última vez que la vi en el espejo, tiene color en las mejillas—. He de contarte muchas cosas.

Jas mira por encima de mi hombro.

—Sebastian —dice sonriendo—. ¿Tú la has ayudado?

—Tu hermana lo hizo todo sola —responde con la voz cargada de emoción—. Habría hecho cualquier cosa para salvarte. Lo habría dado todo.

No se me escapa el dolor que hay en sus palabras, pero permanece a mi lado en todo momento mientras le cuento lo ocurrido a Jas. Le cuento quién es él en realidad y cómo lo descubrí. Le hablo de mi trato con Mordeus y de mi exceso de confianza en la amistad del príncipe exiliado y de su banda de

rebeldes seres mágicos. Le hablo de nuestra madre y Sebastian me aprieta la mano con más fuerza cuando le explico la maldición.

Si es demasiada información para asimilar de golpe no lo demuestra. Todavía se está recuperando tras pasar varias semanas prisionera de Mordeus, pero no se queja. Cuando acabo de contárselo todo Sebastian me da un beso en la frente y me suelta la mano.

—Os dejo para que habléis más tranquilas. —Sale de la habitación y cierra la puerta.

Yo me llevo una mano al pecho mientras lo veo marcharse.

—¿Se lo has contado ya? —me pregunta Jas.

Me vuelvo hacia mi hermana.

—¿El qué?

Ella sonríe débilmente, pero distingo un eco de mi antigua hermanita, la que nunca perdía la esperanza, en la curva de sus labios.

—Que estás enamorada de él.

Trago saliva.

—Ya lo sabe.

Ella ladea la cabeza.

—Y entonces ¿por qué pareces tan triste?

«Porque nunca creí que confiaría en un príncipe fae, y mucho menos en dos. Porque cuando al fin logré hacer amigos, descubrí que me estaban utilizando. Porque le hice daño a Sebastian y me va a costar perdonarme.»

—Brie —me llama apretándome la mano—. ¿Qué pasa?

—Creo que no voy a quedarme en Elora.

—¿Qué? ¿Por qué? Si nos vamos de Fairscape Gorst no podrá...

—Nunca voy a estar a salvo aquí, no mientras lleve esta corona.

—¿Vas a volver a Feéra?

Semanas atrás era yo la que pronunciaba el nombre del reino mágico con desdén y Jas la que quería ir allí. Ahora nuestros papeles se han intercambiado.

—Estaré con Sebastian —respondo haciendo que suene como si no me estuviera escondiendo—. Quiero hacer lo que esté en mi mano para... ayudar a mejorar las cosas allí. —Agacho la cabeza y me armo de valor antes de volver a mirarla a los ojos—. ¿Quieres venir con nosotros?

Jas abre mucho los ojos. Su miedo es tan palpable que casi puedo olerlo. Es normal. Lo único que conoce de Feéra es la mazmorra de la corte unseelie donde ha estado encerrada todo este tiempo.

—Brie...

—Estaríamos en la Corte del Sol. Te protegeríamos.

Sus manos tiemblan cada vez con más fuerza hasta que es su cuerpo entero el que vibra de miedo.

—Las cosas que vi en las mazmorras... Las cosas horribles que oí...

—No tienes por qué venir —la tranquilizo. Odio ser la causante del dolor que se refleja en su cara—. Te quiero muchísimo —susurro—. Si me necesitas a tu lado, me quedaré.

—Yo también te quiero. —Me abraza por la cintura—. Te mereces ser feliz, Brie. Llevas demasiado tiempo trabajando sin parar. Has hecho de todo para protegerme. No puedo soportar la idea de que sigas sacrificándote por mí.

—Pero no quiero separarme de ti.

—Dame un poco de tiempo. Necesito quedarme aquí un poco más. Cuando me haya recuperado me reuniré contigo. —Trata de sonreír, pero la temblorosa curva de sus labios no logra ocultar la mentira, y las dos lo sabemos.

—Te visitaré siempre que pueda —le digo, pero ya sé que no será tan a menudo como a las dos nos gustaría.

Las lágrimas que me queman las mejillas no son más que una insignificante prueba del enorme dolor que siento al despedirme de ella.

Nik llama a la puerta, la abre y asoma la cabeza.

—Brie, tienes que irte. Lo siento, cariño, pero no puedo arriesgarme a que Gorst te encuentre aquí.

Asiento sin apartar la mirada de Jas.

—Vete —me anima ella—. Estaré bien.

—Te echaré de menos todos los días.

—Visítame en sueños, como cuando éramos niñas.

Jas sonríe y se despide con la mano pero, mientras Sebastian me indica que me apresure, recuerdo que cuando nos mudamos a vivir con el tío Devlin Jas me daba las gracias a veces cuando se despertaba por haberla

llevado a vivir aventuras en sus sueños. ¿Eran simples sueños o tenía ya acceso a esa parte de mi poder siendo niña en el reino mortal?

36

Cuando regresamos al Palacio Dorado, mi mente sigue en Fairscape con Jas.

Sebastian me acompaña a mi habitación. En cuanto me detengo ante la puerta y me vuelvo para mirarlo, él me observa en silencio antes de decir:

—Te llevaré a verla pronto.

—Gracias, Sebastian.

—No es nada.

—No. Gracias por... todo. Por estar a mi lado durante todo esto. Cualquier otro me habría enviado de vuelta a casa. —Cierro los ojos—. Gracias por perdonarme cuando me llevé el libro y por... entender las decisiones que tomé.

Noto sus dedos en la barbilla. Me acaricia la mandíbula y luego hunde la mano en mi pelo. Cuando abro los ojos veo que su mirada está cargada de angustia.

—Te quiero, Abriella. Lo único que me importa es que estás aquí, conmigo, ahora. El resto ya lo solucionaremos. Juntos.

Le miro los ojos y el resto de la cara, sus rasgos fuertes y delicados al mismo tiempo.

—Quiero vincularme contigo.

Sebastian traga saliva y se le abren mucho los ojos.

—¿Estás segura?

Asiento. No puedo dejar de pensar en la banshee, en la muerte sentada sobre mi pecho. En la corona que llevo en la cabeza, en el falso rey y en el príncipe que trató de engañarme para arrebatármela. El príncipe que estaba dispuesto a dejarme morir para poder quedarse con el trono.

—Mordeus tenía razón en una cosa: mientras lleve esta corona en la cabeza no podré vivir mi vida. Si no es Finn, será otro unseelie. Hasta que no encontremos la manera de que pueda librarme de ella de manera segura, necesito el vínculo para que puedas protegerme.

—Pensaba que estabas en contra de que los humanos se vincularan con seres mágicos.

Le tomo las manos entre las mías.

—Confío en ti.

Él se lleva mis manos a los labios y las besa, dos veces cada una.

—Juro hacer todo lo que esté en mi mano para darte una buena vida. Para hacerte feliz y protegerte.

Sebastian ha escogido el balcón de su habitación para llevar a cabo el vínculo. La hora elegida para la ceremonia ha sido el atardecer, y ahora mis doncellas me preparan para la ocasión entusiasmadas. Hacen lo que pueden con mis rizos, que me llegan ya a la altura de las orejas y se entretienen más rato del habitual con el maquillaje.

Cuando me muestran el vestido seleccionado contengo el aliento.

—Sebastian nos dio el patrón del vestido de muselina de su hermana y hemos hecho lo que hemos podido para terminarlo. ¿Era esto lo que quería?

—Sí.

El patrón se ha convertido en un vestido de terciopelo color esmeralda, que pronto veo borroso porque se me llenan los ojos de lágrimas. Solo a Sebastian se le podría ocurrir una idea así para que pueda llevar algo diseñado por mi hermana en nuestra noche especial.

El vestido no es un vestido; mantiene el diseño que Jas ideó para la fiesta del reino. El que no pudo acabar porque madame V. la vendió.

—No, no. Nada de lágrimas —dice Tess secándose los ojos—, o me pondré a llorar yo también.

Introduzco los pies en las amplias perneras de la falda pantalón; el tacto del terciopelo sobre la piel es una delicia. Emmaline me ayuda a ponerme el ajustado corpiño, que tiene un pronunciado escote en uve y lo complementa con un collar de esmeraldas.

—De parte del príncipe también —comenta.

Cierro los ojos. ¿Ha estado guardando el patrón del vestido durante todo este tiempo? ¿Lo guardaba para esta ocasión?

—¿Por qué está tan triste? —me pregunta Emmaline—. Está deslumbrante.

—No estoy triste. —Inspiro hondo entrecortadamente—. Estoy lista.

El atardecer ofrece un espectáculo maravilloso desde la terraza de Sebastian, pero no tanto como el hombre que ocupa el centro de la escena.

Sebastian está resplandeciente con una chaqueta de lino blanca y pantalones a juego. Esta noche no lleva armas; las ha cambiado por un lirio. Me mira con ternura mientras me lo coloca detrás de la oreja.

—Estás preciosa.

Agacho la cabeza, sintiendo una timidez difícil de explicar.

—Gracias por el vestido. Y por el collar. —Lo miro sin levantar del todo la cara.

Él me ofrece una copa de vino que coge de una mesa cercana y la acepto, agradecida de poder beber algo que me calme los nervios.

—Hice que guardaran una botella de vino del solsticio. Normalmente solo se bebe en Litha, pero como te gustó tanto... —Alza su copa y brinda conmigo—. Brindo por ti, Abriella. Por hacer realidad mi sueño de poder vincularme a una mujer tan increíble.

Los ojos se me vuelven a llenar de lágrimas.

—Y por ti —susurro—. Y por un nuevo comienzo para los dos.

Ambos vaciamos las copas, pero las manos me siguen temblando cuando las dejamos en la mesa.

Sebastian hace aparecer un montón de runas en su mano y me las muestra.

Dudo antes de elegir una, consciente de la magnitud de lo que estoy a punto de hacer. Estoy lista para asumir este vínculo de por vida y, sin embargo...

No. Basta de dudas y basta de secretos. Confío en Sebastian. Tengo que permitirle que se vincule conmigo para que pueda protegerme ante lo que pueda venir.

Antes de poder cambiar de idea me hago con una piedra oblonga de alabastro. En cuanto la toco, el resto de las piedras desaparece. La coloco en la palma de mi mano y le doy la vuelta para examinar el símbolo. Hay una línea larga y gruesa que recorre el lado más largo de la piedra. Otra línea se separa de la principal y vira a la derecha, y una espiral cruza el centro.

—Es preciosa —murmuro acariciando el dibujo con el pulgar. Cuando alzo la vista hacia Sebastian veo que está observando la piedra con expresión apagada—. ¿Qué pasa?

Él traga saliva y niega con la cabeza.

—Nada. Todo está bien.

—¿Qué significa?

—Este símbolo puede significar dolor y pérdida. —Apoya la mano sobre la mía, presionando la piedra con fuerza entre ambas palmas—. Pero también puede significar renacimiento tras esas cosas. Nuevos comienzos, tal como dijiste. —Agacha la cabeza y me da un beso delicado, manteniendo nuestras manos unidas—. ¿Estás lista?

Lo miro a los ojos. Me gusta que no parezca tener prisa, que entienda lo que esto significa para mí.

—Lo estoy.

—Abriella Kincaid, vinculo mi vida a la tuya. Sentiré tu alegría y conoceré tu dolor. Aunque estemos lejos, nuestros corazones siempre permanecerán cerca, y viviremos conectados en espíritu.

—Príncipe Ronan Sebastian —digo repitiendo los votos tal como me ha enseñado a hacer—. Vinculo mi vida a la tuya. Sentiré tu alegría y conoceré tu dolor. Aunque estemos lejos, nuestros corazones siempre permanecerán cerca, y viviremos conectados en espíritu.

Él inclina la cabeza y roza su sonrisa con la mía. Sigue sosteniéndome la mano con fuerza, casi como si tuviera miedo de que fuera a retirarla.

—¿Ya está? —pregunto. Pensaba que notaría algo distinto, pero no.

—Tarda un momento —responde mientras me espolvorea besos delicadísimos en el cuello y me atrae hacia él. Vibro de placer y excitación. Nos besamos una y otra vez hasta que la brisa nocturna se cierne a nuestro alrededor, como si fuera una cinta que nos mantiene unidos.

Y entonces lo noto. Es como una conexión entre los dos, algo electrizante, que vibra y cruje, una fuente de poder que va de mí a él y regresa a mí, en un bucle infinito.

—Sebastian —susurro. La runa ya no está entre nuestras manos—. ¿Adónde ha ido?

Él aparta la tela del escote y sonríe. Allí, marcada en mi piel, está la runa que acaba de volar del nido que formaban nuestras manos unidas.

No puedo evitar pensar en el pecho de Finn, y todas las runas que vi marcadas en él. ¿Cada una de ellas representaba a una persona con la que se había vinculado? ¿Una vida robada?

Aparto esos pensamientos de la mente. Esta noche solo importamos nosotros dos, Sebastian y yo.

—¿Tú también tienes una?

Él asiente, tragando saliva, y gira nuestras manos unidas para mostrarme el símbolo de tinta grabado en el interior de su muñeca.

—Ya estamos vinculados.

Empiezo a ver borroso al mismo tiempo que se me doblan las rodillas.

—Creo que tengo que sentarme.

Sebastian palidece. Me toma del brazo, me hace entrar en su habitación y me acompaña hasta una silla.

—Te voy a pedir que te bebas esto —me dice sacando un frasquito de una faltriquera que le cuelga de la cintura.

Siento un dolor lacerante en el pecho y los pulmones se me contraen.

—Sebastian... —Contengo el aliento y me llevo las rodillas al pecho cuando el dolor vuelve a apoderarse de mí—. Creo que alguien ha envenenado el vino.

—Necesito que te bebas esto —insiste él con una mano en mi brazo. Cuando logro abrir los ojos veo que me está observando con una expresión preocupada en su hermosa cara—. Estoy aquí, Abriella. Estoy contigo.

—¿Qué me está pasando?

—Es una reacción al vínculo. Bebe.

El dolor me parte en dos. Veo que Sebastian me habla, pero sus palabras no son más que la banda sonora de mi tortura. Trato de escuchar, trato de concentrarme en algo que no sea este dolor insoportable que me está desgarrando, pero no puedo. Solo quiero dormir hasta que pase el dolor.

El mundo brilla gracias a la luz del atardecer que entra por el ventanal y contrasta con la reconfortante oscuridad del sueño que me llama. Luz, oscuridad, luz, oscuridad. Es como si alguien me estuviera pidiendo que eligiera entre la vida y el dolor o el alivio y la nada.

—Brie.

Abro los ojos con esfuerzo.

Sebastian está presionando el frasco contra mis labios.

—Te estás muriendo. Esta es la única opción que tenemos.

—¿Muriendo?

Siempre me imaginé que la muerte me agarraría y se me llevaría bruscamente. Nunca pensé que me clavaría sus afiladas garras en el pecho y lucharía conmigo cuerpo a cuerpo. Nunca se me ocurrió que podría defenderme.

—Por favor, bebe. La poción vital es el único modo que tengo de salvarte. —Oigo sus lágrimas antes de poder abrir los ojos el tiempo suficiente para verlas—. Por una vez en tu vida deja de ser tan tozuda, maldita sea.

«La poción vital.»

La habitación da vueltas. Me pesan tanto los párpados que me cuesta permanecer aquí cuando lo que quiero es desvanecerme. La luz o la oscuridad. La luz o la oscuridad. Las palabras de Lark resuenan por detrás del dolor.

«La próxima vez que muera tiene que ser durante una ceremonia de vinculación.»

«Veo tres caminos ante ti. En los tres la llamada de la banshee es clara.»

El cristal está fresco. Si bebo, ¿dejaré de sentir este dolor? Si no bebo, ¿me aguarda la muerte?

—Por favor. —La voz de Sebastian es un sollozo entrecortado—. Es la única manera. —Está sufriendo, y sentir su dolor es peor que las garras que me despedazan. Haría cualquier cosa por aliviar su dolor, y por eso separo los labios y bebo.

La poción tiene una consistencia sedosa y siento como si saliera volando. Con cada sorbo es como si me arrancaran del pecho una de las garras y me elevara un poco más, alejándome del dolor.

—Buena chica —susurra—. Tienes que bebértelo todo. Esa es mi chica.

Al dar el último trago las garras han desaparecido. Una sensación cálida me recorre las venas, aunque pronto se convierte en calor y luego...

—¡Sebastian!

Me retuerzo entre sus brazos cuando las venas se me llenan de fuego. Por favor, dioses, fuego no.

«Lo que sea menos fuego.»

—¿Qué pasa? —pregunta él.

—Es la transformación —responde una voz femenina que no reconozco —. No es posible transformarse en fae sin dolor.

—Arréglalo —le ordena él gruñendo—. Haz algo para evitarle esta agonía.

—La magia tiene un coste —insiste la mujer—. Igual que la inmortalidad. Tiene que soportarlo o la poción no funcionará. Debe soportarlo o la perderás para siempre.

—Estoy aquí —musita Sebastian—. Estoy contigo.

Pero no es cierto. En este dolor estoy sola. El tiempo salta a trompicones y se detiene en seco. Veo mi infancia y revivo el incendio a cámara lenta. El tiempo se burla de mí mientras los segundos pasan volando y luego vuelve a detenerse en seco.

El mundo se oscurece una vez más. Me aparto de la consciencia y doy la bienvenida a la oscuridad, que me envuelve como una manta suave.

37

Las estrellas nunca habían brillado tanto, la oscuridad del cielo nunca me había parecido tan aterciopelada. La fresca brisa de la noche me azota la piel y me acaricia las orejas y las mejillas con la dulzura de los besos más delicados.

Un fae alto con anchos hombros y el pelo oscuro y rizado me da la espalda. Tiene la cara levantada hacia el cielo y observa las estrellas con atención, como si él también esperara obtener de ellas las respuestas que necesita.

—¿Finn?

Cuando se vuelve hacia mí de nuevo quedo deslumbrada por su belleza. Lleva una camisa negra con dos botones desabrochados y unos pantalones de cuero tan oscuros como la noche. Un pensamiento difuso me inquieta. Sé que no debería estar aquí con él, pero no recuerdo por qué.

—Creo... —Miro a nuestro alrededor. No hay paisaje, solo la inacabable noche estrellada—. ¿Esto es real?

Levanto la mano y me paso los dedos por el estrecho filo de mis nuevas orejas puntiagudas.

—He muerto —susurro al recordar.

—Has muerto y has vuelto a nacer. Ahora estás dormida. La metamorfosis nunca es fácil, pero tu carne mortal se resistió más de lo habitual.

«Porque yo nunca quise ser una fae.»

«Una reacción al vínculo.»

Sebastian estaba preparado. Llevaba un frasco de poción vital para salvarme cuando el vínculo pusiera fin a mi existencia mortal. Pero la maldición no decía nada de que fuera peligroso para una mortal vincularse con un seelie. Entonces ¿cómo podía saber Sebastian que me iba a afectar así? Mientras trato de entenderlo la idea se desvanece y se pierde en la oscuridad infinita.

Bajo la vista y me observo. Llevo el modelo verde que Jas diseñó para mí, pero no hay nada bajo mis pies descalzos. Estamos flotando entre las estrellas.

—Es un sueño.

La ausencia de paisaje dejaba poco lugar a las dudas, pero, aunque no hubiera sido así, habría sabido que era un sueño porque no estoy frustrada ni enfadada con Finn. Me siento... en paz.

Él asiente y echa los hombros hacia atrás mientras sigue contemplando el cielo.

—Un sueño. Uno de los mejores que he tenido en años.

—No quiero regresar. —Me muerdo el labio inferior—. Demasiado dolor.

—El dolor habrá desaparecido cuando despiertes. —Nunca había visto tanta tristeza en sus ojos plateados—. ¿Eres feliz?

—No estoy segura de recordar cómo era. Hace tanto tiempo que no puedo permitirme el lujo de ser feliz...

—Ahora tienes una vida inmortal completa para averiguarlo.

Miro a mi alrededor, hacia el cielo estrellado que parece mecernos en un lugar fuera de la realidad, fuera del tiempo. Incluso mis pensamientos parecen suspendidos.

—¿Qué pasó?

—Cuando te fuiste de las catacumbas le pedí a Pretha que te llevara al Palacio Dorado. Sabía que no aceptarías volver con nosotros, y no podía dejarte sola y sangrando en las Tierras Salvajes.

Finn. Fue Finn quien me llevó a un lugar seguro. No puedo decir que me sorprenda.

—Y ¿qué pasó después?

—Pronto lo entenderás.

—Más secretos —replico, pero me siento tan relajada que no logro ni enfadarme.

—Lo siento..., aunque no sirva de nada. Nunca pensé... —Se aprieta la nuca—. Traté de mantenerte al margen de todo esto. Incluso cuando la protección de tu madre se agotó y supe dónde podría encontrarte, seguí buscando la manera de no involucrarte. Te vi en un sótano. Te vi trabajando hasta que los dedos te sangraban para pagar las deudas; te vi cuidando de tu hermana. Busqué sin parar otra manera. Mi padre me colocó en una situación imposible al entregarle la corona a una niña mortal.

Les doy vueltas a sus palabras. Nunca lo había visto desde su perspectiva. Finn tenía que pensar en un reino entero. Los refugiados, los niños...

—¿Lo odias por lo que hizo?

Sus labios se curvan en algo parecido a una sonrisa.

—Lo odié una vez. —Se vuelve para mirarme—. Antes de conocerte.

Observo las estrellas de nuevo.

—Pensaba que había perdido la esperanza; que ya no creía en nada, pero cuando pienso en tu gente y en los campos..., tengo esperanza. Sigo creyendo que tú puedes ayudarlos.

Él traga saliva, cierra sus hipnóticos ojos plateados y agacha la cabeza.

—¿A pesar de todo lo que te hice? ¿A pesar de lo que hice antes de conocerte?

—A pesar de todo. —Suspiro y dejo que las estrellas me hagan llegar su canción—. Me gusta esto. Me recuerda a algo que mi madre solía decirme cuando salíamos juntas de noche. —Algo que había olvidado y que acabo de recordar.

—¿El qué? ¿Qué te decía?

—Que por muy desesperanzada que me sintiera, siempre encontraría un poco más de esperanza en mi interior. Que por mucho que pensara que había perdido la fe, siempre hay algo en lo que creer. —Cuando me vuelvo hacia él lo encuentro observándome, con una mirada dulce y la mandíbula relajada—. Supongo que eso debe de sonarle absurdo a un ser inmortal.

—En absoluto. —Traga saliva con fuerza—. Que siempre tengas una estrella a la que pedirle deseos, Abriella, y una buena razón para creer. —Empieza a desvanecerse en la oscuridad.

—Finn, espera. —Él vuelve a materializarse ante mí y aguarda en silencio—. ¿Por qué estás usando la magia para visitarme en sueños? ¿No te preocupa el coste?

—Ah, pero ¿para qué servimos los fae de las Sombras sino para mostrarnos en sueños absurdos y macabras pesadillas?

Me recorre con la mirada de arriba abajo, desde los ojos, pasando por las clavículas, mi conjunto nuevo y los pies descalzos antes de volver a ascender y detenerse en la muñeca. Yo sigo el recorrido de su mirada. Mi cicatriz ha desaparecido. No es que esté oculta mediante un hechizo, es que ya no la tengo. Su ausencia es como un eco en mi mente, ya que nunca fue una cicatriz sino la marca del que lleva la corona unseelie.

—La maldición se ha levantado, por lo que ya no hay ningún coste. De todos modos, no es mi poder el que nos ha traído aquí. No estoy usando mi magia.

—Y ¿entonces...?

—Tú estás usando la tuya —responde mientras desaparece, y el sueño se disipa en la nada.

—El sanador dijo que necesita dormir.

Piezas de un puzle dan vueltas en mi cabeza, mezclándose y cambiando de posición. Las respuestas están ahí, pero no puedo alcanzarlas.

—Sin duda, pero podrá dormir después de la coronación.

—El príncipe la querrá a su lado.

El príncipe.

«Sebastian.»

Sebastian, que apareció de repente en mi vida hace dos años. Se instaló en la casa vecina y me conquistó desde la primera sonrisa. Siete años después de que mi madre se marchara. Con precisión casi milimétrica.

—Son los primeros días de los nuevos tiempos. Si ella es la elegida para ser su reina, debe estar a su lado.

—No creo que esté preparada para despertarse. Han sido muchas cosas en poco tiempo, y la poción pasa factura.

«La poción. La poción que Sebastian llevaba encima. La que sabía que iba a necesitar.»

Siento que hay algo importante que se me escapa, como una palabra que tuviera en la punta de la lengua. Pero la consciencia me rehúye, como la respuesta que no logro alcanzar.

—Se está despertando. Mira esos ojos.

—¿Princesa Abriella? —Alguien me sacude delicadamente el brazo—. Princesa, tiene que despertarse. Tenemos que prepararla para la coronación.

Abro los ojos con esfuerzo, me siento en la cama y miro a mi alrededor. Sigo en la habitación de Sebastian, pero todo está un poco cambiado. ¿Más... brillante? ¿Más... definido?

—Oh, qué pena. El príncipe Ronan se está perdiendo su primera mirada al mundo desde sus nuevos ojos —exclama Emmaline casi gritando—. Que alguien vaya a buscarlo.

—Es una fae preciosa, señora —dice Tess.

—Como si lo fuera de nacimiento.

«¿Fae? ¿Soy una fae?»

Los recuerdos regresan en tromba: la elección de la runa, el intercambio de votos con Sebastian, el debilitante dolor de la muerte..., la poción vital.

—Siento mucho las prisas, alteza, pero si quiere llegar a la coronación del príncipe Ronan tiene que meterse en la bañera ahora mismo.

«Morí. Sé que morí.»

Pero ¿por qué? Y ¿cómo sabía Sebastian que tendría esta reacción al vínculo? Él sabía que el vínculo me mataría. Sabía que tenía que transformarme en fae o perderme para siempre.

Una de las doncellas me toma la mano y me ayuda a levantarme de la cama. Me tambaleo sobre unas piernas que no parecen las mías.

Otra doncella sostiene un vestido en alto.

—Estará preciosa con este vestido al lado del nuevo rey.

Sigo aturdida por el sueño. O por la poción. Lo que dicen no tiene ningún sentido.

—¿El nuevo rey?

Las damas se echan a reír.

—El príncipe Ronan, su Sebastian, subirá al trono hoy mismo con nuestra señora a su lado. Hay tantos motivos de celebración...

Cierro los ojos, como si hubiera recibido un golpe. En el sueño Finn dijo que la maldición se había levantado.

«La reina ha muerto por mi culpa.» Me cuesta asimilarlo.

Cuando vuelvo a abrir los ojos me sobresalto. Emmaline y Tess han cambiado. Ya no son las mujeres que conocía. Son fae, con orejas puntiagudas, piel brillante y hiedra tatuada en los brazos.

—¿No sois humanas?

—No, el príncipe usó un hechizo —responde Emmaline— para que se sintiera más cómoda.

—Pero ahora ya podemos mostrarnos tal como somos —añade Tess—. ¿Por qué parece tan triste? Será una reina maravillosa.

—Y muy hermosa —corrobora Emmaline.

¿Por qué parezco yo triste? ¿Por qué están ellas tan contentas?

—La reina Arya —contesto tragando saliva—. ¿Murió mientras yo dormía?

Emmaline abre mucho los ojos. Tess y ella intercambian una larga mirada antes de volverse de nuevo hacia mí.

—No, no, señora. La reina está bien. El príncipe Ronan ascenderá al trono de las Sombras.

Retrocedo tambaleándome hasta que me topo con la cama. Me dejo caer y niego con la cabeza, sentada. La corona de Oberon debe de haber pasado a Sebastian cuando morí, pero...

—No lo entiendo. Pensaba que solo un miembro de la familia real unseelie podía ocupar el trono de las Sombras.

—Así es, señora —replica Tess—. Y Sebastian pertenece tanto a la realeza seelie como a la unseelie.

Emmaline asiente.

—No podíamos hablar de ello hasta que se ciñera la corona de su padre y se rompiera la maldición, pero ahora ya podemos celebrar quién es en realidad.

—Hoy es un día dichoso —afirma Emmaline, y el resto de las criadas que hay en la habitación corean su asentimiento.

«¿La corona de su padre?»

Siento un gran enfado, a pesar de que todavía estoy tratando de recolocar las piezas del rompecabezas, ya que nada tiene sentido.

—Pensaba que su padre era el rey Castan.

—El rey Castan, los dioses lo tengan en su gloria, lo crio —explica una criada que está detrás de Tess. Tiene cuernos y sus grandes ojos azules brillan como un cielo de verano—. Pero el príncipe Ronan lleva la sangre de Oberon. Concebido en el reino mortal durante el eclipse, nuestro príncipe une el día y la noche. La luz y la oscuridad. Él es el nuevo rey que nació para unir nuestros reinos.

«Sebastian es unseelie.»

Es unseelie y sabía que yo moriría si me vinculaba con él. Sabía que yo no tendría más remedio que tomar la poción vital, aunque nunca quise ser una fae.

—Ha sido la respuesta a nuestras plegarias —comenta otra criada—. Su madre y él buscaron la corona de su padre por todas partes, durante mucho tiempo. Y entonces la encontró a usted.

—Él... —Trago saliva mientras recuerdo sus promesas susurradas.

«Juro hacer todo lo que esté en mi mano para darte una buena vida. Para hacerte feliz y protegerte.»

Me mintió.

«Me manipuló.»

Me dejó creer que Finn era el único que quería engañarme para que me vinculara con él. Me hizo creer que él solo quería amarme y protegerme.

—Lo sabía —digo. Y aunque mi tono de voz es seco y duro, no deja entrever ni una pequeña parte de la rabia que me recorre las venas.

—Nadie podía hablar de ello hasta que recuperara la corona de su padre —dice Tess. Ya no parece feliz, sino preocupada—. ¿Quiere que... vaya a buscarlo?

—Es hora de vestirse —nos recuerda Emmaline acercándose a mí con la mano extendida, como alguien que se estuviera acercando a un animal

asustado—. Tras la coronación se casará con el nuevo rey. Será una novia preciosa y una reina honorable.

La reina de un hombre que apareció en mi vida justo cuando se agotó la protección de mi madre. Un hombre que lleva años planeando arrebatarme la corona unseelie. Un hombre que me robó mi poder y me mintió sobre el suyo.

Algo se me rompe en el pecho y las criadas gritan cuando la habitación se llena de oscuridad. Mi oscuridad.

Sebastian me ha arrebatado la corona, pero al parecer este poder —el poder que me traspasó Oberon al entregar su vida al mismo tiempo que la corona— sigue siendo mío.

«La magia es vida. La vida es magia.»

Tal vez, al darme la poción vital, Sebastian logró sin querer que esos poderes quedaran ligados a mí.

Las criadas buscan alguna fuente de luz. Algunas llaman a los centinelas que montan guardia en el pasillo, pero las silencio, envolviendo sus gritos en sombras.

Esperan que me deje poner un vestido bonito y que me coloque a su lado para ser su reina, pero no soy una cara bonita que se deja manipular. Soy la oscuridad, y el poder que corre por mis venas es más fuerte que nunca. Esto es lo que significa ser una fae y tener magia.

«La magia es vida.»

Y con la oscuridad dando vueltas a la habitación como un torbellino y mis sombras uniéndose a ellas, me siento más viva que nunca.

Paso junto a las criadas aterrorizadas, junto a los guardias que se apresuran a buscar luz mágica. Paso junto a Riaan y la guardia real al tiempo que iluminan pasillos y salones. Mientras camino, veo su magia fracasar al enfrentarse al poder de la mía. Una gran furia se apodera de mí y clama venganza, castigo.

Pero... allí. Debajo de toda esa rabia hay algo más. Una emoción que no es mía. Un hilo de pánico, un vínculo fuerte que me indica que Sebastian doblará la esquina un segundo antes de que lo haga.

Sebastian corre hacia mí por el pasillo. En la oscuridad que recubre el palacio veo brillar la corona de estrellas sobre su pelo plateado. Lo veo con

más claridad que nunca. La vista se me va hacia los tatuajes de su pecho y su cuello. Docenas de runas que nunca había visto antes.

«Otro hechizo. Otra manera de engañar a la humana.»

Se detiene cerca de mí y se da la vuelta en la oscuridad.

—Abriella. —Noto vibrar su pánico en mi sangre. Él me siente, pero no me ve. Yo, en cambio, sí lo veo a él. Lo veo y lo siento. Soy sombras y oscuridad, más fuerte que la chica que él sacrificó para conseguir esa corona—. Detén esto, Brie. Levanta la oscuridad; tenemos que hablar.

Pero no puede obligarme a detenerlo. Y no puede impedir que salga del Palacio Dorado sin nada más que mi oscuridad y la traición enroscada alrededor de mi corazón inmortal.

Agradecimientos

Gracias a mis amigas escritoras, que me animaron a llevar a cabo este proyecto; por chillar de entusiasmo en vez de advertirme de que podía estrellarme al lanzarme a un género nuevo. Gracias por animarme a lo largo de todo el proceso. Mira Lyn Kelly, mi mejor amiga y compañera de *brainstormings*, reina sin igual de acariciar el pelo y de animar. Gracias por estar a mi lado mientras escribía el primer esbozo y por mantener a raya mis inseguridades. Carrie Ann Ryan, Jeffe Kennedy, Kyla Linde, Lisa Maxwell, Meghan March, Sawyer Bennett, Zoe York y a todo el mundo que molesté cuando la historia no me dejaba en paz. Gracias por vuestro entusiasmo. Gracias a Rhonda Merwarth por sus aportaciones cuando este libro no era más que un proyecto. Gracias a mi grupo de apoyo, las Goldbrickers, que, a pesar de su nombre —que significa «holgazanas»—, me asombran a diario con sus ánimos y su ética de trabajo. Soy mejor gracias a vosotras.

Gracias también a mis amigos del mundo real, incluso a los que no entienden nada sobre el mundo editorial, pero me animan igualmente. Unas gracias muy especiales a Lisa Kuhne, que tiene el dudoso honor de ser al mismo tiempo mi querida amiga y mi asistente personal, y que es una experta en controlar mis neurosis. Gracias a Emily Miller, mi consejera personal en asuntos fae y amante de todo lo relacionado con el mundo feérico.

Gracias a mi familia. A mi madre, por preocuparse por mí cuando me mato a trabajar y por darme permiso para descansar cuando yo no soy capaz de dármelo. Gracias a mis hermanas, Deb y Kim, por sus mensajes de texto, y por entenderme como nadie podrá hacerlo nunca. Y, por supuesto, gracias a mis cuatro hermanos mayores: Eric, Aaron, Danny y Josh, que me

enseñaron a creer en los fae, dragones y monstruos de los bosques. Aaron, gracias por el mapa de Feéra, me encanta.

Gracias a mi agente, Dan Mandel, quien se entusiasmó con el libro cuando no era más que un breve resumen en un correo electrónico y unas cuantas escenas esbozadas en mi disco duro. Gracias por creer siempre en mí y en mi trabajo.

Doy gracias por haber encontrado a una editora tan maravillosa como Nicole Sclama. Cada una de sus notas encajaba perfectamente con mi visión de la historia. Me ayudó a conseguir que el libro fuera lo que yo quería que fuese, un libro que me siento orgullosa de compartir. Ha sido un honor trabajar con el equipo de HMH Books for Young Readers, en especial con Gabriella Abbate, Emilia Rhodes, Helen Seachrist, Andrea Miller, Samantha Bertschmann, Nadia Almahdi, Tara Shanahan, Margaret Rosewitz, Erika West, Rebecca Springer, Maxine Bartow y Romanie Rout. ¡Gracias por vuestra labor!

¡Muchísimas gracias a todos mis lectores! En especial, gracias a mis lectoras de romántica que han tenido que conformarse con menos libros al año para que pudiera sacar tiempo para escribir este proyecto que me apasionaba. Gracias por vuestro eterno entusiasmo por todo lo que publico. Vuestro apoyo nunca deja de emocionarme. Gracias a todos los blogueros y lectores beta que le dieron una oportunidad al libro. Agradezco vuestro tiempo y me llega el apoyo que me dais en vuestros amables mensajes. ¡Los fragmentos en mayúsculas y los signos de exclamación me dan la vida!

Y por último, pero no por ello menos importante, necesito dar las gracias a mi marido, Brian, y a mis hijos, Jack y Mary. Brian, mi roca, la voz de la razón, la caja de resonancia donde pongo a prueba mis ideas, gracias por tu apoyo en cada uno de los libros y por aguantar los altibajos propios de esta carrera. Cuando tú me das la mano, todo me parece posible. Y a Jack y Mary, los niños más molones del mundo, gracias por recordarme que soy más que una escritora. Solía creer que lo mejor de mí acabaría en mis libros, ahora sé que está en vosotros.

Un reino de promesas malditas
Lexi Ryan

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *These Hollow Vows*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Natalie Chen.
© de las ilustraciones del interior, Marish / Shutterstock

© Lexi Ryan, 2021

© de la traducción, Lara Agnelli, 2022
© mapas del interior, Aaron Stratten, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2022

ISBN: 978-84-08-26635-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta